

Max Aub

CAMPO  
de SANGRE



Lectulandia



*Campo de sangre* es la tercera entrega de *El laberinto mágico*, título general del enorme fresco de la guerra civil española que compuso MAX AUB en seis libros. Empieza la Nochevieja de 1937 y finaliza el día de San José de 1938. Barcelona y Teruel —la batalla de Teruel— sirven de telón de fondo. Ciudades en guerra, pobladas por personajes en guerra para los que la vida ha tomado un cariz nuevo, apresurado y carente de asideros hacia algún futuro lejano.

MAX AUB consigue en *Campo de sangre* dar cumplida expresión a la angustiosa precariedad de la guerra, ofreciéndonosla desde un punto de vista literario original y profundo que hasta entonces no había hecho aparición en la novelística peninsular.

**Lectulandia**

Max Aub

# **Campo de sangre**

**El laberinto mágico 3**

ePub r1.0

ugesan64 10.06.13

Título original: *Campo de sangre*  
Max Aub, 1946  
Diseño de portada: José Belmonte  
Retoque de portada: orhi

Editor digital: ugesan64  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE



# 1. Madrugada de tres

*Barcelona, 31 de diciembre de 1937.*

Un fusilamiento es algo muy desagradable; tres, todavía se pueden aguantar.

—Muy optimista, tan temprano.

Sobre el pavés de un mar de acero, en el trocatinta nublo del horizonte, el sol renaciendo como un pezón, y su areola sonrosada. José Rivadavia (juez de la República, toroso y pie plano, alto de color, salpimentado el cabello, las manos cruzadas descansando sobre las posaderas; las aletas del gabán al aire, batiendo el unto de una panza bien establecida) baja, paso ante paso, el recuesto del fuerte de Montjuich contestando a Julián Templado, de estatura no más de mediana, paticojo, miope, bamboche, vedijoso, sentenciero; médico por más señas, mal hablado y amigo de las mujeres: cuanto menos decentes, más.

Apenas las siete de la mañana, una bruma lechosa, de tierra adentro y río, por las asentaderas de las cortadas y el llano. Anúnciase el sol para todo el día a escondidas del mar dormido al socaire de la ciudad. A medida que sube gana en deslumbre lo que pierde en sangre. Un frío fino y quieto.

—Los hombres temen el dolor, no la muerte.

—Cuida las meninges: no te pierdas por original. La gente muere bien cuando se sabe sin salida: con cura a la vera, o fusiles al frente.

—A la vera de la otra orilla —dice Templado—, a quien gustan los juegos de palabra y los retruécanos.

—Lo malo es cuando hay escapatoria: tortura con canto salvador, camino donde correr o médico posible.

—A la fuerza ahorcan y el suicidio un callejón sin salida.

—Sí, de esos que los franceses llaman culo de saco. Y el paraíso asusta a cualquiera. Si tuvieses que morir como éstos, ¿qué pedirías?

Se pararon, Templado dudó un momento la respuesta.

—Ser fusilado en campo abierto —contestó—. Lo terrible es la tapia, el patio, el cuartel, el horizonte cerrado...

—Sin cuartel —retrucó Rivadavia.

—Hace unos días, al despertarme —continuó Templado echando de nuevo a andar—, me dio el sol en la cara y al defenderme con la sombra de mi brazo hirió el rayo un botón de nácar de la bocamanga de mi pijama, la luz se descompuso en él: ¡preciosidad de aquella materia irisada! Con eso por delante puede uno morir tranquilo. No hay milagro mayor, ni prueba más evidente de la existencia de Dios: Ya puede correr San Vicente Ferrer. Morir con los ojos vendados, o en un foso, no me dice nada. Hasta cierto punto lo del nácar me hizo pedirte el ver las ejecuciones.

Julián Templado hace una pausa. Sigue:

—Hemos quedado servidos.

—Creí que conocías a alguno de ellos.

—Todavía me quedan entrañas. Bueno es saber en lo que me tienes.

Templado miró de soslayo la adiposa humanidad del juez.

—La magistratura te ha dejado en los huesos.

—¿No trataste a Valdés?

—No. De vista; aquí, allá.

—¿Y la embaucadora?

—¿La Lola? La conozco, pero así: de una mesa a otra.

—Me extraña. Tan del Ritz como tú.

—No. El botón de nácar.

—Estarás satisfecho.

—Sí. Valió el madrugón.

Los pájaros y las sirenas. Un perro sale disparado de un seto. El traquido de los antiaéreos: en el confín de lo visible cinco trimotores enemigos en migración. Las borlitas de los obuses por un cielo todavía desteñido e incierto. Los dos hombres levantan las narices al cielo.

—La muerte en bicicleta —comenta Templado—, te la traen envuelta en papel de plata. El verdadero maná. Lo que le gusta a los hombres es la ruleta, el jugar; y con lo desconocido, mejor. Por eso habrá siempre guerras: Yo te mato, tú me matas, él se mata, etc. Además, colmo de bienes: permitidas las trampas, los encimeros, florear el naipe, todo se reduce a inventar malillas. Ya lo dice la gente: el que da primero da dos veces.

—¿Cómo estás a las siete de la mañana! ¿Has jugado esta noche?

—Por no hacer tarde. Estuve de guardia hasta las dos. Pero no importa. El ver los hombres desnudos no viste.

Templado calla un momento y coge, al paso, una hoja del seto vivo.

—Siempre se muere desnudo; como esos de esta madrugada; lo de las botas puestas son cuentos, se muere siempre como lo que se es. Puede uno prevenirse contra todo menos contra eso. No valen refugios.

Pasan los aviones a tres mil metros, viran, descargan sus bombas por los alrededores del puerto. Les parece advertir el desliz de los proyectiles.

Alzarse, con el rebombar trágico, enormes, abullonadas humaredas pardas y grises en la primera mañana sorprendida, todavía dormidas las palomas.

—Los crímenes de madrugada, más alevosos que los mismísimos nocturnos; ¿qué opinas, juez?

—Eres un frívolo.

—Sois partidarios de las frentes asurcadas, de las palabras premeditadas y de la

Academia. Para ti lo serio siempre es grave.

Los bombardeadores se van, mar adentro; líguenles, a veces adelantándose, las pellas blancas y negras de los obuses estallando. Al trueno del cañón cercano las palomas cambian el vuelo, dando plata por sombra.

—Ahora salen los cazas.

—A buenas horas, mangas verdes.

—No ladres. Si no estuvieses al cabo de la calle te diría más de dos cosas. Nuestra guerra es de milagro —contesta Rivadavia.

—¿Crees en ellos?

—¡Qué remedio! En el frente cuando hay un fusil para dos y tres cargadores por fusil se consideran felices. Y seguros. Lo sabes como yo. El día que se sepa la artillería que tenemos y el número de nuestra aviación se tendrá que suicidar Franco —si ganara. Es nuestra última bomba: morirá del ridículo.

Echan a andar, ha vuelto el amanecer.

—No nos ha tocado hoy —dice Templado—, el mismo verbo que para la lotería. Una buena guerra, de cuando en cuando, y no hay nada mejor para la salud.

—Yo, de ti, con esa letra haría un tango.

—Tómalo a chacota. Yo siempre me acuerdo de lo que me contaba mi abuelo el francés de las carpas.

—Di.

—Ya te lo he contado: ¿no? Mi abuelo era uno de esos vascos que hizo fortuna traficando con esclavos, con no sé qué casa de Lyon: la misma que empleó luego a Rimbaud en Abisinia. Si, hijo, tengo sangre de negreros en el cuerpo. Lo sucedido fue que uno de los deudores de mi abuelo le dio por pago un «château» por el centro de Francia. De ahí le vino el apodo. Después hemos venido muy a menos.

—Ya lo veo —dijo Rivadavia—. ¿Qué tienen que ver las carpas con los bombardeos?

—El abuelo era gran comedor y entendía como nadie de carne de pescados. Tenía el orgullo de sus carpas y cada cuatro o cinco años les echaba lucios, porque sin eso, con la pereza de la buena vida la carne de las carpas se iba reblandeciendo, perdiendo calidad. Los lucios son unos pesívoros terribles, y, por salvar las escamas, doña carpa se iba meneando ligera la cola, dándole firmeza y gusto a sus mollas.

—Blandas o duras, se las acababa comiendo tu abuelo.

—Este es otro problema, y de la inmortalidad no responde nadie. Lo cierto: que en los países duros de vivir la guerra no sorprende. Es la ventaja de Castilla sobre Cataluña, y ya pueden éstos desgañitarse. La tierra no tiene remedio, cuanto más desnuda más dura; aquí con tanto perifollo se pierden. La aridez enseña la presencia de la muerte. Los españoles, digo los españoles para no molestarte, pero pienso: los castellanos, no se dan nunca por vencidos. ¿Qué nos puede vencer? Un francés, por



no decir un catalán, es capaz de lamerle el tafanario al vencedor; de limpiarle las botas, de bailarle el agua al que ha podido más. Es un sentimiento mediterráneo.

—Te oigo y no te escucho. Que si no, acabas en una de esas canteras. Rivadavia, a pesar de su apellido, es murciano.

—No hay quien nos gane: atados, presos, en trizas, siempre estamos a dos dedos de la victoria. Lo has visto esta mañana. Los tres han muerto como si no les importara; como Dios.

—Ninguno era castellano.

—No importa.

—Menos mal.

—Cuando no duele todos se componen para morir. Aquí lo último que se pierde es la esperanza, la vida se va antes. Lo de hoy ha sido ejemplar. Cada uno ha muerto según su ley, y no la tuya. Te han podido: el fascista murió con el brazo extendido y gritando «Arriba España», Valdés con el puño en alto como si hubiera sido en Burgos, y el Moreno, como le correspondía: cagando. Y no fue por miedo, que el que lo hace así no tiene tiempo de prevenirse, se le aflojan a uno las asentaderas sin más. Le apretaba el enemigo y juzgó natural evacuar sus necesidades. La alegoría es nuestra. Se lo debemos todo a lo árido, a lo duro, a lo bronco del suelo. Aquí no nos importa la vida, sino la opinión. Por eso cada español es universal y cantonalista: Lo mejor, lo nuestro (¿no hemos dominado el mundo?).

—Muy sentencioso tienes el no dormir.

Los pasos sobre la grava.

—¿Dónde los entierran? —pregunta Templado.

—Allá abajo. ¿No conociste a Valdés?

—Ya te he dicho que no.

El hombrón saca una carta del bolsillo interior de su chaqueta, y se la da, desdoblada, a Templado.

Detiéndose el médico a la altura de un cinamomo que empieza a parir sombra.

—Mala letra.

—Déjate de historias, y a ella.

Tras los saludos y alguna recomendación personal, leyó:

«Lo ridículo es que muero por una mujer: por tonto. El tonto que sabe que lo es, más tonto. Lo he visto venir y no he movido un dedo. ¿Abulia? Un no importarle a uno las cosas, vivir y ver, dejarse ir, un “ya veremos” y “mañana será otro día”. Creer que todo es nada y al ¡“qué más da”!».

«Muero por la lengua, como un pez, por la boca. Y porque siempre me ha gustado darme importancia y hacer creer a los demás que estaba en el secreto de cosas que, como es natural, ignoraba. De tanto darme aire, me falta. Caían los tontos, pero yo siempre he sido demócrata y con tal de que me envidiara la mayoría me daba por

satisfecho. A veces yo mismo me lo llegaba a creer».

«No quise insinuar la verdad frente al tribunal. ¿Para qué? Tenía bastante con el papel de bobo. Los golpes de pecho no hubieran servido para nada. ¿Aceptar el papel de traidor arrepentido? ¿Cargar con el sambenito de vendido a una potencia extranjera? No tenía ningunas ganas de que pretendiesen arrancarme confesiones. Muero por fanfarria, por darme tono, por “importante”».

«Se lo quiero decir a Ud. una vez muerto, para que no dude de mi palabra. Yo sabía, como todos, que Lola era del SIM. Y, sin embargo, le fui diciendo lo que ella quería que le dijese. Todo no se hizo en un día. No protesto de mi suerte, porque lo mismo le hubiera dicho si en vez de ser “de los nuestros” hubiese sido espía: bastaba que fuese puta, y que yo viese su juego. Ese sentirme dueño de sus propósitos, el adivinar sus intenciones, fue un incentivo irresistible. ¿Me hubiese creído alguien? Es lo malo de los agentes provocadores, cuando se sabe que lo son y no los toma uno en serio».

«Me perdió la verdad cuando la mentira me hubiese salvado, y aun merecido ascensos. Pero quise ser “honrado”. Jugar limpio; y me jugué la piel, la misma que pierdo».

«A mí me gustaban las putas (el pasado se lo dedico a usted). La ramería de guerra no varía de la eterna, a pesar de las imaginaciones. La dejé revolotear; no es tonta, ni yo tonto, a pesar de serlo. Ahora me río: sabía perfectamente a quién Lola Cifuentes iba con los cuentos, y las cuentas. ¿Quién me hubiese creído antes de muerto? La única, quizá, ella. Si por casualidad ve este papel lo tendrá por venganza póstuma. Verdad de verdad, no sé si me alegraría; la quiero y la tengo simpatía. Pero, aviada va la República»...

«La verdad es que lo hice por divertirme, para ver lo que pasaba, porque sí. Sin más razón que la mía, que se me va al cielo».

—Lo que se llama írsele a uno el santo al cielo —dijo Rivadavia, que seguía la lectura con la mirada.

«La niña preguntaba a derechas y a torcidas, y aun al través y a izquierdas, y yo la toreaba; pero tuve que soltar prendas; y las he tenido que pagar. La verdad es que me tiene sin cuidado morir. Allí me las den todas: lo que se llama un republicano. Como usted verá no pierde nada la humanidad con el negocio de esta madrugada. Me planto».

—Las diez de últimas. Desde luego, lo han plantado. Todo eso era fachada — comenta Templado.

—Hijo, entre la fachada y los adentros, va lo de la forma al color. Cualquiera sabe. Acaba. Sí, esta cuartilla más pequeña.

Templado leyó, en otro papel, escrito a lápiz:

«Importa para vivir dormir lo menos posible, que los momentos que valen la pena

*están por encima de los sueños.* Todos mis compañeros de promoción, que no tienen más recuerdos que los de su doctorado en Madrid o el haberse salvado de una catástrofe, todos esos que ahora sólo viven escondidos, con el único deseo de que los tengan por muertos... (aquí algo borrado)».

«Es posible que llegara a creer que la quería. Quise creerlo. Pero ya que escribo la verdad y las confesiones se han hecho para el placer del interesado, fomentar los vicios o, si usted quiere, justificarlos (un peso entre dos siempre va a medias, y no le digo a usted nada si el “partenaire” es Dios), sepa que lo que me gustaba en las mujeres era el tufillo de los demás. Me interesan los hombres, y como no soy marica, encontraba en las cualesquiera la madre que me llamaba. No me bastó la guerra».

—¿Qué era?

—Farmacéutico, hijo de farmacéutico.

—Creí que me habías dicho que el boticario era el fascista.

—No, ése era hijo de un fabricante de Sabadell. Camisa vieja. Aparato emisor y toda la pesca. Además, no rechistó. Gallito, consecuente y honrado en su deshonra. De esos que hay que fusilar por enemigos, y no como el Federico Espada a quien hubo que suprimir por... entusiasta.

—Tenía una pinta estupenda.

—¡Y tanto! Y una buena fe a prueba de bombas. Con la misma que acabó con todo el Ayuntamiento de Navalbajo. Para él los traidores somos nosotros.

—Éramos.

—Purista. Cuando la revuelta de mayo mi Federico Espada estaba de responsable en un pueblo minero de Aragón. De grande y de bruto, ya has visto cómo era. No se le ocurrió más que venirse a Barcelona con siete camiones cargados de trilita. «Para convencer a la gente que era una barbaridad lo que estaban haciendo». Como lo oyes. Llegó a las siete de la tarde a Navalbajo y se fue para el comité. Necesitaba gasolina para sus camiones. Se la negaron, entre otras cosas porque acababan de oír el discurso de García Oliver pidiendo que cesara el fuego; aquí, en Barcelona, maldito el caso que le hicieron: una pistola caliente en la mano puede mucho, pero en los pueblos aquello produjo su efecto. Yo me represento muy bien a ese majagranzas matalón, carcomido de herpes, camino de Barcelona con sus camiones. Los españoles somos grandes cuando somos cien; más, nos entrematamos.

—Y cuando menos.

—Menos sabemos morir. Bueno, morir no se aprende. Llevamos en la sangre cierto sentido orgulloso de la muerte, como si ésta fuera una empresa personal. Añade desconfianza y desprecio hacia los pares, lo cual nos inclina a la oratoria. Nuestra medida es la conquista de América: la tripulación de una carabela representa el número de españoles necesario para realizar hazañas. Un ejército no la hubiera llevado a cabo, y la horda nos sobrepasa. En esta guerra de ahora, y en las pasadas,

los guerrilleros, los dinamiteros, lo comprueban. Lo español: el puñado y tirar *p'alante*.

—No tenemos términos medios —dijo Templado por decir algo.

—Y la falta de templanza es, en cierto modo, la razón de nuestra grandeza y de nuestro derrumbamiento. Somos crueles por unilaterales. La bolsa o la vida es un galicismo; lo nuestro: la bolsa y la vida. La heroicidad es crueldad para consigo mismo. Y la crueldad es un problema fundamental de nuestra manera de ser. ¿Te das cuenta de lo que es un pueblo entero descubriéndola?

Templado miraba de soslayo a Rivadavia, de quien no era muy amigo. Desembocaban en la avenida flanqueada de espárragos de cristal, que da en la Plaza de España.

—Los muertos no cuentan en la historia; lo que contará en la nuestra es el empuje de los desesperados.

Rivadavia cogió a Templado del brazo y prosiguió:

—Y el desprecio. Aquí la gente no se vende, odia. Entiendo algo de eso; no vienen a la denuncia por el tanto por ciento, la gente chivatea por gusto y vaga creencia en el deber. Por extremada. Todos tienen en menos que nada el aguachirle y las componendas. El abrazo de Vergara sigue siendo una mancha en la historia nacional.

—Orgullo.

—Quizá. Ese es otro problema. Por eso despreciamos la vanidad; y los extranjeros se asombran de la chulería de nuestra aristocracia. La vanidad es el vicio contrario al orgullo, que es una virtud cardinal. Pero aquí el cogollo es la intemperancia, la falta de moderación. No hay más justicia que la propia: raíz del fracaso de la República. Este no es país de Salomones. Preferimos las cadenas a los paños calientes. De ahí el éxito de los anarquistas y la maravilla del pueblo luchando con palos y piedras contra las ametralladoras.

—Y el salir perdiendo.

—Los demás no acaban de entender esta guerra nuestra. No se la pueden explicar. Porque el hombre, aquí, intenta todavía, desesperadamente, salvarse agarrado a su mito decimonónico. Pero lo útil vence sin remedio la verdad; y la disciplina, la libertad. Esta es la sal trágica de nuestra lucha sin remedio. Los comunistas echan las culpas y los errores de cada día sobre las espaldas del individualismo. En general, van diciendo que son los únicos que trabajan en serio. Quizá. Pero corren tras otro mito todavía no entrañado. ¡Qué le vamos a hacer! Lo que importa es que el Federico Espada se cargó al comité en pleno y tuvo su gasolina. Y esta madrugada, tras expeler su mojón, ya le viste plantarse ante el pelotón, los brazos en asa y decir, a la buena de Dios: «Vamos allá».

—Como si el allá fuese la vuelta de la esquina.

Habían llegado a la plaza. Se pararon a esperar el tranvía.

—Y cuando pase el tiempo, y se acabe esta guerra, ¿para qué crees tú que habrán muerto estos tres? —pregunta Rivadavia.

—Para que se sigan rajando las tripas sus sucesores.

—¿Lo dices de verdad?

—Pues a ver si no, majo.

—Me recuerdas —dijo Rivadavia— un cuáquero que me visitó ayer. Uno de esos americanos magníficos para quienes existe la filantropía, y para quienes la guerra se reduce a viudas, huérfanos y leche condensada. Me contó que su hijo —tiene cinco años el chaval—, a quien, como es natural, ha inculcado todo el odio que siente por la guerra y su fanatismo pacifista, y que en su vida ha oído otro cantar, al despedirse le preguntó:

—¿Hay peligro para ti, papá?

—Un poco. Pero no importa —le contestó mi cuáquero—, un hombre que quiere ser hombre debe hacer el bien y no fijarse en el peligro.

El chico se quedó callado y, luego, le dijo muy serio:

—Mira, papá: coge un fusil y mátalos antes de que te maten a ti.

Llegaba el tranvía. Templado y Rivadavia se agarraron arracimándose a la plataforma, para ir al centro de la ciudad.

## 2. Julián Templado

Julián Templado había nacido en Madrid, el primero de enero de 1900, en la calle de Campomanes, no recuerdo si en el 10 ó en el 12, en una de esas casas cualquiera que, sin más que su medida, destilan el encanto de la Corte. Casa de portal oscuro, balcones sin adorno, persianas de madera grises, desconchadas, con el borde de las tablillas roído, sobre el jaharro añoso de las paredes. Mezcla de pizarra brillante, albayalde pardo blancuzco del polvo y del aire de la Sierra; color de Madrid. Tres pisos que corren hacia la Costanilla de Santo Domingo, subiendo la Cuesta, de número en número, a tenor del desnivel. Rabosean beatas temprano, duerme luego la calle el sueño del día; entran y salen los vecinos, cuéntanse las visitas. Casas sin tiempo que sacan belleza de su orden desnudo, en plaza o enfilada, y alcanzan gracia de su falta de adorno y de su comedimento y regularidad repetida. Los balcones, sin saliente, dejan justo el lugar para dos macetas en los ángulos, y para las rodillas inquilinas o criaderiles; varéanse las alfombras por la mañana, se entrecierran luego las persianas, a menos que pierda las horas un hombre acodado, en mangas de camisa, o la vista una joven en espera de novio.

El portal da en seguida en pizmento y olor de moho; todos tropiezan en el único escalón del zaguán, colocado ante la puerta de cristales que abre a la escalera. La portera es muy vieja, y el cónyuge, sordo, que hizo la guerra de Cuba, arrastra sus pantuflas por el chiribitil que se apercibe, todavía más negro, mientras ella, enfundada en una manteleta, lee un tomón de Pérez Escrich o de Luis de Val. Un gato duerme sobre la camilla. Un olor de húmeda roña surge de algún pozo tapiado. Madrid 1790. Casa de canónigos, funcionarios o militares retirados. La Plaza de Oriente cercana: la calle baja hacia el Real. La apenas penumbrada escalera desembarca en oscuros rellanos; los escalones roídos, el pasamanos de hierro picado y orinado de tanta prieta humedad, de tanto tiempo pequeño. Cuando se sube, el ruido es de adentro, con retumbar apagado. Limpiabarros y estereras raídas hasta la urdimbre. Las visitas tientan, al azar, ciegos, bruñidos tiradores de campanilla. El recibidor es un largo pasillo enladrillado de moreno rojo sombrío; las perillas dan una luz amarillenta, de pocas bujías, tiénese muy en cuenta el contador; que las entradas del mes suelen ser pensión con descuento y el reparto de los gastos inmutable.

Tres veces al año van al teatro, tres lunes por la tarde: una vez al Lara, otra al Cómico, otra al Infanta Isabel.

—Les gusta mucho el teatro.

—Sí, a nosotros nos gusta mucho el teatro. ¡Usted no ha conocido a Doña María!

Todo cerrado, si es invierno, resguárdanse lo que pueden del frío, defendiendo el vaho de la camilla y, si es verano, lo mismo del calor, dejando el sol afuera. Sólo en la primavera se abren los balcones, que al otoño: «Están fuera».



Una consola y un negro piano vertical, con sus cuatro candeleros dorados, sirven de monumentos a tanta porcelana como cabe: marqueses y pastorcillas de bizcocho, fileteados de oro, montando guardia a retratos de niños y niñas de primera comunión, bajo la amorosa mirada recíproca de los dueños de la casa fotografiados en traza de himeneo.

El piano es el piano: no lo mueve nadie. La tía Narcisa «¡qué bien que lo tocaba!». «Primer premio del Conservatorio, ¿sabe usted?». «Su profesor quería que diese recitales, ¡ya ve usted!». Lo teclea un sobrino, algún domingo vacacionero y aburrido; o el papá, alguna vez, dedea la Marcha Real o el Himno de Riego. El entresuelo es muy bajo de techo y por las paredes hay cuadros con marcotes dorados: un gran paisaje amarillento y enfrente los retratos «al óleo» del abuelo de las carpas y su mujer. Sofá y butacas un tanto desencoladas, con los muelles ligeramente salidos; en el rincón más hostil uno de ellos cura su pata enferma.

—«No, en ése no se siente *ustez*».

Al lado está el despacho: en un estante cuatro clasificadores, en una mesilla una vieja máquina de escribir con todos sus dientes al aire. La chimenea, que nunca se encendió, y en su repisa un montón de cartas, otro de facturas y un bote de cola desecada con pincel inservible, cuyos pelos acartonados sostienen un cenicero de porcelana descantillado que se ladea, inválido. Hay un sillón bajo, cerca de la ventana, para la abuela.

Los papeles descoloridos, las camas de hierro, la cocina en lo más oscuro, la cambija de azófar en lo alto, como el sepulcro de una reina medieval. Poca vianda, y el orgullo de ser de Madrid.

—Y a dos pasos de Palacio.

En un estante (¿en la sala?, ¿en el despacho?) la *Historia de España* de Mariana y el *Quijote*, en una edición de Sopena y otra, grande, con ilustraciones de Gustavo Doré, encuadernada en rojo, con letras doradas, que se heredó del tío Esteban, el de la calle Fuencarral. Detrás, escondidos y no escondidos, para que no los coja el sobrino, *Dulce y Sabrosa*, de don Jacinto Octavio Picón y alguna «novela corta» de Felipe Trigo. Después de la guerra europea, sobre el revellín —que dice la chica que es de *Graná*— apareció un aparato de galena, con sus auriculares. El cuarto de Julián es interior, con muchos libros.

—El verano, ¿sabe *ustez*?, vamos a Torrelodones, donde tenemos una chavola, que dice mi sobrino —pronuncia, recalando las palabras, con su voz cascada, don Juan Templado, el padre.

Hay un fuerte porcentaje de solteronas en la familia, las mujeres son beatas y los hombres liberales, menos el hermano mayor, que es tradicionalista.

—¡Qué le vamos hacer! ¡De todo hay en la viña del Señor!

Don Juan Templado tiene seis hijos, sólo dos varones. Salió el mayor gárrulo y

zahareño.

—Es monárquico, y yo he votado por los republicanos.

Juan, el hijo, puso una tienda en los Cuatro Caminos. No le va muy bien y ha traído muchos quebraderos de cabeza a la familia.

Desde el abuelo «francés», con nueve hijos y ninguno con suerte, la familia se ha desenvuelto difícilmente. Don Juan se ha quedado sin cinco, después de pagar el traspaso de la tienda del mayor y prestar diez mil pesetas, sin que lo sepan en casa, a su viejo amigo Vicente, que tiene una tienda de loza en la calle de Postas.

Últimamente, Don Juan tuvo con él una agarrada, por motivos políticos, la deuda ayudando.

—Se ha vuelto muy de la cáscara amarga.

El orgullo de la familia es Julián, quien, a fuerza de sacrificios y con la ayuda de un tío cura, se educó en los Jesuitas y cursó la carrera de medicina. Por el barrio le conocían por «el cojito»; era un muchacho avisado, curioso, holgazán y vivo. Ya le apuntaba el bozo y traía la cara barrilleada cuando volvió del internado para seguir los cursos de San Carlos. Una criadilla de las Peñuelas le acabó de echar a perder. Túvola que despedir la abuela cuando los descubrió, un día de gran limpieza de la sala, cerca del cubo del agua, tras el sofá, la aljofifa abandonada, como mayor prueba del crimen, el mozuelo metiéndole mano y la fregona murmurando consentidora:

—Estése quieto, señorito, ¡qué se lo diré a la señora!

Y Julián, que si quieres.

—¡Señorito Julián! ¡Por favor!

Entró a servir una varona de Tetuán que no duró una luna, porque quería llevar la casa a su antojo; y luego una bobalicona de la Alcarria, que encontró el barbiponiente muy de su gusto. Tanto, que la familia se alarmó de su flacuchez y desmalaje. El doctor recetó reconstituyentes y el padre, que no era tonto, despidió a la fámula.

Julián era un estudiante fácil e impreciso, muy dado a los novillos y a las librerías de viejo, y a los bailes de modistillas. Aprobaba sin más, tras estudiar en abril y mayo.

Su madre fue una señora suave y apagada, que no abría boca y cuyas reconvenciones no pasaban del patronímico.

—¡Juan!, o ¡Julián!, o ¡Paloma!, o ¡Remedios!

Desfondada por los partos, no se la oía ni andar, ni sabía siquiera dar a entender su voluntad.

—Lo que vosotros queráis.

Julián sentía un profundo cariño por ella. «Tengo una madre de terciopelo», le solía decir.

La dulce y débil señora hizo siempre lo que estuviera en su mano para acceder a los deseos de los demás familiares. Ni tuvo más mundo que su casa, ni otro mundo

que el de la Almudena, en cuya vecindad había nacido.

Todo cuanto sucediera fuera de su alcance inmediato carecía de sentido.

—¡Ya ves! —contestaba cuando le referían sucesos, aun los más extraordinarios—. O, ¡qué cosas pasan por el mundo!

Murió sin decir ni pío, el mes de marzo de 1927. La casa siguió igual, bajo el mando de la abuela, que era de otro temple.

Tenía Julián dieciocho años cuando tomaron a Matilde, muy recomendada por una familia amiga, de Alicante. Matilde era una preciosidad y Julián se enamoró de ella; le voló el seso, las horas, las ganas; ya no hubo amigos, ni clases, ni tiempo. El cine se convirtió en cueva, el Retiro en celda. El día se reducía a las horas en que no había nadie en casa y en los momentos robados a la compra. Julián descubrió el verdadero sentido de los domingos. Perdió todas las clases de anatomía porque correspondían con el momento en el cual Matilde arreglaba su cuarto. Matilde tenía el color mate de la piedra molar y bruñida, el pelo negro y unos enormes ojos prietos, que se le arrasaban fácilmente; guapa, de morenez moruna, seria, caliente, oscura, callada y pasiva.

—¡Julián, Julián! ¡Si no puede ser! Sus padres no lo permitirán nunca.

Porque el mancebo lo prometía todo: el matrimonio, el amor eterno, la fuga. Julián Templado se acuerda siempre, cuando ve un cuadro de Velázquez (sobre todo *El Infante Don Carlos* o el *Baltasar Carlos*) de las tardes de los domingos en los alcores del Pardo. Por los calvijares de las lejanías corría algún cervato, las carrascas amarilleaban entre todos los morenos y bermejotes del otoño, el cielo estaba pálido, de un azul tan blanco que la bóveda aparecía claramente sin fin, algunas nubecillas la humanizaban. Julián sentía un gran entusiasmo por la vida, una gran seguridad interior, no sabía por qué, ni forjada de qué ideas, ni de qué manera. Solía ir al Prado los domingos por la mañana, a la hora en que la abuela exigía que estuviera en misa. Descubrió entonces que le gustaba la temperatura, la limpieza, la trapa, el cuchicheo, los santos; que la pintura era algo más que una prodigiosa ilustración de la Historia. Gracias a Matilde vio en los fondos de Velázquez algo vivo, una manera de hablar. Empezó a husmear la humana manera de entender el mundo e interesarle más que los hechos en sí. Este camino le condujo a cierta suficiencia, escepticismo y desprecio de todo. Al tiempo empezó a escribir versos y planeó una comedia; leyó los poemas a algunos compañeros que no le hicieron mayor caso, y los fue olvidando; la comedia no pasó de la primera cuartilla. Un año duraron sus amores con Matilde; al cabo los padres de la muchacha la llamaron al pueblo, cuando la cosecha, y no volvió.

Acabó Julián la carrera sin pena ni gloria y fué pensionado a Alemania. Pasó tres meses en una pequeña ciudad renana y otros tres en Berlín. Era por el año 24. Sin desjaretarse, más se desbraguetó que estudió, y mejor aprendió la lengua en su propia salsa que no en los libros, por sabios que fuesen. Le sirvió de mucho su ciencia

famular y su condición española. No halló más resistencias que las gozosas. Quedó de la pequeña ciudad alemana un recuerdo de sueño: conditorei, crema, pasteles y café, los delantales de las sirvientas, los cigarros de paja, el suelo duro de la helada, los viales desnudos del invierno, los abetos; el recuerdo de los largos paseos, los brazos por el talle, las promesas vagas, más vagas todavía por ser pronunciadas en un idioma incierto; y, en ellas, el espasmo del calor, de las naranjas, de lo azul. Alemania, rígida por fuera y ¡tan caliente! Los sofás, los sillones, las chimeneas que sirven para algo, los libros como regalo de año nuevo, la nieve, las cervecerías, las excursiones. Se le confundía el recuerdo de Alemania con el de las películas vienesas: todos sus amores le parecían haber tenido un fondo de música de vals. A veces se preguntaba si era verdad que había estado allí. De Berlín recordaba, sobre todo, el hospital y la clínica, y las tres enfermeras más o menos enamoradas del «español».

Volvió a Madrid, y púsose a trabajar con un médico famoso; por la noche iba al «Henar», a la tertulia de Valle Inclán. Al año de morirle su madre se fue a Barcelona y allí se quedó en el servicio de otra sumidad, que le pagaba mejor que su colega madrileño.

Cuchicheó, corrió, brincó, enronqueció con la República; cuando la tuvimos lo dejó estar. Tuvo amores, así en plural y sin mayúscula, con una compañera y, también, de mutuo acuerdo, lo dejaron correr.

Julián Templado no creía en gran cosa: El mundo, solía decir —no es cosa del otro mundo— con lo cual no quería dar a entender que no apreciaba éste, sino todo lo contrario. Leía muchos libros de historia, que le hacían mirar con desprecio lo novelesco. Su especialidad era la psicología infantil; empezaba a tener una clientela. El año 34 ingresó en el Partido Socialista, por reacción ante la política del gobierno Lerroux-Gil Robles. No hizo nunca más que pagar su cuota. Fue de todos la sorpresa, los primeros días de la sublevación militar, al pedir las patrullas de control la documentación, verle exhibir el carnet del partido.

Lo que le gusta a Julián Templado es la vida; le gusta todo: el sol, la lluvia, las rubias, las morenas, las flacas y las gorditas, las altas y las bajas, el cine, el teatro, el vino, el agua, el puchero y el solomillo mejor adobado. Carácter de no tenerlo y sacarle jugo a todo. Curiosidad de los demás y falta de voluntad para escoger. Incapaz de resistir a la menor tentación. A veces sale a comprar una corbata y vuelve con una caracola. Para él los escaparates son trampas en las cuales se deja gustosamente enredar. Se enamora de todas.

—Ya sé de qué pie cojeo —suele decir—. Me quedo siempre corto, un poco en el aire. Me falta confianza en mí mismo cuando hay que hacer las cosas premeditadamente; en cambio, a lo que salga, voy más seguro que Don Dios. El hacer un plan basta para que no se cumpla. Así me salen las cosas. Basta que me alaben una

para que la menosprecie, o pertenecer a un partido para que simpatice con el contrario, y mi gusto: defender los ofendidos. Me falta juicio y me dejo llevar por el viento. Me sobra imaginación y me falta inteligencia. Yo no sé si todas las ideas de todos nacen a rémora de las de los demás, pero yo no tengo otras y ese sentimiento de dependencia es mi mayor humillación. Tonto yo, listo ellos, pero no tanto.

Curioso de todo, husmeador, incapaz de perseverar, no era fácil que tuviera amigos.

—Lo que me salva es mi superficialidad. Mi inconsciencia. Me lo daban a entender y lo tomaba como un insulto... Luego he aprendido que las virtudes son caprichosas y gustan disfrazarse. Me falta fijeza, ponderación y perseverancia. Sé mejor que nadie el mal estudiante que fui y, luego resultaba que no... Me oriento, creo estar en seguida al cabo de las cosas y resulta que son otras, pero lo curioso es que lo que he aprendido, no siendo lo que me querían enseñar, tampoco está mal, y pasa... Nada me divierte como una asignatura nueva; a los ocho días ya la dejo. Desflorar... Y ya que te lo he dicho, divertirme. ¡Bastante me lo echan en cara! Es verdad: hago las cosas porque me divierten y dejo de hacerlas porque no me divierten. Esta ligereza ha enseñado su buena cara en estos tiempos: sobrenado; de alcornoque he pasado a corcho. Una especie de salvavidas. Alguna reprobante mirada de las personas serias; nada serio. Nunca me ha dado tanto la vida, dando yo menos. A veces, en la madrugada, se cubre uno de vergüenza, pero caigo rendido de sueño. Falta tiempo y sobran heridos. Queda la ética. De cuando en cuando punza. No me merezco demasiada confianza. Nunca se sabe lo que se es capaz de hacer. Desde luego, no pedir un puesto en el extranjero como esos amigos nuestros de la Maison Dorée, que mascullan: «¡Ya hemos hecho bastante!» como si el deber se midiera de antemano. «¡Ya hemos hecho bastante por la República, ahora que trabaje ella!». Creen que por haber estado tres meses en Barcelona, Giral les debe enviar a París, o que el comer lentejas o aguantar cuatro bombardeos son pasaportes suficientes para el otro mundo, o ser de esos que por pertenecer a un partido político parecen haber firmado un seguro de vida. Republicanos de cuota.

A poco de empezada la guerra, pensó que más falta hacían médicos de los de inyección en ristre que los de su especialidad, y empezó a trabajar en el hospital de Vallcarca.

Los primeros meses no le suprimieron —ni a él, ni a nadie— ninguna comodidad, los cafés seguían siendo los cafés, y los bares, los bares, y el buen vino con su transparente y sangriento gustillo caliente, y el buen coñac con su madurez melada, y el bienestar indefinible en lo hondo de un sillón lengüeteando un alcohol o varios, seguía aparejado a ese difuminar de las cosas lejanas, como si el mundo mismo se hubiese vuelto miope. Y el desaparecer avahado de las preocupaciones y fatigas, acucia por nada, en un lene, suave, blando, dulce, leve, ligero bienestar al alcance de

la lengua en el vaso frontero.

—Las mujeres —decía— se ganan por asedio, nosotros los feos. Que los golpes de mano, las sorpresas, las debilidades inexplicables, las rendiciones rápidas, el venirse a las manos con la sola presencia enemiga, el triunfo decisivo sin necesidad de persecución, cuentos o victorias de bien plantados, sin que valgan excepciones; que el ganar feos no es de ley. El que espera el mutuo ramalazo va dado. El gusto suele ser unilateral y siempre hay que despertar al vecino. No te digo nada de los «¡Usted qué se ha creído, caballero!», ni de los discretos «Usted se equivoca». A las mujeres no hay quien las coja desprevenidas, siempre atentas a las reverencias y el dedo en el gatillo. Más alertas que Don Dios. Huelen las alabanzas en los ojos más legañosos. Y, sin embargo, si no las repeles, las vences sin dificultad: tiempo y alabanza. Dales vueltas y las mareas. Sé falso y déjate coger en el juego. Habla y déjate llevar por las palabras; engaña te y engañarás. Todo es cuestión de aproches y de poliorcética, como diría Fajardo. Bastiones, barbacas. Todo es cuestión de fortificarse, de ataques de flancos y de brazos, más que de alas. Las mujeres resisten según el miedo: las unas a la preñez, las otras al infierno. Hay que dejar aparte las que le tienen asco al amor. Las mujeres, como los fuertes. El amor es un arte militar. Suelen decir que las hembras sé pirran por los uniformes, no sólo por el abalorio: por la táctica. Y el sueldo con oropeles, más. —Templado creía no haber conocido amor verdadero, a pesar del empeño. Todos sus afanes habían caducado en aventuras, que no habían sido pocas, con mujeres de más y de menos. Con los años acababa prefiriendo las lagoterías, y el ron blanco. Los barmans le conocían, y su desprecio por los bazuqueos.

—¿Lo de siempre, Don Julián?

Y las trotonas:

—Hola, Julián.

De cuando en cuando se iba solo a dar conversación a las dueñas de algunas mancebías; éstas le hablaban de sus negocios, y aun le consultaban; las pupilas le trataban con respeto.

—¿Quién es ése?

—No sé. Un amigo de la patrona. Creo que es uno de esos de la higiene.

A veces se ocupaba por desocupación; buen pagador de sus gustos, origen de su fama.

Se le había imaginado una figura bastante precisa de la mujer que quería, y quería a todas por distintas. Jugaba franco, a todo amor, por el acaso y seducido por el cálculo de probabilidades. Ganaba minutos, perdiendo tiempo y las esperanzas.

—Chico, me he acostumbrado tanto a las putas, que casi no me gustan las decentes.

Las bigardas de Julián Templado no suelen ser burdeleras, sino de las que juegan



a querer.

—En el juego está el cogollo. A las honradas se las consigue mintiendo. Es la única diferencia. A medida que me hago viejo me cuesta más. El mentir es cosa de niños; a los mayores con no decir la verdad, basta. Yo, ya, si no pico no me divierto.

Lo confesaba con tristeza y vergüenza, a pesar del tono; porque en el fondo Julián Templado esperaba todavía hallar, a la vuelta de cualquier esquina, la mujer de sus sueños.

Su mayor falla: ególatra. Lo bueno: que lo sabe; y no se valora en más, pero a pesar de ello, no podía dejar de interesarse, ante todo, por su persona, inseguro de su modestia, que confunde con su inapetencia de poder; sin darse cuenta de que aprecia el mundo únicamente en función de sí mismo. Cree que todos son como él, y en eso es inocente. Aparte de Fajardo, su único amigo, «los demás —reconoce—, los demás me importan un comino».

La guerra le remedió en no poco.

—Mire usted —le decía a la sonochada de aquel 31 de diciembre, a Willy Hope, sentados en el Oro del Rhin, a las seis de la tarde, tomando vermut, solo alcohol que había en toda la ciudad—, mire usted, lo único que he aprendido durante la guerra, pero aprendido de veras, es a odiar. ¡Y de qué manera...! Yo, un cordero. Y el odio me ha venido por las cosas, por la sangre y los cercenes, y no por las ideas.

Esos sarasas insidiosos, collones pacifistas, mandilandines humanitarios, maricas de la otra posadera, conservadores y otros Halifaxes, que se desesperan de nuestra crueldad, y se espantan haldeando de aquí para allá de nuestras atrocidades; esos comen ideas, digieren ideas, cagan ideas, sin darse cuenta de las cosas. ¡Las cosas! ¡Las hileras de niños muertos! ¡Qué me importa la caridad cristiana —Julián Templado le tiene hinchada, en su conversación, a la caridad cristiana—, si he tenido que operar hoy a seis desgraciados rotos por la metralla de esta mañana! ¿Qué no tiene que ver lo uno con lo otro? De acuerdo, pero un hombre es un paso demasiado estrecho para que quepa tanto a la vez en su magín. Y ese caer y roer de las cosas, centenario, por los campos españoles... ¡Qué tiene que ver que aquí nos hayamos cargado cien curas, si representan para el humilde la llaga más podrida, el sahornado más escociente, el prurigo más purulento de un dolor de diez generaciones!

Para Julián Templado, a veces, el problema se planteaba de esta manera: los muertos que nosotros matamos, ¿están o no están bien matados? Y, naturalmente, no lo resolvía. Ese mismo humanitarismo contra el que se arremolinaba irresoluto se le añagaba al rehílo de la vela. A pesar suyo mezclaba la física, la astronomía o las matemáticas donde no tenían nada que hacer.

—Tanto montan, en el microscopio, el escupitajo del fascista que el mío.

Julián Templado no es capaz de plantearse claramente los problemas; se deja llevar «por la música de las esferas». Halla un cierto goce en confundir y enredar las

cosas más dispares.

—Soy un vago —decía, con razón, jugando con la palabra—. Cuando más despierto encontraba en su magín la misma imprecisión de definiciones y límites que le producía el alcohol. Era su cruz, y le pesaba. Faltábale memoria; por lo mismo ni sabía cantar, ni bailar; que todo es cuestión de recuerdos precisos. Además —seguía diciéndole a Hope— a la gente le gusta mucho hablar de crímenes, y no atreviéndose a matar, ejecuta con la lengua. En nuestra guerra el número de resucitados superará al de los muertos, otro milagro. Hablo de los muertos por nosotros en vuestras gacetas más sesudas. Aquí, por lo general, diéronse los paseos por motivos personales y mala baba; el resentido, vuelto delator si no tenía braveza suficiente para llevar a cabo la realización postrera de sus reconcomios. Pagáronse y, sobre todo, dejáronse de pagar, deudas: muerto el perro, muerta la rabia; se desagraviaron los cornudos; se vengó el apaleado; satisfacción de estafados y ganancia de pescadores; murieron infelices por la sola desgracia de haber pisado callos demasiado susceptibles, se pagaron caros despidos inmotivados, huelgas de todas calañas, se picó al capataz y se salvó el amo. Se pagaron las genealogías. Liquidación de cuentas: borrón sin cuenta nueva, porque nada resuelve la muerte al mal tuntún de los agraviadores supuestos. Se liquidaron querellas de antena de radio: «Yo la tengo más larga que usted». Los matadores no tenían suficiente conocimiento del mundo para ejecutar responsables; y a lo primero no hubo coto posible, los guardianes del orden se habían pasado al moro. No sucedió así del lado de Franco, donde el impulso mortal era consciente, las listas previamente establecidas y los denunciadores del mejor mundo. Como decía aquél: «Del mundo al mejor mundo, en un adiós, que si me ves no me has visto». Los señoritos saben escoger, y más con la cachaza que da el obrar en nombre de una autoridad recién establecida. Cuento usted, de nuestro lado, el florecimiento de un negocio para el que no se necesitaba más que facha y malos antecedentes. Los nuestros (es un decir), águilas, se dieron cuenta de que los ricos estaban dispuestos a pagar lo que fuera por el seguro de sus vidas, pero como el dinero les duele, convirtieron los plantos del rescate en sangre: la misma que corre por las columnas de los periódicos de su país de usted. Organizáronse cuadrillas; siempre hay rufianes al ojeo. Los rebeldes asesinando pobres no hacían granjería, era puro placer de matar y caridad cristiana. Han muerto muchos más maestros que aquí frailes, pero todo lo puede el hábito; la gente cuando habla de curas muertos no ve hombres derribados, sino sotanas colgadas, y abultan más.

Templado explicaba, cosa infrecuente en él, por qué consideraba que ése era su deber frente a un periodista extranjero, aunque fuese tan amigo nuestro como Hope. Este era grandón, taheño, con pintas, canas, la cara reluciente y colorada, y estaba ingurgitando a grandes lampos su cuarto vermut.

—Lo bueno de la guerra —seguía Templado—, que le vuelve a uno a dar baño de

polvo, de barro, de tierra, que el hombre olvida fácilmente con tanto inodoro. Un poco de estiércol no le hace nunca daño a nadie. Uno es más de tierra de lo que parece. Sí, los abonos huelen mal, pero le hacen a uno crecer y hasta crecerse. Y referente a los paseos, le voy a contar lo de mi padre: creo que fue hacia el 20 de agosto del 36; a las diez de la noche se presentan, en el entresuelo donde vive, donde yo he nacido, en la calle Campomanes, se presentan tres hombres jóvenes, muy a lo decente, pero con las pistolas muy a la vista. Se quedó sin huelgo la criada, una mujerona baja y regordeta, de Granada y que sirve en casa desde hace la mar de años.

—¿Vive aquí un tal Juan Templado?

Mi padre se llama Juan.

—Aquí... —contesta sin contestar la pobre Nieves. Pasan dos adelante, se queda uno en el recibidor. Les sale mi padre al encuentro. Mi padre tiene más de sesenta años.

—Ustedes dirán.

—Venimos a hacer un registro.

—Pasen ustedes.

Husmean la sala y entran sin cumplidos al despacho, que está al lado. Allí sentada en un sillón ventanero, medio inútil, mi abuela.

—Nada, madre, no se preocupe.

La pobre vieja se ahoga de miedo.

—¿Dinero?

Saca mi padre el peculio del mes. Lo desprecian.

—No. Papeles.

Saca mi padre los de la tienda de mi hermano y los de la deuda de su amigo Vicente. No los quisieron ver. Buscan, rebuscan por los cajones. Mi abuela, mis hermanas, la criada apiñadas.

—¿Dónde tiene Ud. los recibos de Falange?

—¿Yo? ¿De Falange?

—No se haga el bobo.

—Yo no he pertenecido nunca a ningún partido político —dice mi padre.

—Aquí no estamos *pa* discutir, ni *pa* perder tiempo.

Se dan una vuelta por los dormitorios, trastocan la cómoda, las sábanas apiladas en el armario. Le dan un papirotazo a una Virgen del Perpetuo Socorro velada por una tela de colchón.

—Véngase con nosotros.

—¿Yo? ¿A qué?

—No sea curioso. Ya lo verá.

—¿Y si me niego?

—A la fuerza.

Y el que habla amartilla su pistola.

Se desata el coro de las mujeres. Mi hermana Remedios quiere saber dónde le llevan.

—No se preocupe. No es nada. Una denuncia. En seguida volverá.

Y mi padre:

—No se preocupe, madre. Es una equivocación. Yo siempre he sido de izquierdas. No será nada. En seguida estoy aquí.

Bajan todos y se meten los cuatro en un coche. En la noche algún tiro suelto. Bajan hacia la Plaza de Isabel II y el auto enfila el Paseo de San Vicente. Iba mi padre en el asiento del fondo, entre dos mozos. En seguida se dio cuenta de que iba a morir, y sin sobresaltarse demasiado dijo a sus compañeros:

—Yo sé que me van ustedes a matar. Pero hacen ustedes mal. Ustedes se equivocan.

Llegaban al Paseo de la Florida.

—Yo no soy hombre de derechas. Tengo la conciencia tranquila. Lo siento por mis hijos. ¿Recuerdan el recibo que les enseñé y que Uds. no quisieron ni mirar? Es un recibo de diez mil pesetas. Me las debe un amigo mío. No lo sabe mi familia. Van a perder ese dinero. ¿Uds. me quieren hacer un favor?

Las frases cortas, que el aliento no daba para más.

La Bombilla.

—Cuando me hayan matado vuelvan Uds. a casa. Cogen el recibo y se lo dan a alguna de mis hijas. O a la criada. Que no se entere mi madre. O lo cobran Uds. y les mandan el dinero. Yo ya sé que Uds. no obran por interés.

Carretera de La Coruña. Por lo visto les impresionó la serenidad de mi padre.

—Ché —dijo uno, traicionando su condición de levantino—, ¿volvemos a por el papel?

—Será trola.

—No perdemos nada. Ni él tampoco. Ché, vuelve.

Y volvieron.

—Ya está ahí el señorito. Y se le saltaban las ubres a la doméstica. Buscaron el recibo. Echóle un vistazo uno de ellos que no había abierto boca. El recibo de las diez mil pesetas tenía el encabezamiento de la tienda de loza y porcelana del amigo Vicente: «Vicente Calvo y López. Postas, 6. Azulejos y loza de todas procedencias. Especialidad en reflejos metálicos. Teléfono 14562». En un falso gótico del mejor relumbrón. Lo estoy viendo.

El callado dijo:

—¿Sabes quién te ha denunciado por fascista?

Mi padre le miraba.

—Este.

Y señalaba con una mano, en la que faltaban dos dedos, el encabezamiento del recibo.

Y fueron por Vicente.

### 3. Julio Jiménez: autorretrato

«No hay feria como la de Albacete. Ni la de Játiva, ni las de Valencia, ni siquiera las de Alcoy. No hablemos de Cocentaina. ¿Te acuerdas de Cocentaina, de la agarrada con el Moreno? No las de Hellín, ni las de Mula, ni las de Caravaca. Ni las de Utiel; el año que fuimos a Utiel y a Requena. ¿Dónde he pasado tanto frío como aquí? ¡Y ese tranvía sin venir! ¡Dios! ¡Qué frío! Quizá en Chinchilla o cuando fui de pequeño hasta cerca de Ciudad Real: llegamos hasta Daimiel, no sé si a Almagro. ¡Ahora nieva! Nunca ha nevado tanto en Barcelona, lo dicen los mismos catalanes. Será porque la ciudad está fría: sin carbón, sin leña. Por lo visto son las casas las que calientan el aire. Nunca han estado tan frías las paredes. Esa humedad del tabique que se mete en la espalda por la noche. ¡Y ese tranvía que no viene!».

Pintea el agua rehilada de nieve.

«¡Tan bueno como amaneció! ¿Cómo estará el niño? ¡Cómo me va a mirar la Matilde cuando me vea entrar sin el médico! ¿Qué culpa tengo yo de que no haya venido? Doña Teresa dice que vendrá antes de las seis. Habrá tenido que hacer. ¿Y si el niño está peor? Yo he dejado el recado, y doña Teresa apuntó las señas. ¿Qué más podía hacer? ¿Por qué me iba a engañar? ¡Cómo me va a mirar la Matilde! ¡Y con el frío que hace! A lo mejor cuando llegue a casa ya está allí. Todos los médicos tienen coche. ¿Qué interés va a tomar un médico por un niño como el mío? Para acabar de arreglarlo, ese tranvía sin venir. No sé si tengo más frío en la espalda o en las piernas. ¡Cómo se despide el año! ¡Qué noche vieja! Ahora estaríamos en la Feria de Valencia. ¿Dónde? Estos años la han cambiado de sitio más veces que gobiernos ha habido: un tiempo en la Gran Vía, antes en la Plaza de Castelar, cuando aún había Bajada de San Francisco. ¡Qué tapas las del Bar Oliveta! Y en los solares de la estación del Norte, y en la Avenida de Victoria Eugenia, ahora detrás de la Plaza de Toros. Se acabó el tiempo de las ferias, Julio.

»Voy a subir a pie. Contaré hasta veinte, y si no viene subo a pie. Tan oscuro y lloviznevando. ¡Qué frío, Dios! ¿Qué crees que tiene el niño? ¡Si estuviese seguro de quién me lo aojao! ¡No hay sea el Manuel! ¿Se puede morir? O desgraciarse para toda la vida. ¡Cuarenta y dos pesetas una docena de huevos! Y nada en la Cooperativa. La culpa de los fascistas. Sí. Y del Gobierno. Ya los metería yo a todos esos que comen en los restaurantes... ¡Esos son los de la quinta columna, hijos de la gran madre que los parió!

«A ver si es éste. No, un 54. Ahora estaríamos en Valencia. A hacer puñetas, no espero más».

Julio Jiménez hunde sus manos encallecidas en los bolsillos de su pantalón de pana, deja la Plaza de la Universidad y sube Aribau arriba.

«He esperado hasta las siete y media. Dijo que vendría a las seis. Ya está bien.



Con tal que no esté cerrada la farmacia».

Cae el cielo negro sobre la ciudad negra. Se adivinan los fantasmas de las espirales ventolineras de la nievezuela, resbala la jalea del lodo por el suelo enfangado. Al chispazo largo de los faros de los automóviles brillan el rayadillo del agua y los charcos picados. Llueve desde siempre y para siempre, para siempre es el frío: durísima espada. Aúllan de pronto las sirenas, desencuévanse como los vientos; envuelven la ciudad ululando a muerte.

«¿Con este tiempo también? Bombardearán nubes. No tengo miedo y se me encoge siempre el estómago. Es lo que le faltaba a la Matilde. ¿Quieren que nos muramos en el barro? ¡Puercos!».

El zumbido de los motores y el rebombar de los truenos de los cañones tirando, ciegos, a la aventura de los oídos. La ciudad, herida y oscura, siente más la congoja del frío. Cerca de la verja de la Universidad Julio Jiménez duda un momento, el agua por la boina, por la cara, por la chaqueta corta de pana rayada. Hace tiempo que el ocre tostado del terno ha perdido su vello en coderas y rodilleras: cálense en seguida las urdimbres. Córrele la lluvia por las arrugas de la cara, como si fuere por cárcavas, gotea el bigote rucio, andan luego los rosarios de agua al azar de su barba cerrada, sin afeitar desde la recaída del chaval. El agua bate cejas y pómulos sin hallar mejillas, y por las torrenteras de los desaparecidos mofletes éntrase por el cuello: que la camisa no es obstáculo, cabe el puño por él, tanto adelgazó el hombre de tanta lenteja, tan poco pan. Julio Jiménez pasa de los cincuenta, con mucho hueso y poca carne, ancho, bajo, la quijada fuerte, la boina pequeña, la cara y las manos tostadas de aire y sol que el cuerpo lo tiene blanco como cuajada. Hunde el pie derecho en un charco, llenásele de frío y humedad, a pesar de las botas, que son de Almansa. Por la calle que enfila baja un gris arremolinado como ventisca de puerto. La nieve se deshace en agua a cualquier contacto.

«Ya ves, una buena acción nunca se pierde: la ayudé a salvar el equipaje y ahora me manda el médico y quiere encontrarme trabajo. Trabajo, trabajo... ¡Quién vendiera ahora relojes subido en las tablas del barracón! ¡Señoras y señores! Yo no soy León Salvador...».

León Salvador, ¡el rey de los feriantes! Con su mancha vinada partiéndole la cara. Y su labia famosa. El solo vende más relojes que todos los demás juntos.

Las ferias son casi todas en agosto y septiembre, aunque empiecen con la Magdalena en Castellón y acaben con el Pilar, en Zaragoza, que las de Navidad en Valencia no son nada, un aguinaldo.

El número y la calidad de los tiovivos, de las norias y columpios, indican la importancia de la feria, que la de la comarca depende de los animales; lo que importa es el ganado, y en las capitales los otros. Sin reses, las ferias no pasan de ser verbena. Las barracas son propiedad del Ayuntamiento, y los puestos, de año en año, los

mismos para los mismos, a pesar de la pamplina de la subasta. Son tres las clases de comercios: de juguetes —de Anda, de Denia—, de bisutería —ahí de murcianos y valencianos— y los turrónes de Jijona. A las ferias pequeñas suele acudir un tiiovivo, tres tiros al blanco y un Museo Taurino de figuras de cera con la casaquilla del «Espartero», o el estoque de Reverte. Para las mozas las vitrinas de los quincalleros son las páginas de la moda; que el recovero trae siempre lo mismo. Las feriantes están al día y exponen lo último de Barcelona y Madrid. Antes conocen «lo que se lleva» en los lugares que no en la ciudad. No hay quien las engañe.

—No. Eso ya lo llevaba Ud. el año pasado.

Pasan revista a todas las cristalerías, con mucho cuidado. El precio es lo de menos.

—Mira: un broche igual al que Mariano le ha regalado a la Felisa.

Cada pueblo tiene sus preferencias: en Albacete se vende lo negro y en Játiva lo colorado. Se suceden las modas más de prisa en Lorca que en Nueva York. Una exacerbada necesidad de novedades en medio de una vida invariable.

—Esto se lleva siempre.

—¿Eso? Del tiempo de mi abuela.

Los viejos dicen que aquello ha cambiado mucho, que antes las esclavas, los zarcillos... Cualquiera sabe. Pero a Julio Jiménez le parece que el pueblo siempre ha querido cosas nuevas y desprecia el ayer.

En cambio los dulces son inamovibles. Véndese siempre más turrón de Jijona que del de Alicante, y más de éste que del de yema, y más de yema que del de fruta; y más turrón que mazapán, a pesar de venir éste modelado en figurillas con lazos verdes y rojos y adorno con granos brillantes.

Los juguetes median entre los dos negocios: los niños son rutinarios: a pelota perdida, pelota pedida. Un perifollo no tiene importancia y sirve para presumir —una muñeca, un tambor es otra cosa. El juego es algo serio y los juegos no varían más que las comidas. Generalmente, la clientela de la feria come hervido todas las noches. Además las niñas son conservadoras: no hay quien las haga tirar la muñeca vieja, pero quieren otra. Los látigos, las canicas, los trenes de hojalata, los acordeones con las arrugas verdes, malvas o rosa—, los aros, los violines, las cajas de colores, varían poco, pero varían los niños. Mucho más que las mujeres. Un niño dura dos años, una mujer moza el doble: hasta que se casa. Además los niños no tienen memoria, razón de la eternidad de sus gustos; que la liviandad de las muchachas nace de lo contrario; una mujer se acuerda siempre de los aretes de su boda... Los hombres compran boquillas y relojes. Las hembras les mercan gemelos y alfileres de corbata. Cada año trae críos nuevos y nuevos modelos de arracadas. Los peines y los neceseres son siempre igual a sí mismos.

—Hola, Julio: quiero un escaipidor «de la Tortuga», como el que me vendiste en Vélez Rubio hace tres años.

—Ahí tienes uno «del Elefante».

—No. Quiero uno «de la Tortuga».

En las ciudades hay, además, rifas y atracciones. Los barracones son de propiedad: la mujer sin tronco, que la barbada ya no le interesa a nadie; la sirena y el mayor monstruo del universo: carnero con tres colas y dos cabezas o cabritillo con seis patas, o mejor serpiente cascabel o aun aligador zampahombres. En un tapiz colgado al frente del cadahalso la bestia inmunda se medio traga un hombre de color. Y tras unos cortinones de terciopelo carmesí trencillados de oro: la muerte de Granero.

«Las ferias. ¡Eh, Julio, las ferias!».

Los porritos se están muriendo. Ahora la moda son las perdidas, tres en hilera a medio vestir, con «trajes de noche», dándole a los hombros lo que es de otra parte, al compás de un son, por rayado, gangoso. ¡Infelices! Y muchos que se dejan engatusar. Salen riendo, con los pies calientes y la cabeza fría. Las tómbolas varían según la tolerancia gobernadora, lo bonito son los colores: el 0, negro; el 1, rojo, verde o azul, y el 2, y el 3. Se encienden y apagan las bombillas de colores al repiqueteo de la ballena por los clavos de latón dorado que bojean la rueda de la fortuna.

—¡El 12! ¡Y va con regalo!

Los circos son aparte, aletazo del gran teatro del mundo. Los circos y las músicas celestiales de los grandes carruseles —*Poeta y Aldeano, Moros y Cristianos* y la segunda rapsodia húngara de Liszt— forman en un universo que Julio Jiménez conoce mal: las ferias de las capitales, de Vigo a Cartagena, de Santander a Valencia. Él se ha hecho hombre en Mula, en Cieza, en Totana, en Jumilla, en Alhama, en Puerto Lumbreras, en Mazarrón.

«Y eso que no hay cosa como esos organillos de París, con tubos de azófar, como un órgano de verdad, y sus muñecos dando graciosos giros, tocando un tambor o alzando la batuta, vestidos de sota».

»¡Mira que si Teresa Guerrero me coloca de avisador! Porque yo creo que se muere de hambre. Sí, de hambre. Un hombre puede comer menos que un niño, para eso es hombre. La sabandijilla jimplando, jadeando. Y ese pulso tan rápido que parece que le va a aserrar el corazón. Anda, anda. Arrempuja el aire, latiguea el agua, batiendo nieve. Hay que ir hacia arriba. Y si me casca un antiaéreo, que me casque. Tira. Cuanto antes, mejor. No se ve nada. Y el frío que se aprovecha y se cuela por todas partes, como si pagara. ¡Cuidado al cruzar! Diputación».

«¿Qué vendrán a bombardear si no ven nada? Tira. Dale. Cerdos. Aquí no conocerían a León Salvador. En esta época nunca ha hecho un tiempo tan cochino. Había que verle en Albacete subido en sus tablas. No era un feriante, un artista. Yo no llegaré nunca a eso. Dicen que soy muy bruto. A mucha honra». León Salvador había hecho tablado del mostrador: se subía encima, en el lugar del género ponía los pies.

Un espectáculo. Vender divirtiendo. Charlatán, embaidor. Los viejos le miran como a un hereje. Su gente se le rinde con sólo verle reír agitando su campanilla. No es clientela, sino público. Su éxito: convertir el teatro en ganancia.

«No os voy a decir lo que os voy a dar por cinco. No os voy a decir lo que os voy a dar por diez. Ni por cien. No lo vendo: pero le añado un billete de cinco duros. ¿Quién quiere el todo, todo esto que tengo en la mano: el billete de veinticinco pesetas, el reloj, que no quiero vender, esta cadena que pongo ahora, quién lo quiere por veinte pesetas? ¿Nadie? Ya lo decía yo: no lo doy a ningún precio. El público es tonto. ¿Ud.? ¿Ud. lo quiere ahora? Ahora es tarde. Vuelva mañana».

Y la gente se ríe. Cuando más los insulta o engaña, más se ríen. A menos que uno de sus comparsas intervenga y se lleve la breva, entonces surge otro: «Yo, también...». Y la gente se vuelve a reír. «Por qué —se pregunta aheleado Julio Jiménez—. Si lo hago yo la gente se queda fría. Tiene ángel».

«No lo doy: ni por cinco, ni por diez, añado un billete de cien pesetas. ¿Quién me da noventa de todo?».

La gente se arremolinaba aguzando el oído.

—¡Chist! ¡Callarse!

Cerca o lejos, alrededor, los tiovivos, los columpios, la montaña rusa, el tobogán, los circos armaban jolgorio, en amalgama con los gritos de las criadas. Algazara contrapunteada por el ruido de los disparos y el aplastarse de los balines de plomo en las charpas de hierro pintarrajeadas, poniendo en movimiento una fragua o haciendo pasar un tren, o haciendo tocar a rebato unas campanas; desfila una procesión, gira un molino o estalla el petardo del ¡bomba va! Al lado, los que presumen de mejor puntería se afanan en lanzar de su vertical y altibajero lecho de agua una pelotita de celuloide que rueda sus dos colores; los buñuelos y las pipas de yeso han perdido adeptos. Al lado, un negro pasea tras una alambrada, sobrepásale su chistera, que unos muchachos del cuarto año de bachiller se empeñan en tirar con la sana intención de darle al moreno en las narices: puede más la mala puntería que la mala baba, y el cimarrón sigue andaviniendo por su jaula, tan contento. Las pelotas rebotan en la madera del fondo, rehinchiendo los timbres, los gritos, los pitidos, los campanillazos, la albórbola de todo y la garla de León Salvador, que con grandes alharacas y su voz rota, bronca pero clara, procura vencer la trápala: «¡Ud. tiene ojos de comprador de reloj! ¡Ojos de comprador de Roskof! ¡¿Qué es un reloj, señores? Nadie sabe lo que es un reloj. Un reloj, señores, con catorce rubíes! ¡Y áncora! ¡Un reloj suizo, señores! ¿Qué es un reloj? Nadie sabe lo que es; León Salvador es el único que sabe lo que es un reloj. Nadie sabe lo que es, pero todos quieren tener uno, sin saber lo que tiene dentro. El que no tiene reloj, pierde el tiempo. Sin reloj ni se vive, ni se puede vivir. Tanta falta hace como las mujeres, y salen más baratos. Me diréis que andan solas, que no hay que darles cuerda. Pero no hay quien las pare, ni León Salvador que las

componga. Un reloj suizo, ¡con catorce rubíes como catorce soles! ¡Catorce rubíes como no los hay mejores! ¿Qué vale un rubí, señores? Alguno de Uds. ¿puede decirme lo que vale un rubí, un rubí verdadero, un verdadero rubí? ¿Valdrá un rubí menos de un duro? Tú, muchacho, ¿crees que un rubí puede valer menos de un duro? No. El chico no sabe lo que vale un rubí. Pero un rubí es un rubí. Y un rubí no puede valer menos de un duro. Alguno de ustedes ¿puede venderme un rubí por menos de un duro? Nadie. Nadie. Aquí tengo un reloj del mejor sistema Roskof, un magnífico reloj de catorce rubíes; catorce rubíes que valen por lo menos catorce duros. Más las tapas de oro chapeado de 18 kilates, la esfera, los números, la maquinaria, los resortes, el áncora —porque es un reloj áncora, señores— más los muelles, la cuerda, las ruedas, las agujas, el cristal. Un reloj completo, garantizado por León Salvador, ¡el León de los vendedores y el Salvador de los compradores! Un reloj de catorce rubíes, ¿por cuánto lo vendo? ¿Por cien pesetas? ¿Por ciento veinticinco? No, señores, no. No seré tan tonto. Tiene catorce rubíes que valen, ellos solos, catorce duros. ¿Por cuánto lo vendo? ¿Por los catorce duros, que valen los catorce rubíes? No, señores. Ni por catorce, ni por trece, ni por doce. Ni por once, ni por diez, ni por nueve: seis duros, señores. ¡Y no vendo más que esta caja de doce! Uno para este señor, otro para aquél, éste para el señor calvo de más allá. Lo siento, no hay más. Lo siento, vuelva Ud. mañana, quizá le pueda complacer. No. No hay más. ¡Ahora vendo un lote de cadenas! ¡Ahora vendo un lote de cadenas de reloj!».

Pita y campanillea el carrusel, gira la noria, chilla el macaco del barracón de rabizas.

Cruza —una calle más arriba— una ambulancia con el mismo timbre que el de los recuerdos. Julio Jiménez guachapea en el fango. Tropieza. «Cuidado al cruzar. ¿Consejo de Ciento? ¿O la ha pasado ya?».

La noche se convierte en hopa.

«¡Cómo encocora el frío! ¡Y cada vez más fusco! Alargar el paso. Cuanto más de prisa, más pronto llegaré. ¿Qué diría? ¡Dichosa alarma! Y el niño delgado, con los ojos cerrados —¿abiertos o cerrados?— de fiebre. Y sin quinina, o como se llame el potingue ese. Para eso se vuelve uno a casar. Es que el hombre es así. Sin mujer no se puede vivir. Y eso que ésta ha salido buena. Pero nadie me quita de la cabeza que el Miguel ha *aojao* el crío. Yo no podía adivinar que le gustaba la Matilde. Además en esos momentos uno se ciega. ¡Y Miguel es tan hijo mío como el chirriquito ese! Miguel en Teruel; tampoco pasará frío, que digamos. ¡Cochina vida, cochinos fascistas!».

«¿Por qué vinimos a Barcelona? En mala hora. ¿Por qué me he *acordao* de la feria de Valencia? Cabo de año... Tira *p'arriba*. Cochino charco, cochina vida, cochina guerra, cochinos fascistas. ¡Agua de Dios, basta! Y dale. Si se muere, la culpa la tienen los fascistas; y si no, ¡a ver quién ha empezado la marimorena! ¡Y no

se encuentra comida ni pa un remedio! ¿Qué remedio tiene el delgadín? Y las colas. Que el frío, que el no encontrar el médico ese del demonio, que la alarma, que el romperse las narices con tanta cochinateda como parece que hay por el suelo, ¡cochina nieve! Lo peor, el frío. Peor que el acabóse. ¡Me falta resuello! Está uno solo en medio del mundo, ni Cristo por la calle. ¡Es mucho machacar, Dios! Ya me corre el agua por la espalda, ¡cochino cogote! Y no saber. No saber ¿qué? ¿Por qué se ha de morir el niño? Es una vergüenza. Sería pa llorar si no lloviese tanto. ¡No dejar uno pa muestra! Y ahora resulta que el Miguel se ha *casao*. Seguro que con cualquier pendón. ¿Qué he hecho yo para que todo se me venga encima? Y arrea, Julio, arrea. Cuidado al cruzar. ¿Aragón? Sí».

La reconoce por las barandas y la trinchera. Por el hondón pasa un tren, un tren todo mojado, transido de frío; un tren descristalado, sin humo.

«Corre, que llegarás tarde. ¿Te cansas? Yo también. Y eso que yo pudiera... ¡Mira que si la Teresa Guerrero me coloca de avisador! ¡Yo, de avisador en el teatro Barcelona! Con tantas pelucas y tarros, y coloretos y tanto olorisco y trajes de recambio».

«Y eso que yo no debiera sentir el frío».

Porque Julio Jiménez es de tierra fría, de Cabuérniga, para más señas, de padre barquillero y mudo. Pero salió de allí muy rapaz. Pequeño se había quedado; hasta la huesa, ralo y duro, con la cabeza como de piedra, los ojos como alfileres y lucios; la frente de dos dedos toda arrugada, como si se hubiesen empeñado en que cupiese toda en tan poco espacio. Ya le daba a la rueda cuando se murió la madre y el padre se abarraganó con una trapera, que creyó tenerlo todo resuelto con un hombre mudo. El que salió peor librado fue el chico que, a las primeras de cambio, se las piró. Así cayó feriante. A los doce años, al azar de un encuentro. Fue creciendo sin darse cuenta, sin que lo notaran los demás. Un día empezó a granjear por su cuenta, se amontonó con una de Alcoy, nació Miguel, se murió la mujer a los dos años de no se sabe qué: un dolor que le dio... Las comadres murmuraron. Allá ellas. Ahora Miguel ya tiene veinte años, por lo menos. «Y la otra, la sabandijita, se está muriendo». ¡Qué le importa al agua! ¡Qué le importa al agua el frío! ¡Qué le importa al agua que yo venda o deje de vender relojes! Cuidado al cruzar; Valencia.

¡Y la pobre desgraciada que me dice que todo esto nos sucede porque he votado por las izquierdas! Infeliz, ¡qué sabe ella! ¡Qué saben las mujeres! Las mujeres a barrer el piso, a lavar, a callar. A limpiarle el culo a los niños, que para eso los hacen. ¡A callar las faldas! ¿Qué se te muere el niño? ¡A callar! ¡A callar, he dicho! ¿Es nuestra la culpa? Entonces, a callar, ¡qué narices! ¿Es mía la culpa si el médico no estaba? ¿Es mía la culpa si no hay leche? ¿Eh? ¿No dices nada? ¿Es mía la culpa si hay alarma? ¿Es mía la culpa si llueve? ¿Es mía la culpa si hace frío? ¿Eh? ¿No te atreves, eh? ¡Pues, a freír espárragos! ¡Y a callar! Si no te callas, te arreo. ¿O es que



crees que no me gustaría más estar vendiendo relojes en la feria de Valencia?, aunque de cuando en cuando oiga uno que dicen:

—Mira ése. Se cree que es León Salvador.

¿O es que crees que por eso voy a votar a los carcas? ¿Qué qué tiene el niño? ¿Es que soy médico? ¿Entonces? ¿Es que crees que si lo supiera no estaría ya curado?

«¿Por qué se casaría uno? ¡Si en vez del niñorro se muriese ella! ¡Calla, condenado! Esta calle ya es Mallorca. Cuidado. No se ve ná. Mira que si se llegara a morir ella...».

La idea se le queda fija a pesar de sus esfuerzos para borrarla. Anda diez metros con ese laberinto a cuestas. Véncelo el frío y el vientecillo cicatero que traspasa la humedad del pecho a la espalda.

«Dios, ¡cómo tengo los pies! Dios ¡ayúdame! Haz que se salve el niño. Si le salvas... Si le salvas ¿qué?».

Julio Jiménez aprieta los puños en los bolsillos.

«Si le salvas, ¿qué?».

Julio Jiménez no le puede ofrecer nada a Dios.

«Si no tengo nada, ¿qué quieres que te dé? Pero ¿qué culpa tiene el niño? La culpa es de la noche, del agua, de la alarma, de los fascistas, de la guerra, de la mierda. Hace tiempo que no se oyen los cañones. Habrá sido una falsa alarma. A lo mejor».

Baja un auto fiándose de la soledad.

«Al fin y al cabo la culpa es tuya, Dios de los españoles. ¿Es que los ricos no tienen bastante contigo? ¿Qué te he hecho yo? Se murió la Fuensanta, que bien sabes que no la maté. ¡Qué comadreen lo que quieran, y a mí qué! Yo hice lo que pude. Una desgracia. No hay más Dios que el de las desgracias. Del frío me siento los huesos. Me duele el esqueleto. ¡Otro charco traicionero! ¡Trampa! ¡Trampa! ¡Sálvalo, que es pequeño! Y si se muere haz que su madre no lo sienta demasiado. Que yo ya me las arreglaré, para algo es uno hombre. La culpa de todo la tiene el Miguel, le echó una mala mirada. Yo lo vi. ¿Qué le gustaba la Matilde? ¡Haberlo dicho antes! Provenza. Cruzaré hacia el Hospital. Tengo que ir a Granollers. El Borrao dice que allí hay patatas. A ver si Oriol me quiere llevar en la camioneta. ¿Y Clemente? Lo malo es que un reloj es mucho reloj por diez kilos de patatas. Mucho reloj y poco arroz. ¡Me cago en diez, otro charco! Y ale, otra ambulancia. ¡Cochinos fascistas! Cuidado al cruzar Rosellón».

«¿Por qué se me revuelve el estómago pensando en el niño? Lo que tengo es cochina hambre. Y sobre los hombros frío, y en la cabeza rabia. Y en los pies, agua. Con tal que el médico ya esté en casa. Ha prometido decirle que suba en seguida. Debe de tener coche; a pesar de la alarma creo que a los médicos los dejan. Lo que tengo es hambre. ¡Aquella paella de Albocacer! Y el gazpacho de Utiel el día que

maté las dos liebres. Carretera de Sarriá. Ya falta menos. ¡Agua y venga agua! Si el cielo está tan mal repartido, ¿de qué nos quejamos? ¿Qué darían por esta lluvia en Lorca o en Puerto Lumbreras? ¡Y la nieve de balde! ¡La feria de Puerto Lumbreras! Total subíamos diez o doce a hacerla».

«¡Ay, el campo de Murcia, donde el agua divide la tierra a ojos vistas. La misma tierra, el mismo aire, el mismo sol: con agua, todo verde; sin agua, todo polvo. Secano, y aquí, tanto barro!».

«Huellas del Sangronera y del Segura. Verdes canales hasta el extremo estiradísimo de las aguas. Totana, verde; Puerto Lumbreras, blanco. Abarán, vivo; Mazarrón, muerto. Secano para perder la vista, blanco de sed. Espinardo, tan verde. ¡Cómo huele a naranjo y jazmín!».

«El colchón de borra tendido por el suelo de la caseta sin importarles el tamo. Cuando hacía calor, calor; cuando hacía frío, el brasero: lo cuidaba con aquella badila de cobre historiado, que no recordaba de dónde había salido. Las sábanas se las lavaban las amistades: ninguna tan simpática como aquella Matilde de Alhama. De noche, cerrado el barracón con una lona claveteada; el viento regolfado en ella, tamizado su ímpetu, se dejaba caer fino y blando sobre las espaldas del feriante dormido. Si el aire pasaba de la raya, se le combatía con un vinillo de agujas, agrio y raspante, según los lugares, cuando no caía pardillo o, en la Mancha, tintorro y de buenas orejas. Con las mujeres todo se ordenaba, pero el tiempo que anduvo solo con el chico ya mayorote se los comían las chinches. Por algo se había vuelto a casar, que no todo fue por el gusto. Para el invierno tenían un piso en Murcia».

«¡Y que no se comía! Puñeteras lentejas de hoy —de ayer y de mañana—. Y que no falten. ¿Por qué no haberse quedado allí? Para qué vamos a hablar: igual que querer volver el agua a la fuente. A lo hecho, pecho, Julio. Y por probar nada se perdía. Y sobre todo, que el chico podía seguir con el negocio. Y que no era divertido tenerlo siempre delante. Y no íbamos a dormir todos en la caseta. Y la Matilde ya echaba barriga. No era mala solución esa de venirse a Barcelona. Puerto Lumbreras... Y la sabandijita muriéndose. Puerto Lumbreras. Sudor y polvo. El poniente. Las cuatro acacias de la plaza. Puerto Lumbreras, después el desierto y luego, a lo que dicen, la Andalucía. El viento africano. Uno lo cree porque se lo dicen».

«Vélez-Rubio, Huercal-Overa, Mazarrón: extremos a que llega su mundo. Los pueblos de más adelante los conoce por los mojones, las placas, los letreros pintados en las paredes de las casas, enlechadas, de los peones camineros. Nunca pasó de Puerto Lumbreras, avanzadilla de Lorca, muerta de sed. No hay lugar donde se corte más a rajatablas la huerta y el desierto. En el término de cien metros varía la vegetación de todo en todo: en una ladera naranjos, en la otra espartos; en un haza melocotones; en su punta seca, alcaparras; y más allá, ya retorcida de tanta sed, una

higuera. Y las chumberas. Los hartos de hambre, de tanta sed, de tanto horizonte desnudo, buscan en las entrañas de la tierra. De Cartagena a Almería el suelo destripado de minas. Minas pobres, escasas, duras, pero más blandas que la superficie: puro polvo y abrojos. Durante las elecciones todos hablan de canales y repoblación forestal: “Han plantado quinientos pinos en la Sierra Espada”. Esperan milagros de los discursos y de las primeras piedras. Dura Penibética».

«Puerto Lumbreras caliente de sol y de moscas. Por las paredes de los cuartos encalados hay cromos y calendarios, las ventanas están defendidas por finas telas metálicas y el paso de la sala por una cortina de bambú. Dos casinos y tres iglesias para los vecinos y las vecinas que, contando los perros, que no son muchos, y los niños, que son más, suman dos mil».

Las fiestas dividen el año. Por la plazoleta, al atardecer, y a primera noche, pasean las señoritas y los señoritos (cuatro señoritas, tres señoritos; tres señoritas encuadradas por dos señoritos; tres señoritas, dos señoritos). A última hora llegan los dependientes «que cierran tarde» y sus amos.

»Muere por allí la pólvora levantina y nace, ardiendo y hondo, el cante andaluz».

»Todos conocen a los feriantes por sus nombres o apodos. Todos los feriantes conocen a los vecinos por sus apellidos o alias».

»—¿Y la chica, don Antonio?

»—En los baños de Fortuna, con su madre.

»—¡Vaya! ¡Vaya!

La hija del fondista, Crisanto Fuentes, conocido por «El Brújula», le hizo tilín al viudo, sin saber por qué.

«Yo, ¡qué había de saber que el Miguel la rondaba! Ella no dijo ni pío. Ni entonces, ni después. Y tan secarrón el chico: los buenos días y gracias. Uno no puede estar en todo. Con que me lo hubiese dicho; pero le sale al abuelo. Además tenía razón: ésas no son cosas que se cuentan a los padres. ¡Aquella noche en que cogí a la Matilde y la entableré! ¡Qué calina! La metí en el barracón. Al fin y al cabo si no hubiese querido no hubiera *entrao*. Claro que se defendió, estaría bueno que no, y sin abrir boca; pero yo estaba salido. (Le arpó la cara, acezosa; pero la tuvo). Lo que le dije al chico: “Lo que quieren las mujeres es casarse. Que lo demás... Ya se sabe, desde pequeñas al olisqueo de los hombres. Parecen perras, con la nariz donde menos les importa. Y que en seguida se lo notan a uno...” Y el Miguel tan serio, con la arruga esa del abuelo, entre las cejas. “Ahora es mía, con que tú, ¡a callar! La diferencia de edad, ésa me la meriendo yo. Eso es cuenta mía, con que, ¡a callar! Y si no estás de acuerdo: por ahí se va a la calle”. Entonces es cuando le echó el mal de ojos. ¡Derecho a la tripa!».

«Ahora se acaba la alarma. Es capaz de creerse que me he esperado el tranvía. Cochino frío. Me voy a tener que cambiar de arriba abajo. Con tal que se hayan

secado los calcetines. Puñetero jabón: ni una brizna».  
Llegó sin huelgo al portal de su casa.

## 4. Teresa Guerrero

Julián Templado había olvidado el mensaje que le había enviado Teresa Guerrero la noche anterior citándole en el teatro: al entrar en el hotel, medio dormido, preguntó, como de costumbre, al conserje de noche: ¿Hay algo?

Dióle éste el recado de la actriz; tras ojearlo se lo metió en el bolsillo del gabán y subió, ya en el limbo, los cinco pisos que le trasportaban, en volandas del sueño, a su cama. No hizo ningún esfuerzo por grabar la cita en su flaca memoria. Además, quién sabe si en los laberintos de sus primeras y segundas intenciones y claroscuro de sus deseos, se medio formó la intención de probar si castigándola conseguía algo, irritando su vanidad y haciéndose presente por su falta: idea que no hubiese resistido un momento de lucidez.

La verdad: que se le pasó la hora; muy a gusto en el café hablando deshilvanadamente con Hope.

Willy Hope creía que la verdadera razón de la guerra había que buscarla en la reforma agraria; que todo hubiese podido resolverse «parlamentariamente»; que, en general, la culpa era de los españoles, que prefieren las soluciones rápidas, y lo rápido siempre es violento.

—No sabéis esperar —decía—. Desesperados, pensó Julián.

—Y eso que la mayoría de vosotros no sabéis qué hacer con el tiempo. Cortáis los nudos. Os gusta cortar por lo sano —Hope hablaba con cierta dificultad, repitiendo verbos.

—Y claro, produce sangre —contestó Templado—. Sí, es posible que la paciencia no sea virtud española. Para convencer, sajar.

—Cirujanos de vocación. No tenéis medio.

—Ni remedio.

—Sois intolerantes por falta de paciencia, no por el hondo sentir. San Vicente Ferrer es santo por haber convertido cuatro mil judíos de golpe. O todo o nada, lo cual alaba el orgullo, que esa sí que es virtud de tu país. Despreciáis la muerte por chulería. Aquí, los grandes hechos históricos presentes en la memoria del pueblo no son ni Flandes, ni Orán, ni la conquista de América, sino Sagunto, Numancia o Zaragoza. No os importa tanto la victoria, como el quedar como Dios. Y del orgullo a la crueldad solo hay un paso.

—Raíz del orgullo: no querer oír —comentó Templado.

—A pesar de eso algún día os tendréis que poner de acuerdo.

—¿Con quién? ¿Con Franco? No cedemos ante las componendas. El perdón después de la victoria, ése es otro cantar.

—Pues si vosotros sois los vencidos me parece que podréis esperar sentados. O colgados.

—¡Bah! ¡Quién sabe! La diferencia entre Burgos y esto, como me decía un compañero suyo que ha estado en las dos zonas: «Que allí hay muchos italianos y aquí no».

—Fíese. Ud., ¿es comunista?

(Se conocían poco y, a veces, se hablaban de tú, otras de Ud).

—¿Yo? ¿A qué santo? ¿Por qué?

—No sé. Creo que me lo había dicho éste, un amigo suyo que está en «La Vanguardia». ¿Cómo se llama? Bueno, no importa.

—Ahora dicen de uno: es comunista —o de la CNT—, igual que antes: es carpintero, u hojalatero o albañil. No soy comunista por mil razones: la primera porque soy español y el comunismo triunfante representaría una hegemonía rusa en el mundo, de la misma manera que una dictadura católica sería una hegemonía italiana. Soy regalista. La segunda o la milésima, porque el hombre, piensan, como hegelianos que son, no llega a serlo más que por la cultura y la disciplina. Y la disciplina les ha escondido el bosque. A mí la civilización me tiene bastante sin cuidado, me importa el hombre. El comunismo sólo conoce lo que le conviene. A mí me parece muy bien: pero allá él. Un burgués y un comunista evalúan el individuo según su rendimiento, yo no. El katetón es para ellos el todo: la libertad y la ética les tiene sin cuidado, a mí no. Dicho sea de paso, es con los únicos con quienes me entiendo, porque son decentes, trabajadores, disciplinados, que es lo que pido a los demás.

Pasaba el camarero a tiro y Hope levantó el índice y el medio indicando que reincidiera en el servicio.

—Basta que piense algo para que me ponga a luchar en contra —siguió Templado.

Callaron mientras les servía el mozo.

—Yo creo en el azar —dijo Hope—. Sólo en el azar. Si X no se hubiese casado con Z el mundo sería distinto. Si Napoleón hubiera muerto en mantillas el mundo sería parecido, pero otro. Por eso Tolstoi no tiene razón.

—¡Crees en la nariz de Cleopatra!

—Sí, desde luego: creo en la nariz de Cleopatra. Bebo a la salud de la nariz de Cleopatra. Tampoco creo en el destino, ni en el determinismo, ni en la fatalidad. Creo en el azar. Lo que me gusta es el juego.

Hope hizo una pausa, apuró su vaso. Coloradísimo, se reforzaba su aire pepón.

—Hoy hace un año murió Unamuno —dijo dejando la copa en la mesa.

—Pues es verdad —asintió Templado—. El tiempo, en la guerra no vuela: desaparece, de tanto quehacer. «El tiempo no mata, nosotros matamos el tiempo», como escribió un guasón en el portal del Casino de Labradores, en Sevilla.

Empezaron a mugir las sirenas, y la luz se fue marchando. Con la alarma se le hizo presente a Julián Templado la cita de Teresa Guerrero. Hope volvía al hotel

(vivían los dos en el mismo) y el médico cruzó, encogiéndose de hombros bajo la lluvia, hasta el teatro Barcelona. Al llegar a la marquesina Julián, de pronto, entró en el mundo «Teresa».

(Tan estrecha de cintura como de caderas. ¡Reina! La tez oscura y la boca rasgada más allá de donde disponen los cánones; tus largos labios cárdenos, tus ojeras violadas, tu pelo de aceituna negra, en dos cocas parejas. Pequeña, de hombros hombrunos, cuadrada; tus brazos musculados, anchas muñecas, anchos tobillos. Tan estrecha de cadera como de cintura. Tú, tan pequeña. Tus dientes de lobo más blancos que la nieve. Tu andar cernidillo. Tu color descolorido. Dura. Piedra. Pesada macizez de tu cuerpo sin resquicio. Tus tetitas menudas que no hay qué las mueva. Tú, tan corta, prieta, con tu boca herida, Tere, siempre seria).

Era así; no que fuese triste: seria. No había coloretos para su color; todos la dejaban pálida. Los ojos grandes, la boca larga y una barbilla decidida. Con su belleza trágica auestas: los ojos verdes, tan morena; terrible en la imprecación, dura e inflexible para la comedia. Un bicho. Segura de sí misma y despreciativa de lo que no fuera su gusto, por la falta de dudas en su talento. Dueña de sí y de su destino. Cargada de hermanas de padres y madres distintos, perdidos los suyos en desavenencias y tablas.

—No, ésta es hija de Alfonso y Carmen, y Nati, de Alfonso y de doña Juana: sí, hijo sí, la que ahora anda con Monfort; la característica de Catalina. (No hay más mundo que el teatro).

Abandonada a su genio, al timón de su aire endemoniado, con cierta seguridad andrógina, muy femenina. La cintura en un puño, y tan estrecha de cintura como de cadera. Fuerte, pesada. De roble macizo.

—Nada de chapa, señor. Aquí no se engaña a nadie.

Teresa Guerrero, lengua espesa y mucronata; áspera para todos. Siempre rodeada de maricas y maricones que la adoran, al acecho y caza de sus más menudos deseos. Síguenla a todas partes, espéranla a todas horas; si hace falta se turnan. Fielísimos pajes de cámara:

—Tere, ¿quieres algo?

—No. Sí, pásate por el zapatero. O —ve a la tintorería—. O —mira si en casa de Asensio han recibido las medias de la Mariposa—. O —cómprame un tubo del número cinco, pero mira que no esté seco como el último—. O —avisa a mamá que no iré a cenar; que traiga la fiambra.

(Tere, lirio).

Cómica por los seis costados: Norte, Sur, Este, Oeste. Arriba y Abajo. Cómica desde los dos años. Hija y nieta de comediantes. Sin nada de histriónico en las maneras, ni de amanerado en las tablas. Mujer de muy pocos amigos y muy pocas amigas; siempre los mismos y las mismas inseparables: en el cuarto, en el café: que

es donde se va y se vive. Entre amigos y conocidos, cuatro o cinco: las amigas, a lo sumo, dos, con ese color ido, chupado por los afeites, aire cansado, como si el salir del escenario fuese la vuelta de un largo viaje. En el café se toma café o chocolate.

—No. Yo no bebo.

(Tere, cárdena, dura. Tere, morada).

—A mí, ¿ése?... ¡Vamos, hijo! Y si ésa se ha creído que yo...

El dejo chulo de sus entrañas y el irse para abajo de la comisura derecha de sus labios en acento de desprecio. Madrileña de Madrid.

(Y Ud., ¿de dónde es?

—¿Yo? De Palencia, pero sabe *ustez*, como si fuera de *Madriz*).

¿Qué le gustaba a Julián Templado en ella? ¿El cuerpo macizo de madera pulida? ¿El verde y hermético mirar que posiblemente no escondía nada?

Un vaho, un tufo, un halo de oraje.

¿O el vedado vientrecillo con la coma de un ombligo oscuro sobre la breve, oscura exclamación figurada más abajo, entrevisto al azar en un cambio de trajes un día que entró en el camerino por las buenas?

—Chica, perdona.

El marimarica de turno en una esquina. (Siempre los maricas alrededor, revoloteando).

—¡Ay, Tere, qué guapa estás!

—¡Ay, Tere!

—¡Ay, Tere, qué peine!

En cuanto entraba un desconocido sucuchábanse a chichismear, apiñaditos.

—Tere, no te olvides que Juanito ha dicho que nos esperaba en el café.

Por si acaso el presunto galán tuviera la ocurrencia de querer verla «después de la función». Si, por el contrario, el recién venido era de su calaña, ¡qué despliegue de gracias y damerías! «Tú por aquí...». «¿Y cómo estás?». Poetillas, musiquilleros y dibujantuelos.

—¡Ay, Tere! ¡Qué bien has estado esta tarde!

—¡Mira qué dibujo ha hecho éste!

—No es nada. ¡El romance de Alfonsito a los Marineros del Volga! A Rocés le ha gustado mucho. ¡Qué broche tan bonito! ¿Dónde lo has encontrado?

Julián solía escaparse ladeando mamparas, inadvertido, para no estrechar manos, costumbre extranjera que le repugnaba. ¿Para qué necesito yo tocarte el cutis, aunque sea la palma de tu mano? Los sodomitas no perdían prenda: daban y redaban sus extremidades blandengues.

—¡Ay!, ¿cómo estás?

O alargándolas a lo cisne, los dedos colgandillo. Desde el quicio nuestro hombre lanzaba un:



—Bueno, salud.

Y se iba. Los marioles contestaban con desgana.

—(—¿Qué idea tienes de los hombres, Teresa?

—¿Los hombres? No sé. Unos aprovechados).

Lo que Julián Templado deseaba era vencer su boca. Venusta ventura, lengua de lo imposible. ¡No hay lo otro...!

—Pierde Ud. el tiempo, Julián: ahí no hay nada que hacer.

—¿Cree Ud. que no lo sé? Iba aviado.

—Siempre se dice eso, y al menor descuido se intenta encarrilarlas por el buen camino.

—Nada, hombre, nada. Me divierte hablar con ella.

—Cada uno con sus gustos.

La amiga de Teresa se llama Cristina, preciosa criatura. Más lo era, que lo es: que con el tiempo ha ido perdiendo su rojuela color igualándose con la lividez de Teresa. Le ha ido ganando esa mohosa verdimorenez de la trágica, naciéndole ojeras, como musgo, en torno de sus divinos ojos pardos; parecieron sus niñas más negras y toda ella un poco fofa. A pesar de ello, las pestañas lanzadas hasta más no poder, los labios gordezuelos acerezados, las orejas menudas, el pecho mollar blandamente colgado sobre una cintura curva y mullida, seguida de unas caderas globosas dibujadas al aire de lo que necesitan, las piernas largas, las choquezuelas sin hueso que las delate. Toda ella calor de sus dieciocho años, ardimiento y lelili para cuantos la veían.

—¿Los hombres? Una jauría. Unos asquerosos. Todos.

(Tere, madreSelva).

Con la alarma se había suspendido la función. En el cuarto de Teresa, a la luz de una bujía, la actriz se despintaba. Cristina jugaba con los dijes de una pulsera. Faltaban los bujarrones: no podían con la lluvia.

—¿Qué quieres, hijo? Son de azúcar. Y tú, va podías haber venido más temprano.

Pretextó Templado un inconveniente cualquiera.

—Chica, no creí que fuera tan urgente. ¿Qué quieres?

—Eres médico, ¿no?

—Aunque parezca mentira.

—Te ha estado esperando un pobre hombre a quien se le está muriendo el niño. Es un feriante. ¿Te extraña? Me lo encontré el otro día por la calle. Es muy buena persona. Le conozco desde hace la mar de años. Una vez, en un pueblo, cerca de Murcia, donde fuimos a hacer la feria, se incendió la fonda. Yo iba entonces con Doña Irene. Me salvó el equipaje. Me contó sus miserias y me acordé de ti. Pero hijo, cuando se os necesita, ni con cuerda: y cuando se trata de tiquismiquis, siempre andáis donde no os llaman. Voy a ver si lo coloco aquí de avisador.

—¿Dónde vive?

—AH tengo la dirección. Ahora te la daré. Creo que es por la Diagonal. Anda a verle esta noche. Se lo he prometido.

—Ahora no voy a ir. Esperaré a ver si acaba la alarma y puedo coger un tranvía. ¿Qué hay, Cristi?

—Nada. Ya ves —dijo la guapa—. Parecía no pensar, y evidentemente no pensaba, suspendida en el vacío por su belleza; solían contestar los demás por ella.

Inesperado, asomó la jeta López Mardones. Como siempre, se le revolvió la sangre a Templado.

—Hola. ¿Qué haces?

—¡Psé! —contestó el recién llegado—. En el periódico; en el ministerio. ¿Y tú?

—Ya sé que ahora eres un personaje importante —le dijo el médico con afán de molestar.

De siempre, y conocía a López Mardones hacía años, le había herido su doblez evidente, su melosidad, su condición rastrera. Un suceso nimio acabó de forjar el desprecio que Julián sentía por el arribista. En un café de Madrid, a poco de la República, en una tertulia que más tenía de cherinola que de otra cosa, López Mardones se había jactado de su amistad íntima con el secretario del Ministro de Hacienda: Hemos estudiado juntos el bachillerato. Todo lo que yo quiera...

Necesitaba Templado una recomendación para este personajillo y, horas después, propuso a López Mardones que le acompañara y presentara a su amigo. Sucedió esto en el Café Regina y no tenían sino bajar cien metros. Aculado el fisgón, empezó a disculparse con jeribeques y excusas traídas por los pelos: Templado, con una dureza inesperada, lo descornó ante amigos y conocidos.

—Bueno, bueno —le dijeron éstos— no haya para tanto.

—Es que me sacan de quicio esos patarateros adornados con plumas de ganso y en trance de pavo real.

Sucedíale a veces a Templado dejarse ir por el tobogán de la ira.

El follón no dijo esta boca es mía. A los pocos días tropezáronse por la calle y el zarracatero le saludó como si nada. Siempre a la husma, ahora asomaba el morro, bien afeitado a repelo y Julián, como siempre, buscaba definir a su interlocutor a fuerza de callados adjetivos.

(Picaño, pequeño, cacoquimio. Fofa, astuto, bocón. Malsín, patrañero, soplón, fanfarrón, entrometido, espía. Siempre al apaño y amigo del dolo. Traslúcido, con el pelo brillante de mil brillantinas y la cara de polvos y masajes, amo de los limpiabotas. Oloroso de peluquería. A lo que él cree: elegante, de lo más elegante, la raya del pantalón respunteada para que no haya equívocos. Bajo, bellaco, denunciador por gusto de fastidiar al prójimo, afán de enterado y pura nequicia. El cuello alto, trabilla, las solapas anchas. Farolero, estafadorcillo: de su sastre, de su lavandera, del cobrador del tranvía. Tramposo hasta con su propia corte. Punto del

frontón y de los bares. Con los primeros aletazos del cine español halló su mundo. Estuvo en Joinville y de aquello iba viviendo, y de la creación de unas extrañas compañías de seguros. Escritor y periodista, a lo que decía. Suspendió pagos en Madrid, suspendió pagos en Barcelona. Al empezar de la guerra acababa de fundar su tercera sociedad. Siempre al husmeo del chisme por afán de rebajar a los demás a su talla; ruin placer de envolver en su podre al que fuera; delator desde el vientre de su señora madre: que no estaba casada y el bulto le costó la plaza y la vida. López Mardones era comunista; proporcionábale gusto el obedecer con lealtad hacia su partido. Como su natural le llevaba a mil trampas, de las que no se podía justificar, el churrián solía esconderse algún tiempo pretextando enfermedades y reaparecía cuando suponía que la reprimenda del partido no pasaría de lo oral. Su especialidad: orillear).

A casi todos sabían a rejalgarse sus melindres y engañifas, pero él se hacía el desentendido. Para López Mardones aquella manera de producirse era lo natural: el mundo es una vasta «combinación» y la cuestión andar de negocio en negocio hasta el día del triunfo del partido, en cuyo caso, por haberlo servido con desinterés, sería magníficamente recompensado. López Mardones era ambicioso. No le herían los medios, ni el desprecio. «Tú llegarás, se decía. ¿Qué te conviene?».

—Pues me habían dicho que estabas en el SIM —le dijo Templado.

—¿Yo? No, Revilla.

Revilla era un amigo suyo, fotógrafo e hijo de fotógrafo avilesino, también parrandista del cine. Ladrón.

—Se te ve poco estos tiempos —dijo Teresa.

—He estado malo.

Esta vez era verdad: de rabia y gonorrea; la primera, porque el partido le había llamado seriamente al orden, ganada la segunda al azar de una clientela forzada.

Para vivir recurría a cien medios, acostumbrado que estaba a ciertas comodidades. Teníanlo todos por lo que era: matón, con más conchas que un galápago. Casado y con tres hijos perfectamente abandonados por una zorra de buen porte a la que traía y llevaba vestida con trapos de mucha vista. Le rodeaba una corte de aprendices, de rufianes que se cuidaban de sus deseos y recados y le soplaban dichos, rumores y *se-dices* de los más diversos medios. Teníase por muy enterado y al corriente de los intrínquilos más desemejantes de la política.

—Y tú, ¿qué haces? —le preguntó a su vez a Templado.

—Ya ves. ¿Sabes algo de Teruel?

—No. Aquello va muy bien.

Con el retintín daba a entender que aquello era optimismo oficial. Que se callaba lo sabido.

Hubo un silencio. El rebombar de los antiaéreos llegaba muy apagado.

—Esos jóvenes proclíticos... —dijo de pronto Templado, a quien la presencia de López Mardones tenía en ascuas.

—Explica tus camelos —corta Teresa.

—Proclíticos son los monosílabos sin acentuación que se ligan con la palabra siguiente. Que no son nada de por sí y todo lo ganan con pegarse.

—¿Tan valientes? —pregunta López Mardones con sonrisa insegura.

—Pegarse de cola —contesta Templado—. La cola es lo último. Y esos se sienten extremidad, extremidad falsa, post-posteriores, apéndices. Pasta, gelatina, raedura y retazo. Pero se dan importancia porque siendo extremidad bullen más que los otros, oliendo peor.

Templado se regodea de su fárrago echando la silla hacia atrás hasta dar con el colodrillo en la cortina de cretona que ampara del polvo los trajes de la actriz. López Mardones se da perfecta cuenta de que todo aquello va por él. Sonríe sin poder contestar, tragando veneno. Hubiese dado cualquier cosa por devolver mandoble por puntada, más la lengua se le trababa por falta de agudeza. Ni tragar podía. Se defendió sonriendo. Sentía un odio redondo por el medicucho, lo hubiese aplastado, se deseaba machacándole las liendres, volviéndole tortilla los sesos, hundiéndole el tórax a taconazos, dando puntapiés a la piltrafa sanguinolenta. Sonreía apretando los dientes, incapaz de pronunciar una palabra.

Dándose cuenta de lo poco decente de su actitud, Julián Templado seguía enhebrando indirectas (Es demasiado fácil, juegas con ventaja, ¿no te da vergüenza?), pero le daba gusto revolcar a López Mardones. Además, nunca se había podido privar de un gusto si lo encontraba a mano, por insignificante que fuese. Debilidad y pereza.

—Esos —seguía— que todo lo fían al poder de los demás buscando el amparo de las faldas...

Templado, que hablaba ahora mirando con gran cuidado las uñas de sus manos gordezuelas, levantó lentamente los ojos hacia el mandilón, que seguía apoyado en la jamba. El tal sonrió más y más descubriendo el oro de su dentadura.

—Ya nos veremos otro día —dijo—. Y se fue.

Teresa se volvió hacia Julián.

—Haces mal. ¿De qué te sirve?

—¿Servirme? De nada. Me da gusto.

—¿Vienes a tomar una copa? —dice Teresa, ya dispuesta a salir.

—¿Dónde?

—Al Hostalet.

—Bueno. Si está Zurriola allí me dejará el coche para ir a ver a ese enfermo tuyo, También podías haber escogido otra noche. Cenamos en «La Palmera».

—¿Uvas?

—No; que Cuartero las tiene que comer en casa.

—¿Quiénes vais?

—Rivadavia, Cuartero, Sancho. Los de siempre. No sé si alguien más.

Llueve.

—Cristina, coge el paraguas de mamá, que está ahí, en la esquina del ropero.

Salieron al temporal. Cedió éste a poco. Teresa, tan pronto como la envolvió el aire, estalló:

—¡No hay no!, hijo. Es una vergüenza. No trabajo más. Ni por más CNT, ni por más historias. ¿Me van a pagar ellos la pensión? ¿Me van a pagar las medias?

—Pero ya ganas más.

—¡Ocho duros de mi alma! ¡Me lo dicen hace año y medio, y vamos! Para qué vamos a hablar. Son todos unos hijos de su señora madre... ¡Pero llegará la suya!

—Calla, Tere. Cállate —dijo Cristina, adivinando el rumbo de la filípica.

—¡Qué callar, ni qué narices! ¡Por una vez que puede una decir lo que piensa! Con éste no hay cuidado. El día menos pensado aquí se va a armar la gorda, y lo que yo voy a reír. ¡Si por lo menos le dieran a una un papel! En el asco de la comedia que nos han leído esta tarde tengo cuatro frases. Sí, hijo, cuatro bocadillos. Ni uno más, ni uno menos. Lo va a hacer Rita. Y ese loro de la Villamarín presumiendo de primera actriz. ¡Cuándo te digo...! Así no se va a ninguna parte.

Bajó la voz.

—Ya les dará Franco. Si por lo menos hicieran teatro de verdad. Pero hijo: su mayor quiebra que Muñoz Seca sea de los otros. No sabes cuánto lo sienten. Ya han propuesto hacer sus comedias sin poner su nombre en el cartel. El público es idiota. ¡Pero lo que es ellos!

—Si no les enseñan, ¿cómo quieres que escojan? —dijo Templado.

—Eso son zarandajas tuyas —contestó Teresa.

—Cállate, Tere —redarguyó Cristina.

El odio le sentaba bien a la actriz: adelantaba la barbilla y los labios se le desencajaban un tanto: apetecibles valvas.

—Pero ¿es que tú crees que esto puede seguir así?

Templado no abrió la boca. ¿Para qué? Para decirle: ¿Tú, qué entiendes de eso? Ella le contestaría comparando su vida anterior a ésta. La guerra no es cosa de mujeres, ni de niños. Y la frase suprema de los tontos: ¡Déjate de política!

Llegaron al «Hostalet». El local había conservado, en la revolución, su airecillo distinguido y su clientela corbatinera de señoritos, con los papeles en regla, a la que se habían añadido algunos funcionarios sin familia, algunos vascos de buena estatura («La Delegación está a un paso»), militares de buen ver, todo revuelto con discretos agentes de policía y contraespías muy visibles: quién por el color y rizado del pelo, quién por los afeites, quién por el solo enseñar de las piernas cruzadas. El restaurant es pequeño, a lo mallorquín aldeano, adornado con volantes de cretonas floreadas,

imitación de espolines; sofás y sillas de enea, los banzos y los respaldos, rojos y azules, con cándidos motivos pastoriles calcomaniados. Un bar, en la entrada, más para el contrabando de tabaco que para otra cosa. Había alcoholes al capricho de la Gastronómica.

Quedáronse los recién llegados de pie, en el bar, tras distribuir varios vagos «¡Hola!» a algunos conocidos enmesados con sus putillas correspondientes.

—¿Dónde vas a pasar la noche vieja? —le pregunta Templado a Teresa.

—No sé. En casa. Con ésa y su madre.

(Antes, en la vida olvidada, aquello era sitio de murmurar; ahora las voces se encabritaban y rompían más alto).

A su lado unos jóvenes más o menos amilicianados pagaban sus consumiciones.

—¿Vienen o no esas combinaciones, Rafael? —preguntó Templado.

Sirvióles en el momento en que los parroquianos vecinos se iban a la calle. Al pasar tras las muchachas un barbián de barba barbillera, bastante bien plantado, debió ludir intencionalmente a Teresa. Volvióse ésta hecha un basilisco y, sin darle tiempo a Templado de enterarse, atizó una tremenda bofetada al desvergonzado; éste, caído del cielo, estupefacto y dolorido, intentó levantarle la mano a la joven. Armóse la marimorena. Acabaron todos en la comisaría, donde después de revistos los papeles no pasó más. Lucíanle los ojos a Teresa con los más fieros ardores, punteados de lágrimas donde reflejarse.

—¡Qué se ha creído! ¡Qué se ha creído!

Sofocada. El mocero corregido no volvía de su asombro.

—¡Vaya tía!

—¡Tía lo será usted, asqueroso!

—Lo grande —decía el denominado— es que no la he tocado a ella, sino a la otra.

A Templado le molestaba el trato con la policía. Pero le conocía el comisario y al saber que el médico necesitaba hacer una visita urgente —razón que alegó Julián para salir de los primeros— le prestó su coche. Ya en la calle se despidió de las jóvenes. Como siempre, Templado tentarujó la mano de Teresa, leve consuelo, y fuéronse cada cual a su destino.

(Tonto, Julián, tonto. No puedes nada «contra» ella. No puedes con ella. Ya lo dice: «—Mira Julián, amigos, siempre». Y la conversación se murió. ¿Te acuerdas, al principio, después de haber hecho todo para conseguir que almorzara contigo, sin Cristianica? ¿O es que la quieres por imposible? Y, entendámonos sobre la palabra querer. Me gusta por mundo aparte).

Le iba calando la humedad del coche, parado bajo la cellisca toda la tarde. La gutapercha olía a demonios y se pegaba al gabán.

Pilongo y sarrillero, la lambrija se moría. Zarria oscura y pálida de lo que pudo ser si la guerra con su escasez no se la hubiera escomido. En aquel camastrón de hierro colado, con cabeza y pies pintados de negro, salpicados de desconchaduras, pomos de cobre sucio, la flacuchez del niño aumentaba el espacio: el jergón parecía inmenso.

La madre —Matilde— estaba sentada en una silla baja, fijos los ojos sin expresión en la desmedrada criatura.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Templado.

—Dos —contesta Julio Jiménez, con matrería.

—Lo que necesita es comer.

Julián se arrepiente en seguida de su diagnóstico. Sintió, sin verlo, el trallazo de la mirada del feriante en su espalda.

—Señorito Julián...

Templado mira a la mujer con esa sensación de pena, sorpresa y rabia de la propia limitación que surge al ver una persona vaga, pero seguramente reconocida, más sin encajar en ninguna celdilla del recuerdo.

—¿No se acuerda de mí? Matilde...

—¡Matilde! ¿Quién nos había de decir?

—Es el señorito —explica la mujer a su marido.

El hombre gruñe. Templado siente la antipatía despedida por el hombre agarrarle los hombros y confundirse con la humedad que le entumece.

—¿Qué casualidad! —dice Julián, destanteado. ¿Qué ha sido de tu vida?

(«Siempre serás tan inoportuno e impertinente. ¿No ves lo que ha sido de ella?»).

—Usted, ¿es amigo de la señorita Teresa? —salta, más fino que el viento, el montañés.

—Sí.

—Si usted me hiciera el favor de recordarle lo de la colocación.

—¿Dónde?

—Allí. En el teatro.

—No faltaba más.

Matilde no volvió a abrir la boca, la mirada fija en el escomendrijo, anda dispuesta a lanzarse a la roñosa almohada en busca de una sirte surgida por ensalmo.

Julián recetó en balde, dejó unas pesetas y se fue a cenar. Ya le debían estar esperando.

Al bajar la empinada y rechinante escalera, el médico se iba sumiendo en sus recuerdos moceriles. «¡El tiempo!». No lo decía por la lluvia, ni el frío sino por la duración y la mudanza.

Recayó en su casa de Madrid. El piano, el sofá, el pasillo oscuro y la carne morena, caliente, suave y prieta de la Matilde de sus dieciocho años.

## 5. La cena, I

*31 de diciembre de 1937.*

*Las nueve y media.*

—¿Quién? ¿El despitorrado ése?

—Anda diciendo que no ha aceptado porque no quiere salir de España.

—¿Quién? ¿Navarro? ¡Vamos! Si es un cobardón que en su vida ha estado en el frente.

—¿Has ido tú? —pregunta con segundas a Santiago Ferro, más conocido por Sancho, José Rivadavia.

—Lo mismo que tú, contesta el aludido, furioso, erizadas las cejas en disposición de batalla, a lo puerco-espín.

—No, hijo, no; no te soliviantes, pareces pura leche: te acercan al fuego y ya te sales. ¡Dios y cuánta espuma!

—Es que...

Le rebrillan furiosos los ojos al engabanadísimo personaje. Sancho es hombre rehecho, recoquín y aragonés. La cara redonda, de buen color, las cejas abundantes, los ojos pequeños, la nariz pequeña, la boca pequeña, todo metido en media pulgada a la redonda, enrodado de grasa: mofletes y triple papada. La barbilla redonda y partida. El genio corto, la educación mala; siempre serio, por nada se sulfura y sale disparado. Quisquilloso, pero todo lo vence, con cierto desparpajo, su hombría de bien. Malhablado como él solo, enristrados de refranes, lo que le ha valido el alias que ha venido a ser su firma de caricaturista. Porque éste, que no se ríe ni a la de tres, que se ofende del aire que le roza, es humorista de profesión y entiende a maravilla de monos y pies. Susceptible, comilón, presumido, celoso de su fama, que no es tanta como cree. Friolero: el abrigo puesto, tres bufandas enrolladas entre cabeza y tronco, seis o siete camisetas de punto, faja de lana, calcetines dobles, botines. Duerme con la boina puesta. Cara de pascua y genio descortés. Aragonés de Calatayud, trasplantado de cuatro patas a Madrid, crecido con la caterva de tontos listos de «Buen Humor», señoritos de izquierda, cuando se llevaba, de rapidísimo volver de casaca en cuanto se les destapó una miajita los riñones: republicanos al gulusmeo de prebendas.

—¿Quién ha visto a Neville de conspirador republicano! Con su pan se lo coman. Y a carnero castrado, no le tientes el rabo.

Bajo, rechoncho, la sangre colorada y corrida.

—¿Qué hora tienes? —le pregunta Rivadavia.

Sancho le mira con rencor y empieza a desabrochar gabanes y chaquetas.

—Las nueve y media. ¿A qué hora han dicho que vendrían ésos?

—Dijimos de nueve a nueve y media. No pueden tardar.



Entran en el reservado Jesús Herrera y Paulino Cuartero.

—¡Hombre!

La exclamación es por Herrera, que viene de capitán. Se levantan y abrazan al recién llegado.

—¿De dónde sales?

—De Teruel.

—¡Coño! —dice Sancho—. ¿Y qué?

—Regular.

Se sientan.

El cuarto es estrecho, caben a duras penas alrededor de la mesa, el techo por las morras. Tuvieron que sacar los abrigos fuera.

—¡Paco!

Acudió el patrón: cuerpo desmesurado, peralte y ecuador de mongolfier verbenero, eunucoide elefantino, blando por todas partes, la faz apedreada.

—Trae vino.

—¿Empezáis?

—No, esperaremos a Templado. No puede tardar.

Jesús Herrera nació en un pesebre toledano, guardó ganados hasta los diez años y dicen que aprendió solo a leer: el maestro del pueblo tuvo alguna intervención en el milagro. Pusiéronle de aprendiz en casa del barbero, no le gustó el oficio, tanto manoseo, y encerrado. A los doce años abandonó brocha y navaja, se fue andando a Madrid. Rapaz colillero, vendedor de periódicos, mozo de cocina, duermeduro, comepoco, esportillero, a los dieciséis era buen estuquista, concurridor de escuelas nocturnas, punto de la Casa del Pueblo, puntal de las Juventudes Unificadas, aficionado a la Biblioteca. Mozallón rubio, de ojos azules, cabeza rapada, la nariz redondita, el rostro luciente y tostado de sol y nieve, las orejas enormes y plantadas horizontales. Cara de ardilla, manazas tremendas, los labios gruesos, la boca grande, la voz fuerte, tímido todo él. Cogiéronlo los comunistas por su cuenta y lo instruyeron. El hombre dio de sí cuanto tenía, que no era poco. Lo ha leído todo. Capitán del 5.º Cuerpo, veintiocho años. Habla corto, seguido y preciso.

—¿Qué queréis que os diga? Los partes que ha dado Prieto son muy claros y dicen la pura verdad. No es broma. Sabéis tanto como yo, más los bulos. ¿O es que creéis que un soldado sabe lo que hace? Hasta donde le alcanza la vista, y gracias. Lo demás, cuentos. Anunciada para el 11, la ofensiva empezó el 15. Los movimientos de las tropas no se cumplen nunca en el plazo fijado. La gente esperó tumbada en la nieve. Atacamos a las cinco de la mañana. Había quien llevaba helado más de cuarenta y ocho horas. Nadie chistó. Todos sabíamos que estábamos al acecho, eso caliente como no tenéis idea.

Sacó un lápiz del bolsillo derecho de su guerrera y empezó a dibujar un plano

sobre el mantel.

—Salimos de Villel, por el sur; de Escriche, al oeste; de Cuevas de Labradas, al norte. El 22.º Cuerpo tenía que cortar la carretera de Zaragoza, la única por la cual podían recibir refuerzos los rebeldes, la cortó el 16; el 18 se juntó con el 18.º Cuerpo, mientras el 20.º, por el sur, iba a por Villastar. El mismo día se tomó la Muela y los que subían por la carretera de Valencia tomaron sin más Puerto Escandón abandonado. La ciudad quedó apretada en cerco el 21, el 22 se entraba en los arrabales, por la Plaza de Toros, al norte; por el este en el Arrabal, por el sur en San Julián.

—¿Quién entró primero? —Menéndez, con el ejército de maniobras, por San Blas, y nosotros, y la 26.ª División, Vivancos. ¿Vosotros no conocéis Teruel?

—Yo sí —dice Sancho.

—Nosotros, no. Por las fotos y los gráficos de estos días.

—Toledo lo conocemos todo, ¿no? Teruel se parece un poco a Toledo.

—No me gusta el parecido —dice Cuartero.

—La historia no se repite —continúa Herrera—. Igualad el Turia al Tajo. Todo en más pequeño. Para mayor identidad, al cauce le llaman la Vega. El Alcázar viene a ser el Gobierno Civil con sus adláteres: Banco de España, Delegación de Hacienda, Hotel Aragón. Al noreste hay otro grupo de edificios formado por el Seminario, la Iglesia de Santa Teresa, como si dijésemos en Toledo: por el paseo de la Cruz Verde. En esos dos grupos de edificios se han refugiado los rebeldes. Hay sótanos para mucha gente. El 23 y el 24 pasamos de casa a calle, de calle a casa, de techumbre a bajos; desde lo alto de San Juan, en poder de los facciosos —la cúpula nuestra, los altares suyos— freíamos el Banco de España. Esos días empezó la evacuación de los civiles. El 25 tomamos el cuartel de la calle de San Francisco y San Juan. El 26, el Casino y el Teatro.

—¿Quedan muchos?

—Bastantes. Que no se haga ilusiones la gente. Se podrá con ellos, pero no tan pronto. Los sótanos y las paredes son de aúpa. Anteayer, ¿el 29?, eso es, empezó la verdadera contraofensiva de Franco. Por el flanco izquierdo, por Campillo y San Blas, hacia Villastar. Yo salí por la noche, a Madrid, pero en Tarancón me encontré con la orden de venir acá.

—¿Vas a estar muchos días?

—Dos. Tienen más de cien trimotores. Una cosa seria. Tomaron la Pedraza.

Hizo una pausa.

—Yo creo que no pasan.

—¿Sabes algo de hoy?

—En el Ministerio no tenían aún el parte. En Información, las noticias no eran ni buenas, ni malas. Se lucha en Cerrogorro; a unas horas ha sido de ellos, a otras

nuestro. Dentro de la ciudad hemos volado el Banco de España y un depósito de agua que tenían allí. Los del Seminario se van pasando a Santa Clara.

—¿Tú, que crees? —pregunta Rivadavia, sabiendo que Herrera no le puede contestar más que vaguedades: nadie sabía nada. Pero el destino de Teruel pendía sobre todos.

—Si no entran antes de las doce, no entrarán nunca —dice Sancho.

El mito del Año Nuevo. Sonríen todos, sin querer.

El patrón arrastra los pies trayendo unas botellas.

—¿Qué, empezáis?

—Ya podía estar aquí Templado.

—A lo mejor ha ido al Ministerio, por el parte.

—Esperaremos todavía un poco.

—¡Qué esperar, ni qué ocho cuartos! —sesga Sancho—. ¡Qué se vaya al carajo!

—¿Por qué eres tan malhablado? —le reconviene Cuartero—. ¿Te costaría algo?

A Paulino Cuartero le duelen, físicamente, las extralimitaciones verbales.

—Déjate de historias.

—Si no estuviese Cuartero hubieras dicho: déjate de puñetas —comenta Rivadavia.

—Nada, hombre, nada: los ojos forman el buen decir. En lo grosero está la sal del lenguaje. Indican vitalidad, plantación honda, raíces. Yo no sé ni francés, pero por lo que dicen en ninguna lengua hay reniegos tan bárbaros como los nuestros.

—Reniegos, sí los hay. Dicen que los húngaros, que los griegos... Lo nuestro, no es tanto el blasfemar, como el tener los divinos atributos en la boca, aun en la conversación más insulsa —contesta Rivadavia.

—¿Es ser malhablado hablar como se habla?

—¿Si se cuelga tu vecino, te ahorcarás tú? Se blasfema por pereza —dice Cuartero.

—Es un atajo —habla Sancho.

—Calla, babión, bocón, boconero —dice Rivadavia—. Hace unas noches vino a verme Arístides. Mi soberbio, mi magnífico Arístides: *Je sais l'espagnol* me suelta. ¡Ah!, digo yo. *En trois jours*.

—El español en tres días o las veladas de la Granja —dice Cuartero, que a todo saca título.

—La lengua universal. «Los hombres —prosiguió Arístides— tienen que expresar tres clases de sentimientos: los pasados, los presentes, los futuros: la sorpresa, la duda, la esperanza, la admiración, el saludo, la despedida. En español —sigue— estos nueve estados se traducen en tres palabras, según el orden: ¡coño!, ¡hombre!, ¡mañana! Tres palabras y una sola verdadera: ¡me cago en Dios!, que las recoge e integra». Venía Walter con él, tuvieron una discusión, en alemán, acerca de:

«¡tu madre!» que el germano quería incluir a toda costa en el Walhalla. Le pudo Arístides, que le demostró que «tu madre» no tendría nunca significación de futuro.

—A eso nos ha conducido Churriguera —dice Cuartero—. El problema está en saber cómo un novelista puede hacer hablar a sus personajes sin emplear estas expresiones clave.

—Donde los franceses dicen mierda, nosotros cojones. Diferencia esencial — hace notar Rivadavia—. Cada época tiene sus palabrotas, cada país sus blasfemias. No sé de nadie que las haya estudiado y es lástima.

—Un idioma sin blasfemias no es lenguaje. Una palabrota bien plantada, en su sitio, en su tierra, a su tiempo, es insustituible. El reniego asienta y clava el idioma en tierra, contra los cielos. Si los españoles no pudiésemos emplear interjecciones soeces nos íbamos a ver negros. Si no, ¿para qué hacemos la guerra? Para que no se prohíba la blasfemia.

Sancho se dirige a Herrera:

—En Teruel está Guillén, ¿no?

Asiente el militar.

—Vosotros le conocéis, ¿no?

—Yo no —dice Cuartero.

—Para el caso lo mismo da. Debió de ser en agosto. Del treinta y seis, se entiende. Llegamos a San Rafael. Guillén era entonces jefe, o comisario, o no sé qué, del batallón. Vosotros ya le conocéis, tan renacuajo y tan serio. Nos metimos en el avispero a la salida del Puerto. El pueblo abajo con los fachas, que batían el collado. No podíamos seguir para adelante, ni retroceder. Ni importaba; la orden: mantenerse allí. Pero aunque no la hubiese habido; de entrar o salir, ni hablar. Lo que preocupaba a todos era el avituallamiento. En aquellos tiempos aún no habíamos, aprendido a adelgazar o a chuparnos el dedo, si hace falta. Todavía quedaba cerveza en Mahou. Pasan doce horas sin aparecer ni Dios, no que no lo intentaran, pero en cuanto asomaban por las crestas los freían. Y venga mandar enlaces. Mi Guillén, tan serio:

—No preocuparse, compañeros, ya llegará la comida. Debemos mantenernos aquí. Si desertáramos del puesto de combate, el enemigo se apoderaría de la cumbre y no sabemos lo que podría pasar.

Y les explicaba la importancia de la posición. Total: pasa el día, y nada. Menos mal que había agua. Chiss, una ramita que te cae, un pino que se te descascarilla. Piedras arriba, piedras abajo. Los muchachos abrigados entre las encinas. Encinas y pinos: ¡qué te doy, que no te doy! ¡Con lo que ahondan el estómago las balas!

—Que lo digas —suspiró Herrera.

—Y ni esperanza de manduca. Ni pizca. Agua de sierra y sombra de piedras. Pasan las horas. La gente rezongaba. Quien más, quien menos, tenía su casa en Chamartín, recordaba la taberna de la esquina. Y venga agua. Los de enfrente

barriendo el puerto. Nosotros disparábamos un tiro cada cuarto de hora: tres cargadores por hombre. El resto del tiempo al avío y olisquear si venía alguien. El miedo y el sol. Después, como es natural, la noche. Tres dicen que están enfermos, que se vuelven a Madrid, que volverán mañana. Mi Guillén les toma aparte, les convence de que van a llegar las vituallas, con la oscuridad van a pasar los panes y los peces, algo así como los pájaros volando: que no sean bobos, que se tumben a dormir, que la noche se pasa sin hambre, que no hay mejor alimento ni rellenatripas que el sueño. En fin: el resopón. Los tíos se convencen, se quedan. Efectivamente, pasada la medianoche, llegan tres burros cargados... de sardinas. Sí, de latas de sardinas. Bueno. Mi Guillén se regocija, los hombres se agolpan, les habla:

—¿Veis?, formidable, todo marcha muy bien, no nos envían rancho vulgar: sardinas. Una lata de sardinas por barba. Compañeros, todo sale a pedir de boca. Formidable. ¡Nada menos que sardinas! Compañeros: así paga la República a sus servidores.

A la gente aquello le pareció bien: lo que querían era hincar el diente. Se reparte el delicado manjar. La catástrofe:

—¿Con qué las abrimos?

Se les había olvidado las llaves. En un momento aquello se puso feo. La calle de Alcalá, en la cabeza de todos, como fondo. El más díscolo al frente, la latecilla en la mano, como si fuese una broma pesada, o una bomba. Fijáos que en otras condiciones la cosa no era para tomarla en serio: algún machete, o uno no dejaría de tener una navaja que pasara de mano en mano. Lo grave era que hacía veinticuatro horas que no habían probado miga. Eso para que os figuréis el tono del gachó a nuestro amigo.

—Y eso, ¿con qué lo abro?

Mi Guillén, tan serio, en jarras, ya le conocéis, le suelta con toda pachorra:

—Con la punta del pijo o con los cuernos de tu padre.

Se quedaron de piedra. Guillén había sido gobernador con la República; aunque no tiene importancia, para la gente sí la tenía. Además, él había tenido siempre muy buen cuidado de no dejar la lengua suelta, que no hay cosa que reste más autoridad.

—Por eso no llegarás nunca a nada —le dice Rivadavia—. Un hombre que se enfurece y barbotea blasfemias es hombre perdido, se le va la cólera por la boca. Lo cuentas como si hubieras estado allí.

Sancho se alza de hombros:

—Se quedaron, abrieron sus latas, comieron sus sardinas, corderos, dulces corderos. Guardamos la posición desde aquel día hasta hoy. Si no es por aquella barbaridad, los hombres se vuelven a Madrid.

Y dirigiéndose a Cuartero:

—Para que te enteres, cristiano: divinas palabras.

—Haya paz y bebamos.

—Y por aquí, ¿qué? —pregunta Herrera.

Le contesta Sancho, que tiene más lengua que todos; un tanto chabacano, como requiere su oficio:

—¿Qué qué hace aquí la gente? Así, ¿en general...? Un republicano trabaja ocho horas, se pasados hablando de la posibilidad de procurarse tabaco, otras dos... «que si Inglaterra, que si Francia...»; critica durante tres a los catalanes, otro tanto o un poco menos a los comunistas. Lo demás son alarmas. Un catalán trabaja poco más o menos lo mismo, habla mal de los madrileños, muele comunistas, muele murcianos. Un comunista quizá trabaja media hora más, pasa cuatro y media entre reuniones, radios, ponencias, células, lee durante una hora la historia del partido. Habla mal de los catalanes, de Inglaterra, de Largo Caballero. Se vuelve a reunir dos horas más. Los de la CNT trabajan menos, hablan mal de los comunistas, de los socialistas, de los republicanos. Quedan los que hablan de los que hablan mal. Aquí nos tienes a todos, desde el Presidente de la República hasta el último mono, que es el que yo hago a las once de la noche, que también procura lo suyo. Se puede especificar: un funcionario habla mal de su ministro, de su ex-ministro, de los que pueden serlo, de su director general. Cada can lame su picha y Dios la de todos.

—A veces le dan a uno ganas de que les aticen un bombardeo en toda regla —rezonga Herrera.

—Los envidiosos no tienen consuelo —dice Sancho.

—Aquí les basta con hablar —comenta Rivadavia.

—No es envidia —dice suavemente Cuartero—; son ganas de acertar.

—Salió el evangelista.

—Déjate de evangelistas. Ni odio, ni provecho propio: afán de vencer. Donde no llegan los puños, llega la lengua.

—Ya irás lejos, ya irás —dice Rivadavia jugando a acento catalán.

—Si dentro de cinco minutos no ha llegado Templado, cenamos. Allá él y sus pacientes —dice mirando su reloj, Herrera—. Aquí han hecho la revolución sin hacerla. La han deshecho. En vez de construir se han dedicado a vivir de los remanentes de la burguesía. Luego se han quedado estancados. Mucho hablar de construir el mañana. Mañana para ellos, lo que decía éste en la «Esquella»: que un panecillo de a real valga dos. Y sin aceptar el poder. Igual que los socialistas en Madrid. Estar a las maduras.

—Sin embargo, yo, que estaba aquí, te aseguro que fue un tiempo hermoso. La gente creía de verdad que había empezado una era nueva, bebiendo el vino de las iglesias y pintando los taxis de otro color. Con la venida del gobierno se han dado cuenta de su fracaso. Eso les duele como la presencia de los castellanos. No pudiendo echar la culpa a nadie, acusan a todos.

—A mí —responde Herrera— todo eso me tiene sin cuidado si se hubiesen

ocupado de la guerra. Que Marcos Redondo cobre o deje de cobrar quince pesetas diarias al igual que el acomodador... Lo malo es que se quedaron en lo espectacular.

—Tienen la frontera demasiado cerca —añade Sancho.

—Viniendo de Madrid, parece éste otro mundo.

—Lo es. El campo, otro. No les falta un tocino colgado al humero.

—El problema es distinto. Los payeses no sueltan lo que tienen aunque les maten. Los ciudadanos dan prendas.

—No tantas —dice Sancho—. Una puta busca otra. Y va de suceso, sin cuento: Un fabricante de los de panza en ristre, doscientos obreros, de Sabadell para más señas, con casas aquí, torre en Vallvidriera; listo, vivo, llamadle Pedro Durán, yo le conocía porque les hice un cartel para sus medias de «La Mariposa»: raya en medio, papadoso y pureante; muy puesto a lo «muy moderno»; y nada de política, «yo a lo mío, y usted a lo suyo», simpaticón y buen pagador.

—¿Le lloras?

—No, allí se las den todas. Tuvo una idea genial: publicar su esquila en «La Vanguardia». Animo vence en guerra, que no arma buena.

—No lo sabes bien —dice Herrera por lo bajo.

—Pensó que así, creyéndole muerto, los incontrolados y algunos capataces de su fábrica que le tenían ganas, los unos por el pasado, los otros por lo presente, le dejarían en paz. A lo sumo, supuso que le costaría alguna contribución a cuenta de la viuda, una santa todo algodón y vejiguillas. Fue a cobrar el importe del anuncio mortuario un chico del periódico. Sale una doncella (el propio cobrador me lo ha contado), presenta el recibo. Sale la doña:

—¿Qué es?

—Uno de *La Vanguardia*.

—Vuelva usted mañana, estas cosas las lleva personalmente el difunto.

A las doce horas ya habían ido por él. Lo sacó un catalán de pro, de quien era conocido. Escapar del trueno y dar en el relámpago.

—No hay discreción más perfecta que procurarse salvar, dice Prudencio —cita Cuartero—. Me gusta tu historia. (Ahí hay una comedia, piensa).

Entra Templado.

—¡Vaya monipodio!

Estrecha la mano de Herrera.

—¿Tienes el parte?

(Teruel, siempre, en la mente de todos).

—Sí. Regular.

—¿Han entrado?

—Queipo dice que sí.

—No lo creo —dice Rivadavia—. No habrían bombardeado esta tarde.

—En el Ministerio aseguran que no —responde Templado—. Lo que ha sucedido es que una brigada de carabineros, de la 40.<sup>a</sup> división, unos dos mil quinientos hombres, cuando supieron lo de la Muela, abandonaron la ciudad. En la carretera de Valencia les salieron al paso Sarabia y Matilla, los detuvieron y se volvieron. Todo por las buenas.

—¿Qué dice el parte? —precisa Herrera.

—Nos hemos retirado al oeste de Teruel y de una parte de la Muela. Hemos rechazado las infiltraciones. En el interior sólo quedan resistiendo el Gobierno Civil y Santa Clara.

—Eso ya lo sabemos. ¿Qué más?

—Hemos ocupado el Banco de España y la Delegación de Hacienda.

—¿Qué dicen ellos?

—Que están a dos kilómetros de la ciudad.

—Más cerca están de Madrid —murmulla Herrera.

—¿Nada más?

—No. Parece que Prieto no está demasiado pesimista.

Todos con el mapa de la ciudad reconquistada en el magín.

—¡Ea! —dice Sancho—. Por un día que hay longaniza no lo vayamos a echar a perder.

—Y el bombardeo de hoy, ¿qué? —pregunta Cuartero.

—Unos cincuenta muertos, un centenar de heridos —contesta Templado.

—¿Tenemos pan? —enlaza Sancho.



## 6. La cena, II

*31 de diciembre de 1937.*

*Las diez.*

El patrón espera en la puerta, por la que no cabe de frente, la cabeza inclinada hacia adelante, como una tortuga.

—Bueno. A ver qué nos das para festejar el Año Nuevo.

—Huevos y lo que vosotros habéis traído.

—¿Aceitunas?

—Sí. Y medio panecillo por barba. Y no me pidáis más, que no tengo.

Salta Herrera:

—He traído dos chuscos.

Pregunta Rivadavia:

—¿Y el aceite?

Gruñó afirmativamente el paquidermo.

—Aceite de oliva, todo mal quita —dice Sancho.

—Andando: las aceitunas, los huevos fritos y lo otro. Manda más vino. Deja la puerta abierta, que no se puede, del humo.

—Cinco botellas de Perelada que os he guardado como oro en paño. ¿No hay refrán, Sanchito?

—Págamelos a real —responde el aludido, que es agarrado.

Templado saca un salchichón de sus entretelas.

—De la embajada de Cuba.

—¡Viva Cuba! —dice Herrera con su vozarrón, sin gracia.

—¿Cómo has tardado tanto? —pregunta Rivadavia al médico—. Hemos acabado el vermuth, tómalo como castigo.

—Me avisaron a última hora para que fuese a ver a un crío. Sin remedio. No comen.

Hay un silencio.

—¿Cómo coméis por allá arriba?

—Según llega —responde Herrera.

—Y eso que nunca han comido —anota Rivadavia, que es buen tragador, los puños gruesos, la ropa limpia, luciente la papada mollar.

—Así podemos con la guerra. Otros soldados quisiera yo ver aquí: sin vino, sin tabaco.

—Al mozo que le sabe bien el pan, pecado es el ajo que le dan —suelta el dibujante.

—¿Acabas?

—Dirás lo que quieras, pero suena a tierra, a la gazmoñería de los campesinos ricos —y enlaza un sucedido—. Un labrador de esos que tenía con qué, no mucho, de esos que necesitan veinte hombres para recoger la cosecha; veinte jornaleros, que trabajan de sol a sol cobrando seis reales y comidos. Aquel Don Bueno les escatimaba el pan. Entendámonos, no lo negaba, pero lo iba dando a regañadientes:

—¿*Entoavía*? Coméis más de lo que valéis.

Al fin y al cabo lo cortaba. Pero lo que era maldecir... Trabajaba allí uno cetrino, alto, seco, duro como palo. Extremeño y poco amigo de bromas. Se le acerca al patrón.

—Oiga usted, deme usted dos tajadas de pan.

—¡Puñeta! ¿No te basta con una? Ni que fuérais cerdos.

—Sancho, enrollado en sus cobertores, se animaba contando cuentos, moviendo los brazos como una marioneta.

—Deme usted dos tajadas de pan.

El patrón lo ve tan serio que tira de navaja, decenta y le da las dos lonjas. El hombre, con toda calma, se mete una de ellas en la faja y le tiende la otra al amo.

—Póngasela usted en la faja.

—Pero...

—Que se la ponga usted en la faja.

El tío, un tanto acoquinado, se la enfunda. Van al tajo; el dueño al ojo, por aquello de «al buey dejadle mear y hartadle de arar». Se traspone el sol, vuelven a la alquería. El cavatierra se acerca al dueño:

—¿A ver el pan?

—El patrón, que ni se acordaba, saca su trozo, intacto. El peón se desliga la faja: cae el almodón hecho migas. Se lo señala al burgués despectivamente, con la mano, y, mirándole a hito las niñas le dice roncero y con sorna:

—Pues dentro: igual.

—Bueno —alaba Cuartero—. ¡Paco! ¿Llegan o no esas aceitunas?

—Hechos de lo que comemos —dice Templado.

—No. Si no «a lo que» —corrige Rivadavia.

—No concedo. De lo que comes y respiras.

—Depende a lo que aspiras —interviene Sancho.

—No compliques. Si dejas de comer, dejas de respirar.

—Toma —continúa el dibujante— y si dejas de comer. Y más de prisa. Con tu teoría, un hombre no es de carne: de viento.

—Entiende, condenado: mi aire es el tuyo, el mismo para todos.

—Que se lo pregunten a los mineros —interviene Herrera.

—Si hay que apurar tanto las cosas, no hablemos.

—Lo que hay es que precisar.

—¡A paseo con vuestro amor de las cosas concretas! —contesta con cierto enfado el médico—. ¡Acabaréis con el mundo!

—Sí. Y haremos uno nuevo —sornea Herrera.

—¡Vais aviados! Tan distinto del presente como el año que empieza esta noche lo será del que todavía colea.

—Ilustre albéitar: en cuanto te ponen pegas te vuelves airado, abandonas; como si fuese injurioso para tu superioridad tan evidente. Eres un débil inconstante, flaco, tumbado a la bartola, incapaz de esfuerzo. Tomas lo que te dan, y ya está bien.

—¿Has bebido?

—Ni jota; dos tristes *vermuths*

La mesa es ancha, el mantel blanco, con viejos lamparones vináticos que Templado procura esconder de su vista a favor de los ceniceros. Los recuerdos de la sangre son demasiado recientes.

—Nunca me podré librar —piensa—, ¡menstruación de la vista! Y en los adentros, ¿qué? También, te corre fina, fina la sangre.

Tienen el colodrillo par de los tabiques, y a esa altura una franja de saín. Dales luz una perilla, desnuda de perifollos.

—Aquí se jode el frío.

—El frío está en relación directa del espacio que le corresponde a uno. Se hace uno a las piedras que le rodean. Los viejos no quieren evacuar, prefieren morir a abandonar el armario de luna.

—Estás equivocado —dice Templado por el puro placer de contradecir—: son las piedras las que le hacen a uno. No se hace el hombre al nicho, sino que se hacen los nichos para los hombres.

—Calla, animista guitón.

—Nada de animismo, joven. Creo en el mundo y en el hombre: su centro —dice riendo, Templado.

—Su paralelo —replica Herrera.

—Y yo en Dios —salta Cuarteto.

—Al freír será el reír —acaba Sancho—. Las posiciones han sido conquistadas tras una brillante lucha.

Un mozo viejo, gitano, jacarandoso, trae los cubiertos, el vino y las aceitunas.

—¡Dónde las sevillanas de antaño!

—Aquellas sevillanas trajeron estas zapateras, *m'hijo*.

Las pobres picudas y avellanadas, no tienen gran aire, pero todos sobrecaen sobre sus escasas molas.

—¿Cómo aceitunas tan chichas pueden tener huesos tan grandes? —pregunta Sancho, que sólo come dos.

—Anda con ellas.

—Aceitunas: una de oro, dos de plata, la tercera mata.

—Sólo había oído eso de las cerillas. Déjate de garambainas y come.

Sancho, como tonto, recae en el salchichón.

Herrera mastica con evidente placer. Templado se pasa las yemas de los dedos por los cañones de su barba, resegados de la mañana, ya en pie: ¡suerte la de esos niños rubicundos y barbilampiños! Los años, Julianillo.

—¿Pasas mucho miedo? —pregunta a Herrera.

—Mucho. Y estoy en el Estado Mayor. Eso de que le caigan a uno bombas encima, bueno: se ven los aviones. Te tumbas, lo que sea sonará. La artillería es una invención traicionera.

Beben todos en silencio.

—La valentía es una cuestión de principio —dice Cuartero—. Se aprende de niño.

—Déjate de niñerías. ¡Cualquiera sabe cómo está hecho uno y lo que lleva dentro! ¿Conocéis al marica de Felipe? Pues allí le tenéis, impávido. Las aguanta como don Tancredo. Se queda uno de piedra. No hay como la guerra para aprender. Uno creía que el valor era cosa de tenerlos bien puestos. Y ya veis. Yo creo que si todos se diesen cuenta de que pueden morir, echarían a correr. A morir de verdad. Lo que sucede es que siempre creemos que le va a tocar la china al vecino.

—Corren sin necesidad de eso —dice Sancho.

—No seas impertinente.

—Yo no puedo hablaros del valor, porque no le tengo. Un valiente de verdad no te dirá en qué consiste. Quien te hable de eso será un vivalavirgen o un empavorecido.

—Mejor es el hombre por los pies que por las manos.

Traen los huevos.

—¿A cuánto los cobras? —le preguntan al dueño.

—Para vosotros a diez pesetas. Porque habéis traído el aceite. Sí. Los compro a cuarenta y cincuenta pesetas la docena.

—¡Voto a tal! —exclama Herrera, dándose un morrón en el tabique; saltéase todo por la mesa: le habían llegado las rótulas al tablero—. ¡Los pude comprar ayer en Tarancón a diez pesetas la docena! No quise porque me pareció un robo. La tasa: cinco cincuenta.

—Encuéntralos, guapo.

—Claro que encontraré.

—Para la tropa.

—Y yo, ¿qué soy?

—No tienes idea —empezó Rivadavia.

—Límpiate que vas de huevo.

No era chiste. Limpióse el fiscal con el mantel, dejando un rastro brillante, cometa de yema. La falta de jabón mata servilletas.

—La ciudad se ha convertido en un gallinero —sigue el juez—. Se recomienda un vistazo a las azoteas. Hasta en las rejas de la Pedrera...

—¿Qué es la Pedrera?

—El alias de un edificio de Gaudí: paseo de Gracia, esquina a Provenza.

—¡Ah sí!; el PSUC.

—Allí tienes, a ras de la calle, entre rejas, gallinas picando.

—Cada ciudadano ha venido a trocante.

—En cada caletre un menú. Tras el menú, otro menú. Sólo se piensa en la manduca.

—¿Para qué crees tú que mi mujer va a la peluquería? —pregunta Cuartero—. ¿A que le ricen los rizos? ¿A que le marquen la ondulación? ¡Cá, hombre! A cambiar una pastilla de jabón por medio kilo de arroz, que a su vez dará por las patatas que necesita. O una lata de sardinas que le ha traído un capitán, primo de la tía de la sobrina de la otra tía, que a la noche aprenderás trasmutado en otra pastilla de jabón.

—En las sastrerías venden patatas; en los ultramarinos sólo mostaza, y se acaba. A más de las cosas raras: pasta dentífrica que te venden como anchoas. Barcelona se ha convertido en una inmensa, minúscula lonja.

—Sí, la casa de Trócame Roque.

—Majadero. Aquí no importan los frentes, sino las lentejas. Las mujeres se te ponen tiernas cuando les dices «chocolate». Los alimentos ablandan los corazones.

—¿Sabéis dónde compro los huevos para mi casa? —dice Sancho—. En una casa de citas de la calle de la Diputación. Tengo que cargarme las realquiladas con tal de que suelten los divinos adminículos.

—Lo curioso es cómo lo sexual pasa a segundo plano —asegura Rivadavia—. Por eso las mujeres aborrecen la guerra. La muerte y el hambre las relega a segundo término. Su poder decrece. No creáis que el horror que le tienen a la matanza es humanitarismo. Más crueles son que los machos. Al principio del movimiento les bastaba, para ir en coche, arremangarse un tanto las faldas. ¿Os acordáis de Claudette Colbert en «New York-Miami»? Bueno: no necesitan las mozas de película ni cintas para aprender ese camino. Ahora nadie les hace maldito el caso. Ordenes son órdenes, me dicen que dicen los choferes, las purgaciones ayudando. Pero hijo, si hacen la misma seña con un cigarrillo en la mano paran todos. Todavía no se ha hecho con salchichones, pero sí con patatas. Todos parecemos perritos amaestrados. Antes les miraban la cara, ahora las manos.

—Está época pasará a la Historia como la edad de la colilla.

—Sí —dice Herrera— las condiciones de la vida determinan las del espíritu y sus obras.

Templado sonríe para sus adentros del claro barniz marxista.

—El cambio, el toma y daca, el trocar, el mudar, el variar, alterar, el cambio y la permuta. Las ensaladas, los tomates, los pimientos, la media butifarra, los chorizos y las longanizas se nos han subido a todos a la cabeza. Todos nosotros conocemos un abogado, que no tengo por qué nombrar, que presta sus servicios, no siempre muy limpios, por huevos, quesos, almendras, vino...

— Cu nto le debo por la consulta? —dice, fingiendo la voz, Cuartero.

—Tres kilos de azúcar y diez botes de leche condensada. Si consigo que su hijo se quede en la fábrica y no vaya al frente, una caja de la *Vache qui rit* y un jamón —continúa Templado.

—Mire usted que sólo podrá conseguir medio.

— Su hijo ir  al frente!

— Oh, señor abogado! A adir  una lata de arenques de Noruega que mi hija ha conseguido del mismísimo cónsul.  Noruegos de Noruega! Una lata grande, ovalada, preciosa.

—Toda la ciudad es almoneda —sigue Rivadavia—. Todos nosotros, quieras que no, ya lo ves, tenemos las cuerdas vocales en el estómago.

O creemos que la naturaleza es nuestra señora madre o no —taja Templado—. Sin llegar a Montesquieu (Pedante —le suelta a media voz Cuartero), el crecimiento y la reproducción nacen del exceso del comer. De lo que comes de más.  C mo no has de depender de lo que produces?  C mo no has de aparecer ligado a lo que tragas? Somos materialistas o no lo somos. El cuerpo, nuestro padre.

—Y muy señor mío.

—Y con la mayor reverencia.

—Como sig is así, me voy.

—Si ahora te hundo este cuchillo en el cuerpo se te fastidia el alma. Con dolor no hay quien trabaje. Sin dolor del alma tampoco haces nada de provecho. Si te corto ahora el meñique...

—Calla, ablandabrevas.

—Las peponas, chit n. Si trabajas apuntalando con la voluntad tus pensamientos y te viene a lancinar cualquier pega: adiós todo. La creación nace de una feliz disposición de la carne. Alabemos nuestro cuerpo dándole contento: dulce vino para el estómago que lo prefiera así, seco para el que lo guste. Golosinas a María. No hay más fuente que él —acaba Templado.

—Aceite y vino, y amigo antiguo.

—Al que prefiera salsa y grasa, salsas y grasas.

—Y torreznada al torreznero.

—Quien se regodee con magras, goce con ellas —sostenía el médico—. Dej monos de forzar el placer.  Al diablo el qué dirán!, olvidemos el

*pues melotengo que comera aunque no me guste.* Recemos al bazo y al epilón, al duodeno y al intestino grueso; recémosle al riñón, a la tráquea, al tiroides. ¡Qué no haya mal año para buen año! ¡Cantémosle al unto lo que es del unto! ¡Al páncreas! ¡Y alabémosles con vino! ¡Y sacrificuemosles los carneros más sabrosos, las terneras más mollares! ¡Hecatombe al intestino delgado! ¡Hecatombe al intestino grueso!

—No te conozco —dice Cuartero a Templado.

—Hechos de lo que comemos, dramaturgo.

El mantel blanco, el calor de cinco amigos en un recinto tan escaso, el vino, la comida les contentaba, se sentían más anchos, más amigos los unos de los otros de lo que lo eran. El mantel blanco, el vaho, la sal, la pimienta, la ceniza, los platos, donde no quedaba el menor rastro de los huevos fritos, embebido el aceite con la miga apretada de los chuscos, ya olvidado el dorado cuscuroso de las claras, lo blandengue de las yemas: de la fáfara blancuzca a todos los amarillos, a todos los oros sucesivos del blanco al cobrizo; traían la carne, adobada con tomate. Sancho no se paraba:

—A puerco fresco y berenjenas, ¿quién tendrá las manos quedas?

—¡Vaya entrecuesto, niños!

—Echa vino —dice Herrera— cuando se come no se acuerda uno de la guerra. Mejor que el dormir: sin sueños. Como, luego existo.

Teruel, otra vez por los aires.

—Por eso España es un país inmortal —contesta Cuartero—. No se come, luego no se vive, luego no se muere.

—Allá me lleve Dios a morar donde un huevo vale un real.

—Calla, hereje. Basta con agua y ajo.

—Y el santo pan.

—Aceite, garbanzos o judías. Berzas.

—Y para de contar.

—Agua del Duero, caldo de pollo.

Echale Rivadavia un cantero de pan a Sancho.

—Lo dice mejor Lope —cita Cuartero:

*En nuestro moral estambre  
lo que adelgaza es el hambre.*

—Todo adelgaza —hace constar Templado— menos el sexo, que es la medida. El hombre transforma la naturaleza, y la naturaleza transforma el hombre. Bonita fórmula. No forman un todo sino una relación. Por eso no soy animista, caballero, señor Don Juez, ni panteísta.

—No dije eso, sino que estás borracho.

Sigue Templado adoptando el tono catedrático de un conocido de todos ellos, la

voz hueca, el tenedor en una mano, batiendo el ritmo con la hoja del cuchillo que tiene en la otra.

—Podríamos decir que la naturaleza se transforma a sí misma; entonces ya no hay juego. Tampoco podemos asegurar que el hombre forma parte de la naturaleza desde el momento que la transforma. Creo en la influencia de los astros sobre los hombres, en la influencia de la tierra. Un lapón no es un abisinio: el sol, responsable.

Levantaba el tenedor a los cielos.

—Sé que el tam-tam es una cosa y el libre albedrío otra. Pero los españoles oyen el retumbar oscuro de la tierra castellana, sin más horizonte que su propio fin, arada como la mar, partida a veces por la estela de unos álamos temblones, más tremolantes que el sol sobre la mar, más obedientes a los vientos que pericos y sobrejuanetes. ¿O los caminos de la sierra? (Había empezado en broma, pero ahora la voz se le velaba). Tierra gris, verde, amarilla de jisca, morada de cantueso. Mogotes y tolmos castellanos; azul claro y verde lejano. ¿Es que no lleváis eso en la sangre, a través de nuestro cuerpo? ¿No os duelen esas cantalinadas graníticas, insobornables, inablandables, improductivas laderas romeras, Galapagar, Torrelodones, Navacerrada, Chozas de la Sierra, Guadalix, Cabanillas, La Cabrera?

—¡Ala, ala!, cómo sale el castellano —sonríe Rivadavia.

—A mí me duelen, me salen a veces como diviesos. Y no hay fomentos calientes que valgan. El espíritu nacional es un dios lar, no hay mayor bien que ese ligazón. Quizá la libertad sea esa propia cadena. El valenciano es gordo, el castellano magro, el andaluz oliváceo, el catalán subido de color.

—Me molestan las generalidades.

—El arroz, los garbanzos, las olivas, las longanizas... Me decía un suizo el otro día: debiéramos comer como borgoñones y comemos como suizos, bastante mal, medianamente: ésa es la palabra. ¡Qué quiere usted, somos neutrales de naturaleza! A neutrales, comida neutra. Comemos cualquier cosa de cualquier manera. El español, abstemio porque es de tierra seca. La carne asada, porque no hay leche para salsas; ni mantequilla. Castilla desconoce naranjas y el gallego es hombre de fuego lento y el jándalo vivo. Como el aceite hirviendo, y quieto como él, cuando no lo gastan. El aragonés de las sierras, acecinado. Todos los de las costas acaban entendiéndose porque les corre el mismo pescado por las asaduras. Fraternidad de los borrachos. De siempre los banquetes han sido fiestas confraternales.

—¿Quieres que te siga el can? Dale pan.

—Al buen callar llaman Sancho —dice Herrera—. Ya está bien, condenado.

—Y al bueno, bueno, Sancho Martínez.

—¿Qué es la guerra, sino procurarse un gran banquete?

—Y Francia a la mejor mesa. El hombre está atado a la tierra por una tuerca sin fin. ¿No habéis visto morir de cólico miserere? No sabéis lo que es bueno. Por eso me



río de los internacionalistas. Viven en las nubes. El aire no es sustento. Se puede morir, ya está bien, de un mal aire. ¿Es que a nosotros nos une la lengua? ¡Dejadme que me ría! He mirado siempre por encima del hombro a los hispanoamericanistas, esos que creen que el idioma une Aragón, Castilla, León, Murcia. Cuentos, aunque no quieran: del mismo cacho. Los americanos, hechos de su tierra, nosotros de la nuestra. Se prueba con los hijos. Hijos de español nacidos en ultramar, tan ultramarinos como el primero. Si no, Martí. Y doña Cecilia Bohl de Faber.

O la dama toro, dice Cuartero.

—¿Por qué?

—¡Ah, no sé! Un título como otro cualquiera. Más la tierra no vence la lengua.

—Calla, catolicón. Nos une el gusto del agua, del aceite, del ajo. No importa el nacer, sino el comer. Todos esos que desprecian la cocina española y luego se precian de entender —gabachos— a Cervantes o Quevedo. ¡Van dados! Duédeles el aceite, como si las narices sólo fuesen para las rosas.

—Veo a éste —dice Rivadavia— entonando un canto a la cocina española, envuelto en un pañolón, como un Ardavín cualquiera:

*¡Ay, cocinita española!*

—Los jugos de los garbanzos castellanos, castellanos son, y no paraguayos, si en el Paraguay hay tan delicioso y áureo manjar. El sabor de la tierra. Los ricos, acostumbrados a los restaurantes, acaban en híbridos, que en todas partes no cuecen habas. Gentes hay que nunca se pueden adaptar a un país extraño: por no tragar los condimentos de rigor. Los ingleses, más ingleses que ingleses en la China o el Transvaal, a fuerza de whisky y bacón holandés. Como te guste la comida de un país extraño más que la tuya, desarraigado estás. Se es del país del cual se comen las entrañas a gusto. El único nacionalismo que admito es el de los excrementos. ¿Quién más español que el Greco, el Padre Nieremberg o el obispo Gelmírez?

—Ahora defenderás el estofado —dice Herrera.

—Tú no sabes lo que es un estofado, carota —clarinea Rivadavia, recogiendo la pelota con una voz que de pronto le sale aguda—: con aceite, vinagre, ajo, cebolla, especias; todo macerado a fuego lento en una vasija bien tapada. ¡Ni el potaje, ni las gachas, ni el cocido, ni el gazpacho recocado en los rescoldos de la brasa, ni el ajo arriero!

—Ajo blanco le dicen en mi tierra. Ajo crudo machacado, migajón, sal, aceite, vinagre y agua...

—Ni idea, niño, ni idea —grita Rivadavia—. Eso se llama, de verdad, gazpacho macareno. Oído al parche: se toman siete habas y siete almendras, se machacan con un diente de ajo. Gota a gota se humedece todo con aceite, hasta formar una suave pasta muy blanda. Luego, removiendo continuamente, echas un litro de agua, una

cuchara de vinagre, salpimentas. Añades medio kilo de migas de pan del tamaño de una avellana. Cuélalo. Si lo quieres llamar ajo caliente, dóralo con pimentón, pasándolo por el fuego.

Sancho se puso trabajosamente de pie, vocifera:

—¡Bacalao, bacalao, bacalao!

—Explícate, majareta.

—Desenfado a la única deidad no homenajeadada. No sea que nos fastidie. Que el no llamar a todas las hadas trae malas consecuencias.

Se sienta, suspira:

—¡Quién durmiera cien años!

—Lo que defendió a Ulises de Circe —dice quedamente Cuartero— fue el ajo. Le salvó de convertirse en puerco. Me represento muy bien la escena: Circe airada:

—¡Vete, traidor, que apestas!

—Todo cuerpo huele a tierra que lo parió, y el conejo de monte a tomillo y romero —reemprende Templado—. El ajo da orines picantes y desagradables, aumenta el apetito y facilita la salida de los gases.

—Majadero.

—Májame ajos —dice Sancho—; muchos ajos en un mortero mal los maja un majadero.

—La indiferencia española por el saber tragar produjo escándalo en Flandes. De ahí nació nuestra reputación de severos. Los luteranos dieron en comer mucho.

—De ahí decantamos —dice Rivadavia con su voz más aguda—: los españoles, sobrios por católicos; los alemanes, tragones por luteranos, los ingleses y ginebrinos, insulsos por calvinistas, y los franceses, como siempre, aprovechados.

—¡Dios!

—No hay remedio —comenta Cuartero—. No hay quien nos saque de hablar de restauraciones.

—América —sigue Rivadavia— envió materias primas, tomate, patata, chocolate, pero no maneras de condimentar. En España no se conocen las golosinas a base de azúcar hasta muy tarde. El azúcar es portugués y su negocio judío. Lo cultivan emigrados en el Brasil, lo venden los judíos de Amsterdam. A finales del XVI, aún obsequiaba el rey don Sebastián a los españoles con manjares a base de azúcar.

—A lo sumo puede uno olvidarse de Jauja, nunca de la tierra que le mata a uno de hambre —habla Templado.

—No se olvida el desprecio, que el amor satisfecho: si te he visto no me acuerdo. El feliz es siempre un infeliz.

—Yo —dice Cuartero— soy de los que opinan que París acertó al preferir a Venus.

—¿Con qué nos sale éste ahora? —piensa Templado, sin que los otros se

extrañen.

—Ti pongas como ti pongas, siempre nos han molido las manzanas —murmulla Sancho.

—Hoy todos preferirían a Juno, pensando que con poder y dinero...

—Y cuernos...

—Todo se consigue.

—Sobre todo si se trata de alcanzar una mujer —especifica Templado—. Que no prometió más Venus, que lo del amor estaba en mantillas, y no había más sentimiento hacia las dueñas que el bueno. Las caballerías lo vinieron a estropear, dándole a las mujeres lo que era de Dios. La Reforma fue un movimiento antifeminista. Misóginos. Luego se han sacado las indinas la espina. ¡Pues mira que doña Minerva! ¡Saber y virtud! Mujer sin madre conocida. La reina de las *enmerdeuses*. Al fin y al cabo, Juno era una cosa seria. Paris, un pobre tonto. Lo único que le salva es pensar que Helena era amiga de la infancia.

—¡Cómo se ve que te han educado en el extranjero! ¿Quién nombra aquí esas vanas sombras? ¡Maravilla de mi pueblo antimítico y real! Aquí nadie sabe como se dice Ajax en castellano —dice Rivadavia.

—¿Estás borracho? ¿Qué tiene que ver Helena con Paris —pregunta, saliendo del entresueño, Herrera?

## 7. Todo es hablar

*31 de diciembre de 1937.*

*Las diez y media.*

Salieron a la calle y enfilaron hacia el Paseo de Gracia. Sancho se despidió; iba a la redacción de «La Vanguardia».

Para los paseantes, el frío se había disipado al conjuro del vino. Las calles estaban desiertas, los cuatro iban hablando, deteniendo, de vez en vez, el lento caminar por el medio de la calle.

—El recrudescimiento de videntes, echadoras de cartas, se debe a la inestabilidad de las instituciones —dice Rivadavia—. Pesimismo, jóvenes. Inseguridad y creencia en la fortuna; parto del mundo, paso de una época a otra. Videntes a la vista: ¿niño o niña? Por ahora sale ambiguo. Cuando haya orden las líneas de la mano dejarán de florecer. Pero en cuanto arde Troya todos quieren ganar a la lotería de la fortuna. Ahora mismo, en Barcelona, las echadoras de cartas ganan el dinero que quieren. Y no digamos en París.

—Intervino Herrera:

—Malorum causa, dijo David, y tiró el arpa. Conejos de plata. Marañoses. Déjalos que volverán... si son de ley, y como son falsos, santas pascuas. No pasan aquí, ni en Sevilla.

—Yo creo en el destino, en la fatalidad, en las líneas de la mano, en los horóscopos, en el hado, en la fortuna —dijo Templado—. Y en el padre de todos: Don Azar.

—Suerte y ventura —anota Cuartero.

—Sí —recalcó Rivadavia— y virtud. El honor es virtud y la virtud honor. Creemos en la virtud por estoicos e increencia en el cielo. Que si no el honor lo lavaría Dios. No hay santos más santos que los laicos.

—Ni más pesados —comentó Templado—. Ahora bien, quizá la pesadez es virtud en los cielos.

—Nuestra dignidad de hombres decanta del descreer. Nos bastamos —siguió Rivadavia.

—Nos sobramos —dijo Cuartero.

—Como quieras, nos bastamos a nosotros mismos y sobramos a los demás. Individualismo —siguió Rivadavia—. Debemos a los estoicos más de lo que queremos suponer. Igual que los de Burgos. Los fachas de verdad no creen en Dios. Creen que ellos son Dios. Si los curas que les sirven creyeran en Dios, no les servirían. Les sirven como si ellos fuesen Dios. Ya no distinguen entre Dios y César, porque el César es Dios. Dios, generalísimo de esta cruzada, que dijo Pemán. Por eso

nuestros falangistas buscan tanto los fastos de la Iglesia: viene a ser el lujo cortesano de su régimen.

Templado: Pero los medios, la Iglesia, podrá con ellos. Ellos son caudillistas. En España nunca hubo partidos, sino jefes políticos. Entre nosotros no hay socialistas: se es de Largo, de Prieto. Y los demás: aquél, de Azaña; este otro, de Nicolau. Así está hecha España. A los comunistas, ¿no les dicen los hijos de Pepe Díaz? Por eso no creo en la posibilidad de una victoria comunista en España. Como no creo en los anarquistas. Pertenecer a un partido es pagar una cuota, aceptar vagamente un programa. Los comunistas lo entienden de otra manera, como antes los de la FAI. No aceptan durmientes. Lo que llevamos en la sangre es el caudillismo y el cacicazgo. Estamos acostumbrados a que nos gobiernen siguiendo voluntades y no doctrinas. Un liberal y un socialista no dejan sus manías, sus costumbres, ni sus afectos por el Partido. Un comunista ciega por su Partido, se cierra a banda. El comunismo es una religión, una obligación de conciencia, un deber, con sus normas, con su infalibilidad, sus observancias. El hombre deja de ser profesor, carnicero o albañil. Un comunista es, ante todo, un peón del Partido. La masonería no se atrevió a tanto.

—Y por eso fracasó —dijo Herrera, a quien los demás miraban de soslayo, porque no se les escapaba que Templado hablaba por oírle—. Y los intereses particulares vinieron a primer término, el culto se quedó en externo, la práctica en una vaga ayuda o camaradería...

Herrera se calló. Conocía demasiado a los que le acompañaban para dejarse ir a una discusión.

—Con los socialistas —enlazó Rivadavia— puede uno entenderse porque siempre les queda un resquicio en el cual puede uno acoplarse; con los comunistas, no.

—Bah —dijo Herrera—, os emborracháis todos con lo eterno, lo inmenso, el infinito y sus estrellas, inventáis filiaciones, hontanar de las cosas materiales, complicadas genealogías en las cuales os enredáis y que luego, para no complicar, aceptáis de golpe, dispuestos a dejaros degollar por mantenerlas firmes; todo eso es poesía, tabús. Y así vive el idealismo, del miedo de herir sueños. ¿Qué respetan los españoles? El valor individual, poca cosa más. Es lo único que se nos impone. Porque a nosotros no hay quien nos la dé con queso. El valor se prueba en la acción: en la acción directa. Un valor a prueba de bomba.

—Pasamos sin más de la flaqueza a la violencia —dice Rivadavia— por sólo miedo de la primera. Lo temerario parece bizarro; la templanza, falta de arrojo cuando no traición. El no llevar las cosas a rajatabla se tiene como incertidumbre o alifafe. Los más dudosos se muestran los más extremados por miedo del qué dirán. Caen rendidos en su propia sangre a menos de tomarle gusto.

—Como dice Jáuregui: quisieran, con el aliento solo, conseguir maravillas sin

costa —comenta plácidamente Cuartero.

—El mundo es como es —reemprendió Templado después de un silencio— y si nos engañamos la culpa es nuestra. Por eso soy antiplatónico, anticriticista y antipirroniano. Me molestan los que pesan el pro y la contra, los que ven el derecho y el revés. Los ambiguos, los maricas. Odio el subjetivo hasta en literatura. Me molesta Dostoyewski, el vivir y el no vivir de nuestros místicos, sombra y realidad de nuestros dramaturgos. Las posiciones críticas de Larra, de Ganivet, de Ortega, ¿a qué han servido? ¿Han esclarecido algo? ¿Han procurado soluciones viables? Tú crees que las ideas crean patatas —dijo a Cuartero—. Yo creo que las patatas crean ideas.

—Yo —comentó Rivadavia— creo que las ideas engendran ideas y las patatas otras patatas.

—Lo que diferencia el hombre de la patata —respondió Templado— es el concepto del valor, el concepto de mercancía. Queremos transmutarlo todo en oro y dárselo a la naturaleza en trueque de sus favores. El hombre es un animal de instintos crisopéicos. Y puesto a buscar equivalencias quiere cambiar el color en realidad, la carne en guiso, el amor en explicación. ¡Cambiar! ¡Cambiar! ¡Éxtasis del cambio! En algunas tribus salvajes el trueque tiene todavía un carácter divino. Como aquí, como en todas partes. No nos cuadra la justicia tal como la entendemos a lo romano. Los atentados no son asuntos a resolver ante una mesa, sino cara a cara, directamente. Por eso cuando dicen: «¡Qué bárbaro!», refiriéndose a algunos de nuestros coterráneos, dan en el quid sin saberlo. No lo tengo por denigrante. Ni tengo en menos a los que creen en el honor castellano, en las ordalías, en los duelos. A los romanos no se les ocurría lavar el honor con sangre, pero aquí el resolverlo todo en justicia y con papeles siempre nos pareció cosa de timoratos o cobardes. Las leyes no parecen escritas para españoles. Las relaciones personales lo pueden todo, quizá es lo único que nos ha quedado de los visigodos.

—Por eso tienen aquí tanta importancia los intelectuales: por opositores. En un pueblo donde la nobleza ya no es gran cosa y la burguesía no ha llegado a la edad de buen ver, ellos han plantado siempre cara al poder, no sólo por su condición de intelectuales, sino por su condición de españoles. Todos nuestros movimientos de protesta nacen de ahí. Falange fue en un principio un movimiento literario.

—En eso se ve lo atrasados que estamos. Todavía soñamos en Voltaire, cincuenta años después de la muerte de Marx.

—Que era un intelectual.

—Con la pequeña diferencia que va de «Cándido» a «El Capital», de las cortes alemanas o francesas, a un suburbio de Londres.

—Estos —dijo Templado, por Herrera— mal se lo pagan, desconfían con razón de los intelectuales. Como decía Erasmo, refiriéndose a la Iglesia Católica: *Le baladin qui danse mal n'est que ridicule: si nous avons le malheur de déplaire, nous*

*voilà hérétiques.*

—Erasmus... —dijo Cuartero—. Al fin y al cabo nuestra guerra es, casi, una manera de festejar su cuatricentenario, que murió el 3 de julio de 1536. Fernando de los Ríos aseguró un día que éramos erasmistas. Dijo bien, pero olvidó que para ser erasmista hay que ser católico. No hay español que no crea que se pueda salvar por la sola fe. Los que creen que la sola práctica les salvará son los de la acera de enfrente. Aquí no hay otra lucha que la que existe entre los que quieren salvar el espíritu de la letra de Cristo contra los que quieren imponer sus apariencias.

—¡Qué te crees tú eso! —dijo Herrera.

Al llegar al Paseo de Gracia, Herrera emparejó con Cuartero mientras Templado seguía discutiendo con Rivadavia unos metros más abajo.

—La conciencia del ser no es sino el ser consciente —dice Herrera—. La religión nace de la impotencia, la impotencia engendra el miedo. La imaginación mueve a la crueldad y la impotencia a la venganza. De la impotencia nacen religión y miedo, de la religión la crueldad, del miedo la venganza, y del mismo miedo la imaginación. La impotencia se cura con la potencia y a esa cura llaman revolución. La religión, hija del miedo, y la crueldad venganza del miedo pasado. La religión es poner a salvo el alma: a que no lo cojan, ya del otro lado, segura, tocando la madre. (¡A que no me cojes!). La religión es la conciencia del hombre que no se ha encontrado o del que se ha perdido, dice Marx. El despreciado es cruel, y la crueldad pago del desprecio. La crueldad es regocijo o indiferencia del dolor ajeno. Individualismo. Falta absoluta de solidaridad humana. A mí no me importan los enemigos por lo que son, sí por lo que hacen.

—¿Entonces si tu obra fracasa...? —comenta Cuartero.

—Se vuelve a empezar.

—¿Si vuelves a fracasar?

—Otra vez vuelta a lo mismo.

—¿No te sientes nunca solo?

—No estoy nunca conmigo mismo, sino frente a lo que tengo que hacer. Soy mi trabajo y mi rendimiento. Lo otro son vaguedades: literatura.

—¿Y cuanto acabas de decir?

Tras ellos, hablando de lo mismo y de otra cosa, dice Rivadavia:

—No creas que me engañe. Nosotros los burgueses... Porque esta justicia social por la que intentamos asegurar nuestra supervivencia, cuentos, amigo mío, cuentos. Y la victoria, si llega, será demasiado cara para nosotros. No podremos pagar su precio. Hemos nacido en el horcajo y moriremos descuartizados. Porque para morir no bastan las teorías ni creer en ellas. Creemos que esto o lo otro es lo mejor, pero nos falta fe, seguridad en nosotros mismos. Hemos mamado otras aguas. Morimos de falta de imaginación; mejor dicho, luchamos contra nuestra imaginación. ¿O es que

crees que andan todavía por aquí Quijotes? Los hombres de mi generación no saben lo que quieren. ¿Es que tú sabes de verdad lo que quieres? ¿Crees que un mundo más justo te dejaría sin deseos? Siendo más precisos: ¿vivir en la URSS te satisfaría? Nos han quitado lo que nos gustaba: andar por el mundo huroneando, oliendo los meados bajo todos los faroles y en las cantonadas. No nos queda más remedio que esperar una vuelta improbable del mundo que hemos conocido. Esperar a la sombra de mis cejas.

Rivadavia enseña el cielo, limpio.

—Mira qué despejo y cuántos otros mundos, para tranquilidad mortal de todos los ánimos.

—Sí —contesta Templado—, pero inamovible, que según los pitagóricos el mal es infinito y el bien participa de lo finito. El mal es vario y el bien uniforme. Por eso el mal divierte y la virtud aburre. La diversión es cosa de variación. Los varones virtuosos son insoportables. Dar variedad a las virtudes... A menos que la variación sea el principio mismo del mal. Lo quieto, el bien; el movimiento, el mal. Como hay tierra y mar. Por de pronto, y por si acaso, yo me divierto —concluyó.

Parados, adelante, discuten Cuartero y Herrera:

—Dejaréis en las zarzas lo mejor de vuestra lana. Sufrís alegremente una inquisición. Lo peor es que no os molesta, ni os duele —dijo Cuartero.

—Me da grima, rabia y vergüenza el oírte hablar así. La historia de España es una cosa aleatoria, al azar de un coito, Carlos V; y el albur de Isabel: América. ¿Cuántos españoles había en los Tercios? ¡Qué importa todo esto! Lo grande de España, lo primordial: el pueblo. ¿Qué importan los Enriques, los Felipes o los Carlos? Todo pasa por encima del pueblo sin herirlo; sólo las condiciones económicas le sojuzgaban. ¿Y qué le iba y venía en tanta guerra de generales? ¿Ese mal nuestro que parece incurable y venido no se sabe de dónde, de tanta camarilla, de tanto morderse y entre matarse un cabecilla contra otro, que desangra la tierra sin que los campesinos, sin que los obreros sepan el por qué. Tanto vivir despedazados. Y esto se acabará. El pueblo español se ha dado cuenta de por quién y para qué se rompía la cara. Ahora, por primera vez, sabe que lucha para su propia existencia, para su propio sustento, para su propia tierra. Para que el sueldo de España sea suyo. Para los que saben a qué saben los mojones. Para los que saben cómo se funde un riel. Para los que forman en las compañías que mando. Para los que dan la cara. Saben que el día de mañana la tierra por la que mueren, en la que mueren, sobre la que mueren, esa tierra ya no pertenecerá al desconocido señor, a la incógnita compañía. España: tierra de todos. Y no es con bizantinismos, con sutilezas de intelectuales o de católicos, apostólicos y romanos que podréis descubrir esa prodigiosa realidad: el darse cuenta el proletariado de su existencia y de sus derechos. No va más. Saltó la Banca. Ya no es cuestión de lo que sucede en cada individuo, ya no es cuestión de que tengas



miedo de morir, ya no es cuestión de que creas o dejes de creer que se salvará tu alma. Todo eso pasó, y si no pasó, que se quede enterrado en tu propia carne, que no le interesa a nadie. Lo primero, que no haya esclavos. ¡Qué importa tu conciencia si andan por el mundo rendidos a la inconciencia, a la desfachatez, al ludibrio, a los intereses de equis señores la vida de tantos? Se acabaron también los anarquismos, que no eran más que la proyección de esos problemas individuales sobre el mundo. Ahora nos hemos unido todos y podéis gritar y podéis chillar, pero el mundo será de los que se han dado cuenta, ya de una vez para siempre, de que el mundo es suyo; suyo por su trabajo. Y, perdóname, pero es la primera vez de mi vida que me he dejado llevar!...

Cuartero oía a Jesús Herrera con cierto asombro. Casi le doblaba la edad y no había conocido juventud parecida. «La guerra —pensaba—, la guerra. Pero ¿y después? Todos estos que han sido abandonados por el estudio, por el saber. Si se lo dijera se refría de mí. Quizá con razón». Al acabar el capitán, contestó:

—A veces me pregunto si no estoy con vosotros por odio a esa burguesía pequeña que me ahoga: cicateros, ruines, miserables, viles con los desheredados, viviendo del husmeo del nepotismo, mezquinos, avaros: respetuosos para las simonías, patarateros, codiciosos; versátiles según el poder, royéndole los zancajos a todo lo que huele a espíritu, no neciamente sino a conciencia, alacranados de envidia, siempre dispuestos a cocear los santos; diligentes en su provecho, ronceros en el de todos; follones, vanos cobardes, lagoteros. Lo da la manera de procurarse los cuartos: negociijos, granjerías pequeñas a revoltijos de la ley y precios falsificados, dando gato por liebre, gozando bellaquerías; lilailas que son, nebulones, recelosos.

Templado y el juez se han unido a sus amigos. Rivadavia ríe y comenta:

—Sin embargo, sin ellos no seríamos. Hijos que somos de la ciudad y de la importancia del comercio. Sin ciudades no hay cultura, que la de los monasterios lo fue en alcanforina, en la edad de merecer, y residuo de las viejas ciudades. Y el Renacimiento, hijo de la Ciudad, hija de la burguesía. El jefe, el rey, el mandamás no formaron ciudades, sino castillos. ¡Viva el lujo y quien lo trujo! Y tengo cierto miedo que el día en que desaparezca la burguesía, la civilización dé un zambullido.

Cuartero no contesta directamente a Rivadavia, sino a Herrera:

—¿Crees de verdad que estás aquí, vestido de capitán, por razones económicas? ¿Qué luchas por unas razones más o menos ingeniosamente materialistas? ¿No te empuja una verdad? ¿No te empuja el espíritu? ¿No te anima un sentido moral? Y si lo aceptas para ti, ¿por qué no lo aceptas para los pueblos? ¿Es que un pueblo es otra cosa que la suma de su tierra y de sus individuos? Entonces, ¿por qué no se han de mover a impulsos de la misma pasión que tú? Dejando aparte un sinfín de hechos, que saludo pero que no serían capaces por sí solos de mover tanto empuje, tanta braveza, tanta habilidad.

—¿Es que crees tú, Cuartero, en esos infundios donde se nos representa como explicadores de todo lo espiritual por la cifra y las estadísticas? No. Las condiciones económicas y sociales determinan a su vez los hechos espirituales y estos hechos espirituales marcan e influyen, dialécticamente, en los sucesos nuestros de cada día... Otras cosas hay en la URSS más importantes y gérmenes más fuertes que no esas gilipolleces de que si la pintura es académica y mala y la música formalista.

—Bueno, hijo, bueno —le dijo Cuartero con todo afecto a Herrera—: sé la lección, pero ¿qué quieres?, creo en Dios, y eso no tiene remedio.

—El problema de los cuadros de mando, el problema del hombre es el que priva. La técnica va más de prisa que la adaptación del ignorante a su manejo. Y ahí puede residir una fuerza insospechada de la burguesía, porque hoy, todavía, el hijo del burgués es más fácilmente ingeniero que el hijo de un campesino.

—Tú eres de los que crees que el afán de comerciar fue lo que llevó al hombre a hombros del mar. No todos somos fenicios. El primero que concavó un tronco lo hizo ¡quién sabe por qué!

—Por jactancia, por orgullo, por curiosidad —explica Templado.

—Soy más hegeliano que tú —sigue diciendo Cuartero a Herrera—. «Toda vida tiene como base las artes y la navegación sobre el mar peligroso. El valor de la inteligencia humana —no el valor como tal, sino la audacia de la habilidad personal — constituye desde entonces lo más alto».

Llegan al portal de la casa de Cuartero. Se despiden abrazándose.

—Feliz año nuevo.

—Feliz año nuevo.

Y, en la mente de todos: que no caiga Teruel.

Rivadavia dice a Paulino:

—Recuerdos a Pilar.

Cuartero mete la llave en la cerradura.

## 8. Pilar Núñez de Cuartero

Era baja y delgada, como su abuela, no habiendo conocido ni a su padre, ni a su madre, muertos en un accidente de ferrocarril muy sonado. Cumplía treinta y nueve años, a regañadientes, furiosamente revolviéndose aceda, sangrante de tal injusticia: que el quitarse años son paños calientes; a la madrugada recuece el dolor. Una cana, arrancada o del tinte del marbete del específico, nada es y cana se queda; ni hay abuela habiendo espejos. La coquetería no tiene en esto albergue, ni es miedo al último bofe, ni temor de amor huido. No, sino rabia de que la vida sea lo que es: lavar, fregar, guisar, limpiarles el culo a los hijos; que cuando uno puede solo, ya está ahí el siguiente, que no llega; y si no es la tos ferina son las anginas o el sarampión. Y la ropa de la semana: dos pañuelos que faltan.

—¿Los cogiste tú, Leonor?

—¡Esta chica, esta chica!

El miedo de la sisa. La sisa.

—¡Hay que ver la de zapatos que destrozan estos chicos!

A Pilar, ya, lo mismo le da arruga más o menos: dióse por acabada hace poco. Pero se reprocha y reprocha a los demás la falta de sentido de su vida. Atormenta, agría, pudre a los demás.

—¡Todos los días igual!

Súbese en su voz desabrida:

—¡Si me pongo a chillar, chillo más que vosotros!

Luego reta, pica, enoja, hierde:

—Y yo, ¿qué he conocido? Y yo, ¿qué he vivido? Y yo, ¿qué he disfrutado? En el reparto he salido mal librada, muy mal librada. Si creéis que esto va a seguir así estáis equivocados, pero que mucho...

Y seguía. Con un odio agrio a «esta» vida y su paso machacón. Lo decía a voces. En la mesa, sentada entre su marido y la niña menor, los otros cuatro cachorros enfrente, por orden de bautismos: Pilarín, Nicolás, Juan Luis; la menor: Paloma.

—A fuerza de lavar tengo las manos que parecen papel de lija.

Todo lo acre de la afirmación lanzado a la hija mayor para humillación del cónyuge. Pilarín baja los ojos, mira luego a hurtadillas, con reproche, a su padre.

—Mis manos... (¡Y el piano, que se quedó en Madrid! Le dio una bomba, la culpa es de papá. Alrededor de la mesa los que no lo pueden dudar —y eso es cuestión de años— no lo dudan).

—Cochina política. ¿Quién te mandaba a ti meterte en estos líos? Mira Arniches, mira Guerrero, mira Marquina. ¿Me vas a decir a mí que no podíamos haber embarcado ya para la Argentina? ¿Para qué te sirven las amistades? ¿De qué tanto republicanismo? Mira Gustavo como se ha enchufado. Siempre has de ser el mismo:

tú a las duras y los otros a las maduras. ¡Juan, no metas los mangotes en el plato! ¡Esta vida se tiene que acabar! ¡Qué ganas tengo de morirme! ¡Gorrino, sucio!

¡Mira qué manos! Hasta que yo me canse y te pegue una torta que te vuelva la cara del revés.

Los chicos humillaban la testa sabiendo que la amenaza no pasaría de su condición.

—Antes se me podía mirar, pero ahora, ahora...

—¿Ahora, qué? —dice Cuartero calmosamente—. Estás muy guapa.

—¡Déjate estar de guasas, que ya está bien! A fuerza de lavar tengo las manos que parecen papel de lija.

Rencor. Cuartero se bate en retirada a través de una cortina de palabras inútiles:

—Hija, ya te he dicho que no haces de criada. Primero, porque tienes una; y luego, en la guerra, todos hacen de criada, o ninguno, como quieras.

Renuncia a proseguir, corríjese en los adentros por haber empezado. Brillan los ojos de Pilar.

—¿Me vas a decir...?

—Yo no digo nada.

—Sí, sí. Dices que no hago de criada. ¿Es que hago vida de señorita? ¿No? ¡Si por lo menos pudiese una trabajar y ganarse la vida! Pero no: barrer, fregar, coser. Eso no se ve. Volver cada mañana a empezar para que el señor tenga las cosas a punto.

Los niños están sentados delante. Paulino Cuartero calla resintiéndolo cómo los chicos están de acuerdo con su madre, no por nada, sino porque es su madre. Además no sabría responder. Tabalea, mírale ofendida su oído.

—Esta tarde he encontrado a la mujer de Santos, la mar de elegante —dice la velada en chufra agraz—, con un abrigo hasta allá. De paseo. Sí, hijo, sí; no son todas como yo. Creyó fastidiarme alabándome los zapatos. Los tengo desde hace cuatro años, le contesté. Mejor los conoce que si fueran suyos.

—Tan amiga tuya como era.

—¿Amiga? ¿Esa? —le dice y mira sorprendida.

Paulino Cuartero había conocido a Pilar Núñez barbiponiente y salesiano. Ella era nieta de la modista de la capital castellana, con su porvenir de militar asegurado, como todas las que alcanzaban el límite de lo guapo en la pequeña ciudad guarnicionera. Polla rehogada en burguesía pequeñita, estudiaba la carrera de comercio. (Y luego: «Yo tengo una carrera». «Si yo quisiera podría vivir de mi carrera». Pilar Núñez, perito comercial). Pero la familia paterna tenía —o tuvo, sin retener— pergaminos de pro, que se sacaban a relucir en cada tertulia.

Paulino acababa el bachillerato, hijo de buena familia, venida a menos, no mucho, pero lo suficiente para no tener un duro a la semana para «sus gastos». Aquella niña,

morena de ojos albazanos, de boca oscura, vellosilla toda ella, con las teticas blandas como no había palabras en el mundo para definir las de suaves, de dulces, de deseables, de finas, de tersas, de mansas, de turgentes; defendidas, escondidas y recatadas con pudor verdadero, dejadas luego al cuenco de las manos mociles con un «no sé por qué» balbucido, le abstraigo del mundo y le encerró en un varaseto de llamas escondiéndole todo lo que no fuesen las horas de hablar y ludir a la novia. Pasó cuatro años encogollado, empeñado, sin más idea o deseo que frisar o contener en el cuenco de su mano el finísimo cutis de la púber; sin otro problema que el modo de introducir más fácil e inadvertidamente la mano por las sayas, las enaguas, las bragas, los sujetadores. Resintiéronse los estudios a favor del barrillo. Casáronlos a gusto de las familias y con tiempo justo, que al final sucedió lo previsible: Pilarín nació a los cuatro meses del enlace, en Madrid, para que no dijeran, mientras el joven se licenciaba —¿cómo no?— en Derecho. Ella tenía veinte años, él veintiuno.

Veinte años después todavía sentía Cuartero su vida perdida, perdida una mañana, en un bosquecillo de pinos, crecido en una ladera. Veraneaban en un pueblo de Guipúzcoa, dieciocho años él, diecisiete ella. Pilar le había prometido durante todo el invierno ser «suya del todo». La preocupación de Paulino durante aquellos meses, virgen todavía, fue su inexperiencia y el temor de preñar. Aquella mañana de sol, con mil precauciones, fueron a perderse de la familia, sentada entre los pinos, cien metros más allá. Cuando tuvieron la seguridad de su soledad, tumbóse Pilar en el suelo. Sentía Paulino cómo su corazón se lastimaba en las costillas de su pecho, no se dio cuenta de sus gestos, se le arrascañaron las manos en el suelo. Su emoción no le permitió consumir el acto. Toda la vida lleva a rastras la amargura de aquel momento, y aquel terrible, ¿irónico?: «¿No puedes?», de Pilar.

La tuvo a la noche, rápidamente, de cualquier manera. Pero aquel olor de pinos, de verano caliente, de tierra sedienta, de agujas en mantillo, el estridor de las chicharras, la sensación de sus nudillos impotentes en la tierra, le persiguió siempre. Creía que, en el fondo, la razón de su ininteligencia con su mujer se debía a no haberla sabido llevar por las gracias de la carne. La culpa no era de nadie. Algo se había roto entre ellos. A veces lo achacaba todo a su pureza. Nunca había conocido mujer que le gustara como la suya. Ese mismo gusto desmesurado le impedía manifestarlo.

—El que no la corre de joven, la corre de viejo —decía Pilar, augurando males que no se habían realizado.

A Pilar los repetidos manoseos de su larguísimo noviazgo, declarados con precisión exigida al confesor, se le representaron siempre como espantables delitos. Las promesas solemnes de no reincidir, nunca cumplidas, le forjaron, muy firme, la idea de que toda relación sexual era pecaminosa. No se desvaneció el prejuicio con los sacramentos matrimoniales. Bastaba una gota de semen por su vientre o sus

muslos, para airarla fuera de sí. Miraba entonces a su marido con odio, como si aquella mancha fuera indeleble. Con los años y los partos fue creciendo su indiferencia, culpable Paulino de no intentar el remedio. Cuartero se figuraba, a veces, estar en un barco que se hacía a la mar y que su mujer se quedaba en el muelle del puerto despidiéndole con un pañuelo en la mano.

Novios, los álamos del paseo, las butacas del cine, los miradores de la casa, los puntos terminales de las excursiones, fueron la geografía y orden de los mundos que Paulino Cuartero aprendió de verdad en aquellos años.

Cuando no hubo remedio, dióse cuenta de que Pilar desconocía lo que le hubiese podido salvar: ardor. Hacíase siempre de rogar, entregándose como por especial favor, trabajo forzado. Al cabo del cuarto parto perdió o creyó perder toda facultad motriz de tan leve inclinación. Resolviase a regañadientes a otorgar el usufructo de sus gracias. Y como el gozador se lo hiciera notar amigablemente, ella se revolvía:

—¿Pero es que te lo he negado alguna vez? Ya sé que tienes derecho.

Paulino Cuartero pensaba, en su ingenuidad:

—Ahora es cuando «les» pegan la bofetada.

Bonita con su cuerpo menudo, los ojos pardos, el pelo pizmiento arremolinado graciosamente en las entradas de la frentecilla, la nariz un poco respingona; yéndosele, por nada, los labios al morado. La color pálida y mate; preocupada por el entresudado de sus manos:

—Yo debo de estar mala del pecho. Cualquiera día me da un arrechucho y adiós Pilar. Y tú te quedas tan ancho y tan satisfecho. Y al año, casado.

Paría sin dolor, a lo conejo, fuente de leches ennatadas. Todos los críos pujaron fuertes y sin enfermedades de más; pero mal educados, caprichosos, chillones. La voz de la madre era alta y el padre dejaba hacer, asombrado de su prole, bobo por ella.

Quedáronse en Madrid. Encontró Paulino empleo en una compañía de seguros, y empezó a hacer pinitos teatrales: de una contaduría a un despacho de director, de un escenario a otro, de un café de cómicos a una peña de escritores. Los padres paternos y la abuela materna ayudaban en lo que podían, y, poco a poco, los estrenos fueron ayudando al tren de la casa (de fuera adentro: de Fuencarral hacia las Cuatro Calles, uno en cuatro años, dos en cinco, tres en siete, cuatro en ocho). Dos de los críos solían estar en Valladolid, por turno, con los ascendientes.

Nunca fue muy grande el mundo de Pilar; al correr de los años y aumento de la prole, se le fue reduciendo. No le importaba ya sino lo inmediato, lo que tocaba, como si le afectara una miopía progresiva, sin lentes que lo pudiesen remediar; nacióle por entonces un odio hacia cuanto no podía alcanzar, ni ver, como si las cosas en sí tuvieran la culpa de su cerrazón y tristes trabajos.

Paulino Cuartero era hombre leído y leedor; de niño estuvo dos años en Bélgica y no había olvidado el idioma; podía, además, sin dificultad, con el inglés. Sufría de su

mediocridad, conociendo lo excelente. Puesto a imaginarse las cosas se sentía feliz: su realización le desencantaba. Acabó por escribir poco, y menos por virtud que por interés. No había encontrado en los libros nada susceptible de hacerle variar sus creencias religiosas, bien establecidas por una madre inteligente.

—¿Tú crees que vale la pena perder la fe? Porque se puede perder igual que se gana: repitiéndose las cosas a machamartillo. ¿Me resuelve alguien los problemas últimos? No. Nadie. ¿Entonces?

Y riendo:

—La otra vida es buen preservativo.

Era recto y puro. La represión de octubre le llenó de asco y le interesó más directamente por la cosa pública. Sacóle de quicio la sublevación de julio y ofreció servir en lo que le mandaran. Enroláronle en la Junta de Protección y Conservación del Tesoro Artístico, creada el mismo mes. El día 25, fecha de su nombramiento, fue con otro individuo de la Junta al Pardo, hacia donde, a lo que decían, había salido una camioneta con cuatro desgraciados, en plan de quemar iglesias. Llegaron antes y convencieron sin dificultad a los expedicionarios de su equivocación, y aun consiguieron que se fueran por los pueblos circundantes para impedir desaguizados de pareja índole. Entraron en el convento de los Capuchinos para tranquilizar a los frailes, que no las tenían todas consigo. Diéronles algún dinero y los sacaron emparejados, a lo civil. Al entrar en una habitación la vieron alfombrada de pelusilla, crenchas, tamo o borra.

—¿Qué lana es ésta? —preguntó el compañero de Cuartero.

—Las barbas de los hermanos —le contestaron.

—¿Qué les dijeron ustedes para que se marcharan? —preguntó el superior, refiriéndose a los que se creían incendiarios.

—La verdad: que para qué iban a quemar lo suyo.

Para su salvaguarda más de cien mil cuadros trajeron las gentes más diversas, a la Junta, en tres meses. Más de quinientos mil volúmenes. Un aldeano trajo a hombros de Toledo a Valencia un San Francisco de Mena. Pero no era la calidad de los objetos lo que valía, sino la de los hombres que los salvaban, su fe, su ansia de saber, su seguridad de servir.

Muchos de sus nuevos compañeros tenían a Cuartero como personaje raro. Su posición había sido fácil de equilibrar: antimilitarista y católico, estuvo con la legalidad sin que le cupiera duda alguna. No le herían algunas bromas groseras acerca de su fe y desarmó a todos con su buena voluntad y deseo de hacer bien las cosas; acabó por ganar el aprecio de los indiferentes y el respeto de los sectarios. Su odio a la violencia era el único lunar que la mayoría le echaba en cara.

Hizo amistades nuevas, la mayoría de sus antiguos conocidos (cómicos y comerciantes) procuraron no salir a la calle como no fuera para refugiarse tras las

fronteras.

Dejaron Madrid en el mes de diciembre. Avisáronles, sin tiempo, desde el Ministerio de Instrucción Pública, y fuese el matrimonio con lo puesto y la pequeña, que mamaba todavía. Los otros niños ya estaban en Burjasot, a dos pasos de Valencia. Cinco hijos son muchos hijos.

—Si no te hubieras metido en política... Paulino intentó, al principio, explicarle a Pilar que el vivir ya es una política, y que sin ella no hay modo de ser, ni siquiera, casi, de estar. Ella le miró incrédula, irónica, como diciendo:

—¿Por quién me tomas?

De cuando en cuando se le olvidaba todo y se reía como una niña:

—¡También tiene una derecho a divertirse! ¡A ver!

Esas salidas eran cada vez menos frecuentes. Cuartero la disculpaba y creía —al ancho de una mañana— en una vida más llevadera. La rencilla vuelve a las tres horas.

—¿Es ésta la vida de una persona decente?

En su mollera de señorita el fregar se le antoja un insulto imborrable.

—¡Hasta aquí teníamos que llegar! ¿Quién te llamaba a ti en estos berenjenales?

El que Cuartero no conteste no arregla las cosas. El silencio refuerza malevolencias, pareciendo desprecio, pero las palabras son peores.

—Ya estrenarás, ya —acibara Pilar—. Puedes esperar sentado que te estrenen en América. ¡Con la simpatía, que les tienen a los rojos en la Argentina! Mira Marquina, mira Arniches. ¿Es que Ardavín se ha metido en algo? Esos, por lo menos, no se dejan engañar.

Cuartero recalla. Incapaz de explicarse sin irritación. No se da cuenta de que cede a su gusto, no sabe que ella lo nota. No sabe que está decidido a otorgarle cuanto no repugne a su conciencia y que ese límite la eriza, sabiendo que no hay modo de trasponerle. Cuartero no ve que su intangibilidad sobre ciertos principios la pica, pincha, hiere, enardece, espolea, llevado como él está, después de cada tremolina, a buscar en sí mismo las razones del estado de su mujer y disculparla. No puede imaginar que los límites de su mundo moral son los que soliviantan a su cónyuge. Ni, si lo supiera, le parecería posible ceder. Cuartero acepta este continuo martillear acedo. No intenta buscar otra salida. No entra para nada en su determinación el sentido del deber, ni la pusilanimidad, ni la vanagloria de toda desdicha. Acepta el mundo tal como es y se lo dan: por entereza viril.

A veces la esposa se deja llevar por la vanidad, creyendo que cualquiera podía hacer lo mismo o más que otro señalado.

—¿Bergamín? ¡Claro! ¿Es que tú vales menos?

No se plantea Cuartero el problema de que Pilar haya podido dejar de quererlo. Así pasa el tiempo. Y si alguna justificación se daba era ésta: lo aguanto porque duele. Y Dios por encima de todo.



No era el acíbar lo peor: Pilarín ronda los quince y su madre le destila el desprecio por las ocupaciones poco remuneradoras de su padre, haciéndole responsable de cuanto sucede. No alcanza su iniquidad. La niña contesta de mala manera a nuestro hombre, perdido todo respeto; los otros vástagos, sin darse cuenta, miran asombrados. El padre se atreve, un día, a largarle un sopapo a la primogénita. Nada le hará tanto daño como el recuerdo de su mirada. Las cosas vienen a peor. Enciérrase la hija en su rostro —¡tan gracioso!— sin sonrisa para el progenitor y cuchichea con su madre en los rincones. La menstruación ata a las mujeres por los más extraños lazos. Bástale a Pilar no sumarse a los reproches de Paulino para quitarle toda autoridad.

—Me parece una barbaridad —dice—, si riñe a alguno de los chicos, en la mesa.

—Para que les haga daño la comida.

—Hijos —contesta Paulino—, ya lo sabéis: si tenéis que hacer algo malo, ¡duro después de almorzar!

Cada vez se retrae más en el silencio. Las relaciones sexuales del matrimonio casi han cesado desde la llegada a Valencia.

Lo más nimio bástales para divergir. Lo que importa es tener un punto de partida, el tono áspero se encarga de lo demás.

—Ya te he dicho que te limpies los zapatos antes de entrar en el cuarto de baño. ¿Cuántas veces hay que decirte las cosas?

—Como tú quieras.

A veces, Paulino, tonto, se consuela pensando en ejemplos ilustres: a Cervantes, seguramente, debieron de fastidiarle mucho las mujeres. (Añádanse los reveses de la fortuna). Lo cierto es que dice pestes de las tales y habla maravillas de sus heroínas. ¿Para qué más pruebas?

—¿No has visto los ojos de la mamá? ¿Lo delgada y lo cansada que está? —le dice Luis al mediodía, como echándole la culpa.

Púsose un día por bufanda un pañuelo que Pilar tenía de su abuela. La mujer palideció al verle entrar de la calle con el tal liado al cuello:

—¡Quítate eso en seguida!

Cuartero se sorprende del tono y del brillo de la mirada. Ella le arrebató el mocante y lo guarda con cuidado en el cajón de la cómoda correspondiente. (Era un pañuelo de Hellín, rojo, azul y amarillo, con dibujos a lo persa).

—Yo no me pongo nada tuyo. A mí me gusta que cada cual gaste lo suyo.

(Su familia, su casa, su tienda, su título, su pasado, mancillados por el advenedizo que la ha traído al estado de hoy).

—¿Y mi pañuelo de motas? —pregunta el marido, con sorna.

—Creí que lo habías dejado por inútil. No tengas cuidado, que no me lo volveré a poner.

—No, mujer, si a mí no me importa.

La familia de Pilar —por lo de los abuelos paternos— siempre fue susceptible de su rango. Tuvieron, hace ochenta años, un birlocho y, por el tiempo de los viejos, los llamaron, en Valladolid, los Milores. Luego vinieron a menos. Quizá por eso la fama no hizo más que crecer en los círculos de la familia, a pesar de la abuela costurera. A Cuartero la genealogía, la clase, el lilao le importa un comino. Lo que sí tenía era la mala costumbre de hacer sonetico en la mesa, lo cual ponía nerviosa a Pilar. Mirábale la hija mayor con disgusto:

—¡Déjale, hija, déjale!

A poco de las Navidades acompañó Cuartero a una periodista sueca por los refugios construidos para las obras de arte. Recibió ésta una caja de bombones. En el hotel, mediada por los presentes la caja golosinera, la cerró la muchacha ofreciéndosela a Paulino:

—Para sus chicos.

Los había entrevisto un día antes. Al entrar con el envoltorio en casa, afánanse los muchachos a su alrededor. Vela por lo alto Pilar.

—¿La habéis abierto vosotros? ¿Estaba llena?

Explica Cuartero el caso.

—Sí, hijos, sí. Los restos...

Con un tinte oscuro de desprecio y amargura.

Los chicos, desencantados, no se atreven a comer los bombones.

—Para ti —le dicen a su padre.

Paulino se lleva la caja a su habitación, la tira en la cama, se sienta en un sillón. Hace más de un año que los chicos no han probado el chocolate.

Hablóse a los pocos días de la posibilidad de tener que trasladarse fuera de Barcelona, siguiendo el éxodo de los tesoros artísticos.

—Eso tiene la política: firma un mandamás un papel y todos a fastidiarse.

Luego:

—¿Dónde quieres que te sirva el café?

Y en el «servir» un recalco terrible, para que quede bien sentada su condición famular.

Recayó por entonces Cuartero en el onanismo de su mocería, con tal de no obligar a su mujer y por no tener que manifestar oralmente su deseo, decidida que estaba Pilar a no darse por enterada. Si por casualidad, por la noche, en la cama, la rozaba, comentaba con agrura, desapacible:

—¿Qué, ya estás tocando la guitarra?

Cinco hijos son muchos hijos, se repetía Cuartero, procurando disculparla, pero caía en él un relente que le rebullía y le soliviantaba.

—¿Paulino? —decía ella a las amigas—. No sé, nunca está en casa. Viene, y ale,

a dormir o a leer, a leer y a dormir.

Por la mañana, Paulino:

—He dormido mal esta noche, ¿y tú?

Pilar:

—¿Qué importa? Ya ha pasado.

Hiérole su falta de interés hacia su trabajo y su obra, su falta de fe en él. Referíase la mujer, en mil casos, a la pretérita labor burocrática, en la compañía de seguros, tan segura. Aquello sí que era trabajo, mientras que esto de ahora...

En diciembre acabó Paulino Cuartero una comedia. Dejó una copia, muy a la vista, sobre la mesilla de noche. Allí estuvo un mes sin que Pilar le echara la vista encima. Vino un día Rivadavia a tomar café y se la leyó Cuartero. Mientras Paulino salía oyó cómo Pilar preguntaba al invitado, subentendiendo oscuramente su extrañeza:

—¿Usted cree que está bien?

Surgió como bordón, cada vez que pedía algo a los chicos:

—Niño, obedece a tu padre, que no tienes más remedio.

Paulino se reconcomía la mala sangre. Si jugaba con ellos:

—¿Luego te extrañas de que no te tengan respeto?

Hubo por entonces una función de homenaje a Puchkin. Entre los discurseadores contábase a Cuartero.

—¿Vendrás?

—¿A qué tengo que ir yo allí?

—No sé, como tú quieras.

—Allí no irán más que personas muy inteligentes. Y una siempre desentona.

—¿Por qué dices tonterías?

—Si lo sabré yo.

—No es cierto.

—¿Para qué vamos a discutir? ¿Es que tú crees que no sé como son esas cosas? ¿No he ido, en Madrid, al Lyceum, para darte gusto? Se reúnen unos cuantos amigos, y uno tras otro, subidos en la tarima, le van dando coba al difunto y si es posible a los presentes.

—Es el mayor poeta ruso.

—No lo pongo en duda. ¿Es que por eso va a ser más divertido? Si por lo menos fuesen a leer algo tuyo... Y aún... Para eso están los libros.

—Irá el Presidente.

—¿Y a mí, qué? ¿Es que tú crees que yo siento el entusiasmo vuestro por la guerra? ¡Qué vaya el Presidente o Perico de los Palotes...! Lo que sucede es que yo llamo las cosas por su nombre.

A Cuartero le quemaban unas invitaciones que tenía en el bolsillo, conseguidas

con dificultad. Le hería que a Pilar no le importara escucharle. (Puchkin le tenía sin cuidado).

—Pero iré, hijo, iré. No faltaba más.

—No tienes ninguna necesidad de ir si no tienes gusto.

—No, si ya sé que no hago falta en ninguna parte.

—No he dicho eso.

—Yo me entiendo, pero iré. Descuida.

—Ya te he dicho que si no tienes gusto, no vayas.

—Iré, hijo, iré. Aunque me aburra y me sienta como un perro entre tantos gatos. Iré. No faltaba más. Ya sabes que cuando ha hecho falta sé aguantar las tabarras y poner cara sonriente. Y no me lo ha notado nadie.

No fue.

Separábales, además, el gusto por lo barato, prevaleciente en Pilar. Cuartero pasaba difícilmente por ello. La pasión de Pilar por lo económico le hería. Sin razón: sin ella no hubieran podido vivir. Servir la mesa, cuidar de los guisos, no comer para que coman los chicos, siempre levantándose de la mesa porque falta algo (la criada ya tiene bastante que hacer), fregar, lavar —sin jabón—, planchar —sin carbón, sin electricidad—, cocinar con una miajita de gas. Las colas las hace María, pero componer los calcetines de toda la patulea, los calzoncillos, subir los puntos de las medias, hacer las camas, barrer, quitar el polvo. (Fregar los suelos lo hace María). Ir a la compra. Deslozar las enaguas de Pilarín.

—¿Acabarás tú el jersey de Luis? Y los paños higiénicos, ¿los lavas tú? Porque, con la guerra, ¿tienes Kotex? No, hijo, no. ¿Qué tengo los nervios de punta? La primera que los aguanta, yo.

Cuartero se razonaba las disculpas: en general, dan en exagerar las cosas, en abultarlas, aunque sólo sea porque hemos salido de su madre. Hinchan velas con el menor viento. Nada más las empujas, que ya se disparan. No hay quien las detenga. Es posible que lo olviden todo a las dos horas. Y no admiten las medias tintas: o blanco, o negro. Ni los decimales: o es uno, o es dos. Cuando dicen: «No les gusta esto», ya puedes ir enseñándoles cosas: no les gusta nada. Si dices: «Voy a salir esta noche», ya sales todas las noches. Por un perro que maté...

Y Pilar:

—Vives en la luna.

Juzgaba las cosas por la cruz, a repelo. A lo bueno, decía:

—¿Tú crees?

A lo malo:

—¡Ves tú! ¡Ya te lo decía yo!

Y como lo malo abunda, acertaba en lo más. Acabó Cuartero por callar. En él siempre habían podido más la fantasía y la imaginación que la realidad. Acababa

acogotado por las continuas victorias del pesimismo de su mujer.

—¿Ves tú? ¡Ya te lo decía yo! (Mérida, Talavera, Bilbao, Santander, Málaga. Derrota tras derrota). Tú vives de ilusiones, hijo. Y de eso no se vive.

Ahora discutía con los hijos:

—¿Nicolás, quieres ir a un recado?

—Sí, mamá.

Remoloneaba el chico.

—No, hijo, no es menester que te molestes si tiene que ser con esa cara.

Duraba el forcejeo más de lo que el muchacho hubiese tardado en ir y volver.

Sonaba el despertador a las ocho.

—Ya hay que empezar a bregar.

—Espérate un poco más.

—Sí. ¡Aquí me estaré quietecita!

Pilar se quedaba boca arriba, sin decir palabra, hasta que Paulino se levantaba: jollín para todo el día.

Cuando Cuartero la avistaba dormida, en la madrugada, pensaba que todo obedecía a falta de sueño, que se iba a levantar sonriente y amable. Le seguía gustando como cuando novios. Lo peor el tono, el no poder hablar sin cuidado, hallar en todas las palabras motivos de retintín, el decir humillado o irónico, el escuchar con escepticismo. Los niños no facilitaban el acuerdo, riñendo, llenando la casa de voces, de reclamaciones, de denuncias, clamando a cada minuto para que viniese la madre a departir o juzgar fútiles cuestiones vitales. Ella levantaba la voz, ya alta, reclamando tranquilidad, deshecha al cabo de la jornada. No podía hablarse de nada sin estar alerta al atar de todos los cabos, no fuese que el menor detalle no calcara con algo dicho cuando fuera, y saltara la mujer:

—¿En qué quedamos? ¿Era así o asá?

—Dicen que el mes que viene voy a cobrar el folleto de Valencia. (Una memoria que había hecho por encargo del Director General de Bellas Artes).

—¿A ti? ¿A ti? A ti, ¡qué te han de pagar, infeliz!

Pilar había sido acostumbrada a lavarse los dientes dos veces por semana, lo cual ya estaba bien, hace años en Valladolid. Cuartero en cambio, tenía la costumbre bastante sensata de enjuagarse diariamente. Esta diferencia era fuente de acrimonias:

—Pilarín, ¿te has lavado los dientes?

La niña se alzaba de hombros, sin contestar. Su padre se quedaba con la duda de la bofetada en la mano. Y como el enjuagadientes: cada vestido, cada compra, cada salida, cada guiso, cada hora.

Subíase Pilar a la parra, en seguida, sin medio ni remedio.

—¿Yo he dicho eso? —se extrañaba Paulino.

—Bueno. ¡Ahora dices que no lo has dicho! Pilarín, ¿tú lo has oído? ¿No? Si

niegas lo que has dicho ya no hay manera de hablar, y me callo. ¡Benditos sean los analfabetos!

Esto último quedó como muletilla. Ese zaherir constante no destruía la confianza que Cuartero tenía en Pilar; no había cosa que no le consultara. Tenía que pesar los términos de sus frases. El sentimiento perenne de hostilidad le dolía sobre los hombros. El palacio que albergaba la Junta, los cafés, le sabían a gloria.

—Luis, haz tu gimnasia.

—Después de comer me parece una barbaridad.

—Mujer, han pasado tres horas.

—A mí me parece una barbaridad.

—Bueno, que no la haga.

Cuartero pasa a la habitación contigua, oye la voz agriada de su mujer:

—Luis, haz tu gimnasia. Ya has oído a tu padre. ¡Hasta que no la hagas no saldremos de casa!

Más bajo, añade:

—Si no la haces se hundirá el mundo. Hija —por Pilarín—, ¡dedícate a la literatura!

No tiene Cuartero la habilidad suficiente para expresar lo contrario de sus sentimientos, o deseos, que si no, acertara.

—Hijos, os llevo al cine.

—¿Tengo que ir yo? —pregunta la madre, hostil al proyecto por ser de quien es, y a quien no hay cosa que más guste.

—A mí me duele la cabeza —redarguye, como un eco, Pilarín.

El domingo siguiente:

—Pasaré a buscaron por la Diagonal.

Febrero repleto de sol.

—¿Ya nos echas? ¿Te molestamos ya?

—¡A qué santo! Pero hace muy buen día.

—Ya, ya —sale Pilar y entra Pilarín poniéndose el abrigo.

—Bueno, hijo, hasta ahora.

Conversación en el recibidor:

—Sí, pues no faltaba más. Y menos mal que no ha dicho en qué macizo hemos de pararnos o en qué banco debemos descansar. Podías habérselo preguntado. ¿No te ha dicho a qué tenéis que jugar?

Asoma la mujer la cabeza por el quicio:

—Las niñas, ¿se llevan las muñecas?

Cuartero se reconcome, contesta, lo más neutralmente que puede:

—A mí, ¿qué me preguntas?

Al declinar de la tarde va por ellos, no los encuentra. Paseo solo. Vuelve.

—Seguramente nos hemos cruzado —dice Pilar.

Y Paloma:

—¡Qué bonito, papá! Hemos dado de comer a las palomas. En la Plaza de Cataluña.

Cuartero hace como que no se entera.

—Juan, cómete la carne.

—Deja, si el chico no tiene gana... No te fijas más que en tu gusto.

Cuartero calla. Más le pesa el pesimismo de Pilar que la continua caza al menor gazapo. Ambos aceptan la situación sin que les pase por las mientes que todo pudiera tener un arreglo separándose; ambos porque les ha tocado así, y así tiene que ser.

—¡Si por lo menos tuviera el piano! Me entretendría un poco tocando. Pero ni eso. ¿Qué he sacado yo de mi juventud? ¿Qué vida es ésta que hago? ¿Con estas manos? Antes me las cuidaba y se me podía mirar. Ahora, ¿qué soy? ¡Una criada! ¡Y aún! Una criada tiene días de salida y vacaciones para ir a pasar las fiestas a su pueblo. Mientras que yo... ¡Benditos sean los analfabetos!

A la noche viene la niña, con susto y misterio.

—Papá: la mamá tiene en su cajón un tubo con veneno.

Como diciéndole: se va a suicidar por tu culpa.

—Anda y no te preocupes.

Son pastillas para irrigaciones vaginales compradas hace diez años y que Pilar mete siempre en el cajón de la mesilla de noche, como prueba de su buena voluntad y oscuro deseo de humillación y que Cuartero —ahora, al dejar el reloj— vuelve a ver antes de acostarse.

## 9. De once a doce

Después de dejar a Cuartero, Rivadavia, Templado y Herrera bajan hacia la Plaza de Cataluña.

—El cristianismo endulza la vida —dice Julián Templado—. La ha pringado, todo se apega de tanto azúcar como tiene. La guerra entre cristianos no tiene nombre. Un príncipe católico no debiera poder hacerla, supongo yo. Para arreglarlo, la guerra se volvió caballeresca. La que salió ganando fue la mujer. Ahora que desaparece el sentido cristiano con el remozo del paganismo nazi, vuelve a surgir el viejo concepto de la guerra.

—La guerra es cuestión de hombres, que decía Héctor —apostilla Rivadavia.

—De hombres y de material —contesta Herrera—. ¡Si lo sabré yo!

Y Templado comenta con cierta ironía:

—«La fuerza material no puede ser abatida más que por la fuerza material, pero también la teoría se trueca en una fuerza material en el momento en que penetra las masas», dijo tu padre. Pero también la fuerza material se trueca en teoría, digo yo, marxista aficionado.

—Más aficionado que marxista.

—Concedo. No hay más espíritu que la imaginación, no va aquél más allá que ésta. La naturaleza no progresa.

—Pero no se rinde —acaba Rivadavia.

Al llegar a la altura del Hotel Majestic, Templado se despide.

—Voy a festejar el año nuevo.

—Pura imaginación.

—Con mi pan me lo como.

El juez y el militar siguen andando hacia el centro de la ciudad.

—Toda nuestra tragedia —dice Rivadavia—, desde que los españoles tuvieron razón de sentirse hombres, nace de que no sabemos perder. No nos resignamos. No teniendo concepto del tiempo, no sabemos esperar. Ese es el problema. No podemos aceptar que nuestro enemigo venza en la lid. No suponemos que en la próxima contienda los vencedores podamos ser nosotros. Nuestro sentido de la realidad nos impone el presente como único futuro: razón de tantos alzamientos, de tantas revueltas, de tantos pronunciamientos. No sabemos perder. Nos figuramos perdidos ante un revés y echamos la casa por la ventana sin preconcebir los males que tales prisas llevan aparejados. Nos falta perspectiva. No sabemos esperar. Ni esperaron ellos en 1932, ni el 18 de julio; ni supimos esperar nosotros el 34. Ansia de novedad, ansia de tenerlo todo en la mano. Parecemos niños. Esto nos cuesta tanta muerte, aunque a veces nos gane mundos.

Con su buena fe acostumbrada, Herrera hace proselitismo. El juez lo ataja:



—Es posible que tengáis razón, que todos los acontecimientos: las artes, los sucesos políticos, sean determinados por los vaivenes sociales y económicos. Es posible, pero no me importa. Esta guerra es ideológica. La gente se bate por ideas; lo que tiene importancia son esas ideas y no me ocupo de sus fundamentos, de la misma manera que me tiene sin cuidado el pedigree de nadie. Si el mundo obedeciera solamente a motores económicos, ¿cómo explicas la destrucción por el pueblo de los símbolos de la opresión? Se contentaría con las especies. Y, como dice Spinoza: «La ignorancia no es un argumento». Por cierto que esto me recuerda un suceso de los primeros tiempos. Yo no sé de dónde había sacado esta frase un bárbaro que hacía de fiscal y que pedía la última pena para todos los acusados que, generalmente, se atrincheraban en la mayor ignorancia.

—¿Sabe usted dónde? ¿Sabe usted cómo? ¿Sabe usted quién?

—No sé. No recuerdo. Yo no estaba allí.

Y aquel energúmeno decía muy convencido: «La ignorancia no es un argumento». Y se los cargaba. Un listo hubo que le contestó: «De acuerdo, pero entonces tampoco es argumento para fusilarme». No le salvó.

Somos dados a fantasear. Poetas, trastornadores, guerreros. Ortega, aficionado a la filosofía; Azaña, aficionado a la política... Aquí las cosas grandes: pintura, poesía, las tiene la gente como trabajo de aficionados.

—¿Y la justicia —pregunta Herrera— también es cosa de dilettantis para ti, juez?

—¡Qué remedio! ¡*Fiat justitia, peleat mundus!* —contesta Rivadavia—. No, señor comunista. La justicia reinando sobre el desierto, ya no sería justicia. Prefiero un poco de injusticia vivida, señor cristiano, vivida.

—¿Y la impartes tan tranquilo?

—Sí. Por ahí dicen que el hombre es hijo de sus obras. Confunden el hombre con su cultura. Yo, no.

—Eres un anarquista.

—No. Te equivocas. Creen en la bondad y se dejan sobornar. No. No tienen donde cogerse. ¿Sabes lo que soy? Algo muy difícil de comprender para ti: una antigualla, Herrera, un liberal. Un viejo liberal, ateo y demócrata. Ah, y creyente en los derechos del hombre.

—¿Masón?

—Eso no se dice. Y con cierta simpatía hacia los comunistas, por decentes y trabajadores. Pero nada más. Cuando a un español de la decadencia se le pregunta ¿en qué piensas?, contesta: en nada. Y dice la verdad, porque el español no piensa sino en sucesos o cosas palpables y no en buenas razones. Esa imposibilidad de representarse nada escondido le hace muy amigo de imágenes y santos, y a los poetas muy duchos en metáforas y demasiado aficionados al recargo oropélico. Ver para creerlo. No nos preguntamos el por qué de las cosas: ahí la mística, aceptación de un

mundo entrevisto en éxtasis, y mágica de la realidad. Luego vinieron los germanos, la Institución Libre, y nos pusimos a pensar. El español es inventor y capaz de pasarse siglos sin modificar el arado. Ir viviendo, decimos. Fuimos viviendo y así vamos. Lo que nos diferencia de los salvajes es que ya no nos sorprendemos de nada. Eso lo da la vejez, la falta de interés por el mundo y sus vanidades. Frente a lo que le importa, un español hace cuanto puede hacer el que más, pero nos interesan pocas cosas. Aceptamos el mundo como es, sin buscarle explicaciones; de ahí la creencia en la innecesidad de los técnicos y nuestro éxito con los románticos alemanes y los anarquistas. Entre nosotros no hay nada más poético, de posible materia poética, que los hombres de la FAI. Lo malo es que no están hechos para este mundo: lo deshacen. Hay pueblos enteros incapaces de concebir un mundo ordenado por la razón: los africanos y muchos pueblos orientales. El místico es individualista y el anarquismo español tiene ese gato en la barriga.

Rivadavia es impotente, y no le importa. Lee y compra libros de viejo. Y habla, habla, habla. Ahora dice:

—Y, sin embargo, no hay más problema que el de la verdad. Lo olvida el mundo. Les tiene completamente sin cuidado. Oscurecido por la conveniencia, el interés. ¿Qué siempre ha sido así? Quizá en lo general, no en lo particular, no en las ideas, no en las universidades, no en los confesionarios, no en el pensamiento de los hombres. Las teorías políticas del día demuestran que su único interés está en olvidar que nuestra vida no lo tiene. La muerte no es un fin. La nada no es posible. Y glorifican los medios diciendo que no importa cuáles, porque exigiendo un fin, ¿qué más dan los medios? Y para mediar, delatar, sin remedio. La gente ha creído tener el paraíso en la mano, y jugó unos meses a ser dioses y así acrecentaron su crueldad. ¿Qué les puede importar si saben por qué y para qué viven, y entran en la República final con una aureola de personajes que están en el secreto? Me dirás que delatan por cobrar: verdad, pero escasa. Delatan por porfiar, por hundirse, por vengarse de sí mismos, por desesperación, por desprecio, como si se fustigaran.

—Haces de un grano una montaña. Todo lo dices por López Mardones. Y al fin y al cabo este sentimiento que denuncias sería bastante parecido al que lleva al ermitaño al cilicio. ¡Qué cándido eres! ¡Qué optimista! Crees en la bondad humana, Bakunin. Denuncian por ganarse la vida. Porque les parece un oficio como otro cualquiera.

—Pero los empleáis.

—¿Por qué no? Es la única manera de ganar la guerra.

—¿Cuál? ¿Esa que habéis inventado de independencia? ¿Crees de verdad que esta guerra nuestra es de independencia? Si fuera así no la haríais vosotros. ¿Qué os importara? Sucede que, como siempre, mentís. Con la suficiente habilidad para que haya en el kilo unos gramos de verdad. Lo que me duele: que sois los únicos que dais

sensación de hacer algo para ganar la guerra. Y lo que me hace daño: que la queráis ganar a fuerza de mentiras. ¿Qué pasaría si de pronto rompiérais velos y gritárais la verdad? ¿Creéis que la gente no os seguiría? Si empezárais a gritar: ¡Mentira el Frente Popular! ¡Mentira la guerra de independencia! ¡Lo que queremos es todo el poder para el proletariado! ¿Creéis que os seguirían menos?

—¿Y el extranjero?

—¿*Tu quoque*? Vuestras propias trolas os deslumbran. Con tanto mítin, con tanta discusión, tanta conferencia, tanto artículo, habéis acabado por tomar fantasmas por montes. ¿Creéis que engañáis a alguien como no sea a vosotros mismos? ¿Por qué engañar? ¿Por afán de juridicidad? El engaño nunca fructifica. No conseguiréis nada del gobierno francés, no conseguiréis nada del gobierno inglés, a pesar de todos los curas vascos que paseéis por ahí. A lo sumo, quizá el envío de ambulancias, leche condensada, recogida de niños por cuáqueros y otros presbiterianos de la misma índole, juntas de amigos de los «fox terrier», recogedores de gallinas ciegas defensores de niños muertos. ¿No contestas?

—¿Para qué?

—La vergüenza es que le echáis límites a todo. La verdad no los tiene.

—Te emborrachas de eternidad.

—No. Lo que sucede es que sois puritanos del envés. Habéis perdido la costumbre de la verdad. Si os conviene llamáis traidor al más pintado. Sir importaros más que lo inmediato.

—¿Y te parece mal, García Prieto?

—Ni García Prieto. Ni Prieto. Digo, —¿me oyes?—: odio a la mentira. Digo: odio a los sofistas. Digo: odio los silogismos. Odio vuestras consignas, las que aceptáis sabiéndolas falsas y estáis dispuestos a defender hasta la muerte, no por lo que digan, que tanto os da, sino por quien os ha dicho que las sostengáis. Crees en lo que te dicen, sin creerlo. Tienes papa, que profetiza sobre el color de los zapatos, los comedores populares o el último discurso de Negrín. Tenéis un papa para cada cosa y para cada día. A veces dais sensación de párvulos.

—Todo lo que quieras, pero es la única manera de ganar la guerra. No se me oculta mi ingenuidad, pero toda esta mentira que te choca se convierte en norma de ejércitos. Los nuestros luchan por la tierra: ésa es su verdad; por las fábricas. El tremendo daño de los otros es que luchan por unos principios nebulosos. De nuestro lado me basta con mi carpintero, mi albañil. Saben y tiene fe. La fe y la acción son una misma cosa. Cuando falta la fe y queda sola la inteligencia, las épocas degeneran. La inteligencia es una fuerza pasiva, agrícola. Sólo la fe empuja. A veces el hambre: la fe, hambre que no se sacia.

—No lo diría mejor Cuartero.

—Toda fe sin acción no es fe, sino caparazón. La inteligencia sin fe se

reconcome, gongoriza y muere matando. Demasiados absurdos en este mundo para que la inteligencia pueda mantener el hombre en tensión. La inteligencia divide, enfrenta, cristaliza, pero en ningún momento engendra más que espejos o escepticismos.

—Por eso tu partido le tiene tanta prevención a los intelectuales...

—Por eso y por muchos más cosas. Puede en ellos más el amor propio que las convicciones...

—¡Ah! ¿Y los políticos están libres del achaque?

—Por otros motivos.

Llegaban a la puerta del alojamiento de Rivadavia.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana —responde el militar.

—¿Verás a Fajardo?

—Desde luego.

—Dale recuerdos. ¿Vuelves a Teruel?

Herrera mira al juez intentando adivinar la intención de la pregunta.

—Sí —contesta—, a Teruel, aunque sólo fuera para dar en la cabeza a tantos de la retaguardia.

—Suerte y feliz año.

—Igualmente.

El cielo está claro.

## 10. El bombardeo no admite mediocridad

*31 de diciembre de 1937.*

*Casi las doce.*

Se apaga la luz a medio sueño. Suben las sirenas como brazadas en espiral, clarines de mala fama, hoz horrisona, anunciadoras celestes de refugios infernales, mugientes precursoras de neblías, azores, cuervos y otras rapaces; altos anuncios de la muerte, soplando en barrena por la noche apagada. Ladran los antiaéreos del Carmelo, retiembla el vidrio.

Templado está acostado con Mariquilla.

Pienso en pensar. Considera la palma de mi mano derecha tu cintura y el alcor de tu cadera, cayendo por la lentísima quebrada de tu ingle mollar. Soy mano y manco, a lo sumo flexor profundo de mis dedos. Soy músculo, y tú tibia y desnuda playa mía; soy pectoral mayor, bíceps, deltóides; el abductor de mi pulgar.

El 155 de Monjuitch, las ametralladoras.

Quiero tu piel, tus labios, los pájaros huyentes de tus músculos contráctiles, el pez volador de tu gemelo interno, tu sangre envuelta, la finísima arena que cubre tus glúteos mayores. Quiero tu calor, pero no tu sangre; olvidar la sangre en la suavísima membrana de tu cutis; sentir el arado polisurco de tu vello.

Corren en abanico los reflectores por la noche dándole aire y profundidad.

Dar por no nacidas la vena poplitea, la arteria peronea, la red venosa del antebrazo, la femoral, la safena. ¿Sientes tus pechos como los siento yo? Llenos, duros, tiernezuelos, pesados como plumón, hechos a mis dedos como hocicos de perros fieles a humanos bozales; moleña y moyuelo, escudillas divinas, reales tazones de leche caliente, encendido hollejo, fruta con su flor todavía en yema, primavera al revés.

Ese silbido de muerte, bombas en ristra.

Ahora, vertida tú en decúbito supino, aparecen como los más perfectos collados—yo dormido en su horcajo blando— ¡artificio de su firme alabear!, desde las atalayas de sus pezones hasta la vertiente de tus costados. Olvido tus húmeros por tu coxal.

Te puedo dar pelos y señales de cómo operamos ayer a aquella muchacha de tu edad: ablación de la pierna derecha a la altura de la cabeza del fémur. Total, por una guija de nada, un trozo de metralla que apenas se veía. Se murió. Ya no tiene importancia. Te quiero. Lo que no quiero es tu sangre.

Vuelven, zumban, tiran, ¡cómo tremen los cristales!

La pelusilla de tu cogote templado. Tu lengua, el grueso jirón saburroso y calenturiento de tu lengua, el húmedo graneado partido en dos como hoja de rosal de

tu lengua, el insípido humor de tu boca, la dura corona mortuoria de tus incisivos sobre la áspera madurez ardiente de mi lengua. ¡Húndela bajo mi paladar, en mi garganta, mis labios entreabiertos sobre los tuyos gordezuelos, negros en la noche negra! ¡Híncala! Nos apretujan las tinieblas. ¿Sientes tus pechos como los siento yo? Elásticos sobre mi esternón velludo.

La muerte en abanico. Ahora sonará el teléfono y me llamarán.

Siete brazos derechos, siete zocos quisiera para ludirte, siete manos, mejorando las presentes: una para carmenarte el pelo negro, otra para el velillo sutil de tus aladares, otras para sostener tus omoplatos, aquéllas para la resolana de tu costalada y el regolfar de tu cintura, éstas para el peso y el vaivén de tus nalgas; las más finas para los muslos, sino fuesen para tus rodillas o la ensenada de tus corvas, otras como tierra de tus pies; y si tuviera más de siete, más quisiera para contenerte y arregostarme en el ramblar de tus costillas, tentarrujando todos tus límites.

¡Cómo cae la muerte alrededor! ¡Envuélveme, soledad oscura, desahógame de oscuridad, enlaza con tus dedos —jóvenes bejucos— este viejo tronco mío! ¡Quiero que el corazón te repiquetee a menudillo! Deja ir la yema de mi índice por los cuernos finos de las albardillas de tus cejas tiernas. ¡Y miénteme, mi vida, miénteme, mientras rozo la calma dorada de tus choquezuelas, manzanas reinetas, ciruelas de yema, melocotones cobijeros de la flor de tus corvas!

Vuelve a mí el navío de mi palma, fémur arriba, balsa desamparada por el calidísimo agosto de tus muslos. ¿Qué tierra de toda la mañana soleada puede comparar su temperatura con la tuya? ¿Qué mediodía? ¿Qué siesta de ventolina terral? Tumbilla. ¡Finca mía! No hay brazada de mar, oh nadador empedernido, en el más brillante y pesado verano, que alcance el calcañar de tu cintura: blanda y dura, caliente y templada, prieta y mollar, alta y breve, mía y tuya, ancha o delgada, según la caricia o el garrote, círculo mío, ecuador todo de sures, sin más islas que mis manos, ni más trópico que mis brazos, continente mío, mar.

El sudor leve que te nace por el amplio, suave y frío camino de tu espinazo, venero de las mejores llanuras, de los más ricos cerros, vaho nuestro, escarcha tuya, mador que ayuda la ruta de mis dedos, dejando jacilla de agua: mis huellas dactilares en tu marea baja. Te tengo toda robada. ¿En qué cachones te rompes de pronto contra mí, acantilado tuyo, playa mía hecha mar brava? Espuma.

Aunque se oyeran no se oyen los aviones, la panza de tu lóbulo entre mis dientes. Pero sí las ambulancias. Cómo corren. ¿Quién está de guardia? Luis, Jiménez, Segura.

En tu boca refacción, en tu pecho almuerzo, en tu ombligo merienda, en tu horcajadura noche. Musgo, ramas, tronco mío.

—Armadura, clave, vértice, ápice, fábrica mía.

—Luz.

—Arco mío de todo punto.

—Si soy tu arco, tú eres mi flecha.

Háblase y contéstase Julián Templado.

A rémora de la sirena larga vuelven a luz las bombillas. Mariquita, en acento circunflejo, trascalada sobre su heridor, dice de veras, con un puntillo de admiración:

—Eres estupendo, mediquillo.

Relámese por los adentros el aludido. Vanidoso. Y ella, del pozo de su ciencia:

—El bombardeo no admite mediocridad.

Salen al balcón a tomar el aire. Los árboles desnudos, la noche limpia, los transeúntes, luciérnagas en el campo nocturno, se guían, de cuando en cuando, por su botón de luz. El silencio de las pisadas, su espacio. Sí, sólo el ajeno andar da sensación de lejanía; el propio, de soledad.

—Tengo que volver a casa. Me espera mi madre para comer las uvas. Como no las hay, avellanas.

Saca Julián de las más escondidas entrañas de un mundo una lata de sardinas, trocea luego un cantero de pan.

—Más duro que la cabeza de González Peña.

—¿Quién te ha enseñado eso, niña?

—No sé, lo he oído en el café.

—La lástima: que no hay vino. Vermut para desayunar, vermut a mediodía, vermut para cenar. Vermut a..., ¿qué hora es? Casi las doce. Vermut a las dos de la mañana.

—En el Ritz hace un mes todo era Málaga.

—No conociste la era del champagne, Mariquilla. Eran los tiempos de los Reyes Magos. Cuando escriban en serio la historia de la guerra, la dividirán en tres edades: la del champagne, la del tintorro, la del vermut y...

—¿Y qué?

—La del diluvio.

Se tuerce y rompe la llave. Julián Templado, con un calzador, desuelda como Dios le da a entender la latilla de conservas.

—Una sardina —dice la carantoñera—. ¿Te das cuenta, mediquillo? ¡Una sardina! Un año sin saber lo que es una sardina en aceite. En aceite puro de oliva. Lo dice aquí, en la lata. ¡Fíjate qué color (le plata entremezclada de grises! ¡Qué pardos en su parte vaciada! ¡Qué brillante! ¡Qué abultada! ¡Qué limpia!, y ¡cómo huele a sardina! ¡Qué espinillas como canas, y la carne rosada como marfil viejo! La abres, ¡y parece doble! ¡Mírale la espina como cadena cordobesa de oro blanco, transparente!

—Los espárragos y las sardinas ganan con la conserva —dice, como hombre entendido, el anfitrión.

—¿Has dicho espárragos?

Empuña el cuchillo la fiera y apunta su hoja roma contra el pecho del huésped.

—¿Has dicho espárragos? Retráctate y jura que es mentira. Asegura que nunca dijiste tal, que nunca pronunciaste esa palabra. Es locura, invención, frenesí, abracadabra. ¡Qué no sabes lo que es, que desvariaste, que no sabes lo que te dices; que estabas fuera de ti: loco, bobo, tonto! ¿Qué es un espárrago? ¿Puedes decirme lo que es un espárrago, gacel?

—Espárrago eres tú.

Y la enlabia.

Comen.

—Mariquilla, ¿qué eres?

—Soy fina y de buena familia.

Y es cierto. Córrele ahora el agua hilada de la ducha por el despeñadero de los hombros, partiéndose ante los tolmillos de sus pechos alimonados, cuélase por la trocha de su vientre.

El mundo, para ella, es la guerra. Perdió su virginidad el 19 de julio y la vergüenza con la toma de Badajoz. La primera defensa de Madrid se sorprendió de verla ya tan maestra de sus destinos. Su alegría no era ficticia, los bombardeos lo natural.

—¿Conoces a Lola?

—¿La de los lunares?

—¿Cuál va a ser?

—No. No me trato con ésas. A pesar de las ochocientas pesetas y los gastos pagados. ¿Te interesa? Ya sabes que no soy celosa. Lo hago porque me gusta. Porque me gustas. ¿Por qué me gustas tú, paticojo feo?

—¿Te propusieron el contraespionaje?

—¡Cómo no! Y el tabaco, que no es grano de anís. Ahora que tienes que ir a buscarlo. El secretario del Director del Timbre es un vivo. Algunas lo hacen por fumar. Como a mí, ni fu ni fa. Pues santas pascuas, que a la vuelta lo venden tinto.

Vístese las bragas, la blusa y la faldilla que componen su atuendo completo. ¿Qué tiene? ¿Dieciséis, diecisiete, dieciocho años? Parece un gato. Tiene ojos de gato, gestos de gato, runrunea como un gato. A Julián Templado le gustan los gatos.

—Con la plaza en el ministerio, mi madre para las colas y tú para lo otro, ¡qué me voy a preocupar yo de sacar a la gente lo que tiene malditas las ganas de decir! Que me acueste con éste y que me reacueste con aquél, porque es posible que..., que si patatín, que si patatán. ¡Cuernos, mediquillo, cuernos! ¿Me acompañas? ¿Cómo que no?

—Hace frío.

—¿Y yo?



—Quédate.

—Ya sabes que no puede ser. Mi madre no me lo permitiría. Y hoy, menos. ¿Vienes a buscarme mañana?

—No.

—Vete al infierno, médico. Vendré a cenar, mediquillo. Julián, ¡qué tienes Mariquilla!

Y se va toconeando mármol, contoneando lo que Dios le dio.

«Los tres de esta mañana, los tres, la chica y los dos viejos. Era ayer y ya no tiene importancia. Lo que importa es hoy, el viento frío que corre por el balcón. ¿Volverán a tomar Teruel? Vamos a fumar el último “Lucky” del Director General, buen buco, hijo de su señora madre».

Julián enciende el pitillo, asómase al balcón. Un piso más abajo le rechistan.

—¿Bajas? —le sopla Hope—, hay líquido y gallas (es su traducción de «poules»).

Julián supone a Lola allí. No se equivoca. Lola y otras, Hope, dos norteamericanos recién llegados, Alfonso Suárez, dos botellas de whisky, una gramola con sordina, mantequilla, pan traído del Perthus, cajas de Chesterfield.

—El paraíso jamón —dice una de las mozas.

Están todos bastante idos.

—Yo me marchaba mañana —dice Hope—, pero con lo de Teruel me quedo.

—Coméis batallas —comenta Suárez.

—Caballos. Al fin y al cabo un corresponsal de guerra es un monosabio.

El alcohol le cae hondo al médico. Apretuja a Lola en un rincón.

—Sube. Quiero hablar contigo.

—Le va a costar quinientas pesetas.

—Más.

—¿No os da vergüenza? —dice Suárez—. ¡A vuestra edad! ¡Y a estas horas!

—No hay hora mala —comenta Templado, subiendo la escalera seguido de la muchacha.

—Muy optimista está usted.

—Ya me lo han dicho esta mañana, que la empecé temprano. Lo da la carne.

Al meter la llave en el ojo de la cerradura, Julián Templado vuelve a pensar en Teruel, en la ciudad, en el frío, en los compañeros, en la nieve, en los hospitales.

«¿Me voy a justificar? He trabajado tres días seguidos para ganar éste. Algo me desasosiega, punza, muerde. Estaría más tranquilo con el bisturí en la mano».

—Entra.

## 11. Nacimiento de una comedia

1.º de enero de 1938.

*La una de la mañana.*

¡Qué comedia, Paulino! Un hotelito, ito, ito. Una torre que dicen aquí. ¿Dónde? ¿En Sarriá? Sancho dijo Salvidrera. Verdes pinos, lejanías azules. Pero la veranda no tiene horizonte. ¡Veranda! ¡Dulcísima palabreja!, ¿quién lo diría?: de origen inglés o indio —no me acuerdo—. Ver, anda; anda a ver, veranda. Levántate y anda: veranda. No debe estar en el diccionario. Lo nuestro: mirador. Pero veranda dice ya decorado: una emperifolladísima veranda, sillones de mimbre, retorcidos espaldares, aretorbellinados mimbres. Un loro. Loro y jaula. Una jaula dorada, con pie, con cristales de colores. Todo el escenario convertido en una jaula. Injerto de flores, abanicos, búcaros, persianas. Muchas persianas, todo persianas. Y una falda trencillada. Alambres cobrizos, trapecios. Si la montara Meyerhold, los personajes se columpiarían en trapecios: comedias de loros y cacatúas. Muchos lazos de colores de éstos que llaman favores. Favores rosas y celestes. Remedo finesecular. ¿A lo...? ¿Cómo se llama el pintor ese amigo de Gash? Grau Sala. Calla, lorito, lorito real, real. La escena tras una cristalera de colores. Ahora lo verán todo azul, ahora lo verán todo verde.

*Estaba una señorita  
a la puerta de un café,  
luego vino un señorito:  
mire usted, mire usted, mire usted...*

Mi rentista, catalán. Jícara. Bizcocho nevado. Chocolate. ¿Cómo se llama ese plato con abrazadera para su taza?

¡Maravilla del teatro! ¡Mundo! ¿Hay algo que se le iguale? ¡Cuerpo! ¡Esplendor! ¡Ideas encarnadas! Tú dices lo que yo quiero que digas. Dios, autor dramático. Perdón. ¿Por qué no? Decimos lo que queremos pero el impulso fue soberano. Tampoco mis personajes salen como yo quiero. Libre albedrío. Bastaría el teatro para prueba de la falsedad de la predestinación. Porque no sé exactamente lo que quiero. He aquí un enemigo y mi vencimiento. La mediocridad: no saber lo que se quiere. Veo el conjunto, la aureola de mi deseo, el fin. Tengo el marco y la anécdota. Una idea y el mundo. Fáltale vida. Se levanta el telón. Nadie en escena. ¿Nadie en escena?

¡Arte para todos y para ninguno! Escenario, universo mío para los demás. Todos sentados frente a mí, boquiabiertos y yo boquirroto. Darles el maná. Poner un espejo en vez del telón de boca. Telón de boca, para taparles la boca abierta. Telón de ojos. Quitarles las telarañas de los ojos. Legañas. Se levanta el telón. Yo: espejo de mil.

Personajes míos, vivos y coleando. Altos, anchos y gruesos. Con vello de verdad, con voz de verdad, con sangre de verdad, como si su alma fuese de verdad. Almas que parecen almas y no se pueden salvar.

—Usted es mi padre.

Si yo no quiero dirá:

—Usted no es mi padre.

Todos se lo creerán. Tutilimundi. Panoramas.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cuántos años tienes?

—He matado a mi padre.

El problema está en reflejar la vida o crearla. Crear la vida reflejándola; sacar las figuras del espejo. Darles bulto. Narciso al revés. Verse y sacarse:

—¡Qué bien lo ha sacado! ¡Parece que está hablando!

Llega un momento en el cual uno sólo puede expresarse por lo cómico. ¿Asco o impotencia? Volver el mundo como una piel de conejo. El humor inglés, ¿desprecio del mundo? No saber si una cosa está hecha en serio o en broma: antilirismo. El pueblo no echa las cosas a broma. No hay más público que el pueblo. ¡Qué comedia! Lo cómico es buen sucucho de francotiradores. Defensa pasiva. Lo cómico o el camaleón. Cada uno se defiende como puede.

De lo vivo a lo pintado. No: de lo pintado a lo vivo, ése es el quid. De lo pintado a lo vivo: la obra. De lo vivo a lo pintado: yo. Yo, escritor, tal como lo pintan. Negro sobre blanco. De la realidad a mí, de mí a la realidad. Al fin y al cabo, pantalla. Colador. Pantalla de Dios. Nada delante, nada detrás: señores, el huevo de Colón. ¿Quién se engaña? Todo el problema de la creación es cuestión de rebote. De saque. Tener un buen saque. De lo vivo a lo pintado, de la mano a la pared frontera. De lo imaginado a lo pintado: Don Quijote. De lo vivo a lo pintado: Sancho. Y Américo Castro huido por las Américas, marica. Cervantes *for ever*. El Quijote o la imaginación. Encajar la imaginación en la vida. Ver las cosas de abajo o de arriba. Abajo el lazarillo. La novela, victoria de la comedia sobre la tragedia. Todo depende del público. Se tiene el teatro que se merece. ¿Situación o carácter? En las complicaciones se conocen los hombres. Bueno, ya está bien. ¿Hago o no hago la comedia? Tras la idea veo en seguida el escenario. ¿Cómo se llama el protagonista? ¿Juan? ¿Pedro Ignacio? ¿Jaime? ¿Diego? ¿Por qué no Ignacio? Don Ignacio Vallvé y Roca. ¿Vallvé o Vellver? Vellver y Camprodón. Eso: don Ignacio Camprodón y Serra.

El teatro y la novela nacen poco más o menos juntos de las cenizas de lo épico y de las canciones: cuando los pueblos ponen casa.

Don Ignacio Camprodón y Serra: a medio calvear, gordito, pero no tanto. ¿Quién lo podría hacer? ¿Borrás? ¡Dios me libre! ¿Estás seguro? Sabes que no te la hará. ¿Bruguera? ¿Y en qué teatro? ¡Comité económico del Teatro!<sup>[1]</sup> Por el título no

engañan a nadie. ¿Codina? ¿Por qué no? Le retetiembra un poco la voz. Pero quizá no le iría mal el papel. Codina.

La anécdota es buena. Becque. Vamos por partes —¿o por partes?—. Don Ignacio ha hecho publicar su esquila en «La Vanguardia», para que las patrullas de control, creyéndole difunto, le dejen en paz. Vienen a cobrar el importe del anuncio. La criada:

—El señor no está en casa. Él es quién se encarga de estas cosas.

Hasta aquí el cuento de Sancho. Bueno. ¿Qué pudo pasar en la realidad? Seguramente descubrieron el pastel y lo pasearon. Un acto. La verdad de la verdad. Dígame, señor: ¿En la vida se habla como en el teatro, o en el teatro se habla como en la vida? ¡Vayan ustedes a paseo! En el teatro se habla como en el teatro y en la vida como todos los días. Un hablar de domingos. En el teatro se habla como a mí me da la gana. ¿Se volverá a representar alguna vez enfáticamente? La muerte del énfasis se debe a la novela. Balzac es el padre de la criatura. ¡Hay que ver si tenía duro el pellejo! Echegaray o el hijo es el padre. Mi vieja idea: una comedia de apartes, los actores tabicados, intentando, sin poder, salirse de sí. *Strange Interlude*. No oír lo que piensan, sino que los demás sean impermeables a lo que dicen todos. Soledad. Y sigue gustando *El Gran Galeoto* representado por don Enrique. No hay nadie más rutinario que un buen aficionado. Cuando esos del cine vuelvan a descubrir el teatro... El cine o la novela con embudo.

La escena desierta. Suena el timbre. Siempre se gana tiempo, se acallan las voces. Cruza la criada. Derecha, izquierda. El chico que viene a cobrar: así se entra en seguida en la acción. Es una comedia para don Jacinto.

No me caliento. Cuidado con Pilar. ¿Me echo el abrigo encima? Preferible no menearse.

El chico que entra. Que espere. Sale la señora. ¿La criada está o no al corriente del asunto? En la realidad, quizá sí. ¡Eh, eh! Según. Dadas las circunstancias desconfiarían. No lo está. Entonces: suprimirla. Inventar una hija. Pueden haber despedido la criada. Podría hacer una escena, la primera, entre madre e hija, en la cual se reprochan eso mismo. Que si no se encuentran fámulas... Que si era de confianza... Lástima no ser uno fascista. ¡Qué escena! Me veo a los Fernández de los Villares y otros Navarros Torrados.

—Señora, ahora mando yo, y barre usted.

Y los del Infanta Isabel riéndose las tripas. Isabelita Garcés. La hija: para preparar lo de los parientes. Busca a su madre. El chico ése de «La Vanguardia», ¿qué? ¿Le damos cierto aire? ¿Qué te parece? Sí. No sacas nunca gente intercambiable. ¿Tartamudo? ¿Conocido de la casa?

—¡Uy! ¿Tú por aquí?

Las primeras lástimas sobre el cadáver.

—¡Pobre don Ignacio!

No. Hay que encontrar otra cosa: diálogo de don Ignacio con su esposa.

—Desde este momento me he muerto.

¿Empezar así? Un difunto Matías Pascal al revés.

Una filípica a la mujer insoportable. Por primera vez el bambarria...

—¡Ahí me las den todas! Yo descanso en paz.

Volviendo a lo del chico: ¿Cómo no van a tener las doscientas o trescientas pesetas de la esquila?

Mi don Ignacio tiene siempre las llaves: atadas a una cadena de llaves, niquelada. Muy dueño de su casa.

—Vuelva usted más tarde.

El chico podría dar un espectáculo.

—¡Venía desde tan lejos!

El acoquinarse de las mujeres. Llegan entonces los parientes. ¿Por qué he pensado desde el primer momento que iban a acudir parientes? En el fondo no quiero. Pero le puede gustar a la gente. Becque. El teatro que se merecen. El público hace sus autores. Un granillo de originalidad en la primera obra y luego a seguir la corriente: Suárez de Deza, Casona, yo. No puede uno con las butacas. Lo que sucede es que no lleva uno nada dentro. La gente se reirá al saber que el muerto oye cómo hablan de él. Gastado, resobado. Lo divertido sería que se enfadara con los comentarios. Llama a los de la CNT. Les entrega el total de su fortuna. Y acaba en subsecretario. Se han dado casos. Ese médico del otro día. Tenía dos coches:

—Usted comprenderá que con dos coches me tuve que hacer de la CNT; si hubiese tenido uno hubiese ingresado en la UGT. ¿Usted comprende, no?

O quizá: yo soy mi hermano. ¿Es de Manuel Abril? Influencia de Pirandello. Unamuno. El teatro de don Miguel.

La risa es universal y el drama nacional, aunque sea capaz de desteñir. Shakespeare en español, Shakespeare desteñido. La poesía tiñe y destiñe. Depende de cómo vayan vestidos los espectadores. El poco éxito de don Miguel. Las situaciones muerden y los caracteres destiñen sobre los espectadores. El carácter o la poesía. La poesía envuelve, toca, tocados de... Las situaciones chillan. El mejor teatro: el vodevil. Los problemas que don Miguel lleva al teatro no le interesan al público. Ni Valle. Galdós, sí. Galdós manejaba temas apasionantes, de periódico. Vestidos de diario. Al público le tiene sin cuidado la inmortalidad, se aficiona a ir al teatro en la medida en que deja de ir a la iglesia. De la misma manera que abandonó el circo por las catacumbas. Se pasó a los cristianos: se tiró al ruedo. Cuando todo el público es actor se acaba el teatro. El mayor teatro, la guerra. El teatro de la guerra. Olfato de la iglesia. Puritanismo de la Reforma. El teatro español y la Contrarreforma. Vivifícanse. El dieciocho. La filosofía de la felicidad y muerte del teatro de verdad. Si

los hombres son felices, sólo pueden ir al teatro a llorar. Di vertir, verter afuera. Las prohibiciones. La Contrarreforma explica la subsistencia de un teatro popular. El catolicismo, salvador del teatro español. Se lo tengo que escribir a Bergamín. Se me olvidará. La línea que une Juan de la Cueva a Miguel de Unamuno. No acabo de creer que hayan matado a Federico García Lorca. Saldrá cualquier mañana. Es imposible. Imposible.

—¿Para qué han hecho ustedes la guerra?

—Para asesinar a Federico García Lorca.

Eso lo comprende uno. Una escuela:

—Niño, ¿por qué se sublevó el general Franco en 1936?

—Para matar a Federico García Lorca.

Valía un millón de españoles. Si es verdad que lo han matado han ganado la guerra. Lo demás es por añadidura. Y la tierra tembló y las tierras se hendieron. Y abriéronse los sepulcros. Esta vez para que entraran.

*Se ven desde las barandas  
por el monte, monte, monte,  
mulos y sombras de mulos  
cargados de girasoles.*

¿Quién daría la orden de matar a Federico? Porque ese hombre existe.

*Dos Córdoba de hermosura.  
Córdoba quebrada en chorros.  
Celeste Córdoba enjuta.*

«Fedra» en Mérida. Margarita Xirgu. Séneca y don Miguel, su encuentro no es casual: teatro para leer. A don Miguel no le ha importado nunca el actor: el personaje. Ni la manera de representar: el hecho en sí. Aquellos escándalos de Valle. ¡Dios, si viviera Valle! El solo hecho de la existencia del teatro, drama de Unamuno. Todo lo demás se le antoja superfluo. Desprecio de lo externo y razón de su fracaso. Le importa lo subjetivo, la vida interior del personaje. El personaje de don Miguel, o el personaje tercio o cuarto de don Miguel, o rincón de don Miguel, y los antagonistas trocitos de don Miguel, puestos allí para batir bien el cobre. Y el público: acostumbrado a que le expliquen las cosas. El teatro o la física de los sentimientos. Física sentimental: si me acerco con los brazos implorantes: amor. Todo le importaba un comino. El drama: un personaje; los demás, fanteoches. Teatro de adentro. Hacer una comedia en que no haya más personaje que el protagonista, que sus sentimientos y recuerdos se muevan como personajes; entren y salgan. Diálogo con el 28 de febrero, con el abrazo y el arbolillo del 19 de marzo. El sentimiento de inferioridad

sorprendiendo al deseo imaginándose la desnudez de... La fotografía del decorado de una comedia que se representaba en el interior de una cabeza. Tonterías checoslovacas. Sería una comedia perfectamente tonta. Autorretrato. Como dicen los franceses: por él mismo. Sí. Hay que empezar la comedia por un diálogo del catalán con su mujer. Jugar con el equívoco.

—¿Me visto de luto?

—¡No faltaba más! ¿Qué iba a decir la gente?

—¿Y a los otros? ¿Qué les digo?

—¿Cómo que qué dices?

—Ya salió.

—¿Qué salió?

—Nada, hijo, nada. Que en cuanto se te habla, te pones...

—¿Me pongo?

Imposibilidad de representar exactamente en el teatro el nacimiento de una trifulca conyugal: demasiado pequeños los elementos. ¿Qué diría Pilar? ¿Se reconocería? ¿Serviría de algo?

¿Si le pusiera la mano en la cintura? ¡Qué frío! En el teatro se necesita que sucedan cosas visibles. El microscopio no sirve para la escena: todo de tamaño natural. ¡Acción, acción! Una comedia sin acción, ¿qué es? Todo eso son cuentos. Las cosas como son, o el canto. La imaginación sola, para el gato. La imaginación sobre la tierra, sombra de nube. ¿Y qué eres tú, Paulino Cuartero, sino imaginación de Dios? O aquel carbonero de Moranchel. ¡Qué nombres de pueblos! Hermoso: Moranchel. No haber salido nunca de su sierra. Único en su sierra y nuevo en el mundo... El hombre en su paisaje, y montes de Gelboe... El hermoso carbonero, no: la hermosa carbonera o los celos de Justina. El animal de Hungría o... Selva oscura, fragosidad, guajares. La mujer o el más codiciado animal. Pero a nadie se le hubiese ocurrido: El carbonero de Moranchel o el mayor prodigio: el teatro. De llorar: Ese hombre, sin más capa que la del cielo, malezas y robledales, ahorrando durante seis meses sus devengos de soldado, miliciano, con la idea el deseo, el afán, de gastárselos en ir al teatro, cuando pudiera. ¿Cómo imaginaría el teatro? Fue y volvió todas las noches. Inequívoca señal de que aquello cumplía con lo prometido. La verdad: era una revista. Pero él: solo en su palco. Sin dejar que entrara allí nadie. ¿Pudor de su virginidad? Solo en su palco: como Dios. La revolución era eso para él. ¿Qué es para ti, Paulino Cuartero? ¿Un alargarse de los caminos, como si de pronto en el horizonte las carreteras se fueran para los cielos, o torcieran paralelas a la línea de horizonte como en esos lienzos del primer piso del Prado en que ha de salir todo el auto de fe, o como en aquel cuadro persa, verde y naranja, donde cabía toda la ciudad superpuesta? La ciudad de Dios. La revolución: ciudad de Dios. Ir por esas calles de Dios, a la buena de Dios. Con las iglesias quemadas. Palos negros al cielo. Palcos. El

gran teatro del mundo. Franco ha respetado los curas por fascistas, no por cristianos. Si no, los monda. Igual que aquí los dejaron secos: no por curas, por enemigos. No me lo digo para tranquilidad de mi conciencia. Por verdad. Yo te mato, yo te perdono, y una vez perdonado te abro en canal. Y vuelta. Terrible y verdadera vereda. Verde, verdadera vereda negra. Oscuramente hacia la luz...

Mi bien, nacido de mis propios males...

¡Oh, Lope!

*El hombre quiere ser bueno:  
no le tienen de dejar.*

¿Quién? El hombre. Católico soy, católico me quedo. Divinas palabras. Lo dramático, por inesperado y ramalazo de adentro. Lo sabido y el «quién sabe» de cada cual atado a la cola.

Pilar. No tengo perdón: sin más razón que mi gusto. El mismo que éste de volverme ahora sobre el costado derecho, ya tibias las sábanas.

No hay teatro de circunstancias. No hay más que teatro de circunstancias. Tanto monta. Molesto para los que se llaman Fernando. Bobos si se empeñan en crearlo. Metan la nariz en la historia: el público quiere divertirse. Lo más alto: Aristófanes, Molière.

Problema fundamental: crear un personaje humano. Ni cómico, ni dramático: cómico y dramático. No hay más. Por lo que hacen los juzgan, quizá por lo que digan, no por su verdadero ser: que es de Dios. Intraducible por eso. Cuando las cualidades se acercan más a la realidad, más confusión: Hamlet.

¿Cómo eres tú? ¿Cómo? ¿Qué respiras? ¿De qué te ríes? ¿Por qué me quieres? ¿Por qué no me quieres?

*I did love you once.*

Única realidad, la familia. No poder crear nada real. ¡Si creyese que mis ideas nacen del mundo! Debe ser agradable ser materialista y autor dramático. Acabaría uno por tomarse en serio. Explicación del mal gusto pictórico de los soviéticos. Se lo creen. Cuadros de historia y gracias. Creo en el teatro, teatro. El teatro, prueba más evidente, la más única, de la falsedad del materialismo. El teatro, prueba de la existencia de Dios. Llamen realismo a lo de Stanislavski, yo no tengo nada en contra. Si eso es la verdad, ¿dónde la mentira?

*La primera vez que te vi  
no te conocí,  
la segunda, sí.*



Escribir una «paradoja del espectador». ¿Debe o no el espectador trasponerse en el personaje? ¿Debe sentir las pasiones que le exponen como propias o darse cuenta de que todo aquello es teatro? ¿Juzgar la obra desde la atalaya del protagonista o como juez? ¿Teatro o política? Temperamento e inteligencia. Otros capítulos: públicos fríos y entusiastas. De tarde y noche, capital y provincial, semana y domingo. Influencia de las vestiduras. ¿Hasta qué punto un jubón impide ver el alma? Oler lo que sucede: Hamlet.

*Wat's Hecuba to him' or he to Hecuba, etc...*

*I have heard*

*that guilty creatures, sitting at a play...*

Que la culpa, aún sin lengua... Duda si la aparición del papá es gambeteo infernal. Lo está deseando. Por pereza. Se deja llevar por la corriente. Entre la linfa y la mala leche. Crear un Hamlet católico. Entre el bien y el mal. Miedo al demonio, dejándose llevar por ellos. Asco de su miedo.

*I knew him, Horatio...*

Hablar de la muerte siempre viste.

¿Es verdaderamente el miedo al infierno el que detiene la mano suicida? En la Edad Media no debía haber suicidas. Renacimiento: muerte del infierno.

¿Dónde se me ha quedado mi don Ignacio con todo esto? ¡Eh, don Ignacio!, ¿me oye? Sí, soy yo. Aquí, desde el paraíso. El cómico levanta la vista. Se le ve la crisma reluciente, es la hora del ensayo. Un poco más a la derecha, en zapatillas. Desde allí arriba tiene una gran cabeza: un cabezotas. Don Ignacio y doña Secundina. ¿Cómo empiezan mis peloterías conyugales? Por nada. Por absolutamente nada. Por eso no hay quien las describa. El teatro es bulto. Empezar por un aire unifica. Teatro, aire del aire. Sús y a ellos. Fiarlo todo al actor. ¿Y cuando yo me muera?

—Me voy a levantar.

—¿Por qué?

—Porque ya han tocado diana.

—Pues los otros días...

—Ya lo has soltado.

¿Iba a entenderlo la gente? Y, sin embargo, así empezamos esta mañana Pilar y yo la riña del día. Nadie entiende nada en realidad.

¿Quién puede dar a entender eso? Un grano de arena en el interior de un párpado.

—Voy a salir.

—¿Dónde vas?

—¿Es que no lo sabes?

—No.

—Pues debieras saberlo.

Una pausa. El tono agrio en «¿Es que no lo sabes?». O:

—¿Te quedas?

—¿Por qué?

—Como estás ahí...

—Ya lo soltaste...

—¿Qué es lo que he soltado?

—Nada, hombre, nada. Siempre lo mismo.

—Siempre lo mismo, ¿qué?

—¿Algo más?

—Nada, hijo, nada. ¿Para qué está una aquí, si no?

Y se levanta Segundina. Va al pajarito del segundo término derecha.

—¿Verdad que sí, rico? ¿Para qué estoy yo aquí si no para darte gusto?

No. ¿Llaman? Lo digo para ahorrarme dificultades.

¿Hasta qué punto se identifica el espectador con el personaje?

Todos los públicos ríen las mismas frases. ¿Por qué? Y ante frases que uno no había sospechado. El revés sucede más a menudo. No se explicará uno nunca a los demás. Y emperrado.

¿Por qué aplauden una réplica? ¿Les hubiese gustado contestar lo mismo en una situación idéntica?

El teatro evoluciona según los sueños de los hombres. Cuando querían ser reyes, dábanles reyes. Cuando han querido fabricantes, ingenieros, obreros, príncipes o espías se los han dado a capazos. Con el naturalismo, el cuarto de al lado. Cuando revolucionarios, revolucionarios. La vida no es sueño ni teatro: el teatro es sueño. Ensueño de espectadores, más los que se duermen.

Lo eterno es el espíritu. Espíritu igual a lengua, igual a literatura. Lo eterno: la literatura. Teatro: lengua y bulto; carne y espíritu; sangre y literatura. Del teatro, la lengua. La lengua, el texto. Lo que queda es la literatura; lo que se salva. Y yo quiero salvarme. Lope asegura que no le importa su teatro impreso. ¡Qué engaño para los demás, mentira, mentira, mentira! Porque entonces, ¿a qué tanto prólogo, tal ocuparse del estado de sus versos, tal catilinaria de contrahechores, tal maldecir de ediciones apócrifas? ¡Tanto gallear de indiferencia hacia la posteridad y no pensar en otra cosa! ¿En qué piensas tú, Paulino? El deseo de inmortalidad, ¿es ofensa a Dios?

Aprovechar cada sensación del presente para clavarlo en tablas; ¡el gusano de la eternidad, royendo!

¿Qué queda de la *commedia dell'arte*? ¿Dónde la gloria de los dramaturgos cuyas

obras han desaparecido? Segismundo, Solness, Hamlet, ¿deben su salvación (salvación, sucesión, continuidad, gloria) a algo que no sea la literatura? Si un hombre es lo que ha hecho (Hegel) un personaje que es hecho, con más razón... Y Dios. El cristianismo dejado a la tradición oral, ¿qué sería? El cristianismo es ante todo religión con texto. Escrita de arriba abajo. El primer libro (Pascal). Las herejías no impresas fracasaron. ¡Bien por el Índice y la Inquisición! Ya lo dijo Bacon: el saber es la medida del poder.

El teatro, único milagro a nuestro alcance. Ver, oír y callar. «Pictura est quaedam litteratura illitterato». (Walafrid Strabo). Ese Walafrid Strabo de los demonios, del cual no puedo saber nada. El teatro de la Edad Media, pintura, retablo. El teatro es el público: tiene el teatro que quiere: Ve y va al teatro que quiere. Sin público no hay teatro. Dime cuál es tu teatro y te diré quién eres. Para ser visto se necesita acción. (¿Y el teatro chino? ¡Qué sé yo de chinos!). Cuando más ilustrado el público se puede ir prescindiendo de la acción. Una comedia se ve. Desde Heráclito se sabe que los ojos son mejores testigos que los oídos. Superioridad del teatro y de la pintura. ¿Quién ha dicho: «El teatro, espejo del mundo»? ¿Lo ha dicho alguien? No es ningún descubrimiento. El teatro, espejo de su público. El novelista, si no quiere, no. Basta su voluntad: opera sobre cadáveres. El dramaturgo no tiene más expresión que la voz. La viva voz. Una novela, aunque se debiera, no se oye. Un autor dramático entra por los oídos (el teatro por los ojos). Diferencia de crear y representar personajes vivos, presentes, de todas estaturas. (Ya te puedes imaginar tu don Ignacio caricalvo, que como se empeñe el actor...). Y el novelista escribe: Era alto, con la nariz trompetera y dos pecas en el carrillo derecho. Y ahí queda: no lo mueve nadie. ¿Importa o no? La literatura, según se diga. Hamlet mal representado no se aguanta; yo bien, sí.

¿Recuerdas que la Quimera tenía cuerpo de cabra?

Ya sé que me dejo engañar por el vago sonido de las palabras... El hombre es su teatro. Sus obras. Sus obras completas. Y no sus intenciones. Esas, evidentemente, para el diablo. No se es lo que se hace, sino lo que dicen que hizo; al hombre no se le conoce por el nombre, sino por el renombre. La opinión de los demás. Por eso nos importan los críticos; aunque no los lea nadie. Dicen quiénes somos. Yo soy lo que Canedo, Almagro y Floridor han dicho de mí. Tanto importa si la comedia ha tenido tres o doscientas representaciones. Superioridad de lo escrito, porque queda. Y, sin embargo, Hebbel se equivoca cuando dice que «el destino de un drama es siempre ser leído». ¿Por qué no empezar por el fin? La lectura, mal menor. Lo ideal sería poder ir al teatro y ver la comedia de la que uno tuviese ganas, que lo que sobrevive en la tierra es la obra y no uno mismo, pero ¡a ver si le hallas remedio...! «Los pueblos son lo que son sus actos». Hegel no tenía idea de la propaganda... Actos, obras: vocabulario de tablas. Quedar a tablas. Entre cuatro tablas. ¿Qué más? ¿Pienso en mi comedia, sí o no?

¿Qué es una mujer insoportable? Por de pronto puede ser una persona que lo encuentra todo mal, menos lo que ella hace. El ir y venir, alfilerazos. Toma y retorna.

—Si ya lo decía yo... Si tú... Ya se ve... No hay más que verlo... ¡Qué se puede esperar! (No, eso es demasiado directo). ¿Yo? ¿Yo he dicho eso? ¿Cuándo?

El hombre contesta desdonado. La hija, carne de la madre. ¿A quién se pueden parecer los parientes? ¿A aquellos sobrinos de Enrique Miralles?

—¡Morirse ahora que no se puede heredar!

O que no quieran heredar por miedo a que se enteren los de los comités.

—Ya heredaremos, ya. Antes armaremos un pleito, que dure hasta el final de la guerra. Así no habrá cuidado...

Sin corbatas, ni sombreros. Todo huele a farsa y yo no quiero escribir una farsa. Quiero escribir esto en serio. Muertos de miedo. El miedo en serio, difícil.

El mismo se va a entregar a las patrullas de control. Lo que contó Clariana del figurante del Cómico, jefe de la patrulla:

—Después de mucho andar, y comprobar y preguntar, acabamos quitándole media tonelada de carbón a aquel tío acaparador, y viene la Generalidad y nos obliga a devolvérsela y nadie tiene con qué calentarse. ¡Porque era coronel de la guardia civil! Un asco. Presenté la dimisión. Y vuelvo a ser actor. Claro que sí. Ya llegará la nuestra. Habrá que hacer la revolución, la verdadera. Y vaya si la haremos. Y si no, ¿para qué ha nacido uno?

No hay manera de meter eso. Lástima. De la CNT. Patrulla, patraña. Vuelta. Y el muerto se tiró un gran pedo. ¿Pederán los muertos? Preguntárselo a Templado. Esta comedia no puede ser buena porque yo nunca me meteré en la piel de don Ignacio.

A la mujer se le ha metido en la cabeza la idea que de él tiene su madre. Un complejo de suegra.

No tengo gracia. Me salen bien las comedias sentimentales. No me gusta Martínez Sierra y mi ideal sería hacer comedias como Martínez Sierra. Sús. Ilusiones. Conciencia de mi mediocridad. Mi cruz. Gracias a Dios por haberme hecho como soy y culpa más si no puedo ser más. A lo sumo cierta inventiva. El despertador con dos timbres en el que pensaba esta mañana. Para hacerse rico locamente en América. Toca y retoca a los cinco minutos. Se venderían a montones. ¿Y si «el muerto» no saliese?

Llegada de los parientes:

—¡Ay, Secundina!

Ella, ¿María Vila? Esta comedia estaría bien en catalán.

El trueque. Empezar por una mujer que viene a cambiar huevos por arroz. ¿Ella? ¿La Jerónima? Sería prodigioso. La dueña de una casa de golfas (eso lo contó también Sancho). ¿Qué viene a hacer aquí? Con su desfachatez y su tranquilidad. Sola en escena. Llegada del chico de la esquila:

—¡Hombre, tú por aquí!

Dejar al público en la duda. Cuando no hay genio queda la duda. Se levanta el telón. Está la Jerónima en escena: ¿Es de casa? ¿No es de casa? Abre la puerta.

—Vengo a por lo de la esquila.

—¿Qué esquila?

—La de «La Vanguardia». La del señor.

—¿Qué señor?

—El que vivía aquí.

Insistir. El público a veces las coge al vuelo, otras no. Curarse en salud. Más vale que sobre. Siempre está uno a tiempo de recortar.

¿Y si mi fabricante tuviese querida? La querida no está enterada de la treta. El bueno de don Ignacio piensa: Así me desharé de ella. Muerto el perro, muerta la rabia. Dos pájaros, etc. Y la querida que se presenta a reclamar su parte.

¡Eureka! ¿Por qué no? Escena entre las dos mujeres:

—Ya no hay diferencia entre hijos legítimos e ilegítimos: tampoco la debe haber entre esposas de la misma índole.

Ahí hay una escena.

¿Cómo es posible que a mí, hombre inteligente, se me ocurran tales sandeces?

Escena entre las dos mujeres. Entonces sale él: Y las envía a las dos a paseo.

—¡Y Ud. a callar, y Ud. a callar!

¡Y viva la revolución! Hacerlo en serio como argumento de película para Lubitsch. *Les hommes n'ayant pu guérir la mort, la misère, l'ignorance, ils se sont avisés, pour se rendre heureux, de n'y point penser.* Será verdad para los demás, no para los españoles. Verdad universal y no española. Don Pascal: Si no hay más alegría que la inmortalidad, el español resuelto mira la muerte de cara. La única inmortalidad: la muerte. Al español, la muerte: un comino. Hoy todos los que no temen la muerte son españoles. ¿Los otros?: Simbólicos sin sexo, la tercera España: ni fú, ni fá, ángeles en Lima y arcángeles de París, angelitos míos; vosotros los idos, ¿creeréis que la gente os olvida? (Si no lo creéis estáos tranquilos, que las esponjas borran lo más pintado y el tiempo es la mejor goma). Los ángeles protestantes son partidarios de la no intervención.

¿Estás dormido, Paulino? ¿Y la comedia? Te has metido en la cama con la idea y el deber de ordenar el orden de las escenas, de figurártelas, y ahora te duermes.

Todos los fascistas duermen en penetrales con ventana de guillotina al patio, al sumidero, al cenagal, al muladar, al pudridero, sazonándose en su pus. ¡No tocar! Nosotros, los más pobres, tenemos vistas a la calle. Andan ellos en filas de cien en fondo con el paso de ganso y las borgoñotas negras. Pasan, pasan. Pasaron. Pasaron y no fueron.

Paulino Cuartero saca la cabeza al aire, se destapa la frente y la nariz; hiérela el

frío.

¡Recurrir a los príncipes! ¡Salgan los dioses! ¡Hablan la Envidia, la Gloria, la Muerte!

Lo dramático es ir hacia un punto, lo cómico es llano. Todo eso, ¿para qué? El sobrevivir no es cuestión de los demás, sino de uno mismo: calidad es tiempo; y el espacio de todos. Y Dios preside.

¿Qué es lo eterno: la vela o el sueño? Quisiera uno dar con ideas importantes o con frases definitivas y juega con lugares comunes. Que el personaje venga a ser como yo me lo he imaginado. Si sale, decimos que no podemos responder de ellos. Cuentos y falta de talento. Transmitir al oyente la figura de lo imaginado. No caer en la tentación de decir cosas ingeniosas por el puro placer de decirlas. Hablar lo necesario para que don Ignacio sea don Ignacio. Y que el público no salga diciendo «Ese Benavente...».

Uno acaba siendo lo que ha hecho. ¿Yo soy mis miserables comedias? Pilar: te quiero; ¿me oyes?

Soy yo: mi pecho, mi sangre, mis brazos. No soy papel ni tinta. Eso, te lo diré muy en secreto, eso lo quiero ser, pero no lo soy. Yo soy aquel que te quiere. ¿Cómo es eso, de Lope...?

Sí, de Lope. Del Lope de papel. Lope de hoy. ¿Qué nos mueve a dejarnos en letras sino Dios? Dicen que hubo civilizaciones sin huellas. Los que no saben escribir, construyen. Tanto monta la letra como la piedra. La escritura, jacilla de Dios. Inficionado tú. Podrido yo, Paulino Cuartero, auctor. Con la u y con la c. Ese sí que es un drama. No un drama, ni una novela. ¿Qué es? Don Ignacio Batlle y Martorell... Martorell.

Y la palabra cazada por Paulino Cuartero enlaza ciudades; recuerda cómo, cuando niño, se esforzaba en coger anillos con un palitroque, montado en el caballo de madera de un tío vivo. Martorell: Teruel, cogida la 11 de la 1. ¿Habrán entrado en Teruel?

«Me duele Teruel en el estómago». (Le dolía de verdad el estómago). Le dolía Teruel en el estómago.

Don Ignacio Martorell en Teruel, tendero de la plaza del Torico, toma bicarbonato para quitarte el dolor de estómago.

La sola idea de bicarbonato le quita el dolor a Cuartero. Se duerme.

Da vuelta. Pilar rezonga en sueños. Pasa un coche. Se oye la voz de un transeúnte, los pasos, el silencio.

## 12. Historia de la Lola

1.º de enero de 1938.

*La una y media de la madrugada.*

—Decían que estabas aquí con una chica.

—Verdad.

—Pues hijo...

—Dos carrillos, dos pies, dos brazos...

¿Qué le interesa a Templado en Lola? ¿Un cierto aire frío de desprecio? ¿La luz dura de sus pupilas?

La damisela pasea por el cuarto; Julián la mira ir y venir, ladearse, dar vueltas zascandileando. Levanta cuartillas en la mesa, aparta un vaso, olisquea un frasco, sopesa un envase, lee un marbete, acaricia la celofana amarilla que empaqueta un medicamento. Miente:

—No te sabía curandero.

Rebusca distraídamente en los libros, consulta prospectos de específicos, hojea revistas, abre el armario:

—¡Vaya terno!

Aire y ligereza de gamo, largo arabesco del brazo, pero a lo suyo, sin titubeos; mano dejada, a rastras. Abre los cajones de la mesa: remira, rebusca, trisca, husmea, se ríe:

—¿Tienes algo de comer?

—Ya lo ves. Aspirina.

Templado pasa del sillón a la cama, tumbase vestido, las manos en el cogote. Lola entra en el cuarto de baño.

—¿Permites?

—Cómo no.

*Eres alta y delgada  
como tu madre...*

Canturrea, de dientes adentro, Julián. Alta y delgada, los ojos color de uva enverada. Tu belleza son los ojos, tu gracia los brazos, tu enseña el pelo pajizo y enroscadísimo; tu falla las piernas, ligeramente arqueadas, el molledo hacia las afueras. Ahí te duele, si hay que herirte: ése, tu flaco.

Sale la ninfa del baño, envuelta en albornoz, calzada con los pantuflos del inquilino. Telón sobre los defectos, advierte éste. Así no hay quien te gane... La anchura, el largo desmedido de la envoltura vuélvenia distinta, quitándole años, añadiéndole gracia.

Apoyada en la baranda de metal de los pies de la cama la gacela le fija los ojos.

—Te he visto y no te conozco. ¿Dónde trabajas, don Hipócrates?

—¿Qué te importa? ¿Quién era Hipócrates?

—¡Qué más te da!

—¿Fumas?

—Si tienes.

—Ahí en el cajón.

—Gracias.

Llamilla del encendedor, silencio de medio cigarrillo fumado a conciencia, que un pitillo en estos tiempos es una cosa seria.

—¡Qué buena el agua si no la hubiese! No me puedo quedar hasta muy tarde. ¿Sabes algo de Teruel?

—No. ¿Y tú?

—¿De qué partido eres?

—De ninguno. De todos. Del de los hombres contra el de los maricas. Desconozco otros. Los que dan y los que reciben. Con los que no tienen, contra los eunucos.

—Que tampoco tienen.

—Pero que guardan lo que tienen los demás.

—¿Eres muy amigo de Hope, no?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

Mírale fijo la zorra.

—¿Por qué me has hecho subir?

—Para verte de cerca.

—Te va a costar caro.

—Ya me lo has dicho. No tanto como a otros.

(La carta de Valdés, el fusilamiento, le sube a la garganta).

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

Templado tiene sueño y se reprocha aquella presencia. (Valdés con el puño en alto, el latigazo bronco de la descarga). Enhebra la villana:

—No sé como los que os podéis marchar... Si me pudieses conseguir un pasaporte...

Templado la ve maniobrar. ¿Y hay quién se engaña?

—No podemos ganar la guerra: ni armas, ni municiones, ni dinero.

La correveidile se impacienta por el silencio, calla. Te desmides, desgargas, pequeña; y yo en el tollo, piensa Julián.

Se levanta, cógela en vilo, la deja blandamente sobre la cama, todavía caliente.



(Mariquilla: ¿qué piensas de la política?

—Eso, ¿con qué se come?).

Se acuesta Templado, sin rozarle más que el cabello.

—¿Conocías a Valdés?

La ladina no se inmuta. Calla, ciega. Templado cuenta, para sus adentros, hasta tres. El animalillo contesta con su voz natural:

—¿Era amigo tuyo?

—No importa para el caso. Lo he visto morir esta mañana. Muy decentemente.

—¿Crees que denunció canallas?

Lola Cifuentes se incorpora y levanta.

—¿Me permites que llame por teléfono?

—No faltaba más.

Pide la moza un número. Permanece enhiesta, los faldones arremolinados a sus pies, arreglándose los mechones del colodrillo con la mano izquierda. La nuca fina, el morrillo inexistente, la piel blanquísima. Espera, mira a Templado. Fría, fría.

Lista, buenos reflejos, perita, virgen de ciertos espasmos, piensa Julián.

—¿Eres tú? Manda un coche. Hasta luego.

Cuelga el auricular, éntrese donde el aseo, se viste sin pío.

—Me voy. ¿Pagas?

—¡Cómo no!

Le da los pápiros.

—¿Hasta la vista?

—Hasta la vista.

Y sale.

Lola Cifuentes era madrileña desde enero de 1918, de madre segoviana y padre aragonés, maestro de obras él, señorita ella. Con la que llamaron gran guerra y su secuela, hizo fortuna el constructor. Con hierro, argamasa o atabones no le engañaba nadie: capaz de enseñar lo blanco negro a ciertos alarifes, miopes a pedir de boca. Con los obreros ya se las componía él y el Ministerio de la Gobernación, que por algo se llama así. Don Abilio Cifuentes fue gran personaje en la Cámara de Comercio y en la Patronal. La familia con coche, él con dos; querida en la calle de Almagro, veraneo en Zarauz. Grueso, atrabiliario, mandón, seguro de su saber y desprecio de la política. Ni siquiera aceptó un puesto que la dictadura de Primo de Rivera le ofrecía.

—Si fuese diputado tendría que servir a los demás; prefiero que me sirvan a mí.

La niña, después de las monjas, quiso ser médico. En preparativos y preparatorios cogióle la rebelión militar. Ellas, madre e hija, en Zarauz, el padre en Madrid, enredado con la huelga de su ramo, enemigo de toda concesión a los sindicatos.

—Si hoy les das dos, mañana te piden tres.

De ahí no le sacaba nadie. Había sido peón a lo primero, lo recordaba con rencor. No había llegado a donde estaba por la ayuda de los sindicatos, sino por su propio esfuerzo y componendas: que hiciesen los demás lo mismo; si no podían no era suya la culpa. Hasta en la Patronal le tenían por intransigente.

—Duro, duro, el aragonés. Trata a todos de cualquier manera.

En la supervivencia de su mala educación creía tener el cariado el venero y la venera de su superioridad; tenía en mucho, la cuidaba sin dejar pasar ocasión de mostrarla; regoldaba y pedorreaba a pedir de boca.

El 25 de julio le recogieron por las cercanías de la Puerta de Hierro, desmarañados los pocos pelos, sin seso. Lola llegó a Madrid el 27, desde Bilbao, en una avioneta pilotada por un amigo suyo, autonomista vasco. Encontró la casa sola, el portero inútil de miedo, sorpresa e incomprensión.

En el depósito reconoció a su padre, hizo gestiones para el entierro, sin preocuparse ni poco ni mucho de lo que sucedía a su alrededor; lo que produjo entre sus conocidos estupor y cruces; preocupábanse éstos, por lo general, de encontrar refugios diurnos y nocturnos, a ser posible variados y variables, en casas de republicanos; al que tenía un amigo socialista le miraban con envidia. Lola advirtió aquello con asco, nunca había supuesto que el mundo pudiese encerrar tanto miedo, tanta cobardía.

Los menos amenazados, de quienes nadie se acordaba, los más insignificantes, señoritos bambarrias, jovencillos pusilánimes, zangones, carinifos, echacantos, gárrulos, necios, nebulones, eran los de fondillos más sucios y peor olientes. Nadie dormía en su casa, creyéndose más seguro en la ajena. Zarabanda cobarde. Lola, más herida, quedó absorta ante tanta bajeza y pérdida de color:

—Al fin y al cabo, hijos míos, era mi padre.

En la puerta del depósito topó con un vejete, padre de un amigo suyo, falangistón jactancioso y provocador; íbalo aquél buscando, con el espinazo roto, los sudores corriéndole por el cuerpo, aureolándosele los sobacos, sin dar con los despojos. Se iba cuando salió un empleado a preguntarle por el nombre del buscado.

—Pues mire, ahora mismo se lo llevan para el Este.

Le señaló un coche fúnebre que iba carretera adelante. Fuése hacia allá el anciano aspaventando y enronqueciendo, con una voz agudísima y extraña; dióse por aludido el cochero, paró esperando.

—¿Qué quiere?

—Ahí lleva a mi hijo. ¿Me permite que suba?

Asintió el auriga y le ayudó a encimarse en el pescante. Fuéronse batiendo polvo, hacia la huesa, bajo un sol agosteño. Madrid y la Sierra a lo lejos.

—Así tenía que ser —le había dicho sin amargura aquel año, al saludarla.

Lola Cifuentes se encontró sola, sin dinero, con las personas amigas tan

encerradas que le fueron tan inútiles como las huidas.

—Comprendo lo de mi padre —repetía a los pocos que pudo alcanzar—. No hacía caso de nadie. Primero me matan, decía. Y le tomaron la palabra. Esté donde esté estoy segura de que no se arrepiente de lo hecho. Así era de tozudo. Pero vosotros...

—¡Tú no sabes!

—¿Cómo que no sé?

—Eres muy entera.

—No es cuestión de entereza, sino de enterarse. Esta gente defiende lo suyo como puede. Si Franco no se hubiese sublevado mi padre estaría aquí, y vosotros tan tranquilos. Que queráis acabar con la República me parece muy natural, pero entonces, hijos míos, a luchar. Que os falten agallas, no supone que los demás no las tengan.

Declaráronla loca, sin querer acordarse del santo de su nombre; volvieron a sus radios, a tragar ondas y bulos, acogidos en legaciones extranjeras, y a desear, muy cristianamente, el aplastamiento, escarmiento y aniquilamiento de la canalla triunfante:

—Todos ellos comunistas.

Cada bandera extranjera era tabú.

—No dejaremos ni uno.

Lola Cifuentes se alistó en la Cruz Roja. Sentíase guadañada, sin base. El mundo le parecía desconocido, nuevo; no reconocía ni las plazas ni las calles. Ni la sangre la despertó del sueño. Se entregó al primero que se lo propuso. Le dio tal asco que intentó suicidarse a la mañana siguiente, y así vino a relacionarse con la policía. La interrogó José Rivadavia, por entonces juez especial. Aceptó entrar en los servicios de contraespionaje como hubiera aceptado cualquier otra cosa. Se habían hundido las esferas, se encontraba sin asidero. El aire se le había vuelto laberinto, adelgazó, perdió color, se desmayaba. Hízole abortar. Luego, descansada, empezó a trabajar; como bizca en tierra de ciegos, tuvo fortuna y éxitos.

Julián Templado, al margen del sueño, sentíase algo de común con ese ser. ¿Qué? No sabe. Un cierto aire de libertad soterrado, asco de la coacción, gusto por lo desconocido. Placer de vivir. No, ése soy yo. Ese desesperado afán de encontrarme en los demás, más en las damas. Un mundo de bocas.

—¿Crees que denuncio idiotas?

No lo dijo así. ¿Cómo? Seguramente se da tono; eso siempre está bien en una mujer. Existe, es cierta. Julianillo, lo que te gusta son sus ojos, el color de sus ojos. Miel, moscatel maduro, cotilla de avispa: ojos color avispa: amarillo trinitario, amarillo oscuro de alhelí melado, naranja aterciopelada.

—¿No sabéis cuál es el amarillo trinitario?: el color de sus ojos, un color caliente, rayadillo de pez, verdezuelo, no: ámbar oscuro. Entre el ópalo girasol, el cromo rojizo, el anaranjado y el pardo claro existe una faja de color trinitario, un cierto color pensamiento caliente y espeso: el propio color de sus ojos, color que no sé como es, amarillo rojizo, dorado; las niñas negras, hondas y mías.

Al día siguiente pasó Templado por el despacho de Rivadavia, salieron al solecillo del paseo de San Juan.

—¿Qué opinas de la niña?

—Lista. La guerra la ha partido por el eje. Como a tantas y tantos a su edad. Buena para un médico. Difícil. Intentó zafarse, después de unos primeros servicios muy inteligentemente llevados a cabo. La detuvieron. Quien mete la nariz en esos menesteres ya no la puede sacar: tras la nariz la cabeza, y de la cabeza a los pies.

—Alguna manera habrá de que la dejen en paz.

—No lo creo. Le tienen puesto el ojo porque la creen capaz de cualquier cosa. Ándate con cuidado, aunque no te hará ningún caso. No engañas a nadie. Apesta a diletante, ligero, poco serio.

—¿La crees agente doble?

—Yo no. Es un ser puro. Se venga de sí misma. Intentó suicidarse. La interrogué yo. Pero de la policía no se puede fiar nadie. Sabe Dios que el enemigo no necesita de gente para saber lo que aquí sucede, va a suceder o deseamos que suceda. Se bastan y se sobran nuestros ministros, subsecretarios, diputados restantes, políticos en general y militares de vocación. Se lee en nosotros como en libro abierto. Advierte que tiene sus ventajas: el enemigo nos tiene más miedo del que debiera. Somos exponente de nuestras esperanzas. La estrategia de café ha pasado a ser la de cámara. No tiene nada de particular: andamos gobernados por los tertulianos más ilustres del siglo. Si un capitán ve una batería, asegura ya haber visto tres y no hay quien le saque de ahí: — Si las he visto yo.

—Tal y tanto es el deseo que tenemos de material —contesta Templado—, que miles de gentes lo *ven* cada día. Nos tienen miedo, les tienen miedo a esos aviones que vemos en sueños, cada noche. Con eso los detenemos. A tanto llega nuestra verdad y nuestra razón. La razón pesa mucho en una guerra como la nuestra.

—Mientras dure, que si perdemos...

—Hijo, si perdemos, ni los rabos. Son más brutos que nosotros. Y si no, compara dirigentes. ¿Para qué citar nombres? No tienen de rebeldes más que el apellido; quitamotas y gracias.

*—Pudo sin don un español velloso  
llamar a los tudescos bacanales  
y al holandés hereje y alevoso.  
Pudo acusar los celos desiguales*

*al italiano, y hoy, de muchos modos  
somos copias, si son originales.*

—¿Qué endilgas?

—Don Francisco.

—¿Qué Don Francisco?

—¡Don Francisco!

—¿Giner? —pregunta el hombrón de leyes, que es de la Institución Libre de Enseñanza.

—Anda y que te maten.

A la noche llueve, tiritita la ciudad descristalada. Lentejas a mediodía, lentejas por la noche y medio panecillo. En el hotel sacaron al almuerzo un vinillo agraz; acabóse antes de la noche. Hope está en Perpignan.

—Creo que en el Majestic —dice Sancho—, Martínez Dolz tiene una botella de cognac.

Allá va la trinca: Templado, Cuartero y Sancho. En la puerta giratoria tropiezan con Lola. Párala Templado.

—Esperadme allí —grita Julián a los otros dos que siguen adelante encogiéndose de hombros.

—¿Subes? No hay nadie en el hall. Soledad completa: me puedes preferir sin cuidado.

—Mucho ruido para nada, médico. ¿Es vicio? ¿No te bastó con ayer?

—A la vista de todos está, menos a la tuya.

—No entiendo de alabanzas.

—¿Te pasó el arrechucho?

Entran en el cuarto frío, encienden las luces. Templado saca media botella de Hennessy, embaulada, escondida de sí mismo. La dama se alborota.

—Dos meses que la guardo; la saco a luz porque casa con el color de tus ojos. ¿Querrás creer que lo buscaba entre sueños y no daba con él? El buen cognac está tan lejos de nosotros que ni por casualidad se nos ocurre figurárnoslo. Ojos color Napoleón.

Beben. El alcohol irradia soles.

—¿Por qué no te marchas? —pregunta Templado.

—Primero porque no puedo.

—¿Segundo?

—Porque no quiero.

—¿Ese es el orden de tus preferencias?

—Mi vaso tiene la garganta seca, don Hipócrates. Ándale no más.

Peraltándose en la punta de los pies, se remaquilla cuidadosamente frente al espejo.

—¿Por qué te retocas? Deja que el alcohol te luzca la sangre.

—El hábito hace la monja.

Se vuelve, enfundando con cuidado el afeitado.

—Una manera cualquiera de luchar contra sí misma.

Un tanto pedante la joven, piensa Julián. Y yo muy obsequioso y retorcido.

—Los hombres no podéis comprender lo que es agarrar el tiempo por las faldillas, que no pase, echarle un ancla, clavarle las uñas, tirarlo para atrás. Para vosotros la vejez no es problema, para nosotras no hay otro. Pasar el tiempo es una expresión masculina.

—A lo mejor. Por eso en cuanto tenéis hijos dejáis de arreglaros.

Viene el calor de adentro.

—¿Lo dices por los retoños que saca este vino?

—Todo es sobrevivirse.

—¡Qué bueno es el buen cognac!

Lo lengüetea y masca. Templado dice una tontería:

—¿Qué piensas de la muerte?

Las palabras se las lleva el viento, pero no hay quien las borre.

—Eres un pesado. Grosero, tosco. ¿A qué viene preguntar esto? Eres más bobo de lo que pareces. ¿Qué cara pondrías si te preguntara si crees en Dios? ¿O no?

—Hablaba...

—No intentes arreglarlo, es peor. Me molestan las gentes ingeniosas. Suelen ser ciegas; en vez de gafas lleváis espejuelos para vuestros adentros. Narcisillos.

—Me estás luciendo.

—Tú te lo buscas.

Soy falso —piensa Julián—. Y ella falsa conmigo. Ya sin remedio. Se engastan unas personas con otras según un cierto clima, sin posibilidad de desaparecerse. Con Hope soy de una manera, con Riva de otra, con Cuartero y Fajardo es con quienes me parezco más a mí mismo. Cada vez que vuelvo a tropezarme con quien sea hay un punto de escape del muelle de mi manera de ser que deja paso a una postura idéntica a la que adopté con él las veces anteriores. Con ésta me ha dado por hacer frases, jugar al desengañado y superior, y suena a hueco que da miedo. Ella me devuelve la misma calderilla. Pantalla de palabras involuntarias. Nace del cuidado que involuntariamente me crea el recuerdo de Valdés.

Templado está incómodo, tira por el atajo.

—¿No te tienes en más de quinientas pesetas?

—Si no hubiese quien las diera no nos venderíamos.

—Perdona. Llevamos un camino disparatado. ¿Quieres que nos callemos cinco

minutos?

Álzase la garza de hombros. Enciende un cigarrillo; Templado su pipa (un paquete de «gris» que le ha dado Rivadavia). Beben. Lola Cifuentes resbala por la pendiente del alcohol, sin darse cuenta.

—Te vendes por menos, tus honorarios son inferiores a los míos. Sajas a un hombre por menos de... El mundo lleva una gran bandera por la panza de su ecuador: «Se vende». No hay quien lo quiera. Nadie es nadie. ¿Qué piensas? Si después no hay nada: broma. Si hay, la broma es esto, tentetieso. Tentetiosos de Dios: Broma este caldillo, don Hipócrates, broma mis ojos. ¿Te das cuenta? Entonces puedo esperar, cargarme de hediondez, de bazofia. ¿Me oyes? De la más oscura porquería y esperar que venga a por mí, en un rincón, como una piedra. Echa vino. Pero no es verdad. Vivo para vengar. Para vengar ¿qué? Este es el problema. Siento de verdad que he venido al mundo para vengarme. Pero para vengar ¿qué? ¿Crees que no los oigo gritar como tú? Quieren justicia y yo quisiera estar inficionada de las más asquerosas enfermedades y dejar un rastro de babas por el mundo, como una limaza.

Apoyó los codos en la mesa, la barbilla en sus palmas.

—Mi vida perdida, ¿quién me la paga? Vivo contra todo. Me han retado.

Sonrió.

—Me han echado el guante. Lucho.

Se rió.

—También sé hacer chistes. ¿Callas como muerto?

—¿Qué lloras? ¿Tu vida de señorita? ¡Vamos, anda! Golfería viene de golf. ¿Qué quisieras hoy? ¿Jugar al golf? ¿Es lo que añoras? Lo que has sufrido: ¿quién te lo quita?

—Imbécil.

—Lo hondo: ¿quién te lo borra? Tu dolor: ¿quién se atreve con él? Si vivieras ahora tu vida prometida... ¿O es que los trajes y los perfumes...?

—Los hombres nunca sabréis lo que es una casa, un encaje, un salto de cama, un traje de Schiaparelli, un esmalte de Elizabeth Arden. Un traje no se pone, envuelve. La civilización es cosa de mujeres.

—Sí, hija, y la cultura de hombres.

*Llama hierro a la fortuna*

*Quien no la sabe gozar.*

—Calla, iluso. No has estado en la cárcel.

—¿Por quién me has tomado? No hay español decente sin ella.

—¡Qué has de saber tú lo que es cárcel!

Templado piensa que quizá tiene razón. La cárcel es tolerable si el odio, la injusticia hacen buena la pena; pero cuando la razón inmediata es oscura e indecente,

no teniendo dónde agarrarse, el desesperar debe ser oscurísimo. Acaban con la botella.

—¿Y el riesgo?

—¿Crees que no lo sé? Vivir sin arriesgar no es vivir. Pero ahora me gustaría no arriesgar.

—Hay que sacarse las cosas de adentro y desconfiar de las de afuera. Te aconsejo, pequeña: la confianza siempre ha producido desastres y la desconfianza sorpresas. No seas confiada ni desconfiada. Confía en tu desconfianza, o desconfía de tu confianza.

—No sabes lo que te dices, aunque lo que digas esté muy puesto en razón.

—Los que no saben lo que se dicen son los que no han sufrido. Seguro del todo: Dios. Y andamos reñidos. Todo el que ha visto cadáveres puede hablar de la vida.

—Eso es bobería médica y ganas de darse pisto, don Narcisillo.

—Todo mana del dolor o de los acreedores. Sólo los que se vencen pueden vivir mañana lo humano. Vencer los dioses es un juego cuando se tiene su propio cadáver a los pies. Hay que perseverar, pequeña, buscarse cada día a través del desamparo. ¡Ahí tienes la fuentecilla! Todos esos que buscan fundamentar el mundo en el miedo o en el hambre... No hay más que el dolor. Los que no luchan son siempre vencidos. Cuerpos a la deriva, derivados, derribados, troncos, idos.

—Como tú.

—¡Chís, que viene el bú! Por eso no soy comunista, por hallar algo en que perderme. ¿Qué arriesga un comunista? ¿Su vida? No cuenta. Los ortodoxos nunca han sido gran cosa.

—Te molesta sentirte igual a los demás. No me hagas reír, don Heterodoxo. Pereces por la fraternidad, pero la igualdad te da arcadas.

—No me conoces, máscara. Hay algo dentro de mí que me empuja a través de las cosas.

—¿Tienes algo de comer?

—No, guapa. O mejor, sí: una galleta María, una. Poca cosa para un mundo de polifagos, para ti, poliándrica.

—No tienes remedio.

¿Por qué estaré tan borracho con tan poco cognac?, se pregunta Templado. ¡Maravilla de dejarse ir tumbado a la bartola sobre tan ligero vaho!

—El pensamiento y el ser son opuestos e idénticos, dice Spinoza. He aquí una definición del amor. Mi pensamiento y tu ser son opuestos e idénticos. Vida mía...

—Vamos, anda. Entre nosotros dos, ni eso. Además, no me gustas.

—Ni te gusta ninguno. No sabes lo que es pimpollecero. Lo llevas escrito en la cara.

—Enhorabuena, señor listo.

—El amor es darse sin darse, entregarse y continuar siendo. Juego, en el mejor



sentido de la palabra. Encontrarse en otro ser, enlazarse, como majuelas, acabar siendo un nudo hecho de dos guitas distintas. Un no saber por dónde salir.

—Un lío.

—Si quieres y lo tomas a broma. Un dejarse ir y reencontrarse de pronto.

Se le traban las palabras en la boca pastosa.

—Un dechado —dice Lola—, un billete de ida y vuelta.

—No, un billete de ida con vuelta desconocida. Abandono de sí mismo y espejo sorprendido en el ser que se te abandona.

—Tú, con tal de verte en la postura que sea, contento. La cuestión: que te hagan caso. Y que te digan lindo. Ahora me voy a dormir. Cambia el estar contigo. Vendré a verte de cuando en cuando.

Una pausa. La ninfa se abriga.

—Si conocieras a los otros... Salud.

Se va. Templado se despereza: «Evidentemente, los otros...».

## 13. Las tres de la madrugada

—Pasó la alarma. Vamos a casa de Isabel —dijo Teresa Guerrero, no admitiendo réplicas de antemano.

—¿A estas horas? —pregunta Cristina con timbre neutro.

—Nos espera.

Como siempre, la amiga se doblega sin más preguntas.

Isabel Rubió vive tres manzanas más allá. El cielo estrellado, todavía abanicado por los reflectores. Teresa se moja el pie en un charco: aprieta los puños y no dice nada.

Isabel las espera. La casa es vieja, los muebles son del mismo tiempo. Los cuadros buenos. Isabel es alta, de ojos azules muy claros, ronda los cuarenta años. Su padre fue catalán; su madre holandesa. Es rica y no se ha ido al extranjero para que no se incauten de sus bienes; se sabe vigilada y cultiva, de día, amistades republicanas que caen fácilmente en la trampa de una mujer que se dice liberal. Por la noche conspira. Tiene un alto concepto de sus facultades, que ella supone políticas.

—¿Cómo estáis, queridas?

—¿Qué hay de Teruel?

—Pan cocido. Radio Valladolid acaba de anunciar que ya entramos.

Brindan luego. Teresa cuenta a borbotones el suceso del Hostalet.

—Todos son unos cerdos.

Hablan de Julián. Julián Templado es amigo antiguo de Isabel; curó a su hijo, joven ambiguo, que está ahora en Amsterdam, con una tía abuela.

Isabel es personaje importante en la organización clandestina de Falange. Ha logrado establecer contacto con Luis Salomar, preso en Montjuich, y éste le indica la ruta a seguir.

Isabel ha publicado dos libros de versos y le es fácil —so capa de intelectual— mantener relación con un grupo de jóvenes escritores que trabajan en la Subsecretaría de Propaganda y aun en el Ministerio de Estado. No hay dificultad para enterarse de los propósitos del ministro, porque éste cuenta a todos lo sucedido y lo que espera, que suele no confirmarse.

—Lo que importa es tener agentes o amigos tontos en el mayor número de oficinas —dice, muy importante y tiesa, doña Isabel.

Comentan las ejecuciones de la mañana, y vuelven a hablar de Templado.

Templado —¿cómo no?— ha intentado hacer el amor a Isabel. Esta ha sabido mantenerlo a distancia. No le interesa el amor, no le hace falta. Ahora lo único que le importa es conspirar. Se ve ya condecorada y quién sabe si con estatua.

—Templado —dice—, Templado... Ese es bueno para conseguir unos pasaportes.

—¿Te quieres marchar? —pregunta Cristina.

—No. Pero un amigo de mi padre.

—Yo se lo pediré —indica Teresa con su voz más baja—. Creo que no le será difícil. Tiene muchos amigos.

—¿Tú crees que llevaría un paquete a Perpignan? ¿Sin abrirlo?

—No sé —contesta perpleja Teresa.

—Pregúntaselo. Sin darle importancia.

—¿Y qué es?

—No lo sé.

—¿Qué le digo?

—¿Necesitas afeites?

—Siempre.

—Cuéntale que le darás unas botellas vacías y unos tubos, que los entregue allí a un perfumista amigo tuyo. Ese se los devolverá nuevos...

Doña Isabel sonrío pícaro y satisfecha.

Días después Teresa le planteó el problema a Templado. Julián se apuntó los nombres de los productos, sin querer cargar con los envases. Referente a los pasaportes dijo que haría las gestiones.

Las hizo. Rivadavia le llamó una mañana.

—¿Tú has pedido —o recomendado— que den un pasaporte a un tal Peruzzi?

—Creo que sí.

—¿Sabes quién es?

—No.

—¿Entonces?

—Me lo pidió una amiga.

—¿Quién?

—Teresa Guerrero.

Rivadavia se frotó la nariz.

—Bueno —dijo Julián—, ¿qué pasa?

—Nada. No tenemos confianza en ese tipo.

—Entonces, ni hablar.

Por la tarde Julián fue al teatro.

—Oye —preguntó a la actriz—, ¿quién es ese tipo para el que me pediste un pasaporte?

—El amigo de una amiga mía.

—Me lo han negado. Ándate con ojo, y escoge mejor tus amigos. ¿Quién es ella? Cristina intervino.

—Isabel Rubió.

Teresa miró a su amiga con rabia. Al salir Templado la regañó. Cristina se echó a llorar.

Julián fue a ver a Isabel.

—¡Tan caro de ver!

—Mucho trabajo, Isabel. ¿Y usted?

—Siempre lo mismo.

—¿Tiene noticias de su hijo?

—Sí. Y me da recuerdos para usted.

—Muchas gracias.

Se encontraron ambos con un bache.

—¿Quiere una copa?

—Siempre.

Templado, que cree saber disimular como el que más pero que tiene como gala no hacerlo, va a lo que le interesa.

—¿Ya no tiene usted confianza conmigo?

—¿Por qué?

—¿A qué santo, necesitando algo, busca usted un intermediario para hacerlo?

—¿De qué me habla?

—De un pasaporte.

—¡Bah! ¡No tiene importancia! La culpa es suya. No se puede ser tan susceptible acerca de mi amistad y no venir a verme. Sé que ve con frecuencia a Teresa y le pedí que me hiciera ese favor. ¿Lo trae usted?

—No. ¿Es muy amigo suyo ese Peruzzi?

—No. Ni siquiera le conozco. Quiere marcharse. ¿Hay algo contra él?

—No lo sé. Pero no le quieren dar la salida.

Y hablaron de otra cosa.

Teresa Guerrero le pidió el pasaporte a López Mardones. Este se lo prometió y fue a ver a Rivadavia.

—Ande con cuidado —le dijo el juez—. Esa mujer —se refería a Isabel— tiene la protección del cónsul holandés. Y, a lo mejor, ha hecho la gestión sin mala fe.

—Ya veremos —contestó el abrigado—. Pero tengo la idea de que por el hilo se saca el ovillo.

Quedó satisfecho de su frase. Se frotó las uñas de una mano en la palma de la otra.

—Entonces, ¿quedo encargado del asunto?

—Sí —contestó Rivadavia.

## SEGUNDA PARTE



# 1. Teruel

3 de enero de 1938.

Y tú, ¿qué eres?

Una pella de yeso, seguida de un trozo de atabón le impidió oír si el otro contestaba: la bala a veinte centímetros.

—¡No te muevas, coño, que nos han echado el ojo!

Si no el ojo, la tierra: mampuestos, lascas y adobes.

—Tira *p'atrás*.

Tres tiros sueltos y un rosario de ametralladora.

Cían hasta el cornijal y se aconchan en la pared.

—Es de las buenas: de banda. ¡Si tuviésemos una! ¿De qué brigada sois?

—¡Si creen que va a ser como en Toledo, van aviados...!

—¿Estuviste?

—Me lo han contado.

—Aquí también hay civiles.

—No les va a durar. ¡Con la artillería que traemos...!

Desde la calle del Coro les gritan:

—¡Qué tiréis *pa'trás*!

—Una puñeta.

—¡Qué dice el capitán que nos habéis adelantado demasiado!

—¡Cuéntaselo a tu padre! Yo me quedo.

—Y yo.

—Y yo.

Todo a grito pelado. Son tres: dos que iban juntos. El que no los conoce repite:

—¿De qué brigada sois?

—Ochenta y nueve.

Vuelve a bramar el pesado de la esquina:

—¡Qué lo manda el capitán!

—¡A mí me la mama!

—Ven aquí, cagón.

Uno de ellos, para demostrar su sentimiento, tírase para adelante entre los escombros. Echado en tierra, el máuser apoyado en el asiento de enea de una silla hecha polvo, dispara.

Los otros esperan pegados a la ruina de la pared.

Los sillares, arpados de metralla; los cancelos, desmenuzados; los muros, apedreados de viruela; la lechada, caída como ronchas de sarna; el mortero aboqueteado de cráteres rojos del ladrillo herido. Despeinados todos los postes, los

hilos de metal retorciéndose caídos al aire de su peso. Tres dedos de polvo sobre todo. Una celosía, tumbada en medio de la calle, enjaula una birreta. En un silencio se oye el cañón, por el Concul.

—En la Muela no se han movido hoy.

Retiembla todo el aire.

—El vientecillo le entra a uno en barrena —piensa Miguel Jiménez, pasmado de frío.

Desde allí ven el recuesto nevado del otro lado del voladero y la cinta oscura de la carretera de Valencia. La mañana clara, con un frío quieto que lo carcome todo: sangre, paredes, cielo.

—¿Sobre qué tiras? —le preguntan al disparador.

(De la Diputación no contestan ahora).

—*Pa* calentarme. Chamberlain se dejó ayer un dedo en el gatillo. (Chamberlain: uno alto). ¡Por aquello de no desperdiciar un tiro! Yo no desperdicio dedos. El acero caliente y los fachas fríos.

Los otros dos siguen respaldados en el muro picado de muerte: arrecidos. Encima de ellos pende, vertical, un balcón, sostenido sólo por un pie. Enfrente las casas derrumbadas con sus esqueletos de madera al aire. Las que quedan, trepanadas. Una casa de tres pisos da, casi, seis metros de escombros: sobreviven paredes abriendo ventanas del cielo al cielo; de la mampostería, el cascote grueso; de los canceles, el yeso; de las paredes, los ladrillos; pero lo prodigioso es el número de vigas. Miguel Jiménez, acostumbrado a ver casas bombardeadas en los pueblos, donde no se salva nada —una pared aserrada—; o en las ciudades, donde sólo permanece sobresaliente el alma delgada de hierro retorcido por la explosión y el derrumbamiento, se queda absorto ante el número de los maderos. Astíllanse, pero no se doblan. En esta muerte no hay curvas. Las casas partidas no le añaden conocimiento: las mismas celdas blancas con sus trepas verdes o coloradas, los mismos palanganeros, los mismos calendarios milagrosamente colgados sobre el vacío; las mismas cañas de los cielos rasos.

A los cargadores del compañero contestan, de pronto, con fuego nutrido. Retumban tres explosiones violentas. Los tres levantan la nariz al cielo; puro de aviones.

—Por el Ovalo.

Ellos se habían corrido por la Ronda de Amberes.

—Allá abajo debe de haber un estanco. (¿Cómo no ha de haber un estanco cerca del Gobierno Civil?).

Lo malo era que el Gobierno Civil estaba en poder de los rebeldes.

—Tira, ya llegaremos.

—Por ahí han dicho que no.

—Tú, calla.

Todos los que habían entrado en la ciudad los días anteriores, por San Julián y el Arrabal, por la calle del Pozal, la Plaza de la Judería, tenían tabaco: toda la parte alta de la ciudad fumaba.

Ellos tres lograban enfurecer al mandamás.

—¡Por ahí que no se meta nadie! ¿Cuántos son?

Nadie lo sabía. Únicamente desde San Julián avisaban que hacia la Diputación avanzaba gente nuestra.

—¡Qué se retiren! ¡Quince minutos! Dentro de un cuarto de hora empezaremos a bombardear el Gobierno Civil. No quiero a nadie por los alrededores inmediatos. ¿Entendido?

La Diputación, vecina del Gobierno Civil.

—¿De qué brigada?

—Supongo que de la ochenta y nueve, mi general.

—¡Esos tenían que ser! ¿Creen que van a tomar el Gobierno a cuerpo limpio?

—No sé, mi general.

Eran tres.

En la Diputación había guardias civiles, algunas mujeres, algunos niños y los locos.

—Oye, ¡quítate de ahí!

—¡Déjame en paz!

—Vamos a intentar por las casas, a ver si podemos ir adelantando al través. Por la Ronda nos cazarían como conejos.

—Tal como están —arguyó su compañero— tiene que ser fácil. Un poco de gimnasia. Hechas miga, lo que se dice miga.

Se les había olvidado el tabaco. Había que adelantar.

—Si se creen que va a ser como en Toledo...

Toledo clavado en todos los corazones. No por la fanfarria triunfante de los facciosos —al fin y al cabo no hubo ningún italiano, ningún alemán en el Alcázar; y resistir y aguantar lo hacen todos los españoles desde que han nacido, sin esforzarse. ¿No comer? ¡Vaya problema! Y eso no fue cuestión allí—. No, lo que les molestaba era el reconcomio por la inacción bullanguera de los asaltantes, la falta de resolución: la disolución y el fiarlo todo a la buena de Dios. De Toledo radica el haberse dado cuenta del valor de la disciplina. Como barbilleó Jiménez:

—Perdiendo se aprende.

Porque el coraje de los últimos días no pudo con muros de tres metros de espesor. Y, ahora que podían, le añadían ira: la querencia de quedar bien y de rectificar la historia.

Al norte de la ciudad se levantaba un gran incendio, rubro y cárdeno; ahumado,



un sol azarcón ensombrecía la nieve y los escombros. El humo hecho cielo. Ahora disparaban por todas partes.

—¿Vienes o te quedas?

—Ahora voy. Ni que se os escapara el tren.

Acabó el cargador, dio un salto hasta la bocacalle; disparáronle los fascistas.

—¡Vaya gachó el que inventó las esquinas!

Llevaba chaqueta de cuero cerrado con cremallera, pantalón bombacho, botas nuevas enlodadas, hechas piedra por el frío; papahigos de gruesa lana gris, la manta arrollada y atravesada del hombro a la cintura. Jiménez vestía poncho kaki, tocaba casco guerrero al estilo francés, con albardilla, y calzaba alpargatas, las piernas envueltas en bandas. El otro, con gabán reglamentario, cartucheras nuevas color avellana, borgoñota, leguis y zapato fino de oficial, llevaba un maletín en la mano.

—Pon la bayoneta.

Jiménez y el otro la llevaban calada. Por el portillo de una pared entraron en la casa esquinera.

La destrucción siempre sorprende. No queda del techo más que las cañas que alabean su cielo rayado hasta el montón piramidal de los residuos. En la pared, jirones de papel y un cromo bodegón. De la puerta frontera: el marco al aire frente a tal amontonamiento de ladrillos, vigas y cascajo que tienen, de buenas a primeras que renunciar a seguir por allí. Vuelven a la calle y entran en la casa vecina: la fachada resquebrajada parece contener tabiques sanos. Por la escalerilla suben sin tropiezo al primer piso. Les para el ululato undívago de una sirena.

—¿Nosotros? ¿Ya nos hemos entretenido en esas virguerías?

Salen al balcón aportillado: el paisaje sin más sementera que la nieve se acrece por la ventana desquijarrada: sobre el blancor las líneas muscas de las paratas. Cesa el estridor. Otra enhebrada de ametralladora: el vierteaguas de cinc tembletea luciendo su aire de colador. Por allí tampoco pueden pasar: bárbaro montón de machos, asnillas, tornapuntas astillados. Decididamente las casas de Teruel tienen el alma de madera. Un obús.

—¡Vaya tiento!

—Quince y medio.

—¿Ellos? ¿Nuestro?

—Cerca.

—¿*I qué fem?* —pregunta el de la borgoñota.

Bajan: el mismo mete el pie en un zurullo.

—¿Quién habrá tenido tiempo de cagarse aquí?

—Más se encuentran que tocinos —contesta el compañero.

Pasan a la casa vecina. Un gato. Una mesa. Un fregadero que huele a cieno. Una alacena con vasijas verdonas. No existe la habitación vecina.

—Aquí también ha caído el gordo. Pero me parece que podemos pasar.

—Vamos allá. Se van a llevar un susto.

Se ven, los tres, tomando la Diputación. Pasan como pueden por el montón de ripios: cascamajan resbalándose los restos de ladrillos pintones. Los ruidos llegan por el cielo troceado por maderas y espeques volanderos. El alero roído por la metralla dibuja un garabato en una nube que acierta a pasar, parda sobre el gris. Las vigas a los aires, como muñones. Todo lo aumenta el frío.

—¡Puñetero polvo!

—¡Cuidao!

Adelantan con el retaco prudentemente prevenido: sus pisadas en el viento. Pasan los minutos, pocos y sentidos. En aquel vertedero les llegan los ruidos de la guerra por todas partes. ¿Les disparan por la espalda? ¿A qué van? ¿A dónde? ¡La primera capital conquistada!

—¡Mañana, Zaragoza!

Acechan por lo desmantelado del paramento. Les parece estar metidos en un embudo, más solos que antes, encajonados entre paredes solas. El lento trepidar hondo del aire.

—¡Oído!

—Nada. Otra vez.

—¡Coño!

Dispara. Rebomba el tranquido. Fuga: el gato. Tabletea, extrañamente cerca, una ametralladora.

—¿Qué necesidad tenías de disparar?

—Tira. (¿Dónde estamos? Ahí enfrente tiene que estar la Diputación).

Un obús lo corta todo. El polvo se levanta y cae; llega más por los aires, ahoga. Aperciben el deslome cercano de un tabique. Enrédansele los pies a Jiménez en un cenacho.

—Me parece que era nuestro.

—¿Volvemos?

—¿Y si se puede entrar por ahí?

Otro zambombazo, más cerca. Retiembla el aluvión, donde se mantienen difícilmente.

—Azuzar que esto se pone negro.

—Me parece que alargan el tiro.

—Sí, por las buenas. Y que esto se nos cae encima sin avisar.

Miran las paredes: el jalbegue hecho polvo, la arcilla hecha polvo, la madera hecha polvo. Polvo en la boca, en los ojos, en los oídos.

—¡Con tal que no le den al estanco!

—¡Déjate ahora de estancos!

Un rosario de explosiones más lejanas. Por el corto cielo de la techumbre destrizada, cinco trimotores perseguidos por los capullos blancos de la explosión de los obuses antiaéreos.

—¡Qué le da!

Todo el interés en el cielo.

—¡Qué le da!

Los zig-zag del techo troceado esconden la persecución.

—Me parece que por aquí no vamos a ninguna parte.

Siéntense perdidos entre tanto escombros, tanto casco, tanto madero atravesado. Un proyectil estalla cerca. ¿Diez metros, veinte? La muerte no admite distancias, las salva.

—¡Recoño!

Tíranse en donde pueden, procurando adargarse en lo menos arruinado. Todo se llena de polvo: niebla, yeso, tierra, tiempo. Procuran amalgamarse con los cascotes que les rodean. Pican los ojos, amarga la boca, huele a bardoma y amargo; sahórnense las manos, el cuello, el rostro. Una horca pajera saca sus dientes salvajes en medio de un montón de cisco. Ahora se oye la trayectoria del proyectil.

—¡Nuestro, me cago en Dios!

Ábrese de pronto la tierra, resbalan en sus entrañas hechas escotillón. Miguel Jiménez traga arcilla, traga yeso. ¿Es esto la muerte? No tiene miedo: sólo se muere una vez. Golpe. Pedradas. Las piernas cogidas. Hay que salir de aquí. Un solivión. Se sacude como perro mojado: nada roto. Saca sus pies de entre los cascotes. El de la borgoñota debe estar a su lado: lo adivina a la media luz que les llega por el cenit. Han caído en una cueva.

—Oye, tú, ¿qué hacemos?

—No sé.

—¿Y el otro?

—No sé.

Una ráfaga de ametralladora, cerca y lejos. Tiros sueltos y un aire frío que va hacia arriba.

—Me parece que por aquí abajo podemos salir.

—A lo mejor esto lleva a donde están los fachas.

—¿Y el otro?

Para ellos dos solos les parece mucho el seguir. Cuatro metros más arriba el cielo cerrado y las paredes quebradas. Otra vez la artillería. Se apretujan contra la pared de la cueva.

Un muro, allí arriba, se ladea y desaparece en humo. Un olor acre, de doscientos años, bruma amarilla, polvo del polvo.

—¡Qué sofoco!

Por entre la niebla se derrumba un último paramento, se trocea y arruina sobre el boquete por el que cayeron. Resguárdanse más si cabe. Líbranse con ladrillazos.

—¡Qué ahogo!

El sahumo dura. El cascote hecho triza, la triza polvo, el polvo niebla, la niebla humo, el humo a la larga, cielo. Gusto amargo y húmedo del tiempo emparedado. El polvo y el miedo añascados en la garganta. Respiro. Por la boca del techo la lepra violenta de otras paredes. Tras un silencio incierto, temeroso, el rasgado estallido inimaginable de una rompedora, rápida roedura relampagueante. Mazazo. Descantillado de las piedras. Luego el silencio: las piezas de la Muela, quizá las de Villastar, quizá las de Celadas.

(¿Qué pegajo es ése en los dedos? ¿Qué ligamaza? ¿Qué sangre?).

Jiménez piensa en la Matilde. ¡No haberse acostado con ella! No se lo perdona a su padre. Ni ahora, ni nunca. Viejo farolero. ¡Con lo que me gustaba: tan caliente, y se dejaba! ¡Puerto Lumbreras, y este frío! El botijo colgado en el corredor.

Todavía no se atreve a moverse. Está bien así: como muerto. (¿Volveré a las ferias? ¿Será posible que después de la guerra yo vuelva a las ferias? ¿Ha hecho alguna vez calor?).

—Oye, tú, ¿qué hacemos?

—No sé.

—¿Y tu compañero?

—No sé.

Hay que salir. Muévense.

—Ya no tiran.

No llegan a alcanzar la bóveda.

—A ver dónde sale esto.

El de la borgoñota ha perdido su maleta, no el fusil. Guíanse más por el frío que por la luz. La bayoneta es buen cordón. A los veinte pasos ya otean la salida.

—¡Manos arriba!

En la penumbra, frente por frente, dos hombres asustados. Entréganse.

—No nos hagan nada, somos republicanos. Vivimos aquí escondidos, esperando.

—¿Con este frío?

—No, en los sótanos de la casa. Al empezar el bombardeo nos hemos corrido hacia aquí.

Un viejo y un joven, sin armas.

—Bueno, ahora vendréis con nosotros. A lo de la evacuación. ¿Quiénes sois?

—Yo —dice el viejo— tengo una tienducha ahí en San Julián; éste es mi hijo: maestro, de Albarracín. Yo era el corresponsal del *Socialista* aquí, en Teruel. Este también es del Partido. Por eso estábamos aquí. Haciendo vida de rata —ríe—. Desde el principio. Y vosotros ¿qué sois?

Las frases cortas, como ahogadas.

—Yo, de la CNT —dice el de la borgoñota.

—Yo no soy nada —refunfuña Jiménez.

Esperan, bajando la cabeza, porque la artillería vuelve a tirar. La galería sale al navajo.

—Ya hemos intentado salir, ya. Pero los de enfrente deben de suponer que esto comunica con el Gobierno, y cada vez que asomamos la nariz nos fríen. No es cosa de diñarla ahora que estáis aquí.

Lo dice con una alegría infantil que le surte de toda la cara. Pregunta:

—Y qué, ¿también se ataca por el Centro? Teníamos, hasta ayer, que ahí se ha *quedao*, una radio, allí bajo. Vivíamos de eso, que el oído también alimenta. Las hemos *pasao* negras. ¡Y que no nos han *buscao*! Y vosotros, ¿de dónde sois? Tú, ¿dónde has *estao*? Cuenta.

El de la borgoñota se llama Acisclo Martínez, de Caparroso, en la linde de Navarra y Aragón. Sus padres, pegujaleros, comían santos y proliferaban: siete hermanos y una sola hermana. Y la madre murió antes de los treinta. El padre se volvió a casar con una huerfanita que le trajeron de un convento de Zaragoza.

—Salió más zorra... Y como con el cura también, se armó una ensalada de hostias... Es que llovía sobre mojado; a la niña —a mi hermana— le había dicho el barbián que fuese sola, por la tarde, que él la quería mucho y que le enseñaría el catecismo con todo cariño. No fue mal catecismo el que le enseñó. Ella se lo contó al padre. Y como es natural, hubo sus más y sus menos. Pero el tío aquel lo arregló. Labia de esa gentuza. Lo otro ya no hubo quién: los pilló en el majuelo. Fue tal la paliza, que el santo se murió a los tres días. Nos fuimos a Pamplona, pero nos hicieron la vida imposible. Yo entonces era vaquero. Luego nos vinimos a Zaragoza. Se murieron mis hermanitos más chicos. La chica se desgració. Yo bajé a Sagunto. En los Altos hornos. Los curas tienen la culpa de *to*.

Había estado en Talavera, después de la expedición contra Valencia, tan poco gloriosa, de la Columna de Hierro.

—Tanto hablar de comunistas y anarquistas... De todo hay: bueno y malo. Lo peor es que en casa del vecino sólo miramos lo que nos conviene.

—Parece que podemos intentar marcharnos —dice Jiménez.

Entre los cuatro alcanzan fácilmente la bóveda desmochada. Después de servirse de sus hombros, los soldados izan sus semi-prisioneros. Luego, fusil al hombro, trepan a la altura, encascotada, del primer piso. Lógranlo a costa de resbalones y el recaerse la grava, los ripios, las astillas sobre la base de lo derrumbado. Avistan el cuerpo del compañero de Acisclo, hecho un saco.

—RIP —dice éste luciendo su educación. Recogen el fusil.

—Ya avisaremos a los sanitarios.

No hay prenda que sirva: fáltale la cabeza, todo él gusarapos. Al salir de la cueva pasadiza el cañoneo lejano reconmueve las vísceras. Por el cielo sin color pasa el escalofrío del rebombar. Sobre el horizonte los copos negros de los antiaéreos enemigos. Tres cazas nuestros por todo lo alto.

—¿De dónde era ése?

—Del campo.

Así, en general, «del campo».

Van todos hacia la Plaza del Torico. Los rebeldes de la Diputación se han rendido. Los del Gobierno Civil, los de la Delegación de Hacienda van pasando al Hotel Aragón.

## 2. La ferretería del Pozal

—Este sitio es bueno. Ellos se figuran tener gente en la Catedral y no tiran en el área de su sombra.

Sentado en el mostrador, balanceando sus pies calzados de enormes botas nuevas, nacidas en su viaje a Barcelona, Herrera habla con Juan Fajardo que aparece enjaulado por su interior discurrir; dálo a entender con cinco pasos al frente, media vuelta y vuelta a lo mismo.

—¡Quieto, que mareas! —le dice Herrera, que no puede apartar la vista del ir y venir.

—Si entran antes de que acabemos con Santa Clara: ¡la catástrofe! Re—Alcázar. ¡Tengo que volver allá!

—¿A dónde?

—Al Estado Mayor.

—¿No te han enviado ellos aquí? —pregunta Jesús con cachaza.

—Sí. Pero ¿qué hago? ¡Esperar!

—¿Y qué?

—Envidia tu pachorra.

—Todo lo veo, todo lo quiero; si no, me meo. Obedece, hijo mío, obedece; que para algo eres capitán. A mí me han puesto a las órdenes del gobernador: estoy a las órdenes del gobernador. Mientras no haya órdenes del gobernador, aquí estoy a tu ídem de ídem. Con que: quieto.

—Hay que poder con la sangre —dice Fajardo, que siempre exagera un poco.

—Se puede.

—Eres rubio; te cuesta menos.

—Disciplina y tabaco, capitán, y el zapatero...

La ferretería del Pozal está en la plaza del Mercado, alias del Torico; las puertas echadas y las ante ventanas de madera intentan proteger escaparates y local, sin conseguir más que ensombrecerlo. Un cubo de muestra, colgado del asa, bajo los portales, se columpia, levemente herido en el mismo centro de su centro por una bala seguramente perdida.

Se entra en el establecimiento por un postigo estrecho que deja a medias su luz en una cortina de caña japonesa: la que traspasa cae sobre un embaldosado blanco y negro. Los pozales encubiletados forman cipos de peltre, a lo largo de la tienda, recogiendo en su gris la luz de la solada; entre ellos una partida empaquetada de puntas de París, bajo un muestrario de grifos de cobre y otros niquelados. Corre encima una colección de aldabones oscuros, barras para cortinones, doradas e irisadas a lo bronce. En un cartón el muestrario de anillas de todos tamaños, en perfecta disminución, cada una con su etiqueta pegada en los bajos como si fuese la fecha y

ficha de su nacimiento: anillas de un mes, de dos, de tres, anillas de un año, anillas en edad de merecer, anillas para toda la vida. Pestillos, cerrojos, colanillas, un anuncio de los candados «Yale».

En la primera esquina tres cajitas de caudales de mayor a menor, relucientes y de buena facha. A su lado una cascada de brillantes hules enrollados; los unos a cuadros, otros con flores; frente a una vitrina donde se guardan y exhiben los «artículos para regalo», de alpaca y plata «Meneses»: hueveras, floreros, «centros» y convoyes; juegos de café de porcelana checoslovaca y japonesa.

Encimados y atados como víctimas empaladas en sus cajas, hileras de tijeras, cuchillos, cubiertos, navajas de afeitar. Carteles y latones de propaganda de la fabricación de Solingen. Una hilera de abrazaderas para cortinones sobre seis palanganas metidas la una dentro de la otra por riguroso turno de talla. Cuelga del techo, a lo largo del comercio, una galería; repartidas por su baranda, alfombras de fibra de coco y otras de rala pelusilla; penden escobas y, a la izquierda, un muestrario de plumeros, única nota viva.

En el fondo, al lado de la escalera que conduce al primer piso, lavabos, pilas esmaltadas, tres neveras. Tras el mostrador en el que está sentado Herrera, una teoría de apliques para muebles, varias muestras de baterías de cocina, bisagras y una colección de tornillos agrupados por familias.

El capitán Juan Fajardo tiene la estatura media, la cara ancha y recién afeitada, cano el clareado cabello cuidadosamente estirado hacia atrás, los ojos grises, la barbilla partida; el uniforme limpio, los guantes nuevos, los leguis y los zapatos brillantes de betún bien tratado; la voz demasiado grave, un tanto afectada por mor del tono.

—Porque el Partido...

—¡Déjame en paz con el Partido! —le ataja Herrera.

Los dos son comunistas.

Fajardo era, antes de la sublevación, profesor de literatura en el Instituto de Alcoy. Con la guerra ha venido a olvidar cosas, entre ellas las ganas de desaparecer del mundo. Jesús Herrera le conoce desde hace años, recién llegado él a Madrid, a poco de proclamada la República, cuando Fajardo recalaba todavía por los cafés, por el Ateneo, el Lyceum, la Revista de Occidente. Largos paseos nocturnos, chácharas al filo de las madrugadas les habían unido con buena amistad. Las fortunas del profesor fueron varias y todas malas. Joven prodigio, perdióle el desmesurado amor, la veneración de sus padres, chochos de asombro ante las facilidades y los éxitos del hijo único (dos hermanas para completar el coro). Todo lo aprendía y retenía con facilidad (quedóle desde entonces el tranquillo de aparecer sabiéndolo todo, atajando a su interlocutor, dándole a entender que «estaba al cabo de la calle». Escocíale luego, pero no le ponía remedio). Estudiante destacadísimo, a punto de ser penalista



de los de nombre en crónicas, le dio por hacer versos. Alabáronselos por lo impreso amigos y desconocidos, trastocose el caletre de los padres ante tal acontecimiento y vista del apellido en los papeles, aunque a veces con erratas.

—¡Parece mentira! Más difícil es escribir Fachardo, Fajarda, Fochoda, Fachoda o Dejardo que Fajardo. Tienes que reclamar.

Decidióse, en medio del entusiasmo familiar, que el joven se dejaría de derechos (profesión oscura del papá) y se dedicaría, de lleno, «al cultivo de las letras»: que ganara laureles, que los viejos ya procurarían el sustento para la casa.

Mucho amor es bueno; demasiado ciega. Dióse el hombre a las peñas y a los entre bastidores, seguro de su éxito, vendiendo superioridad. El ciego sin lazarillo da en poyos y maldiciones o se queda con los brazos extendidos palpando miedos, a menos de tener una fortaleza de ánimo y resignación, de la cual carecía nuestro joven. Fajardo no se dio cuenta de su inseguridad, vivió sus sueños creyendo sinceramente en ellos. Fióse llegado, sin meta, ni siquiera tomar salida. Nutrido de sus propias bernardinas, que se le volvían carne y hueso, desconocía la duda. Hubiérale pasado, quizá, con la juventud, pero las finanzas del padre vinieron a menos, enredadas en unas trampas imprevistas, y el joven —cerrado a banda— porfió en el canto, sin salida su prosa. Cuando careció de dinero lo pidió prestado inventando patrañas y escondiendo luego el bulto. El crédito tiene corta la vida cuando no se renueva, por poco que sea. La gente le dio de lado y las malhabladurías le fueron cercando. Que lo económico, cuando pequeño y debido, es malo para las letras.

Al sin fortuna, desgraciado y enemigo del azar, sobre todo si ha publicado ingenuamente sus intenciones y esperanzas, al presumido que se arruina, al elegante que pide dos duros, al desventurado que no calla y pretende justificarse y anuncia en su desesperanza el próximo logro de otras fantasías que, como es lógico, tampoco se logran, al galleador que fracasa y reincide: a poco le llaman gafe. La envidia no perdona los éxitos, sabiendo callar; menos perdona los fracasos, y se ensaña. En peñas y tertulias se pasa la sinvergonzonería, se olvida la inmoralidad, se absuelve la falta de fe y de palabra si se salvan con gracia y desparpajo los obstáculos. El infortunado que se empeña en vencer la suerte adversa, intentado forzar la gachonería de que carece, se ve huido de todos: los más sesudos varones, los señoritos, los notarios, los maricas, todos menos los camareros —porque el rito es público— adelantan índice y meñique doblando los otros dedos, buscando velador, silla, sillón o sofá que tocar.

—¡Toca madera!

—¡Toca hierro!

El sesgo de las conversaciones es malévolo: que cuesta menos ensuciar paredes que construirlas: no se trata de derrumbar sino de arpar, ensuciarse en ellas, embadurnarlas con inscripciones que andan por el aire de todos.

—¿Ordoñez? ¡Tonto de capirote!

—¿Luis? ¡Vamos! Le das cinco, se toma diez.

—¿Viguri? Un negociante: a lo suyo, y a los demás que les parta un rayo.

—¿Marcos? Un sinvergüenza.

—¿Leopoldo Romero? Un buen chico, un poco tonto, pero buen chico.

—¿Has leído lo de ése? ¿Qué te parece? ¿No te lo decía yo?

La desgracia, la reiteración, la pesadez, el talento sin gracia, las antipatías del cabecilla tertuliar:

—¿Ese? Ese es gafe.

Si lo repiten tres: hecha la reputación. Húyenle las muchachas, rehúsan recibirle los empresarios. Le desconocen los conocidos, al ojeo del sable.

—Si aceptamos su obra lloverá el día del estreno. Se quemará el teatro. Quebraremos.

—No me lo traigas a casa. La última vez se puso malo el niño.

—¡Si no puede ser! Vino y me rompí la pierna al día siguiente.

—Me lo presentó y perdí el bolso. Lo vi, me habló, mi madre se murió a los ocho días. ¡Qué no lo traigas por aquí, es gafe!

Por juego, porque nadie se lo cree y protestan algunos que se apresuran a tocar sonriendo la materia contraveneno. Va corriendo y creciendo la bola, aculando al desgraciado, que no se quiere enterar.

Contra ello no hay más remedio que el tiempo; abandonar y desaparecer. No porfiar ni creer en milagros. Irse con el muerto a otra parte, que si el corte es largo y viene el éxito olvidan el maleficio: si no, las maldiciones atraviesan desiertos.

—Me va a suceder algo malo: he visto a Fajardo.

—No me lo nombres.

—No seas imbécil.

—Allá tú.

Encapado en su mundo, Fajardo se revolvía entablado, se dejaba vencer por melancolías y depresiones que lloraba en los hombros de Cuartero y Templado. Procuraban éstos animarle. El joven le echaba a todo un poco de teatro, su voz campanuda y su físico galán ayudando. Más que nunca procuraba defenderse con mentiras, remoto afán de pureza, perdido en mil infiernos. Sosteníale un canto interior, sin salida.

—Mira, déjame cincuenta pesetas, que a las once y cuarto Luis Noguera me tiene que devolver cien que le presté anoche. Figúrate que me lo tropiezo al salir del Ateneo, venía con una mujer medio muerta...

Todo cuento. Cuartero enrabiaba, se lo decía a gritos:

—¡No mientas! ¡No mientas!

—¡Pero si es verdad!

—¡No y no! Además, acabarás logrando que no crea nada de cuanto dices. Todo en ti empieza a sonarme a falso. Tengo que pesar cada palabra tuya. Y no te permito que dudes de mi amistad. ¿Necesitas cincuenta pesetas? Dime: «Necesito cincuenta pesetas». Punto y basta. Si las tengo te las doy, y se acabó. Vécete. Has dado con el tranquilo de justificarte con una trola. Y crees pagada tu deuda.

—¡Pero si es verdad, pregúntaselo a Carmona, Noguera...!

—No tienes remedio.

Juan Fajardo era levantino, se le notaba en cierta exuberancia: los gestos le salían amplios, los abrazos repetidos, la voz honda y larga, la risa fácil y alta, la vanidad bien establecida, el deseo de hacerse valer por lo que valía y un poquito más, más el dolor del artículo que se espera en primera plana y sólo aparece en la segunda, el disgusto del titular demasiado pequeño, la molestia de la firma impresa en minúsculas, el pellizco amargo de los adjetivos laudatorios no suficientemente explícitos, el resentimiento de los alfilerazos de la envidia compañeril; el hablar de sus proyectos como de cosas ya realizadas:

—Es lo mejor que he hecho.

—De lo mejor que he escrito.

Un cierto aire de superioridad, involuntario pero sin esconder.

Consideró Madrid estrecho y fue a Barcelona, donde le recibieron con palmas, satisfechos de que se les allegara un talento reconocido en Castilla; cayó en las mismas torpezas crematísticas y, allí, el crédito es más corto: recorrió idéntico camino en la cuarta parte del tiempo. Por diez pesetas debidas creyéronse en el caso de negarle el santo y seña. Deslizóse hacia una bohemia sin gloria. Amigos: tres, mal contados. Se le aguzó la lengua, y los dichos corrieron más aprisa que sus juicios. Hizo de su capa un sayo. No se daba cuenta de cómo había venido a parar a tan desdichado estado: tan buen escritor como era antes. Surgió una posibilidad de enlace; la familia de la deseada se opuso terminantemente al matrimonio en vista de las finanzas del pretendiente, y la doncella, más obediente que amiga de aventuras, casóse a poco con un industrial. De sus reconcomios sacó el hombre una novela, nada despreciable, que pasó desapercibida: había hablado mal de todos sus críticos a los que, por otra parte, debía algún dinerillo. Fue a Albacete, donde ejercía, hundido, su padre. Allí se entretuvo triste y desalentado. Hizo oposiciones a cátedras de «Lengua y Literatura españolas» y ganó la de Alcoy. Las obligaciones, dimes y diretes de la carrera le supieron a hiel. Le fue simpática la pequeña ciudad industrial, endentada entre montes desarbolados, el ruido de lo fabril y papelerero. Halló algunos amigos entre los obreros que deseaban «saber cosas» y dio clase, una vez por semana, en un centro sindical.

Le salvó el querer: que el orgullo de ser mirado, el deseo de sentirse importante ante los demás, desaparece con la fortuna del amor. Cerrarónsele todas las heridas de

su propia susceptibilidad, todo lo que antes le molestaba: la tardanza en la publicación de un artículo, el que no hablaran de él vino a importarle un comino. Cuanto le dieron lo acogió como regalo e inesperado premio. Descubrió el mundo: que la juventud es pataratera, arrogante, amiga de fachenda, deseosa de brillar, por falta de amor verdadero: cuando éste llega afianza el individuo en sí mismo, siéntese bien plantado en tierra y la opinión de los demás viene tan a menos que no importa.

Enamoróse de una casada y fue correspondido. Vivió seis meses maravillosos, encontraba por vez primera quien le quería por lo escondido y no por la destilación de las alharacas. Entregóse: dio su pureza, su hombría, su ardor, sus deseos, su tiempo, por una vida. Hubo escándalo y fuéronse a vivir a Francia (conseguida una pensión de la Junta de Ampliación de Estudios). A los dos meses se le murió, del pecho, la amada.

Encontróse sin remedio. Intentó agarrarse a un posible sobrevivir de escritor; todo cuanto hizo se le antojó detestable. Recayó en todos sus males: mintió y se mintió, misereó; a rastras, sin comer, desharrapado, con la pretensión de salvar los desflecados con la apostura y el recuerdo. Vivía huido. Estaba en Madrid, por unos días, cuando estalló la rebelión militar: vio el mundo pintiparado para desaparecer, sirviendo para algo. Subió, sin más, a la Sierra, en el primer camión que le salió al paso. Del contacto feroz con los hombres y la muerte se le abrió el cielo, creyó ver claro. Ingresó a poco en el Partido Comunista, convencido de que era la única solución terrenal. Se le borró todo lo demás. De nuevo los hombres le parecieron nuevos, como cuando lo de su amor, pero ahora sin posibilidad de vuelta. Cuando le sugirieron que se ocupara, con otros «intelectuales», de poner a salvo las obras de arte, se negó en redondo: quería ser militar, militante, no ocuparse para nada de la salvación del espíritu como no fuese directamente a través de los campesinos y los obreros. No es que despreciara, desde su mundo nuevo, a sus antiguos compañeros, pero creía verlos en una esfera distinta; le pareció —con la ayuda de su fatua superioridad— que cuanto hacían, aunque muy puesto en razón, no era más que cosa secundaria.

—Además, no serán pretendientes a la mano de Doña Leonor los que falten para las tales misiones especiales. Yo soy militar.

Se lo creía. Los que le conocían de antiguo teníanlo por simulación y ganas de darse importancia. No era cierto. Tenía en contra su tono, el redecir de las maneras, su atildamiento, su aire de «estar en el secreto». Creóse enemigos, pero había hallado donde agarrarse y se aferraba. Resuelto el problema económico, sus invenciones dejaron de ser gravosas, lo cual le hizo subir en su propia estimación. Creyóse nacido de la mañana e intentó olvidarse de su estilo, cosa que consiguió a medias, con lo cual acabó de vencer viejas suspicacias. Erales difícil, a los que le habían alcanzado hacía años, cuando era espantapájaros de peñas, convencerse del cambio; y aún

dudaban de su sinceridad comunista: que su entusiasmo era de neófito: parlero y rodeado de misterios.

—Tú, entiéndeme... El Partido...

El partido esfinge. El partido en Eleusis. Era su defensa contra la muerte. Su renacimiento. Escribió a sus tres amigos, el 19 de julio «que subía a la Sierra, a morir» (siempre un poco farolo, cosa que hoy se reprochaba), dándoles instrucciones para su entierro y edición de sus últimos papeles. (Sin embargo, había en aquella carta una sinceridad y una sencillez que hizo asomar lágrimas en los ojos de Cuartero).

Llegó, fácilmente, a capitán y pensaba ingresar en la Escuela Superior de Guerra. Cargaba a sus conocidos con sus nuevas preocupaciones castrenses, aficionado que seguía siendo a explayar sus conocimientos y problemas. Pero sus actuales compañeros le apreciaban por su inteligencia y rápida comprensión. Equivocábanse los que dudaban: entró en religión, y no discutía. Encontrábase a gusto con el caparazón de la disciplina. La libertad nihilista en que le dejaron sus padres se acomodaba placenteramente de esa aspillera, después de una tunda de tres lustros. Tenía ahora treinta y cinco años.

Por el potrillo y a través de la persiana japonesa, que se abre y ondula con repiqueteo de ametralladora de juguete, entran Miguel Giménez y Acisclo Martínez, seguidos del maestro de Albarracín y de su padre. Herrera se desliza del mostrador.

—Por aquí está prohibido pasar.

—A la orden, mi capitán. Pero hemos encontrado a estos dos en una cueva. Dicen que son republicanos. Hemos intentado entrar por el otro lado, pero como hay tanta gente, éste, que lo sabía, dijo que probásemos por aquí. Por probar nada se pierde.

Se calla.

—No sabíamos qué hacer —le socorre Giménez, que ve el mal efecto del tono un tanto chulapo de su compañero—. Prisioneros no podemos decir que son. Y como nosotros tenemos que volver para allá adelante, pues pensé que lo mejor era intentar venir por aquí a ver si los podíamos dejar, esperando que los interroguen allí arriba...

—¿Hay mucha gente del otro lado?

—Una cola hasta allá.

—Está bien. Que se queden aquí.

—A la orden.

Salen los dos soldados. La cortina de bambú remenea su cola y sus cuentas de cristal de colores.

—Siéntense —dice Herrera a los hombres.

Ambos pequeños, sin carnes, sin afeitar, con las gorras en la mano; llenos de polvo, los trajes oscuros cebrados de suciedad, los ojos orzados de rojo.

El viejo explica el encierro y la espera.

Cuando acaba, dice Herrera:

—Bueno, ahora veremos. Esperen un rato. Luego les haré acompañar a la oficina de evacuación. El gobernador está arriba. No sé a qué hora saldrá la expedición.

—Es que yo me quiero alistar —dice el joven.

—Eso en Mora o en Valencia. Ya se lo dirán.

—Y aquí ¿qué? —les pregunta Fajardo—. ¿Qué pasó? ¿Estaba aquí en julio?

—No quieran ustedes saber...

—Diga.

—Es muy largo de contar —murmura el viejo.

Deslizase un silencio.

—No sabe uno por dónde empezar —arguye por lo bajo el maestro.

—Es lo que se dice cuando no se quiere decir nada. ¿A cuántos fusilaron aquí en Teruel? —pregunta seco Herrera.

—¡Yo qué sé! Una barbaridad. Es difícil de saber, porque al principio no fusilaron más que a los gordos: el gobernador, unos jefes militares que no se quisieron unir al movimiento... Yo conocí a un comandante...

Se calla.

—Para que luego digan que contaban con todo el ejército —anota Fajardo—. Así, ¡qué duda! Han fusilado ellos más militares que nosotros: ellos, por fieles; nosotros, por traidores. ¡Menuda diferencia! Aun dentro de su condición contaban con menos gente de la que nos figuramos.

—Así es —asiente el viejo, a quien no le preguntaban nada—. Luego, luego fue lo bueno —sigue—. Metieron en la cárcel a más de mil, y cualquiera cuenta los que desaparecieron. Por lo menos otros tantos. Los que no iban a misa nunca. Y los que iban poco.

—Y la población de Teruel: once mil —contrapuntea Herrera.

—Luego, luego fue lo bueno —sigue el viejo—. Debieron recibir órdenes y empezaron a aparecer los señoritos vestidos de Falange. Tuvieron que pedir las camisas a Zaragoza, porque aquí no las había. Aquí no había nadie de Falange. Lo que se dice nadie.

—De Acción Católica, sí —corta el hijo—. Y de la CEDA. Pero de Falange, nadie.

—Sí, lo que se llama un movimiento popular —dice Herrera.

El viejo le mira extrañado.

—Sigue —le ruega Fajardo.

—Entonces empezaron a aparecer cadáveres. Hasta los más cavernícolas estaban asustados: «Hay que hacer una limpieza», decían, pero no las tenían todas consigo. El cólera, como si fuese el cólera. Una epidemia. Fue una cosa terrible.

Hizo una pausa, bajó la cabeza, cerró un puño y lo juntó con la palma de la otra

mano. Repitió:

—Terrible: por los caminos, por las cunetas, por la vega, en el monte. Aquí y en los pueblos. Cuando la gente se dio cuenta de que se mataba sin más, por orden de los de arriba... Pues... El cólera, peor que el cólera.

—El morbo de la cólera española —dijo Herrera zumbón.

—No hagas frases —le respondió Fajardo.

—El archivero fue a ver... a los jefes, o como los llamen. Les dijo que tuvieran cuidado, que no conocían la tierra, que aquello no hacía más que empezar, que aquí la sangre llamaba más sangre. Como le tiene por medio *chalo* no le hicieron caso, suerte que tuvo. Venía a vernos, de cuando en cuando, y nos contaba cosas.

—¿No le detuvieron?

—El ayuntamiento ya no pintaba nada, y él se encerró en su archivo. Parece más viejo de lo que es. Es liberal y muy buena persona. Su mujer era muy amiga de la mía: se murieron el mismo día. Él fue el que nos enseñó el subterráneo en los bajos de casa. Hace años. Se olió que nos habíamos escondido allí y venía. «Esa gente no sabe lo que quiere, nos decía. Ni idea. Pero que ni idea. La cuestión es hacerse los amos, y luego a lo que salga. Mandar ellos sin saber qué. Y para que no les echen, el mejor remedio echar tierra encima de los competidores. Lo de siempre».

—Así no hay miedo. Muerta la oposición, muerta la rabia —comenta Herrera.

—«Ahora mandamos nosotros», y de ahí no los sacaba nadie.

—Mandando nada en la nada —dice Herrera—. Muertos, mandan muertos. ¿Qué hicieron en un año de tranquilidad?

—Nada. Matar y rezar —apunta el hijo.

—Dándole gracias al cielo que les permitía librar tantas almas.

—Y el imperio y la verticalidad por aquí y por allá. Decía Don Leandro, se llama Don Leandro, que les preguntaba que qué era eso del imperio, que algunos hablaban de recobrar Portugal y Gibraltar. Pero casi todos se salían con eso de «una voluntad».

—Sí, voluntad de tomar por detrás —dijo Herrera, volviéndose a sentar en el mostrador.

—No te sulfures —le responde Fajardo—. Ese impulso irracional es su única fuerza. Su única programa, van a lo que salga. ¡Tanto jorobar con la exaltación de la Edad Media! ¡Toma Spengler, Don José! A caballo y adelante: arrasando, comiendo las reservas de los indígenas. No sólo en los colores de su banderín se parecen a los anarquistas. Para ellos el imperio es la invasión y el sojuzgamiento de los campesinos y de los obreros. Y vivir de lo conquistado.

—¿Te parece que está la hora para teorías? Siga —indica Herrera al viejo.

—Lo que les decía Don Leandro Zamora, que en cuanto se siembra sangre por estas serranías, cunde. Salieron de caza, y hasta por los montes... Aquí, en la

provincia, son muy cazadores. Hay muy buenos perros. Y como muchos compañeros se echaron al monte, los unos a esconderse pensando que duraría poco, los otros camino de Valencia, pues...

Se queda parado.

—¿Pues qué?

—A algunos los cazaron como conejos. A otros fue más difícil.

Bajó la voz.

—A ocho los ahumaron, en unas cuevas. En unas cuevas donde hay pinturas.

—Por el Prado del Navazo —dijo el hijo—, cerca de Albarracín. Con la misma saña que si fuesen jabalíes. Como los que están pintados allí. Fieras.

—¿Son pinturas paleolíticas? —pregunta a media voz Fajardo—. Pero habla demasiado bajo para que le contesten y se alegra. Lo rupestre, le parece frívolo.

—Con el humazo tuvieron que salir —prosigue el viejo—. A medida que aparecían fuera del abrigo los iban matando, como alimañas. Iban dos mujeres. Era gente buena, buena. Obreros y el bibliotecario del Ateneo. No tienen ustedes idea. Los sacaban de su casa o de las cárceles, y pam, como a conejos: en la barriga. —Una pausa—. Esta siempre ha sido una capital de muchos frailes, y para la cuenta es fácil: acabaron con todos los que no iban a misa. Al librepensador de la ciudad le dijeron. «Ya te puedes morir tranquilo, esta mañana hemos bautizado a tus hijos». Lo mataron y metieron su mujer en las Arrepentidas de Zaragoza.

En las luces de sus niñas brillaba su anticlericalismo levantino.

—¿Y las autoridades?

—Hacían como que no se enteraban —siguió el hijo—. Y eso que como los iban desperdigando al azar de los caminos debió de venir la orden de asesinar en las proximidades del cementerio. Todos los que se sospechaba que habían votado a las izquierdas... Interrogaban a los niños... «¿Tú sabes si tu papá...?». (Por lo visto eso, como maestro, le hería profundamente). En los pueblos fue peor, si cabe. Nos han contado de unos sermones atroces: «¡Ahora, ahora es cuando os quiero ver! ¡Masones! ¡Judíos! ¡Liberales! ¡Izquierdistas! ¡Ahora es cuando vamos a ver quiénes son los hombres!». Supongo que lo decían porque varios aparecieron capados... Ni en tiempo de los moros. Y eso que en aquel entonces...

—Siempre ha sido ésta una tierra dura... —dice el padre.

—Cuando vinieron los civiles de Castellón, aquí corrieron toda clase de rumores: que llegaban de Valencia para libertarnos... Sí, sí... Es cuando asesinaron a Casas Sala, en La Puebla. Así, sin más: No se les ocurrió detenerlo, a él y a los que le acompañaban. No, nada de eso. Los pegaron a una tapia, y ¡zas!, al otro mundo. Lo más fácil. Como si fuera lo natural. Los recibieron en triunfo. Parece mentira que lo podamos contar.

—Parece mentira —confirma el padre.



—Pero lo más grande —sigue el de Albarracín—, fue un desfile de moros. Después de lo de La Puebla, unos doscientos desgraciados de la CNT intentaron meterse por Bezas. Los coparon. Y los moros no dejaron uno para muestra. Empalaron en las bayonetas las orejas de todos y las partes. Como se lo cuento. Hasta hubo quien tajó una mano y se la encaperuzó al machete. Y ataviados de estos despojos desfilaron tan majos por el Ovalo ante lo mejor del pueblo. Lo prepararon todo muy bien, con lujos y colgaduras y los trajes de los domingos. Las señoritas en los balcones y detrás los falangistas, una mano al aire, y la otra Dios sabe donde. Lo más granadito y lo «pera», como ellos dicen. Era un día de sol espléndido. El general rebrillaba con todas sus cruces, la tripa partida por su fajín celeste. Y el obispo a su lado. Las que más enronquecían, las señoritas de hábito. La chiquillería corría: buena sembradera. Parece que el sol oscurecía la sangre, que estaba negra. «Olé los hombres» —gritaban desde los balcones—. «Así me gusta a mí». Un sol de mil diablos.

—Ya me figuro los diálogos —dijo Fajardo enseñando todos sus dientes:

—¿Qué es eso que llevan ahí atravesado, mamá? —pregunta la tobillera.

—Orejas.

—¿Y lo otro?

—No veo nada.

—Sí, eso que cuelga.

—Niña, eso no se pregunta.

Y aquel niño a su papá:

—¿Ya les han quitado lo que les hace malos, papá?

—Sí, hijo, o hija, sí.

—Y ahora ¿qué van a hacer con ellos, papá?

—Guardarlos en alcanforina, hijo o hija.

—¿Qué sabéis de alemanes e italianos? —se interrumpe, dirigiéndose a los dos hombres.

—Dicen que hay muchos. Aquí no los hemos visto.

Surge una voz desde lo alto de la escalera:

—¡Herrera!

Fajardo se compone el uniforme, estirándose la chaqueta, mira al llamado y le dice:

—Tú...

### 3. El gobernador

*3 de enero de 1938.*

—Tan convencidos están de nuestra ferocidad que... ¿No sabe usted lo de Belchite?

—No.

Don Pedro Guillén, gobernador republicano de Teruel, habla con Willy Hope. El periodista acaba de llegar. Tan alto como el gobernador chico. Este tiene la voz recia bañada en cierto tono irónico que se recalca en estos tiempos al hablar con un extranjero: reacción involuntaria que los hechos fuerzan, desgraciadamente.

(Cuando dice: «eso, sí», es «eso, sí», y cuando dice que no, es que no. Y no hay que darle vueltas. —Así habla de su patrón, el gobernador, Onofre, su guardia de corps—. Y en seguida, que parece que no tenga tiempo de pensarlo).

Pedro Guillén no tiene el cuerpo que merece. Carece de los resabios de los menudos: sóbranle facultades. Dicen de él que corta y recorta: esto último con su poquita de mala intención, porque quiso ser torero en sus juventudes. De ahí, y por otras razones fáciles de comprender, le viene el apodo de «Mano izquierda». Aragonés, latinista, abogado (¿cómo no?) y andaluz por gusto. El gobierno de la República lo emplea en lo peor de lo más difícil; tiénelo todo por bueno.

—Al entrar nosotros en Belchite hicimos unos doscientos prisioneros. Los metimos en un convento. Empezaron los interrogatorios, con todas las de la ley. De bobos no nos saca nadie. Belchite tenía unos tres mil quinientos habitantes antes de armarse la jarana. Los rebeldes, y no se asombre usted, fusilaron a setecientos.

—¿Setecientos?

—Setecientos digo. Un siete y dos ceros.

—No me asombro, tomo nota.

—No quedaba más remedio que dar un ejemplo. Las mujeres bramaban. Aquello no podía quedar así. Una vez instruidas las causas, vistos los procesos, a los más culpables, delatores inveterados y ejecutores benévolos, se les condenó a muerte: total, siete. Siete. Los teníamos por entonces en una tarbea enorme, refectorio o no recuerdo qué. Allí estaban, esperando. Se hace el apartado: los ciento noventa y tres a un lado, los siete que habían de pagar su mala sangre al otro. No se les notificó por entonces las razones del recuento, por humanidad. No quedaba en Belchite otro local donde alojarlos. Bueno estaba aquello. Uno de los ciento noventa y tres, de ojos saltones, sucio, herpético, vestido de luto, sin cuello ni corbata, la barba de cinco días, un señorito de pueblo, creyóse listísimo. Para que vea usted en el concepto que nos tienen: «Esos rojos criminales, esos asesinos empedernidos, pensaría, estas bestias apocalípticas, esos vampiros nunca ahítos de sangre rica, esos destructores de

la cultura, ecuménicos que son, esos antropófagos, van a fusilarnos en montón, y perdonar a esos siete, para que no se diga. A mí no me la dan». Y el hombre, sigilosamente, con la mar de precauciones, como quien no hace la cosa, se desliza hacia los menos. «Estos han debido de pagar bien su indulto...». A la hora se pasa lista; naturalmente sobra uno. El hombre pretende justificarse:

—Mire usted: este señor —dice por uno de los condenados—, es como si fuese mi hermano, talmente. Lo que él piensa, lo pienso yo. Lo que él haya hecho, como si lo hubiese hecho yo. Uña y carne. Donde él vaya, allí voy yo. Yo no me separo de éstos por nada del mundo.

El listero se rascaba la cabeza.

—Mire usted, no se *fique* usted en *lius* y váyase con los *otrus*.

Era un catalán muy templado, que no había inventado la pólvora. Por ahí nada. Aquel hombre, terne que terne: que él se queda. El catalán me viene a consultar. Yo, claro: «Que lo aparten».

A la noche se vuelve a pasar lista. Y mi hombre que reacude:

—*Mireu*, señor gobernador, que *em salen huit*. Ocho, señor gobernador. *Els he contat, due vegades*. Ocho, como tengo *deu díts*.

—El que no sea, que vuelva con los otros.

No hubo manera.

—¡Qué este señor es mi padre! Lo que hayan dicho éstos lo digo yo.

—Que no se desparta, señor gobernador.

—No te preocupes.

En efecto, a la madrugada fue el juez a notificarles la sentencia. No es lo malo el salto que pegó, que fue bueno, sino el canto rastrero.

—No, si yo no tengo nada que ver con éstos. Este acusó al boticario y aquél a los de la estación... Señoritos tenían que ser. Les falta resignación.

El aparte, cerca del balcón descristalado, no podía prolongarse; en un rincón, seis o siete personas, echaban pestes del periodista, papeles o sobres en la mano, la mirada fija en el gobernador. A cada momento asomaban cabezas por las tres puertas de la estancia. Al entrar Herrera dio Guillén por acabada la entrevista. Miró unos cuantos papeles y pregunta al ordenanza, que entra:

—¿Mucha gente?

Bástale con la expresión.

—Que pasen los primeros.

—Y a uno que estaba allí:

—¿Quiénes son?

—Una comisión de locos.

La habitación es amplia, antigua oficina de un servicio administrativo del Estado. ‘En el fondo Hope se reúne con Herrera, a quien conoce:

—Oye, ¿qué es para ti un señorito?

—Alguien que no llega a señor. Un renacuajo que se queda corto.

—¿Qué es un renacuajo? —pregunta el americano.

—La cría de las ranas. Viven en su caldo, sin necesidades, como no sean chocarrerías. No es eso lo malo, sino la falta de otro elemento que compense. Algo entre chulos, caballeretes y rufianes: el empaque jacarandoso de uno, la suficiencia vocinglera de otro, el todo empapado de mala baba y revuelto en el caldo agrio y orgulloso de su inutilidad. Parásito consciente de sus derechos adquiridos por la gracia de Dios Papá y el santísimo respeto de los intereses creados. Conservan el horror al trabajo por denigrante, y han olvidado la fortaleza de las armas. De ahí su desprecio hacia los trabajadores y su amor por los sillones.

La oscuridad es mucha, tanta como el frío. Adivínase el cielo arrastrando sus nubes a ras de tierra, humanidad aplastada, dándole el mal color cárdeno y pardo de la nieve chapoteada. Los traquidos de los morteros, el rebombar de los cañones, los chasquidos de los tiros se funden con lo helado, penetrando por todas partes. La ventana, bajo el soportal, da a la plaza. Bajan algunos soldados, resguardándose. No se alcanza a ver el remate de la fuente del centro. En su taza, sacos terreros. Todo espolvoreado de nieve.

—Demasiada literatura —piensa Hope—. Todo es cuestión de coñac —dice, haciendo rondar una botella, que saca del bolsillo de su trinchera. Cuando los últimos se avergüenzan de llegar a las heces:

—Si no le va a quedar nada —Willy Hope saca otra.

El gobernador está de pie, en el centro del cuarto. Enfrente del balcón un mapa de España ha perdido la estabilidad y pende de Galicia. Entran cinco señores, uno de ellos con guardapolvo blanco.

—¿El señor gobernador?

—Yo soy el gobernador.

—Nosotros somos los locos.

—Ustedes dirán.

—Señor gobernador: nuestros compañeros nos han designado para venir a protestar, muy respetuosamente, ante usted. Señor gobernador: nosotros somos los locos y creemos merecer ciertos respetos, ciertas consideraciones que ustedes no guardan con nosotros. Necesitamos reposo y tranquilidad. Nosotros no nos metemos con nadie. No hay derecho...

—No lo saben ustedes bien —dice Guillén, metiéndose las manos en los bolsillos y balanceándose del tacón a la punta de sus pies.

—No podemos aguantar tanto ruido. Pasan aviones por encima de nosotros. Por encima de nuestras cabezas. Esto no puede durar.

—Esta es mi opinión.

—Nos congratulamos de ello, señor gobernador. Le ruego dé las órdenes precisas para que acabe todo. Aquí don Juan Manuel, nuestro médico y director, se lo indicará mejor que yo. Y muchas gracias.

Y volviéndose hacia los otros: Nosotros necesitamos tranquilidad.

Adelantóse el de la bata, más sucio y triste que los restantes.

—Servidor de usted es el director del manicomio, médico del mismo. Creo que soy el único que no está loco —dijo con cierta sonrisa que se le veía querer irónica, y que se le cae por el lado izquierdo de la boca—. Desde luego, confirmo lo que acaba de decir éste... responsable.

Todo retiembla, trepidan las agujas de cristal todavía sujetas en las ventanas.

—Miren ustedes —dice Guillén—, les van a evacuar en seguida a Valencia.

—Es que yo no me quiero ir a Valencia —dice uno con una vocecilla pajarera—, tengo allí un hermano a quien no quiero ver.

Guillén se dirige hacia una esquina.

—Ustedes lo pasen bien.

Los locos se quedan indecisos en el centro de la estancia. Entra un teniente, el gobernador va a él:

—¿Qué hay?

—Santa Clara ¡out! Pocos prisioneros. Se han refugiado en los sótanos: sin agua es cuestión de horas. Unas ochenta mujeres.

—Identificación y que las evacuen en seguida. Han llegado las mantas. Una a cada una. Y café. Los autocares han vuelto ya de Mora. Dentro de media hora no quiero que quede nadie.

Y a los locos, que siguen parados:

—Y ustedes, ¿qué?

El teniente saluda y sale; se le pega Hope y pregunta:

—¿Por fuera, qué?

Duro en las cotas 1062 y 1076. Pero cuando no han entrado el 31 ya no entran, contesta el militar.

—Las posiciones eran mejores entonces —dice trabajosamente el periodista.

—Puede, pero ahora nos ha dado por defenderlas.

—¿Y dentro?

—Ya lo ha oído: hemos tomado la iglesia de Santa Clara. Los del Gobierno Civil se han pasado a la Delegación de Hacienda y al Hospital. Hay allí más de mil hombres entre heridos y enfermos. Lo bueno ha sido que entre los prisioneros que hemos hecho hoy, metidos en unas tinajas, en un sótano, salió uno en calzoncillos. ¡Con el frío que hace! El bobo no se dio cuenta que los botones de su pretina llevaban el escudo de la Guardia Civil. ¡Y lo que se extrañan de que no los fusilemos! De la iglesia no queda nada. Lo que se dice, nada.

Hope vuelve, se abre paso, codo a codo, por entre la gente que espera ver al gobernador.

—Yo soy francesa, yo soy francesa, *je suis française*, tengo de pasar antes que los otros —grita una mujer lo suficientemente bien vestida, oliente y brava para llegar al ordenanza y que éste pase el recado sin tardar—. Tras ella entra Hope, entre murmullos. Rezongan los más.

—Diplomacia, compañeros, diplomacia —aconseja uno—. No sólo aquí se gana la guerra.

Fajardo se acerca al norteamericano.

—¿Tienes periódicos?

—Sí. De anteayer. Ingleses.

—¿Qué hay?

—Han desembarcado cuatro mil italianos más en Cádiz. Lee. Con todas sus letras. Y aquí en tercera plana, se ha reunido el Comité de No-Intervención. ¿No te lo crees? Míralo, míralo, hombre.

Se lo pone bajo las narices.

—Cuando lo cuenten, no se lo creerán.

La gabacha habla con zalemas.

—Le sale la voz de la madre —dice Herrera por la gala.

—*Monsieur le gobernador. Vous me laissez circuler* y ya me las arreglaré yo. *J'ai trois nieces*. Usted me deja, y yo me defenderé. Yo tengo mucho de aquél, como ustedes dicen. *Et yo je suis du pays de la liberté, égalité et fraternité*.

—Sí —le contesta Gillén—, ya me doy cuenta. Sobre todo de la fraternidad.

Llama a su secretario.

—Y eso de las putas, ¿entra también en mi jurisdicción?

—Yo creo que sí.

—Pues que las embarquen a todas para Valencia. No quiero líos.

Entra, a lo bólido, el teniente coronel Ibarrola, hecho una fiera. Va a Guillén y se le planta en jarras.

—¡Me han quitado *mi* cañón!

—¿Y a mí qué me cuentas?

—¡A alguien se lo tengo que decir!

—Pues al Estado Mayor, que allí los regalan.

—¡Si me lo han quitado ellos!

Ibarrola manda un cuerpo de ejército. Toroso y vizcaíno.

—¡Tengo un cañón! ¡Un cañón! ¡Y me lo quitan! ¿Cómo quieren ganar la guerra?

—Anda, anda. Más falta hará en otra parte.

—¡Narices! ¡O me dan mi cañón, o...!

—¿O qué? Mejor es que no tengas ninguno y no que te endilguen un mortero

como el que enfilaron anoche contra el seminario.

—Pues ¿qué pasó?

—Nada. Anoche traen un mortero bárbaro, por lo menos tendría medio metro de boca. Cuando vimos pasar aquello nos dio a todos un vuelco el corazón: ¡Ya están ahí! Y nos vamos tras el armatoste, no sé, unos cuantos, cinco o seis; Herrera, Ernesto, éste y no sé quién más. Efectivamente, emplazan el bolido al lado de San Martín, bajo el arco. Y el teniente que venía con la pieza empieza a cargarla, por la boca, como puedes suponer. El trastón, de noche, tenía una facha formidable. Ya mirábamos a los de Santa Clara con una lástima tremenda. Bueno, el hombre acaba de cargar. ¡Hay que ver la de cosas que cupieron por aquella boca! Coge el disparador y se echa para atrás. Nos tapamos los oídos y vemos que nuestro teniente se va, se va soltando cuerda, soltando cuerda. Y nosotros tras él, claro está. Llegamos a la primera cantonada, y nos paramos. ¿Él? El hombre sigue, avista un refugio, baja y nosotros detrás, sosteniendo el cabo. Cuando no hubo más sótano, el hombre nos miró y como diciendo: «¡Vamos allá!», estiró el disparador. Hubo un estruendo tremebundo. Subimos a todo correr y miramos hacía el Seminario: no se veía nada. Lo dimos por desaparecido. Cuando fue cayendo el polvo le entrevimos, ¡ay!, intacto. De lo que no quedaba miga era del mortero. Luego nos enteramos que era del Museo de Barcelona. Lo trajeron porque ya había combatido moros: con Cisneros, o así —acaba Guillén, remedando el habla del teniente coronel, que es muy cerrada.

Da éste un bufido y sale. En una habitación vecina se oye llorar una mujer; por la puerta entreabierta se ve un señor, sentado tras una mesa, tomando notas. Muy elegante, cuello duro, ¡botines!

—¿Quién es ese señor tan bonito? —pregunta Guillén, que lo ve al refilón de una media vuelta.

No lo sabe nadie. Al momento él mismo se acerca.

—¿Señor gobernador? Yo soy el presidente de la Audiencia.

—¡Hombre, muy bien! Le estaba esperando. ¿Quién es esa señora?

—La hermana del jefe de policía de Barcelona.

Añade confidencialmente:

—Es la mujer de un teniente coronel de la guarnición a quien acaban de matar por la calle. Dése usted cuenta: ocho días sin comer.

La aludida debió oír que la mentaban y se lanza hacia los militares que forman un grupo en la esquina más lejana.

—¡No hay derecho! ¡No hay derecho! Esto es una salvajada. La guerra no se debe hacer en las ciudades. ¡Eso, en el campo, en el campo! ¡Asesinos, asesinos!

Un teniente se acerca al gobernador.

—Lo han matado ellos, cuando pasaba de un portal a otro. En el cogote.

—Que se la lleven. Y que avisen a Burillo, si es cierto que es su hermana.

—¿Y usted es el presidente de la Audiencia? ¿De qué Audiencia?

—De ésta, de Teruel...

—Ah, pero...

—Sí, señor...

Se esparranca Guillén.

—Entonces usted no es nada. Usted no es nadie. Usted es un detenido.

El hombre pierde color, facciones, porte, voz, planta.

—¡Pero ustedes no pueden detenerme! ¿En virtud de qué? Yo no he hecho sino cumplir con mi deber. No debiera siquiera contestar. Yo soy republicano de siempre.

—Muy bien —contesta Guillén—. ¿Está usted seguro de haber hecho siempre lo que debiera? ¿Ha defendido usted a las víctimas? ¿Ha cumplido usted siempre con su deber de hombre encargado de hacer respetar la ley? ¿Seguro?

El hombre, desplomado, murmura:

—Hay circunstancias. Usted comprenderá...

—Se le juzgará a usted con todas, me oye usted, con todas las de la ley.

El gobernador hace una seña para que se lo lleven. El hombre se le agarra:

—Déjeme ir con usted, con usted, señor gobernador.

—¿Está usted seguro de ir más seguro conmigo que sin mí? —pregunta Guillén, socarrón.

Entra, sale, cruza, pasa gente. Háblanle al oído al gobernador.

—Bueno, pero ¿qué quieren?

—Que las deje usted estar unos días en Mora.

—Si el Estado Mayor no tiene nada en contra, por mí que estén. Pero que repartan una doble ración de blenocol.

Guillén sale rápido, sin despedirse, hacia la escalera de caracol que da paso, aportillado el tabique, a la ferretería del «Pozal». Detiéndole su secretario.

—Debiera usted ver unas monjas...

—¿Qué quieren?

—No sé. Quieren hablar con usted antes de marchar a La Puebla.

—Que pasen —dice resignadamente.

Vienen sin tocas y sonrientes.

—Señor gobernador, ¿tenemos que levantar el puño?

—Si lo levantáis os lo corto.

Y sale rápido, largo de sus cortas piernas.

—Para eso ha estudiado uno latín —dice a Herrera, al paso—. Sígueme, capitán. Y que venga también Fajardo.



## 4. Fajardo y la evacuación

*8 de enero de 1938.*

Fajardo se cae de sueño; pésale la cabeza, velo todo nublo: sobre la nieve los árboles negros, las matas sacando sus espinas prietas de la maleza y las cambroneras; por las calzadas los bidones vacíos de alquitrán, la tierra apisonada en tapias, la piedra seca de las albarradas. Por el campo las carriladas llevan hasta los coches destrozados, enmantados de nieve, desguarnecidos de cuanto es llevable. El campo de la lejanía se quiebra en tierras oscuras, el cielo en cárdenos nubarrones. En lo alto, Teruel y su cresta emparedada. Hacia la ciudad sube una compañía de fusileros, barbas sucias, cascos sucios (¿hácelo la vista? A vista cansada, nada claro), bayonetas caladas, mantas recogidas; se cruzan con una compañía de trabajo, palas y picos al hombro: pocos chicoleos. Llegan más heridos, más refugiados: su quehacer.

—Los heridos a la derecha, los refugiados más adelante.

—Allí, en los camiones de los guardias de asalto. Sí, aquellos de los bancos. Dieciocho, veinte, veinticuatro.

Los árboles claman al cielo con sus muñones, dibujan en lo gris el finísimo plomo negro de sus ramas, desnudas del frío.

—Todo es dibujo, aquí no hay pintura que valga. Sobre todo con el difumino del sueño que tengo. Pesan más los párpados que el deber.

A lo largo de la carretera se apelonan soldados en mal de calores, intentando hogueras escasas. Los ruidos de la guerra, vencidos por los pies; todo es cuestión de lejanías: puede más una motocicleta que un trimotor, más el andar de una compañía que el quince y medio.

Al debelar de los enemigos en la ciudad ha sucedido el silencioso, pesado cansancio de la guerra. Nosotros, porque tenemos lo nuestro, los rebeldes; por habérseles acabado el cebo y con él la furiosa prisa: rindiéronse los últimos de Santa Clara por la mañana, con obispo, coronel, gobernador civil y toda la pesca.

(El gobernador se hacía el longuis; conociéronle por casualidad, por su hijo, perdido.

—¡Ay, mi papá!

—¿Quién es tu papá, rico?

—El gobernador.

—Mira a ver si lo encuentras.

—Sí señor, aquél es).

Tengo que examinarme de poliorcética... ¡Qué jerigonza! No ha sido mala poliorcética. Si por lo menos le dejasen a uno dormir. ¿Cómo es una cama? Como dice madama Hernández: ¡Gran sabio el que la inventó!

Heridos en artolas, las cabezas vendadas.

—Que sigan así hasta Mora. ¿Vais bien?

(¡Vaya con el señor Viñas! ¿Qué pensarán de nosotros? ¡Mira que pedir que tratásemos de manera humanitaria a los heridos! Más me indignó que esa estrafalaria pretensión de que se dejara marchar al extranjero a los prisioneros que lo pidiesen. ¡Hospital de la Asunción! ¡Menuda Asunción! Salieron como corderitos. ¡Y el señor Rey D'Harcourt, héroe de ayer, traidor de hoy! ¡Qué chasco para Queipo! ¡Y el coronel Barba discutiendo la rendición de los suyos cuando ya se nos habían pasado!).

Más heridos. Dos ambulancias. El yermo se muere de lejos, levantando horizonte entre neblinas grises. ¿Es antes o después de comer? Guachapear de los pies sobre la nieve embarrada. Por allí parece que baja otra columna de los míos. ¿Para esto has estudiado tanta literatura? ¿Por qué no? Juanito, el sueño te sienta mal. Pero es que es mucho sueño. Te han dicho: haz esto, a hacerlo; y si te duele, duele, que la recompensa es la misma. Nunca hay más pago que el propio. Con que, ¡ojo! ¿Te han puesto a cuidar de los refugiados y de su acomodo evacuacionil? Pues evacuacionil eres, y no otra cosa.

Hopea un perro frente a un sargento que lee una carta con su solo ojo izquierdo, el papel en la mejilla. Un fucilazo en una horcajadura lejana, hacia La Muela. Los ruidos no llegan, de tanta nieve caída. En los hormazos de la carretera, hacia el puerto, un camión tiznado de su muerte, dos coches retorcidos y volcados, rubicundos de orín. El cielo sucio ayuda a apagar ruidos aplastando collados. Todos descansan la vista en los alcores revestidos de nieve. Lancina el frío y el cansancio. (Un alboroto cerca de un camión). Cada diez metros una acacia; en un banco comen unos soldados con los dientes más blancos que jamás tuvieron; los pies en una zanja, sentados en el suelo los que no alcanzan el consuelo del buen asiento. (¿Por dónde he venido?).

Teruel allá arriba, todavía ardiendo por un costado. Un caballo muerto a medio apartar. La teoría de los refugiados socorridos por los guardias y la infantería. A la izquierda, a lo lejos, la hilera de las camionetas descubiertas de los de Asalto, enfilada al resguardo de los árboles desguarnecidos: los bancos espaldados de los carromatos puestos sobre una tarima muy alta. Los soldados ayudan a los civiles a encaramarse. Los viejos con boinas, las mujeres a pelo desgredado o con pañuelos negros. Abrigos y mantas. Las faldas más claras que los corpiños; que las basquiñas negras, si las tienen, vendrán en la impedimenta. El silencio del mundo, callada la guerra. La trapa, algún motor terrestre. Unas cornejas. Todos andan con los bultos colgados de las manos o asidos bajo los brazos, o echados sobre las espaldas, o a hombros. Las mujeres son siempre más viejas que los hombres. Un soldado con los bultos de una anciana, otro con un niño en brazos, otro con dos. Por el centro de la carretera viene una mujer a punto de parir, un niño a horcajadas en la cintura, otro de

la mano; éste va arrastrando una caja de madera vacía. Cruza la carretera una compañía de camilleros, perchas al hombro. Un viejo con una manta de damero, el brazo en cabestrillo. La carretera es buena, pero enfangada de nieve zarrapastrosa, repisada y rodada de tanto coche, de tanto camión, de tanto pie. Un guardia con unos burujones enormes, que fueron sacos; detrás le anda una viejecita sonriendo. Seis niños de la mano, los ojos brillantes, las mejillas de hambre. Otra vieja con la cabeza vendada apoyada en otra más vieja que se sostiene en un bastón.

(Mi báculo más corvo y menos fuerte... Dios, ¡qué soneto!).

Hacia Teruel pasan tres tanques de gasolina, lucientes como ballenas. Dos mujeres traen un saco cogido por las puntas, al alimón. Más allá se cansan y se sientan encima de su carga, la cabeza entre los puños, los codos en las rodillas. Una lleva falda de indiana con grandes flores coloradas. Vuelven al camino, véncense del lado de la más débil. Viejos y camillas. Un niño, solo, con un paraguas. Tres mujeres con tres capazos. Todas las mujeres calzan alpargatas. Cruza, subiendo, una batería del siete y medio; apártanse todos aprovechando la curiosidad para descansar; siguen luego las piezas con la mirada, borrosa de sueño y trabajo. Al amparo de una tapia unos chiquillos intentan encender fuego.

—Niños, adelante. No nos entretengáis.

Sonríen. Por los caminillos que bajan por la torrentera lejana se agarra la niebla; las cimas ya de otro mundo. Más soldados: los morenos sin afeitado, más morenos. Sobre el cielo oscuro la nieve caída parece más blanca. Mujeres con mantas, viejos con mantas. El amor es una manta: amante. Los soldados empiezan a saltar, por juego, por encima del mulo muerto (¿no era un caballo?). Dos motociclistas hacia arriba. Se paran. ¿Qué buscan? ¿A mí? Bueno.

Firma Fajardo el acuse de recibo. Orden de marcha con los refugiados. Dormir en Mora. Entregarlos en Viver.

Teruel en lo alto. Las casas bordean el Ovalo como una fortaleza. Los aproches. El Seminario con sus 365 ventanas. Un año; el tiempo: estamos aquí desde siempre. El sueño o la muerte. Todos miran el cielo de cuando en cuando. (Un vistazo, un reojo, un porsiacaso). Desde aquí se nota la gangrena y el cáncer de las paredes, a más de dos kilómetros. Estos han conseguido hacer fuego en unos botes de alquitrán. El mejor imán.

Suben tres tanques.

—Mi capitán: con aquellas camillas que llegan... completa la expedición. Le mandan a usted una ambulancia más. No hay coche ligero. Dice el señor gobernador que se acomode como pueda.

—Está bien.

—A sus órdenes.

En el grupo más cercano los soldados hacen cola para afeitarse. Los unos con

mantas, los otros con capotes, los otros con ponchos. Los árboles, los corrales, las paratas de piedra seca; todo lo otro nieve. El cielo pintado de nieve. Mi cabeza hecha nube. Heridos. Baja la niebla deslizándose por la tierra. Todo nublo y el sueño sin vencer, traidor a la vuelta de cualquier pensamiento, tras aquella esquina, bajando patrañero por aquella ladera. Empieza a agarrarse el agua por el capote: el orvallo, que dicen en Asturias. Pintear. ¡Oh, horizonte poluto! ¡Oh, mis pies! ¡Alzate, remusgo frío, y mátame antes que el sueño! ¡Blancas senaras! ¡Qué tartalea aquel viejo! Buena zalea la de aquel ladrón, ¡quién la pillara! Y en un relámpago Alcoy y la amada muerta como un pellizco que ahuyenta el sueño.

Teruel en lo alto, con penacho de humo. Un viejo y una vieja de bracero, y un soldado a su vera llevándoles los trastos. Heridos. Teruel, en lo alto; las casas bajas, de dos pisos; los balcones sin adorno, de pobre. Un carro tumbado, allá lejos, solo, con las varas limoneras al aire. Vienen, faltan pocos: esas pobres viejas, tan negras, y esa baldada en su carromato. ¡Qué diferencia con los pueblos de campos! Estos de aquí no amontonan la casa en el carro, ni les queda casa, ni tuvieron carro. Irremediable miseria de la ciudad. Esas tres viejas negras, negra la falda, negro corpiño, pañuelo negro, negra la manteleta, negras las uñas. Tan viejas, que sus pasos ya no son pasos. Pobres de cenacho. ¡Tanta pobreza! Mira: y tras ese auto, un muerto, en ángulo recto con el poste llorón de sus líneas cortadas.

—Emilio.

—Mande, mi capitán.

—Allí hay un macabeo.

—No le había visto, mi capitán.

—Salud.

Es el viejo corresponsal de *El Socialista*.

—¡Hola! ¿Y su hijo?

—Se marchó ya. Ahí traen a don Leandro Zamora. Muy mal herido. Estaba en Santa Clara.

—¿Quién?

—El del Ayuntamiento. El archivero. Ya le hablé de él. ¿No recuerda?

En tres días el viejo se había hecho amigo de Herrera y de Fajardo.

—Le gustará hablar con él. Es un erudito.

Lo dice bajo, como en secreto. El viejo tiene un vocabulario escogido.

(*El Socialista* está muy bien escrito).

Acércanse a la última camilla.

—Don Leandro: este compañero es el capitán Juan Fajardo, que nos va a acompañar.

(¿Por dónde diantre se ha enterado éste...?).

—¿El escritor? —pregunta con voz baja, pero clara, el herido.

Fajardo se extraña y enorgullece. (¡Mira tú por dónde...!).

—Eso decían.

—Ya veo, ya veo. Tanto gusto, para lo que guste mandar.

—Me parece que está en las penúltimas —dice el viejo al oído del capitán.

Separóse Fajardo para dar la orden de marcha. Cuando todos los vehículos hubieron echado a rodar a conveniente distancia los unos de los otros, para no llamar la atención del enemigo, subióse a la última ambulancia. Se sentó al lado del conductor. Por la ventanilla, entreabierta sobre el interior del coche, no tardan en entrar relentes hediondos. Al volverse se encuentra con la mirada del archivero de Teruel, que le sonrío. Sin violentar demasiado el cuerpo podían charlar.

A medida que sube la carretera crece la niebla, el frío, el sueño.

De pronto el trueno del cañón ondeando a través de todo.

—Para cosernos a la tierra y no olvidarnos del cielo —dijo sonriendo, como disculpándose, el viejo archivero.

## 5. Don Leandro y los árabes

*8 de enero de 1938.*

Cerraba la noche cuando llegaron a La Puebla. La parada, más brusca de lo que la calidad del vehículo parecía requerir, desentorpeció a Fajardo. Un olor espantoso, de pus y fenicados, le llenó la boca y el estómago.

—El viejo no ha dejado de hablar durante todo el camino —le dijo el chofer.

Ya no le oía el militar, correteando de aquí para allá, en el fango desnevado. No era fácil alojar los refugiados, a pesar de que los estaban aguardando. Por el poblado no había más luz que la de algún guión rendijero, por los umbrales. Los heridos pasaban reconocimiento en el Hospital, instalado en la iglesia; la sala de operaciones estaba en la sacristía. Cruzóse con don Leandro cuando le entraban, levantó éste la manta que le recubría para sacar un brazo y detenerle; surgió de la camilla un hedor corrompido de cárcava.

—Donde menos se piensa salta la liebre —le dijo misteriosamente el archivero, señalando con el índice las paredes ahumadas del templo y luego la bóveda aportillada donde brillaba un cielo de acero pavón, dando a todo una insospechada perspectiva innumerable. Guiñó el ojo con visaje de inteligencia. A la varia y débil luz de las hogueras, las lenguas de humo muerto por los paramentos, antes estucados de la peor manera, tomaban un aspecto fantástico: sombras sin cuerpo apegadas a la piedra; llamas tiznadas, muerta huella del fuego.

—El mejor pintor, la casualidad.

Siguieron los camilleros hacia los adentros.

—El mejor pintor: Dios —farfulló don Leandro desde las parihuelas, por los frescos del humo.

La noche le echa grandeza a todo, pensó Fajardo volviendo hacia la ambulancia. No había encontrado donde tumbarse y fuese a dormir en la delantera. Ya estaba allí, roncando, el mecánico, la cabeza en los brazos, éstos sobre el volante. Dos camilleros volvían el archivero al coche.

—No cabe un alfiler en la iglesia. Estará mejor aquí. No se puede hacer nada por él hasta que llegue a Viver.

—Muy simpáticos los médicos —dijo el anciano, mientras lo acomodaban—. Muy simpáticos.

Los hombres cerraban de golpe la puerta trasera del camión. Se les oyó marchar. Y un gallo. Pasaron unos minutos; la oscura noche no se estaba quieta. Remergía gente, cruzaba algún coche; púsose a llover, fino, largo, inalterable, pegajoso repiqueteo del agua sobre la carrocería, alfileteo continuo, nudillos sin fin, tiempo amontonado, y el correr azaroso de las gotas en regueros inseguros por el

guardabrisas. Levantóse a poco el viento dándole al coche sensación de soledad marinera, de tienda en descampado: silbo del aire cantando distancia, agarrotando entumecimientos. Con la humedad entrábale a Fajardo el sueño a cogotazos. Encogíase buscando su propio calor, procurando hurtar las carnes del contacto de su ropa. Pasma del frío.

¡Eh, capitán...!

La voz era tenue y soplada.

—Me falta una pierna, de la rodilla para abajo... El cojo de Santa Clara...

Fajardo oyó un gorgojeo: el viejo reía.

—¡Yo, herido en un combate de guerra! ¡De verdad...! ¡Eh, capitán! Es grande. Tantas batallas como he ganado frente a mis legajos: la salvadera era siempre la retaguardia, el afilalápices la artillería; los palilleros, tercios; la caja de pastillas del Dr. Andreu solía representar la caballería... Mucha caballería. ¡Gané Cannas, gané Austerlitz...! ¡Y Ceriñola! ¡Cómo murió Nemours! A pesar de todo, Gonzalo Fernández era un gran hombre... Me hirieron el día primero, el día del aniversario de la capitulación de Gaeta, gran victoria sobre los italianos, capitán, y sobre los franceses. ¿A usted no le han herido nunca en un subterráneo? Herido en las entrañas de la tierra... Eso me sucedió por precavido y cobarde. En Teruel, capitán. ¿Duerme?

Dejó pasar un silencio, luego, medio tono más alto, prosiguió, como acosado por la fiebre que fosforecía en la noche, turbasueños del más pintado:

—Lo único cierto son los toros. Los toros, capitán. Los toros. Los torillos de Ur. «Trovaron un bel toro y andaba una bella estrella sobre él». Desde la Mesopotamia, capitán: pasito a pasito. *E luego que los vide el toro començo a bramar et dijeron los adalides que habían buenas señales por fer la población do aquel toro les clamaba.* No hay más civilización que la de los cuernos, capitán. Hasta donde llega el toro, llega el sol.

Don Leandro bajó la voz, siguió:

—Coge usted un mapa y traza usted la línea del toro. Todo lo que encierra es musulmán, bereber, cabileno, mudéjar, moro, árabe, beduino o español, como lo quiera usted llamar. Lo demás son historias de renos o ciervos: cuernos partidos. Cuerpos fríos. Nosotros somos calientes y secos, que diría Aristóteles.

El febril suspiró. Callóse un momento.

—Más arriba de Burdeos y Nimes no quedan de los toros más que los cuernos. Aquí cada mozo corre su toro y Dios el de todos. «E con gran traballo comenzaron a fer los muros de la villa, no solamente con agua, et con tierra, et con piedra, más aún con sangre». ¿Me oye usted, capitán? *Mas aún con sangre.* Y aquel general imbécil sin quererme oír. ¡Y se lo dije! ¡Y dio media vuelta! ¡Media vuelta! No lo invento, capitán, que está escrito: «Más aún con sangre, porque los unos lanzaban los muros y los otros defendíamos y combatíanse con los moros. Et de primero hicieron un

antepecho con que se defendiesen; et fecho aquel et lidiando con los moros morien los hombres cada día sobre los fundamentos de los adarves». ¿Oye? ¿Oye? Cemento y cimientos de sangre. Y así desde siempre: Teruel, frontera de sangres. «Volviendo hi sus sangres sobre la cual sangre multiplicaban los adarves». Así son los fundamentos de Teruel.

Fajardo se creía dormido al hilo de una voz.

—No hay más edad que la de las piedras, capitán. Ni más civilización que la de la arquitectura: la huella construida. Lo demás, cuentos; no cuenta. Los nómadas no dejan huellas, huellas de sangre. Ni huella. Salan y asuelan. Si le interesa la historia de Teruel, capitán, encontrará usted multitud que le salden cuentos: Tho-ra, Thor-bat... le darán barato remotísimos orígenes: cuentos. La casa del toro. *Domus tauri*. La imaginación es la muerte de los hombres. Del más pintado al último enciclopédico. Que no hay más allá que un diccionario. Todo esto no tiene la menor importancia. Sólo cuenta lo que pesa y deja rastro. Mientras no haya piedras que atestigüen, papeles que cimenten o perfiles que aseguren, todo son prehistorias y figuraciones. Cuando más perfectas las ruinas, mejor literatura: la de verdad, la que tiene base. Que el aire, aire se queda. Mientras no hay monumentos, no hay poesía. O el desierto, que es un monumento al revés. La poesía nace de las piedras. La piedra sin labrar: tierra, hoyanca. El trabajo sin piedra, nada. Importa el mundo desde que se conoce. ¿Me entiende usted, capitán?

Hizo un esfuerzo para levantarse y afirmar con un gesto sus aseveraciones, el olor podrido acentuóse más, fuéle el huelgo, y empezó el jipío de la disnea. A través de ella:

—Si le interesa... ¿Le interesa?

Fajardo no se atrevía a contestar, no sabiendo si el viejo archivero le escuchaba. En la noche fría aquel hilo de voz de un hombre moribundo era la vida. El contrapunto de la lluvia, sostenido por los irregulares intervalos de la ventisca, sonaba como entrada de los más graves instrumentos de cuerda sobre la carrocería de la ambulancia antes de engolfarse por el oscuro callejón del pueblo, arremolinando el alma. Fajardo, encimado sobre su sueño, ni habló, ni se movió.

—Van diciendo que lo más probable es que el nombre de Teruel sea celta, capitán, el mismo que dio origen a Turingia y Turena. Mentira. Y si no, ¿qué quedó de todo eso? Ni una piedra. De los muertos: la gloria, el olvido y las gracias. Vivimos de ellos sin querer. A monumento absurdo, pueblo absurdo. No hay más arte que la arquitectura, capitán, ni más ciencia que la arqueología. Lo español: lo mudéjar y el barroco: el oriente y lo gótico pasados por el Estrecho. Cuando digo piedras, capitán, hablo de todas las piedras. Nuestros pueblos son africanos; arábigos. Mi deuda, Bizancio.

La palabra se le agarraba en la garganta como por un buche rastrillero.



—Toda esta tierra nuestra, España, tierra de moros y cristianos. Moros cristianos y no cristianos, capitán. Setecientos años de paraíso y multiplicación. Cabileño todo lo de la tierra, que de los romanos las leyes y la lengua; pero no la sangre, ni el humano sentir. La culpa la tienen los camellos. En lo más escondido del español hay todavía una infinita sed de leche de camella. Mito del mundo, por el desierto al mar, rapaz, depredador.

Abandonó el dejo declamatorio.

—He descubierto la historia demasiado tarde. Cincuenta años viviendo del comedor al café, del café a la oficina, de la oficina a la cama, de la cama al comedor. Con un poquito de francés. ¡Lo que yo hubiera dado por saber alemán! ¡Descubrir a los cincuenta años que existe la historia, con la frente ya sellada, las frontanelas cimentadas, la memoria ida! La rabia de saber, capitán. El odio contra todos: el padre, la madre, la mujer, los hijos, sobre todo contra sí mismo, que le han desapartado a uno...

Y sin transición.

—¡Veinte generaciones! ¿Qué reyes con menos sangre extranjera que los de Granada? ¿Qué sentimientos más españoles que los de aquellas gentes? ¿Quiénes son los extranjeros? Quiébrase todo con Carlos de Gante; y su mayor caudillo se llama Juan de Austria.

Un hálito de odio.

—¿Usted no conoce a Schulten, capitán? ¿No? ¡Si yo supiese alemán! ¿Y a Emilio García Gómez? ¿No? ¿Cómo es? ¿Grande o pequeño? Lleva barba, ¿no? Si yo me hubiera atrevido a escribirle a Don Julián Ribera... Cinco siglos de musulmanes..., se lo dije a aquel general, gobernador bobo. ¡Cinco siglos! Y todos mis papeles perdidos. Pero ahora escribiré con mi muñón y todos me tendrán que leer, todos...

Se rió, ronco.

—Hasta el marqués de Laurencín. Escribiré con sangre y con pus. Por algo no dejamos entrar la Inquisición en Teruel. La tuvimos en Cella esperando un año. Hemos matado a muchos jueces, señor, a muchos. Hemos ahorcado a muchos representantes del Rey aquí en Teruel; se lo dije a aquel gobernador bruto y no me quiso oír. Durante siglos. No tenemos más ley que la de la serranía. Y el Justicia, señor, el Justicia nos importa un bledo. Tuvo el rey a locura que se fundara la ciudad, y no está bien no darles la razón a los reyes. ¿Usted se ríe? Oiga, general: En 1184, porque los moros nos daban alcance ahorcamos a nuestro juez en el olmo de San Lázaro, por si acaso. Lo hermoso es que en el siglo XIII, ayer, poblamos Rubielos y seis años más tarde nos arrepentimos y fuimos para allá y lo asolamos. El más hermoso país: cristianos contra moros, cristianos contra cristianos, moros contra moros, familia contra familia, pueblo contra pueblo, los aldeanos contra la ciudad y

nosotros los ciudadanos quemamos Gea de Albarracín porque habían detenido a unos turolenses. Siglos, señor, siglos. ¡Y quieren traer sangre y que no rebrote en las peñas! Los unos contra los unos, que en España no hay «otros». De cuando en cuando venía otro juez y descabezaba la ciudad, hasta que don Martín el Humano, para justificar el nombre mandó un virrey que se dedicó a degollar cabecillas, cinco en un día, empezando por el alcalde. Fue el hombre a Rubielos, allí ahorcó a ocho y pensando que no había razón de tamaña desigualdad volvió a Teruel y ahorcó tres más. Un pueblo arrasa otro y el arrasado te arrasa a los dos años y si queda alguien lo vende como esclavo. Y si el rey intenta enterarse se queda a la luna de Valencia, que allí no son cristianos. Alfonso V hizo ajusticiar en su misma silla al juez municipal. Los fueros y la libertad, capitán, con eso hace usted lo que quiera del pueblo. Lo mismo da que sean cristianos que moros. ¿No murió el muy católico Pedro II defendiendo a los albigenses? Los moros se quedaron cultivando la tierra cuando llegaron los reconquistadores: que aquello se parecía a todas las invasiones; la única gloria: la espada, el desprecio del trabajo y el apoderarse de las tierras con los siervos incluidos. Tanto montaba que fuesen moros en el campo o judíos en las ciudades, o cristianos. Cuenta el número, que los invasores entran siempre a caballo. Pero la sangre queda, capitán. Todos hemos sido, por lo menos, mozárabes. ¿Cuántos cristianos se establecieron siguiendo los ejércitos de la Reconquista? No lo sabe nadie, capitán. La demografía es una ciencia oscura. Las invasiones se parecen más a las modas que a otras cosas: no es cuestión de número, sino de que cuajen. Los invasores son siempre menos de lo que dicen. La cantidad da tono, capitán. ¡Tanta sangre africana! Ya sé que corre por debajo la ibera, pero ¿quién sabe lo que es eso? Y la celta, la romana, la judía, la francesa. Tantas sangres que no nos dejan vivir. Sangre junta y dispar; de ahí el vivir muriendo y otras quisicosas literarias. Finisterre, capitán: del Asia y del África. Tanta agonía por no poder ir más allá, cercados de mar. ¿Quién había de dar el salto a América sino nosotros? Sucede que todo ha ido hundiéndose. Nos quedan sirtes y algún arrecife: las piedras y la espuma de los libros. El gran olvido de la mar y los toros paciendo por las marismas. Tartesos. Y luego la fuerza de los tranquillos. Cuando el agua está clara se puede leer en el fondo. «En tiempo de los moros...». ¿Usted cree que la guerra de Marruecos era impopular por guerra? No, capitán.

—¿Por qué no los dejamos en paz?

—¿Qué mal nos han hecho?

—Lo que usted quiera, capitán, pero en el fondo: la solidaridad de la sangre. Y si no, ¡predique usted una guerra contra los franceses! ¡Verá usted la diferencia!

El viejo barbotó varias frases ininteligibles:

—El toro de los Borja... El de los Borgia, toro de gules, nombre agareno... La nariz de Alejandro VI. No hay que darle demasiada importancia a lo árabe. No,

capitán, no; la cosa es más seria y no tiene que ver con la cultura. Ni hablar de cultura semita: *es que lo somos*: semi-semitas.

Calló un momento; luego surgió de nuevo el hilo del monólogo.

—El español tiene las entrañas nómadas, explíquese por ahí los conquistadores. El hálito del pillaje, y de ahí los guerrilleros. El árabe, sedentario, se vuelve judío. Nada se parece tanto a la conquista de América por los españoles como la conquista de España por los árabes. Llevamos allí los mismos principios de cultura y rapiña: quitarles el oro, llevar ciencia y construir templos... Las condiciones geográficas: lo que va del Estrecho de Gibraltar a lo ancho del Atlántico. Aunque Franco haya traído moros no importa, que los de verdad sois vosotros, y ellos mercenarios. Lo que cuenta no se cuenta.

El viento destrizaba algunas de sus frases.

Lo burgués en el español es ficticio. Tampoco se explica la gente el éxito del anarquismo en España. Alguna vez se lo contaré. ¿Cómo pueden ser otra cosa? Cabileños somos y cabileños seremos. Más religiosos que Dios, más leales que nadie, sin respeto para la vida. No hay más Dios que Dios. Así, a lo bravío...

Fajardo, perdido de sueño, no daba con el cauce del dormir.

—¡Cuántas cabezas nuevas se han repartido por las calles de Teruel! Las traían colgadas del arzón a la vuelta de Rubielos, o de Camarena, o de Villel. Se las echaban a los chiquillos, codiciosos de tan hermoso juguete. Se civiliza con la sangre o con la lengua. Capitán: la lengua es siempre más cruel. La sangre se transmite, la cuestión es plantarla; riégase y se acrece sola. El día y la noche se bastan para la multiplicación. La lengua es hija del esfuerzo personal. La sangre no se puede perder; la lengua: por los aires. De lengua se cambia, de sangre ¿quién? La verdadera influencia: la del semen; los árabes dejaron las iglesias abiertas, y así les fue. Los cristianos eran mucho más brutos y acabaron con mezquitas y sinagogas. ¿Se da usted cuenta, capitán, de que si los moros hubiesen seguido la misma política todos nosotros seríamos ahora musulimes?

Bajando la voz:

—Y lo somos, lo que sucede es que no hay que decirlo, no se vaya a enterar la gente. La tolerancia multiplica contagios. Los árabes fueron buenos amos, más humanos que los católicos: la plebe no se les revolvió, ni apoyó a los reconquistadores. Tanto montaba. Como cantaban el siglo pasado:

*Viva José Botella,  
viva Fernando;  
José manda en invierno  
y en verano Fernando.*

Por el arbolillo de las venas la sangre mora entrando. Yo lo tenía todo escrito,

todo probado. Las papeletas, capitán.

Don Leandro suspiró.

—¿Para qué sirve la Historia, capitán? ¡Fíese usted! Escogí la fundación más honda, el edificio más resistente. Tan pronto como corrió la noticia del cerco de la ciudad, me fui con mis papeles, sin decir nada a nadie, al tercer sótano del Seminario: lo más hondo, lo mejor resguardado de Teruel. ¡Fíese usted! Mis mamotretos y algunas conservas. Listo que se cree uno, capitán. Fáltanme los papeles y una pierna. El Seminario está dedicado a la Purísima Concepción y a San Toribio de Mogroviejo. Yo allí abajo ¡y Santa Clara encima! ¡Quién iba a pensar que un edificio construido en 1369 se viniera abajo tan prontamente! Debía de haberme metido en el Hospital, la mayor edad siempre sirve: de 1333. Pero lo construyeron para leprosería, y no me hacía gracia. No me hacía gracia. Ninguna.

Cerrados los párpados, fuéle el santo al cielo a Fajardo. Despertó al minuto. El viejo seguía:

—El español es justiciero y enemigo de las leyes. Tres maneras de entender la justicia: la romana, por la fuerza y su aparato: el Estado; la cristiana, amor y caridad, oración y mírame y no me toques; y la semita: cada cual con su ley, sin más remedio que la propia mano. Su mal nombre: venganza; aquí se llamó honor, entre otras cosas. Que el bereber es amigo de la justicia pronta y bien hecha; lo malo, que hay tantas justicias como seres, con lo que no hay más justicia que la individual, y la guerra. Se vive de lo que se sabe y no de lo que se tiene. Cada uno con su sombra, capitán. Un jorobado proyecta corcovas, y de ahí no sale nadie. Para salirse de madre, el hilo. El español vive en sí mismo y hasta su arquitectura es de paredes adentro, hombre de patio. Lo churrigueresco no pasa de ser adorno. Sentimientos callados y expresiones violentas, las procesiones van por dentro y cada español tiene su Guadiana. A ese callar llaman crueldad; resultado del pudor. «Desgraciado del hombre que conoce las cosas y no conoce a Dios», dice San Agustín: africano. Ciérranse los hombres a banda. La humanidad se desinteresa del paisaje. Lllaman a eso la Edad Media: lo que va de la pubertad a la vejez. San Agustín es uno de estos hombres sobre los que gira la humanidad. La astronomía, el álgebra, la medicina son ciencias que forman dentro del homenaje a Dios. Viviendo en sí las razones teológicas son determinantes. Es difícil que los norteamericanos —todos los que se creen civilizados son norteamericanos—, es difícil, capitán, que se figuren un mundo donde lo que nos rodea carece de importancia. El Renacimiento es un salirse afuera. España es el país menos helenizado del Mediterráneo. Nuestras estatuas son hombres de verdad, con colores de verdad, y el arco de triunfo no es monumento nacional. Ese vivir hacia afuera de griegos y romanos... Aquí, en España, dura más que en ningún otro sitio el laminar del oro, el arte de rodear —en las tablas— las figuras divinas de fondos dorados, desconociendo el paisaje que descubren italianos y flamencos. Ese salirse al

campo y acabar con esa costra interna, quiebra de la Edad Media. Nunca hemos sido amigos de hablar de nuestros propios sentimientos, por eso éste no es país de memorias ni correspondencias. Todos los centros de cultura española no hacen más que continuar la tradición árabe. Toledo, Córdoba, Sevilla, Valencia, forman escuelas. Que no la hay asturiana, ni existe un teatro vallisoletano, ni pintura gallega. Donde no hubo aportación bereber lo producido carece de alcance universal. Yo he vivido, capitán. Porque no se vive si no se conoce la muerte. Cuanto más cercana, más vida. Los españoles somos grandes porque nunca hemos dejado de entrematarnos. No hay quien pueda con nosotros. ¿Qué remedio? Con el humanitarismo el odio de pueblo a pueblo dio en procesiones, cofradías, equipos de fútbol: Gijón contra Oviedo; Barcelona contra Español, Alicante contra Murcia, Vigo contra La Coruña, Teruel contra Albarracín. Pero no basta. La guerra civil levanta, hace crecer el ánimo, destruye la civilización, adelgaza y fortalece el cuerpo, fomenta la sangre para el mañana, no deja a nadie en paz. La Reconquista fue una guerra civil. Los que no saben hablan de esto de ahora como de una reproducción de los pronunciamientos del XIX. ¡Infelices! Desde que España es España, los españoles son guerrilleros.

## 6. Don Leandro y Don Juan de Austria

*9 de enero de 1938.*

Sentía Fajardo la argolla de la humedad. Oía divagar a don Leandro sin poder alcanzar el sentido. En un sueño le presentaban algo —¿qué? ¿Un plato, un libro, una mano, un velo?—. Por mucho que porfiaba no lo cogía. Se estiraba terriblemente, de puntillas alargaba la punta de los dedos hasta donde más no podía. De puntillas, quería saltar sin poderse desasir del suelo; le dolían las articulaciones. Abrió los ojos, movióse arrecido, sacó su pitillera, encendió un cigarrillo, el calor del humo le supo a paraíso. Don Leandro hablaba de carrerilla:

—«No paró en lágrimas ni gemidos el dolor que don Juan de Austria sintió cuando vio tales cristianos muertos y heridos, antes furioso, con justa y santa piedad, hizo enterar a los unos y llevar a curar a los otros. Y mandando juntar luego a los del condeso les dijo de esta manera: La llaga de hoy nos ha mostrado cierta medicina, yo hundiré a Galera y la asolaré y sembraré toda de sal, y por el riguroso filo de la espada pasarán chicos y grandes cuantos están dentro por castigo de su pertinencia y en venganza de la sangre que han derramado».

Total por haberse bravamente defendido los alarabes y colgado uno del hábito de Santiago; claro está que «lo despedazaron miembro a miembro», pero ¿qué menos a tan noble vestidura? Lo triste es que el caballero no se había metido en nada, acompañando que estaba a un amigo suyo. La amistad le lleva a uno a estos extremos.

Acerca del sitio de la plaza, todos los historiadores están conformes: voláronse minas, a lo que añade Mármol:

«Era gran contento ver salir algunos moros de entre el polvo, como cuando cae alguna casa vieja».

Que me lo cuenten a mí. Los muros caen y el polvo se levanta. Pero vamos a lo que íbamos, capitán.

«Cada casa era menester un combate según las tenían atajadas y puestas en defensa...». Con menos hemos ganado inmortalidades. La Historia trae desengaños, capitán. Desconsuela esperanzas, pero asienta voluntades. Yo me entiendo. «Acudieron pues los enemigos a la defensa del portillo, era grande el daño que recibían de los traveses y de las piedras que arrojaban a peso desde un reducto alto donde estaban los moros berberiscos y entre ellos algunas moras que peleaban como varones, siendo bien proveídas de piedras de las otras mujeres y de los muchachos que se las traían y daban a la mano». Todos los vencidos son traidores y en todas partes cuecen Juanas de Arco y guerrilleras. Quedábales poca munición «que era lo principal» y les acababan de volar seiscientos hombres. «Por manera que siendo los

moros cercados y combatidos por muchas partes, desatinados por la niebla, del temor se iban a meter, huyendo por las armas de nuestros soldados y temiendo de caer en ellas, daban ellos mismos consigo en la muerte. Estaba una placeta junto a la puerta principal donde se iban recogiendo y, en ella acabaron de morir la mayor parte de ellos... Los soldados, con las propias escalas que tenían los enemigos aparejadas para ir de unos terrados en otros, subieron y se los fueron ganando y horadando los techos de las casas con maderos, los arcabuceaban y se las hacían desamparar y les fueron ganando la villa palmo a palmo, hasta acorralar más de dos mil moros en aquella placeta...».

—¿Ve usted como el mundo rueda y no cambia, capitán?

«Recogieron algunos en una casa pensando darse a partido, mas todos fueron muertos, porque aunque se rendían no quiso don Juan de Austria que diesen vida a ninguno».

En el Seminario y en la Asunción, y en el Gobierno Civil pensaban sin duda que ustedes eran unos Juanes austríacos. «Todas las calles, casas y plazas estaban llenas de cuerpos de moros muertos, que pasaban de dos mil y cuatrocientos de pelea los que perecieron a cuchillo aquel día...».

—Dios me perdonará: esto mismo que le cuento ahora les dije a los cercados del convento. Lo purgaré, capitán, lo purgaré, porque no acabo de arrepentirme. Se lo recitaba a un teniente de la Guardia Civil. Usted ya me entiende, y si no, yo me entiendo y bailo solo, aunque sea a la pata coja. Uno es malo sin quererlo, pero no sin saberlo. «Mientras se peleaba adentro, en la villa, andaba don Juan de Austria rodeándola por de fuera con la caballería, y como algunos soldados, dejando peleando a sus compañeros, saliesen a poner cobro en las moras que habían cautivado, mandaba a los escuderos que se las matasen, los cuales mataron más de cuatrocientas mujeres (en esto están de acuerdo todos los que lo cuentan) y niños (en lo de los niños hay divergencias, y yo soy amigo de la verdad). Y no pararan hasta acabarlas a todas si las quejas de los soldados a quien se quitaba el premio de la victoria no le movieran, —al Austria, se entiende— mas esto fue cuando se entendió que la villa estaba por nosotros, y no quiso que se perdonara a varón que pasase de los doce años, tanto le crecía la ira pensando en el daño que aquellos herejes habían hecho sin jamás haberse querido humillar a pedir partido y así hizo matar muchos en su presencia a los alabarderos de su guardia».

—Yo le tengo cariño a ese Luys de Mármol Carvajal. Y creo que dice la verdad. Que don Diego de Mendoza, que era un señor, lo cuenta de otra manera: «Siguióse la victoria por nuestra parte, que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no pasase a cuchillo». Aquí paz y después gloria. Y, aunque de lo primero poco, no le fue regateada al Infante la segunda. Ni las ratas. Lo digo porque el bueno de Ginés Pérez de Hita, que también rondaba por allí, escribe que

don Juan hizo degollar a todos, no respetando más que los niños menores de cinco años. Fíese, capitán, fíese.

¿En qué quedamos? Nuestros mejores historiadores presentes y de la tierra: el uno de Granada, el otro de Murcia. Del tiempo o sus alrededores. Y no es esto sólo: añádese el conde de Portalegre, que también estaba, y también lo cuenta. Escribe poco, pero lucido: «Subieron los nuestros con trabajo, pero sin peligro, y plantaron las banderas en lo más alto. Que fue ocasión de desconfiarlos del todo y de rendirse sin resistencia». Dos puntos. «Degolláronlos todos sin excepción de sexo ni edad. Cansóse el señor don Juan y mandó envainar la furia de los soldados y que cesase la sangre».

—¿En qué quedamos, capitán? ¿Mataron a todos los niños, o hasta los cinco o hasta los doce años? «Murieron sobre esta fuerza veinticuatro capitanes: cosa no vista hasta entonces; después dicen los de Flandes que compraron al mismo precio las villas de Harlem y Mastrich, con que se confirma la opinión de los antiguos, que llaman a nuestra nación pródiga de la vida y anticipadora de la muerte». ¿No le gusta, capitán? «Pródiga de la vida y anticipadora de la muerte». Por estas pequeñas frases se alegra uno de ser español. Ya lo dijo Parmeno antes de morir: *¡Muera! ¡Muera! De los enemigos los menos*. Acerca de los resultados están todos poco más o menos de acuerdo; los unos alaban a la Virgen, los otros a Dios, de haber retardado las lluvias, permitiendo tan católica victoria. «Repartióse el despojo y presa que en ella había, y púsose el lugar a fuego, así para no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupción, lo cual todo acabado, ordenó don Juan que el ejército marchase para Baza, donde fue recibido con mucho regocijo». Eso, Mendoza.

«Ganaron los capitanes y soldados rico despojo de seda, oro y aljofar y otras cosas de precio que aplicaron para sí». Eso, Mármol Carvajal, don Luys. Como dice luego: «Los soldados enfadados de ver tanta paz...».

*Tres mil matan de los moros  
Que anduvieron peleando  
Y de niños y mujeres  
Mataron casi otros tantos.*

Eso, Pérez de Hita. Los versos siempre exageran. A Dios rogando y con el consonante dando. Descuente los que se entremataron: la conocida historia de ese moro feroz que degolló a su mujer y a sus dos hijas, echándoles luego a un pozo.

En Santa Clara, creo que fue el día 2, por la noche, un teniente mató a su mujer:

—Para que no cayera en manos de los rojos y «pusieran cobro en ella».

—Lo triste, que aquel moro tenía razón: que como la cogieran los cristianos, la cónyuge lo hubiera pasado mal, o por lo menos por muchos; y el faccioso se



equivocaba, corderos que sois, republicanos. Así os lucirá, capitán. Que el ser liberal siempre ha sido sinónimo de bobo. Un liberal que implantara la libertad a estacazos, eso ya estaría bien.

Calló el viejo, creyó Fajardo que le había vencido el sopor o la calentura. Pero prosiguió:

—Muerdo en la guerra, capitán. ¡Qué hermosa es la vida! ¡Se ponen tan feos los que mueren en la cama! Alabado sea Dios que tal ha permitido. Porque, ¿sabe usted?, yo no soy archivero de verdad, de carrera: soy empleado del Ayuntamiento. Todos dicen y creen que soy archivero. Yo también lo creo. La última vez que fui a Madrid, a poco de morirse mi mujer, estuve en la puerta del Centro de Estudios Históricos y vi entrar a Menéndez Pidal. Como le veo a usted. ¡Qué pequeño es Ballesteros! ¡Qué envidia le tenía yo a los estudiantes, y no por jóvenes! Pero esta muerte lo arregla todo: si a Cervantes un brazo, a mí una pierna. Fue una hermosura, capitán. En el sótano el refulgir rojo de la bomba estallando. Todo roto. Las ratas desventradas. Sin agua, sin luz, palpando sangre... Mis papeles desaparecidos, su ceniza aventada: los habían quemado para defenderse del frío. ¡Cómo si el frío se combatiera con lumbre! ¡Pónganme carbones ardiendo en el muñón para ver si lo resisto! Mucho ha perdido la humanidad con la invención de la anestesia. Ya no sabemos los hombres lo que es parir. También se muere uno de sueño. Por eso los sueños son hermosos, vienen de cara a la muerte. La Historia es saber lo que han hecho los muertos y lo que hacen los vivos en función de los muertos.

Debió pasar tiempo, quizá un cuarto de hora, hasta que don Leandro recobrarla la voz:

—Me cargan los italianos, capitán; me cargan. Si no me quiere oír, no me oiga y duerma, capitán; pero a alguien se lo tengo que decir. Me cargan, yo lo siento, porque no me han hecho nada: es un movimiento de la sangre. Más le debemos a la Alfajería que al Petrarca.

(Tuvo ganas Fajardo de interrumpirle y explicarle las influencias agarenas en la Divina Comedia. Se calló).

—Lo uno nos viene de sangre y lo otro de visiteo. Nos recibieron en Italia con los... brazos abiertos. Lo uno es familia, lo otro coyunda volandera. ¿Se parece El Escorial a...? ¿A qué? Lo español: lo plateresco, Churriguera, lo mudéjar. ¿Se lo he dicho ya? Lo retorcido, el floreo, la manera figurada, la metáfora triplicada. La crueldad. ¿Usted cree que la crueldad es una cosa sencilla? ¿Usted cree que porque nadie lee a los poetas árabes por eso es su influencia menos vigorosa? Y ya podían venir escultores o arquitectos de Colonia o de Bruselas: pasados los Pirineos, y hechos a lo nuestro, se les volaba el corazón, y si no: vaya usted a la capilla del Oidor de Alcalá o al Palacio del Infantado, de Guadalajara...

(Si le digo que los aviadores italianos lo han hecho polvo..., piensa Fajardo.

Muera en paz).

—O la capilla de la Anunciación, de Sigüenza. Española la madre, alárabe la semilla. A Portugal le plantaron indios y le salieron manueles; a nosotros africanos y nos salen españoles. Hay quien cree que la Historia es cuestión de señores. Yo no sé nada de los otros pueblos, capitán. Aquí la Historia es cuestión del pueblo. Y el pueblo es africano. Aquí sin el pueblo no se puede hacer nada. Aquí el pueblo lo hace todo. Los jándalos y extremeños que conquistaron América, árabes eran. Ochocientos años de sangre es mucha sangre. Allí estuvimos menos tiempo, dejamos la lengua. Los criollos se rebelaron como nos rebelamos nosotros: menos españoles ellos que nosotros árabes. Menos años y más millas. Las mismas inquinas dividieron sus virreyes y los nuestros.

¿Qué va de Bolívar a Doña Isabel?

Don Leandro se calló, riendo.

—Esa frase famosa: «los desiertos convidan a la independencia», que tanta gloria le da al Libertador, ¿sabe usted de quién es? De Ibn Jaldún. No lo he dicho antes por no molestar a los americanos. Pero ahora que muero... Yo no digo que Bolívar conociera a Ibn Jaldún. No creo en los plagios, sí en la misma sangre. Un plagio es siempre una corriente, capitán.

La voz del viejo se atropellaba.

—El cronista de Zaragoza se sirvió de unas papeletas que yo le proporcioné. Unas papeletas mías. Y cuando publicó su libro no indicó la procedencia. ¿Usted cree que hay derecho? No es por nada, pero usted me comprende. Ahora quieren embutirnos otros métodos extranjeros. Aquí las influencias, como no sean orientales, no cuajan. Es tarde y el tronco viejo. Lo rechazaremos lo mismo que hemos escupido el liberalismo y lo francés. No importa el bien que nos puedan hacer: no hay manera. Ni mal que por bien no venga. Los toros, capitán, los toros. Aragón avista el Mediterráneo para Castilla, capitán. ¡La meseta: la que nos hace! La mejor plaza. Y todos éstos de aquí alrededor: los aragoneses, los valencianos, con el pañuelo liado a la cabeza, sello agareno en lo alto. ¡Aquí sobrevive el toro de fuego, capitán, el jubillo, el toro y la estrella, capitán, origen de Teruel! «Gran multitud de moros que eran alrededor a todas partes», decían de estas sierras. Yo probaré que Teruel fue un estado musulmán independiente. Y lo volverá a ser. Todo fue en el fuego. Fuego. Pavesa. Llama, nada. ¿Usted cree que no sé que no le importa esto a nadie? A nadie más que a mí. Sin fichas, ¿qué es un hombre? ¿Eh? ¿Qué es un hombre?

De pronto se le apagó la voz. Cerca cantó el primer gallo; a las voces repetidas despertó el chofer.

—¡Chist! —dijo abriendo la portezuela—. A por los trescientos.

## 7. Don Leandro y los anarquistas

*9 de enero de 1938.*

A las tres y pico púsose en marcha la caravana con paso testudíneo. Había cesado la lluvia y el cielo se limpiaba de nubes. El viento barría los alcores. Una luna pequeña y lejana daba una cárdena luz velada sobre lo asolado del paisaje. Las estrellas brillantes de frío y cercanía. Manchones de carrascas aparecían a lo lejos dando más realce a lo desértico: raña renegrida, retorcida, enana, escuálida. Paisaje lunar. Resurtían los cuerpos a los frenazos, inertes de su peso.

—El remedio de España está en que no lo tiene —dijo don Leandro, reanudando su discurso.

—No se calla —pensó Fajardo amodorrado.

—No quieren comprenderlo. Buscan patrones huyendo de espejos, y todos sus afanes acaban de mala manera. España ha dejado de ser católica, dijo Azaña; equivale a suponer que lo fue alguna vez. No va a ser este triste y rechoncho Franco el que traiga soluciones con su conformador italiano y ortopedia alemana: ni vosotros con vuestros moldes soviéticos. ¿Usted cree que no sabemos lo que queremos? Queremos que no mande nadie. Visto eso, los burgueses claman: —¡Somos ingobernables! Piden mano dura. Si somos ingobernables, ¿a qué sirve la mano dura? Como no nos maten a todos... Supongo que digo chabacanerías. Ahí me duele, que como soy ignorante no sé cuándo lo que digo son lugares comunes, o cuándo dejan de serlo. Pero no querer ser mandados es el esqueleto de nuestro ser. Pueden volcar hierro, bronce sobre las espaldas del pueblo: con las huesas no puede nadie. Usted es demasiado joven para haber conocido el tiempo en que don Melquiades era una esperanza, una legítima esperanza. Sí, señor. El mundo será federal o no será.

—¿Cómo le digo que se calle?

Debió de darse cuenta el herido por un movimiento de Fajardo —el coche en marcha daba su gusano de luz— del estado de ánimo de su benévolo escuchador. Calló unos minutos al cabo de los cuales reemprendió impertérrito su monólogo:

—España es un país más rico para el africano que para el franco. ¡Hay Pirineos, capitán! Del Magreb a España no cambia nada. De Castilla al Loira: otro mundo. Lo de Poitiers, un cuento. No les gustó aquello, demasiados pantanos, demasiada yerba, demasiados bárbaros, demasiadas nubes. Los árabes columbraron aquí el paraíso, y esparcieron su sangre. La pureza de una raza depende de su pobreza. Cuando más pobres, más honrados, capitán, y más puros. Desesperábase el gran Omar:

—¿De dónde eres?

—De Arjona.

—Perro. ¿Eres un puerco para denominarte según el lugar?

Olvidaron sus genealogías para venir a fijarse en las tierras. Así sacaban las tribus. Y los árabes, en España, españoles. Siempre queda el rescoldo, capitán. El desierto da valor. Y el hambre. El yermo, atravesarlo. Se necesita fuerza para seguir adelante. Manda la manduca. Las leyes son invenciones de hartos. Dios tuvo a los judíos cuarenta años en el desierto para infundirles la energía perdida en su larga cautividad egipciaca. El desierto favorece el individualismo. Cuanto más yermo, más arriscado, más fragoso campo o monte, más pobres y más independientes. Que arriscado también quiere decir ágil y arriesgado: del risco al riesgo, un soplo. Y si son trashumantes, más. Todo está en desaborregarles si las cosas han venido a sedentarizarlos. El servir abaja, abotarga, envilece. La servidumbre destroza la energía de una tribu. No lo olvide, capitán: vence siempre el más fuerte. La cuestión: saber qué es la fuerza. A veces las ideas mueven piedras.

Fajardo piensa: Marx, ¿por dónde sales!

—Un hombre necesita ver mucho para no acostumbrarse a sus dueños. Los viajes forman la juventud, dicen que dicen los papás europeos. Tienen razón. Para luchar contra algo: no soportarlo. No desvarío, que me entiendo: que si no nacen los vicios. Capitán: el pagar impuestos denigra una nación. Las tribus del desierto no los pagan, y nadie más celosos de su independencia que los rifeños: pobres e hijos de tierra pelada. De montes parecidos a éstos por los cuales corremos, que no veo y conozco. El español, reducido hace siglos por la media riqueza de su tierra, pobrecito pero decente, se defiende con artificios. La humillación y el envilecimiento de los impuestos trae este fraude y engaño: aquí el poner una trampa en el contador de la electricidad es lo natural; nadie declara la verdad en el catastro, no porque no puedan pagar las contribuciones: por dignidad.

Y bajando la voz.

—Quien paga contribuciones no puede fundar un imperio. La violencia, capitán. Todos los compromisos, tratados, jurados mixtos, son faramalla. Pactos, contratos, garabatos, rúbricas, firmas: papeles y literatura. Ya pueden pintarlo como quieran, del revés, patas arriba; el diablo camuflado, diablo se queda. El ardid, el engaño, la emboscada son lejanos residuos del individualismo. Habilidad de cazador. Todas las virtudes del guerrillero: escondidas rémoras de las condiciones de nuestros antepasados beduinos. Que los tercios son invenciones extranjeras, aunque el desprecio de la muerte, no de la vida —los españoles son la gente menos suicida que hay—, nos haya llevado a la cumbre de las infanterías. Ese es otro contar. La táctica militar la hemos heredado de los árabes, capitán. Todo. No me crea usted más Gil que Gil. Hacemos la guerra, sentimos la guerra como bandidos y ladrones. Eso se hartan de decir por ahí de vosotros. Lo malo es que se equivocan: creí de verdad en las hordas rojas y me encuentro un ejército regular. Será cosa de socialistas o comunistas: gente a quien tengo en muy poco. Si usted es de ellos lo siento, capitán.

La guerra civil ha sido siempre cosa de robo, incendio y pillaje. El depredar es de hombres, y eso es lo nuestro. El veros tan uniformados me da mala espina. Lo nuestro es atacar por sorpresa, sin riesgo, y alzarse con lo que se pueda. Y vuelta a lo más fragoso del monte, por si acaso. Que cuando el enemigo vuelva se encuentre con el puesto incendiado y todos en el otro mundo: los niños y las mujeres delante. Ir y volver. Tejer y destejer. Hasta que el enemigo, cansado, nos acepte como dueños. Así no hay gobierno posible, ni gobiernos, ni nada que huelga a gobiernos. Los árabes no buscaban evitar crímenes ni velaban por la seguridad pública: lo único que importa es sacar dinero, sea como sea. El colonizar mata. Ellos no castigaban: multas. ¿Qué se saca de la muerte del pecador? Reemplazaban desde siempre las penas corporales por la tocateja. Lo que yo me he reído las tripas, por los adentros, cuando contaban que don Fulano de Tal y don Fulano de Cual habían logrado salir de la zona roja pagándole a la FAI una cantidad equis, y que con los marxistas no había componendas. La gente no se lo explicaba más que por razones de bandidaje. Yo me reía: no va nada de los anarquistas a los agarenos. Aborrecemos la subordinación, que nos numeren, que nos manden, que nos obliguen, que nos digan sin consultarnos:

—Haz esto o lo otro.

No por no hacerlo, sino porque nuestro amor propio —llámelo dignidad u honor— nos pide que nos tengan en cuenta. Nosotros somos uno, y no unos. Somos groseros, orgullosos, arrogantes y celosos; sencillos y de buenas costumbres, sin cualidades despreciables, rectos, nuestro natural nos lleva al bien. Ni inmorales, ni desleales; nuestra negra honrilla mora se acomoda ante todo de fidelidad. Estamos acostumbrados a vivir en la miseria, capitán. Así son nuestros españoles claros descendientes bravos de árabes y bereberes. Cuando vencen piensan en el botín: no se les ocurre darles a sus vencidos buena administración. ¡A qué nanto! Sus deseos no van más allá del pillaje, no buscan rango en el mundo, ni fundar imperios.

Y con otra voz:

—Usted creerá, capitán, que soy implacable, que esto es una recusación. Se equivoca, capitán; a mí me parece muy bien. Creo que los hombres deben ser así. Todo lo demás son florituras, añadidos, bobaliconadas, damerías. Nuestros anarquistas son verdaderos cabileños, beduinos de verdad, con sentido de la tribu. (Lo llaman grupo, sindicato, como les da la gana. ¡Buenos somos para que nos impongan aunque sólo sea un nombre!). Clanes. Nómadas. Los catalanes afrancesados se excusan diciendo que son murcianos: ¡africanos, capitán, africanos! Y allí, en Barcelona, entre judíos, hacen lo que pueden; que en Europa la vida del desierto es gollería: y acabarán degollados.

Pero con simiente viva: de algo nos había de servir el humanitarismo de los demás y tanto cristiano como hay. Los anarquistas venden los privilegios de la revolución. ¿Qué querían que hiciesen? ¿Volverse puros borregos? Del lado de acá,

matan —hablo de Franco y los suyos—; del lado de allá, venden. Los de Cogull contra los de Altamira. La cuestión es ir viviendo. Acá no venden porque no pueden: que los enemigos son pobres. Lo que va de los maestros, muertos de hambre, a los fabricantes de Sabadell... Pero el artesanado de la casa del Judío, ¿vendiéronlo anarquistas? Aquí confiscan los bienes y matan a los enemigos, allá queman los bienes y multan a los adversarios. ¿Quién está más lejos de Dios? Si una armada española hubiese apresado un Cervantes bereber, ¿cree usted que le hubiesen dejado la posibilidad de escribir *Los baños de Argel*? Nuestra inmensa multitud agarena... «Esa inmensa multitud dividida, sediciosa, impotente, alegremente condenada —roto el yugo— a exaltarse los unos contra los otros», que decía Séneca.

Siguió con un puntillo de ironía:

—Cada momento tiene su ficha, la cuestión es dar con ella. «Asesinatos por asesinatos, ya que los ha de haber —Larra *dixit*—, estoy por los del pueblo». Y yo. Si se alza el pueblo por algo será. Santo y bueno. Y si puede con el gobierno, mejor. Ninguno de los discurseadores de Franco habla del pueblo: mucha jerarquía y poco pan. Mientras mayores los excesos de las revoluciones, mayores los atropellos que las motivan. Si no hubiese habido sublevación, todos nuestros muertos gozarían de buena salud, capitán. «No es una defensa, pero es una disculpa». Ya puede usted suponer que no me divierte que quemen los conventos, aunque a veces el fuego obre prodigios. ¿Se acuerda usted de la iglesia de anoche? Pero si los queman por algo será. Las guerras civiles nacen de la indulgencia y blandenguería de los gobiernos. Los anarquistas, que no son tontos, creen que cuando no haya gobiernos no habrá más guerras civiles. No saben que entonces estaríamos siempre en guerra civil: que es lo que a mí me parece bien. «¿No veían en los conventos otros tantos focos de esa guerra, y en cada fraile un enemigo, en cada fascista preso un reo de estado tolerado? ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la acumulación de un largo rencor jamás desahogado?». No lo digo yo, lo dice Fígaro, para que vea usted hasta que punto somos hijos de nuestros padres. No cambia la sangre de ayer a hoy, ni de mil años a esta parte. ¿Cree usted que porque he vivido mis últimos años entre libros dejo de oler las cosas? Y si me acuden a la imaginación las citas y no lo propio, es que los demás han pensando lo mío antes, y mejor que yo. Los libros viven y retiemblan, capitán. Nacen, mueren, que la carcoma ayuda a ir viviendo. ¿Qué me duele esta noche? Me duele Galdós, o me duele Quevedo. Y va uno a la estantería y se zampa la pócima. Témplase el ánimo y el dolor. Por los papeles corre un aire: hay que cogerlo. Sigo con Larra: «¿Qué mucho que la masa acometida se defienda en masa? ¿Qué mucho que pudiendo ahogar de una vez al enemigo entre sus brazos, se arroje sobre la facción más débil de él, que tiene más cierta y a su disposición?». No manda otra cosa la estrategia más ilustre, ya lo sabe usted, capitán. Padecen las iglesias: en el boato está la penitencia. No es

mártir quien quiere. Sólo puede ser generoso el vencedor.

«El pueblo no es el gobierno y sí el gobierno del pueblo». Culpa de la República, no haber previsto el movimiento; mayor la de los facciosos: «quéjense de su torpeza, que no calculó al poner los diques la fuerza que el agua traería». Ni la monarquía ni la república «supieron a tiempo contentar los pueblos y dar salida legal a su justo enojo». ¿De qué se quejan? ¿De qué? ¿De que los pueblos no son de cartón como unos y otros creyeron? Recorra la Historia: «Un asesinato es difícil que sea justo, no es nunca justo; pero cuando no es uno, cuando no es una facción, cuando son los pueblos enteros los que asesinan, rara vez dejan de obrar naturalmente».

Faltábale soplo al archivero, sobrábale brillo en los ojos. Siguió con la voz más ronca.

—Aquí siempre hemos tenido en menos a los intermediarios: caciques o curas. Recurrir a la acción directa nos ha parecido siempre más digno de hombres. El misticismo no es más que la acción directa del cristianismo para con Dios.

—Santa Teresa pistolera —piensa Fajardo.

—Todos nosotros más luteranos de lo que a primera vista parece. Pero referente a lo del libre albedrío, ni hablar. Más ternes que el Papa.

Don Leandro perdía el huelgo. El respirar se le volvía disnea.

—Capitán, eh, capitán. La inestabilidad es el fondo de nuestro carácter. ¿Cómo quiere usted fiarse de la forma? Lo que sucede es que pertenecemos a otro mundo del que nos ha tocado: No hay peor equivocación que la del Estrecho de Gibraltar. No nos entienden. No es cuestión de lenguas. No hay más derechos, ni más ética que la que nos ha de llevar a mejor vida terrenal y ultraterrena. Todo está permitido para llegar a ese fin. Ni hay cosa más dura para los católicos españoles que no creer en la predestinación. Si rascamos un poco, ¡qué de herejías vivas y coleando, de ésas que costaron tanta carne soasada, rebullen por nuestras tierras! El Padre Feijoo era un infeliz. ¿Quién le mandaba querer abrir ventanas al mundo?

El resollar le cortó la divagación. A poco el silencio le dio la fuerza de poder con él.

—¿Qué es eso del individualismo? Los románticos se han hecho un lío. El anarquista carece de toda base sentimental. Dicen que ustedes tienen ministros anarquistas. Yo no puedo creerlo: o no son ministros, o no son anarquistas, o no son ninguna de las dos cosas. «El natural de los árabes hace de ellos una raza de bandidos y salteadores. Si necesitan piedras para sostener un cazo destrozan un edificio para procurárselas (aunque diez metros más allá las pudiesen hallar sin mal para la arquitectura); si necesitan madera tómanla de los techos de las casas que les vienen a la mano. Hostiles a todo edificio. Siempre dispuestos a llevarse por la fuerza el bien de los demás». Ibn Jaldún. ¿Y quiere usted que con esta sangre nos entiendan los ultra-pirenaicos? No es reproche, capitán; somos así. Y ¿qué más nos da entender o

no a los demás? Desprecio.

—*Castilla miserable, ayer dominadora,  
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora,*

que dijo don Antonio, cita Fajardo rompiendo por vez primero su silencioso atender.

—¿Ve usted?

El viejo con las niñetas brillantes: el pelo blanco, las cejas blancas, su color perdido, las realzan, hundidas.

—El anarquismo puede vivir en la península —o en Sicilia— gracias a su sangre africana; por eso persiste. Tenía que retoñar en cuanto los hombres se quedaran sin campos, sin ganado y fueran migrando sin aperos. «La humillación penetra en una familia con el arado», dijo el Profeta. Y un campo engendra la obligación del impuesto. Y el impuesto «lleva a su dueño a estado de subordinación. Es una marca ignominiosa». Esto se escribió en el siglo XIV, capitán. Lea usted a Ibn Jaldún, capitán. Un escritor genial, sevillano. Y los que creen que decantamos de Bakunin o de Sorel, van dados. Si los dejaran, si nos dejaran, acabaríamos viviendo como los cabileños, en repúblicas democráticas muy pequeña, sin ligazón: polvo de clanes. Taifa de taifas. Sin sentido de la moralidad. Dulce maravilla. Ir de aquí para allá sirviendo a Dios y al diablo, abandonándoles cuando nos viniera en gana, por razones que al empleador dejaran turulato: al sólo depender de nuestro gusto y personal dignidad. Tanto nos lleva nuestro gusto por la lucha como su fin. Contrarios a todas las soluciones, no por nada, sino porque significan estancamiento, sedentarismo, necesaria organización, futura estructura. El fin no justifica los medios. Por eso nuestros anarquistas han escogido un fin fantasmagórico: lo que ellos quieren es la lucha, porque sólo de ella y en ella viven. La paz carece de sentido. Lo primero que abandonarían en ella sería su propio ser. Importa la libertad, no el poder. Perdidos con un enemigo que les iguale en valor y sea disciplinado: de ahí las guerrillas, los ataques por sorpresa, los atentados que repugnan a los burgueses deseosos de que se asesine a la gente con todas las de la ley. El atentado es una cosa natural. ¿Qué español no ha pensado en asaltar un banco, capitán? Sucede que querrían asegurarse la impunidad. La diferencia: que los anarquistas son más valientes. Mi justicia, ¿es peor que la del Juez? ¿Tiene éste el cráneo distinto al mío? Si lleva cuernos y yo no, ¿es razón? La civilización nace de la vida sedentaria: el mal personificado, el lujo. El anarquista es un ser sin raíces. Siente por el burgués el mismo desprecio que el beduino corredor de desiertos por el aldeano de las llanuras fértiles. El correr desiertos no implica edades. Mientras nada se tiene, no se envejece. Tan buenos civilizados como cualquiera en cuanto los paran. Pero adivinan que civilización presupone muerte. Defienden su independencia como pueden. Acostumbrados a no comer, acostumbrados a no beber: vegetarianos y amigos de la magia. Lea, lea a



Feijoo. En ningún país europeo hubo tal influjo de las supersticiones, astrología, magia. Influencia persa por los musulimes. La alquimia y los milagros. El milagro es una intervención directa de Dios, no siempre del agrado de sus representantes. Vegetarianos y teósofos y esperantistas, capitán. No buscan gloria, ni honra, ni inmortalidad, ni perseveran en hacer el bien más allá de su comodidad. ¿Cómo quiere usted que les importe la muerte? San Pablo se la niega y ellos se la hacen pagar. No creen en un dios misericordioso; creen en un dios a su imagen y semejanza. ¿Quién se lo echará en cara? ¿Dios? ¿Usted cree? «Por lo cual eres inexcusable, ¡oh hombre!, cualquiera que juzgues».

Las últimas frases más las musitó acezoso que otra cosa. El carleo le tenía rendido. O se durmió, o no pudo más; la cosa: que calló —y Fajardo procuró por el sueño—. El frío no le dejaba irse de verdad al fondo de su cansancio. Avivóle el seso el quebrar de la aurora. Un viento fresco de bolina se rasgaba en el guardabrisas, ludiendo los lados de la ambulancia, rompiéndose en los oídos con agudo silbido. Aun en sueños marmullaba el viejo:

—Viven del olor del pudridero. Sentados en los carcavuezos del fondo. Esperando la tierra, tan contentos. No existe el mundo sino su recuerdo. El despertar es largo, que se trata de nacer. No olvidar: vence siempre el más fuerte.

Ida la luna, la noche se había oscurecido a pesar del brillo pavoroso de las estrellas claras e innumerables. Entrevióse a lo más lejos un horizonte bajo entre dos galayos. Por encima de las peñas enfrentábanse los perfiles del paredón de un castillo con el de una atalaya mora. Se adivinaba la llanura como un mar entre los dos hachos: entre ellos empezaba a teñirse el crepúsculo. Un degradado del negro iba dando cuerpo a las cosas. El prodigio: la pureza del tinte. La madrugada lo desmontaba todo, y el malestar del insomnio: dolían los hombros, las rodillas, el trasero. Los mojones kilométricos medían por sus manchones blancos más el tiempo que la distancia: todavía se escondían las cifras a la vista. De la oscuridad iban las cosas tomando cuerpo, como si sorbieran la noche que las rodeaba. Arrecia el frío con la penumbra. El día llegaba sin avisar, sin dar cuenta. Los abertales ondulaban hacia la luz. Por las orillas de la carretera algún algarrobo en vez de recoger el haz velado de los faros empezaba a dibujar la figura de sus ramas en el fondo que clarecía deslavado. Lejanísimo, el horizonte de tierra negra rompía el cielo. Su pizamiento subrayaba el vivo argén del cielo del nuevo día: antes del zenit ese claror volvía diluido a la pez negra tachonada de diamantes de la noche pasada; de plata a gris, de gris a prieto. Ya se divisa, a derecha e izquierda, el monte más alto, la algaba más fragosa. Váse abriendo la bóveda del mundo como la de un observatorio. De antuvión apercíbese el radiador del coche: el chofer apaga las luces. Danle ganas a Fajardo de irse a bordonear por el campo y morirse de frío y sueño debajo de un árbol. Por el perfil levantino del horizonte surge un fulgor bayo como gargantilla del oscurísimo

añil de los montes. Por la quebrada nace, por crisopeya, un nuevo tinte para el caparazón. Sin remedio las estrellas dan las boqueadas. Por sobre el amarillo se sonroja delgadamente el horizonte y el cielo bajo se cubre de un rubor subido, del balaje al rubicela. Ya se clareaban las cosas. Todo era puro. Ni un adarme de polvo por el aire nuevo. En un recodo se atalayó un pueblo dormido en el hondón verdinegro. El chofer, que no había abierto boca en todo el camino, rompió a decir:

—Viver.

Por la madrugada roncera los yermos moronchos se quebraban hacia lo alto en alcores y por lo llano en zarzas y labrantíos. Tras dos curvas y ruido de aguas corrientes por las zanjás que acompañaban la carretera, paróse la ambulancia al cabo de la larga fila de las camionetas.

—¡Vamos allá! —se dijo Fajardo—. Hemos llegado, don Leandro.

El tal no contestó. O dormía o se había muerto. Sin meterse en averiguaciones, Fajardo bajó a lo suyo.

Por el cielo malva y dorado crascitaban cuatro cuervos.

## 8. Muerte de don Leandro

—¿Quién? ¿Don Leandro? ¡Un alma de Dios! ¿Y cómo está? ¡Vaya, vaya! Un pedazo de pan. Incapaz de hacerle mal a nadie. Metido en sus papeles hasta más arriba de las narices. Después de cenar, su partida de ajedrez en el casino, y a dormir tocan. El mejor jugador de la provincia, otros decían que don Julián, uno que tiene un almacén de trapos cerca de la estación, pero ¡quíá! ¡Le daba cada mate! Lo que se dice un as de las torres y de los caballos. Y tan bien educado... Yo no le he visto fuera de sus casillas más que una vez: cuando derribaron unas casuchas viejas detrás del Salvador. ¡Cómo se puso! No sé dónde les veía el mérito. ¡Cómo no fuese en la roña! Sí, viudo. Tiene una hija, una real moza. Le ha pillado todo esto en Barcelona. Sí, su mujer, bueno, su mujer... Usted ya sabe lo que son las mujeres, ¿no? Doña Teresita era muy bragada. Él la tenía en un altar. Guapa, guapetona. Por entonces él llevaba las cuentas de la fábrica más importante que hay en Teruel. Y con unas cositas y otras ganaba bien su vida. Al morirse su mujer lo dejó estar y se dedicó de lleno al archivo.

Dábale a Fajardo estas noticias el corresponsal de *El Socialista*, plantado en medio de la carretera. El frío cicatero, por las entresijas del sueño, servía de ablución. Un poco más allá repartían café. Se demoraba la salida de los refugiados: bajaban tropas. Encontróse de pronto Fajardo con Herrera, acomodado en el sidecar de una motocicleta.

—¿Dónde vas?

—Oficialmente no lo sé. Particularmente me huelo que vamos en busca de climas más templados; puestos a escoger pon que a la Extremadura. Y a los tanques.

—¿Y la Sierra se queda sola?

—No creo que reincidan en los ataques. Se les ha hecho mucha pupa. Una vez rendidos los del interior de la ciudad, ¿qué interés van a tener en sacrificar gente por piedras? En Badajoz te lo contaré.

Pusiéronse en la cola del café. Fajardo refirió sucintamente el discurso de don Leandro.

—Ahí detrás viene —dijo Herrera— un antiguo diputado de Teruel: debe conocerle. Te advierto que el tal es un hombre insoportable.

Acercáronse a un coche y Herrera le señaló un hombre bajito, negrísimo por todas partes, sobre todo en las extremidades visibles, uñas, pelo y barba. Acercóse Fajardo.

—Sí, hombre, ¡no le he de conocer! Como si fuera mi padre. Un carca. ¿Se muere? Buen provecho. Mientras vivió su mujer no se atrevía a dar un paso sin su permiso. En el Ayuntamiento nos hizo toda clase de jugarretas cuando las elecciones. Mientras vivió aquella doña Teresa del demonio, un don nadie. Honrado, creo que sí.

Un infeliz de esos incapaces de mover un dedo por miedo del superior. Su mujer tenía un pechero hasta allá. ¿Dice usted que gangrena? Debe estar temiendo reunirse con su cara mitad. Más que mitad, tres cuartos.

Habló aquel boquirroto cucharatero lo que quiso; Fajardo había aprendido a escuchar. Buscavidas y picotero, el moreno empezó a roerle los zancajos a cuantos nombraba. Subió un comandante al coche, despidiéronse. Dióle Fajardo un abrazo a Herrera, que seguía hacia Valencia, y fuése a ver al comandante de la plaza. Mientras bajaba hacia el centro del pueblo, numeraba su quehacer, costumbre que había tomado hace poco y que le daba conciencia de hombre ordenado: Uno, el comandante; dos, los heridos; tres, encontrar un coche para volver a Teruel; cuatro, despedirme del viejo. Juan Fajardo se extrañaba del interés que ha tomado por éste.

No encuentra al superior. Sube al hospital, instalado en la mejor finca del pueblo. Al entrar, en el carrejo, apercibió a don Leandro, en su camilla, amodorrado; temblequeábanle las puntas de los dedos; todo él más amarillo que blanco.

Fajardo pasó a hablar con el mayor:

—¿El viejo del muñón? Nada, hijo, nada; cuestión de horas.

—¿Lo vas a dejar ahí?

—Hijo, necesitamos las camas para los que podemos salvar. No hay que pensar en trasladarlo a Valencia. Ganas de tirar gasolina en balde. Ahí, en las casuchas de enfrente, si quieres... Mira en casa del «Cochero»: debe de haber sitio. Al venir he visto cómo sacaban a uno. Métele ahí. De todas maneras, de hoy o mañana no pasa. No podemos desperdiciar morfina. Además, con la fiebre no le duele, y es lo único que podríamos hacer por él. Abur.

Fajardo hizo lo necesario para el traslado del viejo a la casa frontera. Metieronle en la habitación baja: no cabía la camilla por la escalerilla.

—No está hecha la casa para eso. Los muertos los sacan de pie —dijo el ama, mujer al cabo de los sesenta, pero con brío y brillo en unos ojos pequeños, más negros que hechos de encargo. Tomó aparte a los improvisados camilleros (el chofer de la ambulancia y un soldado que pasó por casualidad) y les preguntó:

—¿Alguno de vosotros es de Barcelona?

—No —contesta el uno.

—Yo —dice el chofer.

—¿No has conocido por allá uno que se llamaba Rafael López Serrador?<sup>[2]</sup>

Hace meses que pregunta lo mismo a cuantos ve.

—¿Serrador? ¿Uno *delgado*, alto, moreno?

—Moreno, sí. Delgado, supongo, porque mi difunto lo era. Alto, no lo sé, que hace muchos años que no le he visto. Es mi mayor —explica.

—Yo conocí a un tal Serrador, por el Paralelo. Pero así, de vista. Del café. Metalúrgico creo que era. Le vi el 19 de julio, por Atarazanas.

—¿No sabes nada de él?

—No, nada.

—¡Ah! Y cuando le viste, ¿estaba bien?

—Sí.

—Gracias.

Fuése la mujer para adentro y salió con un huevo.

—No tengo más. Toma.

El hombre no se hizo de rogar.

—Si por casualidad te lo encuentras dile que estamos bien. Que no se preocupe.

Volvióse la mujer a Fajardo:

—Le ha visto. Mi marido se murió al empezar la guerra. Menos mal que el segundo siguió con la camioneta. Luego la requisaron y el chico se fue para las milicias. Tampoco sé nada de él desde hace más de dos meses. ¿Cuándo se acabará todo esto?

Alzándose de hombros, pasó Fajardo al cuarto contiguo. Todo olía a estiércol. Don Leandro luchaba con el hipo. Miró acercarse al capitán, hízole seña de que se inclinara. Bajóse Juan para recoger el hilo de la voz.

—Quisiera confesarme.

—¿Cree usted en Dios?

—¿En quién si no?

La extrañeza del capitán pareció darle fuerzas.

—Siéntese.

Apoyó Fajardo medio muslo en las angarillas. El hedor era insoportable.

—Ningún materialista ha visto cadáveres. Los médicos no cuentan, que para ellos es arte. El materialismo es cosa de laboratorio: imaginación y propaganda. Los muertos son las raíces del más allá. Su podredumbre, la señal más fehaciente de Dios. Va tanto de un vivo a un muerto que no cabe más que el alma. De lo vivo a lo pintado. «¿Qué cosa de todas éstas no entiende que la mano de Jehová la hizo?».

La habitación no tiene más luz que la puerta. En lo oscuro se remueve un mulo. Se acerca una gallina. En la pared un cromo deslavazado. El suelo, de tierra batida.

—«¿Hante sido descubiertas las puertas de la muerte, ya has visto las puertas de la sombra de la muerte? ¿Vuela el gavián por tu industria?». Capitán: tengo demasiado respeto a la vida y a la arquitectura para que me importe la mía.

Hablaba el viejo calenturiento dolorido, quebrado por cien hipos que inmovilizaban a Fajardo en su postura molesta; dormíasele una pierna. Le pareció ver sonreír al moribundo.

—«Amigo, muere a tu vez. ¿Por qué estos inútiles pesares? Patroclo, que estás muy lejos de igualar, ¿no descendió entre los muertos?». Pero vivimos entre tiniebla y erramos como borrachos.

Alzó el viejo su mano y la puso sobre la rodilla de Fajardo.

—«Pero vosotros sois el pueblo y con vosotros morirá la sabiduría». Franco no puede ganar, y si gana, pierde: condenado. «Porque quitaré yo mi carne con mis dientes y pondré mi alma en mi mano». Un anarquista en Zaragoza, malherido, a punto de ser alcanzado por la policía, se arrancó a bocados un tatuaje que tenía en el brazo para que no le identificaran. La iniquidad no sale de abajo. No soy lo bastante pueblo para pasarme de cura. Nadie cree en la aseidad, capitán, nadie. Ni el más pintado de los biólogos, ni el más endemoniado de los marxistas, ni Dios.

—Puesto a otorgarle una religión —dijo Fajardo— más me lo hubiese figurado panteísta o mahometano.

—El monoteísmo es cuestión de orgullo, capitán. Puestos a hablar con Dios, que sea el único. El Olimpo era un salón. Si los hebreos no llegan a figurárselo, Dios hubiese sido español. No hay más esperanza que la desesperanza.

Se le fueron las niñas tras los párpados, como llevados por una lenta corriente. Creyó Fajardo que pasaba.

Arriba, abajo, movía el antebrazo por la manta que le malcubría. Atenuábase la disnea.

Pasó Fajardo al hospital para enterarse de la posibilidad de dar con un sacerdote. Le encaminaron al pueblo. Bajó hasta la plaza y entró en el Ayuntamiento'. No había nadie más que el alguacil. Era éste hombre de gran cabeza y nariz todavía mayor. Cubría tan prodigioso apéndice toda la apariencia del buen hombre, y no contento de su desmedida aquel túmulo—cúmulo parecía rebrotar en un sinnúmero de bodoques dispuestos por toda la abultada superficie, y ellos solos hubiesen contentado a más de un chato. Para colmo de sus males ese promontorio que más que nariz parecía pico de espátula, gozaba de tal salud que rebrillaba de todos los rojos conocidos, regado de una fina red de venas violadas que acababan de dar a aquel nunca visto tubérculo un aspecto tal que movía a los más opuestos sentimientos, risa o lástima, según el corazón del espectador, porque espectáculo era aquel hombrecillo con su nariz clavada en el alma. Llamábanle «el Muñato», y era el terror de la chiquillería. Forzado a los gritos por miedo de su nariz.

—¿El señor Retor? Ya lo creo. Sí, mi capitán. ¡*Salvaora!* —gritó con voz de trueno—. ¡*Salvaora!*

—No molestes a nadie. Dime dónde es. Ya daré con él. El pueblo no es muy grande.

—No, que es difícil. Está trabajando su bancalico.

Salió Salvadora, tafañaria, los brazos en asa.

—Un momento. Donde falta jabón, señor, tienen que sobrar brazos... Que, aunque no haya críos en casa, no falta ropa. Ahora acabo...

Y se volvió para los adentros secándose los muy rollizos brazos con la punta de

su delantal poluto.

—¿Cómo es que tenéis al cura suelto? —pregunta Fajardo al narigado personaje.

—¿Quién? ¿Don Alberto? ¡Si es una persona decente! ¡De lo más decente! Más pobre que las ratas. Cuando empezaron las cosas algunos quisieron molestarle. Pues ¡buena se armó! Sin la iglesia, ¿qué mal podía hacer? Y lo primero que hizo fue entregar las llaves. Cuando la convirtieron en almacén no abrió la boca. Cuando se repartieron las tierras le llamó el Comité; y el presidente va y le dice:

—Para rezar se necesita comer. Porque sin comer, ¿quién reza? ¿No te parece?

Y ahí le tiene. Y todos tan contentos. Si alguno quiere oír misa, va a su casa y santas pascuas.

Salió la mujer con una manta que echó sobre las espaldas de su marido.

—Anda a ver los conejos.

Tocó con el índice la visera de su gorra y fué el hombre hacia el corralón. La mujer le siguió con la mirada.

—*Cuidao* con la Leonor. Y tú no vayas a coger frío.

Y mirando a Fajardo, como disculpándose:

—¡Qué tiempo! ¡Y el pobre, es tan *apegao* a las pulmonías...!

Fuéronse hacia la barracada; tardaron veinte minutos en avistar al varón. Fué éste a su casa, por los óleos, y Fajardo en busca de un vehículo. Cuando pasó por casa del Cochero aún no había llegado el cura.

—Ahora viene el ministro de su Señor, don Leandro.

Si se enteró o no este último es cosa que no supo: el débil estertor no se alteró. Resalió Fajardo a probar bocado, entretuviéronle más de lo que preveía y tardó mucho en volver a casa de Serrador. Encontróse con el viejo desfigurado, el color quebrado en plomo, pero vivo, y hablador.

—Le esperaba, capitán. Tome, ésta es la dirección de mi hija, en Barcelona. Está allí en casa de una tía suya. ¿Usted irá? Si no, algún amigo suyo. Yo quisiera que la avisasen. Sé que está bien: por un amigo mío, inglés. Se llama Rosario. Cuénteles lo de mis papeles. Ella no creía que yo trabajaba. Si usted se lo dice, lo creerá. Y otra cosa, capitán. De niña yo le contaba la historia de los amantes de Teruel. Volvió del colegio diciéndome que una amiga suya le había dicho que aquello era mentira. Que los esqueletos eran falsos. Yo me emperre. Por la poesía, capitán, por la poesía. Y porque entonces me parecía bien que los niños creyesen en leyendas. Me perdió todo respeto. Yo nunca he tenido mucha suerte con los demás. Mi mujer era muy buena persona, pero se preocupaba muy poco de lo que yo hacía. Y las niñas se parecen siempre a sus madres. Y cuando uno se equivoca, sigue uno adelante. A Roma por todo. ¿Cómo quería usted que le dijese que ni Alventosa, ni Yagüe de Sala, ni Rey de Artieda, ni Tirso, ni Montalbán, ni Hartzenbusch...? Dígale que le pido perdón.

Subía un hedor terrible. El viejo intentó sonreír; se lo conoció Fajardo en los ojos.

—De esas migajas está hecho uno. La pedagogía tiene la culpa y los resabios pueden mucho.

Cerró los ojos.

—A usted le ha extrañado lo de mi confesión, capitán. Dar ejemplo. Siempre es bueno dar ejemplo, aunque no haya nadie para recogerlo. Se queda uno tranquilo. Lo horrible es el frío, capitán. No importa morir, si se muere caliente. Nadie sabe lo que es el frío sino el que lo pasa. En el preciso momento en que lo pasa. Luego se olvida. Más que la sed, más que el dolor.

Entre hipos continuó:

—El hombre está hecho de calor. Los cadáveres: helados. El calor no lo engendra el sol, sino la tierra: la prueba, que cuando más alto subes, más te hielas, y cuando más hondo de entrañas, más sudas. A la sombra de las montañas... La tibieza de las resolanas. El sol es la luz, la tierra el calor. Siempre se vuelve al calor materno. El problema está en descubrir el paso de lo inorgánico a lo orgánico. Dicen de no sé qué cristalizaciones del tomate...

El desasosiego del viejo subió de pronto. Perdía el huelgo. Fajardo no sabía qué hacer, intranquilo; tenía que marcharse y no se atrevía. El coche que le tenía que volver a Teruel debía estarle esperando.

—No hay más que perder. San se acabó.

De repente pareció otro, púsose a hablar rápidamente:

—Es como Lope. Quizá los alemanes entienden a Calderón, aunque no me fío. Yo no hablo alemán. Un extranjero no puede entender a Lope. No puede.

Notábasele, de pronto, en los ojos, la lucha contra el desbarro y el dolor de no poder decir lo que pensaba. Brillantes y mates, rompíanse cachones de niebla frente a sus niñas: disipábalos un viento interior:

—Mi propia voz me engaña.

Parecía decir: «Ve usted, cuánto sé».

*—Salen del alma sombras  
a fabricar ideas*

Me tengo que marchar —pensaba—. Pero si me voy es porque me es desagradable, físicamente repugnante, seguir aquí. No tengo nada que hacer fuera hasta que me vengán a buscar. ¿Qué hago?

Se levantó y salió afuera. El frío barría la carretera. Esperó unos minutos y volvió para los adentros.

—Lope, poeta mudéjar. Mire usted, capitán, los españoles:

*Ni el morir los cura  
ni el tiempo los remedia.*



No hay quien bornee sillares: los decantarán, pero no los mueve nadie.

Evidentemente el hombre desgarraba.

—El quietismo de las piedras —seguía—, el quietismo y la anagogía nacen del claustro y de la soledad. No se puede ser iluminado trabajando diez horas diarias. El trabajo pierde los hombres. ¡Descarga carbón: bailarín!

El estertor lo barajaba todo.

—Los enterradores no suelen ser ateos. Los toros...

Fajardo oyó el frenazo de un coche.

—Bueno, don Leandro, hasta luego. Este barbullaba. Bajóse el capitán a oírle:

—Los toros corniveletos...

Fajardo salió. Don Leandro Zamora se murió al día siguiente, solo, a rostro firme, dándose cuenta; como un hombre: recibiendo.

## TERCERA PARTE



# 1. Visita

12 de febrero de 1938.

*Fajardo.* ¿Qué te duele?

*Cuartero.* La soledad.

*Fajardo.* ¿Qué soledad? Porque hay varias.

*Cuartero.* Me duele sentirme solo, teniendo la seguridad de que podría no estarlo. Me duele no tener más amigos que tú y Templado. La guerra engaña, creí ganarlos y salí trasquilado. No me duele que me tengan en lo que sea, sino que ellos no sean lo que yo quisiera que fuesen. Como siempre, me duele la doblez. Bien está que vayan al apaño, pero no tanto. Este quiere gloria, aquél dinero; no son los peores. Para mí lo quisiera. Ese otro una recomendación, el de más allá no ir al frente. Si no los atiendes, mal; si los atiendes, peor. No conozco agradecidos. Eso me duele y llamo soledad. Me hacéis falta para poder hablar de lo que quiera sin pensar en lo que puedan decir. Me duele el no poderme abandonar. No poder dejarme ir al hilo de las palabras. Me duelen los moldes. Todos son herniados, con un aparato ortopédico en la boca.

*Fajardo.* Contra eso, cognac.

*Cuartero.* No queda. No me gusta y me hace daño.

*Fajardo.* ¿Quieres hacerme un favor?

*Cuartero.* Di.

*Fajardo.* Tengo que ir mañana a ver la hija de don Leandro. Ve tú.

*Cuartero.* ¿Por qué?

*Fajardo.* Tengo muchas clases y cuando bajo de Sarriá no estoy de humor.

Don Leandro era ya un ente mítico entre ellos. A la tarde siguiente fue Cuartero a la dirección que Fajardo le dio: Balmes, 410.

«*No Funciona*». Milagro, piensa Cuartero al llegar allí. El ascensor, de cuerpo presente, boquiabierto armario de luna, el inri colgado en la reja que le envalla. El hierro y la chapa se contonean y revuelven al modo y moda del novecientos recién nacido, época de las mayores glorias arquitectónicas de Cataluña. La escalera estrecha y empinadilla ha sido sacrificada en pro del armatoste lujoso: un tragaluz encimado echa bastante claridad al patio, enlosado de mármol brillante. A la derecha unos escalones conducen a lo oscuro de una covacha rancia donde amarillea penosamente una perilla dibujando el garabato de sus filamentos: dando tinte mugriento a lo que quizá no lo tiene. Un niño acurrucado juega con un gato negro. Por los calzones demasiado cortos asoman sus mulos de más hueso que carne rematados con unas choquezuelas que aparecen disformes.

—¿Rosario Zamora?

—Quinto derecha —contesta el niño, que bizquea.

No podía ser menos, piensa Cuartero empezando a subir. También Fajardo... No me gusta meterme donde no me llaman, pero en cada casa desconocida donde entro me figuro que voy a dar con el argumento de mi vida. No hay puerta desconocida como la guerra, antesala de la muerte. Ni guía como Dios, ni Baedeker como la Biblia. Al final de cada tramo hay un rellano. Después de la tempestad, la calma. Cada tramo, una trama. Cada rellano, un desenlace. «PAQUITA SUANCES: MODAS». Buenos días, doña Paca. ¿Cómo será doña Paquita Suances? ¿A quién quiere?: le duele el hígado y lo vence a fuerza de sonrisas. Tiene cuarenta y ocho años y morirá a los cincuenta y cuatro. ¿Qué dejará en el mundo?

—Abuela, ¿quién le hizo a usted este sombrero?

—¡Uy!, Paquita Suances, una modista de la calle de Aribau...

Y luego nada. La eternidad. Ahora vive con cabeza y todo, melindrosa, sin comprender este tiempo par ella desdonado. ¿Para qué habré aceptado yo venir a dar esta noticia? ¿Creeré yo en el azar más que Templado? Decir a una hija que se le ha muerto el padre... El diablo cojuelo. Destejar de las casas. Si yo fuera mosca, ¿dónde me metería? El novelista que pudiese convertirse en mosca y supiera taquigrafía, buen novelista sería.

*Principal.* La señal de los cuatro clavos de un Corazón de Jesús precipitadamente arrancado, marca todavía el rectángulo de la imagen latonera en el barniz de la hoja.

*Principal.* No primero, sino principal. ¡Qué burgués, qué importante, qué hueco, que a humo suena eso de *Principal!* Tantos, calle de Cual, principal, tiene usted su casa. Reverencias y cierta humedad rancia. Miriñaques, almohadillas culeras bajo el fruncido de un zagalejo frufufrante; espolines y tumbillas: chocolate con bizcochos, azucarillos (almíbar, clara de huevo, zumo de limón, arquitectura gaudiana). Y el retintinear de las cucharillas de largo mango al chocar con el cristal mientras se descopan las torres de la Sagrada Familia hechas caspa en la vorágine. Pisapapeles vueltos donde nieva sobre un Trocadero nacarado. *Principal.* «Hable usted con el principal». Ni con el dueño, ni con el dependiente mayor: con el principal. Esta es la guerra contra los principales. Contradicción: cada español es principal. *Segundo.* Bajo el quién, una cuartilla pegada: Doña Concepción Miranda y González Torre está bajo la protección y el amparo..., etc., etc., del Gobierno, de la Legación del Consulado, de ¿Cuba?, ¿Chile?, ¿China? ¡Qué floración de extranjeros! ¡Qué delicia de hispanoamericanismo! ¡Cuánto nicaragüense! ¡Cuánto hondureño! Ahí, tras la puerta, oyéndome subir, con el corazón saltado por cada timbrado, un americano ful. «No es aquí». Cada piso tiene su corazoncito. *Tercero.* ¿Para qué habré aceptado yo dar esta noticia? Decir a una hija que se le ha muerto el padre. Destejar de las casas. Diablo cojuelo. Si yo fuera mosca, ¿dónde me metería? El novelista que pudiera convertirse en mosca, sabiendo taquigrafía, buen novelista sería. *Cuarto.* Todavía. ¿Pongo cara

de entierro o me hago el indiferente? Podría ser la primera escena de mi comedia: un desconocido viene a dar el pésame. Todavía cinco escalones. Venga de ahí. ¿Llamo o jadeo un poco?

Paulino Cuartero alarga la mano hacia el pezón blanco del llamador. Al mismo tiempo que el timbre óyese un grito, se abre la puerta; el visitante, el puño de la camisa a medio arreglar, se queda sin pulir el aliño preparado.

En el suelo una mujer caída, de recia corpulencia, las faldas recogidas por las rodillas, dejando al descubierto unas abultadas pantorrillas, las medias de lana gris; la cara escondida por pelos enmarañados: sólo aparece la barbilla por la que chorrea sangre. La luz llega de la calle a través de una puerta. La sala —piensa Paulino, turulato—. La luz, que llega de canto, da a los pies enhiestos una proporción formidable, llegan sus sombras hasta lo más arduo del abdomen.

—Por Dios, corra usted a por un médico.

Se lo ruega una joven bien plantada, a la que entrevé. ¿No querías dramas? —piensa Paulino, bajando la escalera de dos en dos—, pues toma canela.

En el portal, duda. Decídese por la Cruz Roja, en la Rambla de Cataluña. Pregunta allí por Huertas, un médico amigo, en quien no tiene la menor confianza como facultativo. La ocasión hace el ladrón —piensa—. Vuelven a la calle de Balmes en una ambulancia. (No por nada, pero un amigo del doctor se le ha llevado el coche hace una hora.

—¿Me dejas el coche? Es cosa de cinco minutos. Ni eso. Me he dejado el fonen).

Una ambulancia siempre produce sensación.

—Desde que los ascensores no funcionan, todos los enfermos viven en el quinto. ¿Qué gente es?

—Ni idea. Venía a anunciarles que se le ha muerto el padre.

—¿Qué nuevo oficio es éste?

—Ni oficio, ni beneficio. Pura casualidad.

Estaba la accidentada tumbada en un sofá, los ojos en blanco, jipiando. La nariz enorme, amoratada y sanguinolenta. Puro cirio el color de la cara con algunos manchones pardos. Una chambra jamerdada, húmeda, cruzada sobre unas ubres gelatinosas, derretidas. La joven restañaba la sangre con una toalla. Los jeribeques de la vieja partían el corazón. La auscultó el doctor.

—Se cayó de narices...

¿Me hace usted el favor de hervir esta jeringuilla? No creo que sea nada.

Pinchóle el cachazudo de Huertas. Recomendó tranquilidad y buenos alimentos.

—Sí, no me diga usted nada. Las enfermedades tienen el mismo tratamiento antes y durante la guerra: los remedios no varían. Yo no tengo la culpa de que no haya huevos y de que bombardeen Barcelona.

Solvian la vieja y lleváse la joven hacia los adentros.

—A falta de remedios, aguantarse —dice el médico a Cuartero—. ¿Qué haces?

—Volveré.

—No te lo aconsejo, a lo mejor das con otro patatús.

Volvía la joven.

—¿Qué me dice usted, doctor?

—Nada, joven.

(Ese «Nada, joven» fue el principal atasco que había impedido a Huertas hacer carrera. Ahora, de comandante, podía dar curso a su desprecio por la medicina y a su afición al periodismo. Se pasaba las noches en las redacciones, donde le acogían con gusto. Solía contar que, hacía unos meses, habiendo tropezado con un coterráneo suyo, con quien había hecho el servicio en tiempos de María Castaña, aquél, cabo reenganchado, ahora capitán, al fijarse en sus galones, le dijo:

—Bien *mirao*, chico, ¡qué carrera hemos hecho!).

—A su señora madre... —dijo, dirigiéndose a la moza.

—Tía.

—A su señora tía: huevos y tranquilidad.

Como siempre, había en su entonación cierta ironía que molestaba a muchos y explicaba sus éxitos no profesionales.

Llamaron a la puerta. Entraron dos jovencuelas de buen ver.

—Chica, cuando hemos visto la ambulancia...

—¡Ay!, la tía. ¿Qué tiene? Buenas tardes. ¿Es grave? ¿Se la llevan?

—No. No. Nosotros somos los que nos vamos.

—Ustedes lo pasen bien.

Cerrada la puerta, en el descansillo, Cuartero dirigiéndose a Huertas:

—Me parece que los cinco pisos se los va a subir de nuevo Rita. Lo siento por la tía, pero yo le digo ahora a esa joven lo de la muerte de su padre.

—Allá tú.

—Además, dos disgustos juntos siempre son menos que separados.

—Bueno. Hasta la vista, que los honorarios ya los cobrarás tú. Con la guerra creen todos que la asistencia es gratuita —dice Huertas bajando.

—La ley de la oferta y de la demanda, hijo.

—Sí, padre, pero al revés te lo digo para que me entiendas.

Cuartero llamó.

—¿Se le ha olvidado a usted algo? —le preguntó una de las jovencitas recién llegadas.

—No. Quería hablar con la señorita Zamora.

—Pase usted. Rosario, preguntan por ti. Es mi prima.

Salió ésta. Cuartero la miró con la prevención que sentía hacia todas las personas bien metidas en carnes.

—Mire usted, yo vine antes, cuando lo del accidente de su tía...

Usted perdone, ya no me acordaba que salí a abrirle cuando tropecé con ella. No sé cómo darle las gracias.

Morena, morena fuerte. Ancha, vigorosa, ¿por qué no decirlo?, gorda, gorda sazónada, en su punto, verdecida. Ojos reventones, enormes, de vaca, los párpados subrayados, las pestañas larguísimas, los labios maravillosamente dibujados, abierta llave horizontal del superior sobre el glotón declive rojo carneado del otro. La nariz recta siguiendo la línea de la frente. La faz ovalada, ojijunta. «Se parece a ciertos retratos en mosaico de la emperatriz Teodora —piensa Cuartero—; hija de Mauricio o de Heraclio. Todavía se encuentran del Júcar al Guadalquivir restos de su poderío. Algo de la Dama de Elche, mejor comida... Pero, si recuerdo bien, es del Norte. Extraño: —Mi deuda, Bizancio..., que dijo su padre».

—Paquita —llama desde lo contiguo una voz desmayada—, ¿quién es?

—Ya voy, tía.

Y la prima sale, afectando gravedad y señorío.

Los pechos gordos, la cintura fina, las caderas haciéndoles juego. Las pantorrillas, que aparecen cruzadas, llenas, con su perfil puro de abultado vientre. El traje gracioso, el peinado compuesto. Anchas manillas de plata.

—Usted dirá.

Evidentemente, piensa Cuartero, es una muchacha seria.

La habitación es grande; en los entrepaños el papel adamascado, rojo, ajironado de trecho en trecho, con manchas de saín tras el sofá. Dos ampliaciones ovaladas de marco dorado; un gran cuadro velado y otros peor arpillados, denuncian, por las fundas, sus asuntos religiosos. Del florón pende un aparato eléctrico dorado con cuentas de colores. La escocia rameada, el zócalo desconchado, el embaldosinado dando boqueadas.

(Tenga usted cuidado con no tropezar. Hace ocho días que hemos avisado al albañil. Pero con estas cosas... En estos tiempos...).

Están sentados frente al balcón. Paisaje de tejados, los colmillos de la Sagrada Familia cortando el fondo azulenco enmarcado en el guardamalletas de paño carmesí trencillado de amarillo y verdemar. En la calle ya oscurece; en el quinto piso es más temprano, pero las cosas pierden ya sus formas por los rincones.

—Venía a hablarle de su padre.

—Está en Teruel.

—Ya sé. Anoche estuve con un amigo mío que le vio allí.

—¿No lo evacuan? Yo estaba muy intranquila.

Cuartero no puede suponer que esa emperatriz bizantina que se le enfrenta se intranquilece: todo en ella respira equilibrio.

—Sí, y con razón: está enfermo.

—¿De cuidado?

—Sí.

—¿Muerto?

—No. (En el «no» va el sí).

Todo silencioso. Los bocinazos que suben de la calle refuerzan la soledad.

¡Dios, que imbécil soy! —piensa Paulino—. ¡Qué inhabilidad! Y te tienes por autor dramático. ¡Y en las veras no sabes salirte de lo manido! ¡De la vulgaridad más flagrante! Pero ya está hecho.

La joven diosa permanecía quieta, absolutamente inmóvil. (Un reloj dio una media). El leve color de sus mejillas, fué por el crepúsculo o por la noticia, se había agrisado; lucía la frente, al baño de la prima-noche, enyemada de mador. Intranquilizóse Cuartero de tanta quietud. Pero no se le ocurría palabra. Rosario hecha un monote, ni parpadeaba. Alargó el hombre los dedos rozando el dorso de la mano de la muchacha. Pareció salir ésta de una oscuridad aterciopelada, echó los brazos al cuello de Cuartero, empezando a sollozar. Sentía Paulino el firmísimo talle, prendida la mano en el esguince de la cintura. Jamás había supuesto nada tan macizo en el reino humano. A través de la ropa sentía la tibieza de piedra caliente del cuerpo de Rosario. Entraron las dos primas a un tiempo, boquiabiertas ante el cuadro.

—¿Qué pasa? Pero ¿qué pasa?

La chica seguía ahogada en sollozos, Paulino no se atrevía a moverse, ni a abrir boca.

—Pero Rosario, chica, ¿vas a decirnos lo que sucede?

—Su padre —insinuó Cuartero.

—¿Su padre? ¿Qué? —preguntó la más menuda con aire bobo.

En la ya semioscuridad se oyó un largo rechupeteo de lágrimas y mocos.

—Murió.

—¡Ay, el tío! ¡Ay, Rosario! ¡Tía! ¡Tía! ¡El tío faltó!

Lo gritaron cayendo en avalancha sobre Cuartero, que se escurrió del sofá.

—¡Paquita! ¡Nieves! ¡Nieves! ¡Paquita! —clamaba la voz doliente desde la habitación contigua—. ¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¡Chicas! ¡Paquita! ¿Qué sucede?

—Nada, tía, nada —contestaba gritando en medio de sus hipos, Rosario—. Ya se lo diremos luego, no es nada.

Cuartero, ceremonioso:

—Ustedes perdonen, yo tengo que hacer...

—No se puede usted marchar así. Dígame cuando fue. ¿Cómo? Siéntese, hágame el favor.

(¿Quién te ha metido a ti en este lío? Pero en el fondo no te disgusta. Le vuelve como un relente el calor y la dureza del cuerpo de Rosario. Por las mientes el recuerdo de Pilar).



—Un amigo mío, capitán, le ha acompañado durante sus últimos momentos. No ha sufrido. Murió a consecuencia de una herida recibida durante el cerco. Falleció en Viver, un pueblo de la provincia de Castellón, donde le habían evacuado. Era un hombre muy notable, muy inteligente. (Y tú solemne idiota, Paulino. Fíjate un poco en lo que dices). El mismo indicó que se le avisara a usted.

—Me quería mucho.

Vence la noche. Por los cerros del horizonte corre todavía una luz de topacio. Entre umbral y dintel aparece la figura demudada de la tía, camisón y chambrá.

—¿Me diréis al final qué es lo que pasa?

Apercibe al desconocido y se exclama:

—¡Ya podíais avisar! ¡Estas niñas, Dios mío! Usted perdone, caballero.

La vieja intenta recogerse las greñas descompuestas.

—Estas niñas de hoy, que trabajan en un ministerio y que no saben siquiera avisar que hay visitas en casa. Ni encender la luz. Usted las perdonará, caballero. ¡Y quieren ser médicas! Paquita, tráeme mi bata. Oyes, mi bata. La azul. Yo creo que le conozco a María. ¡Claro que sí! Usted es el sobrino de José María.

—Pero tía, este señor...

La vieja es sorda.

—¿No es usted el sobrino de José María? Pues se le parece usted mucho. ¿No es verdad, Rosario? Un señor muy gracioso que tiene una mercería en Gracia. No hay quien encuentre hilo. Yo creí que era él, y que nos traía unos carretes de La Cadena que nos tiene prometidos. Y es que una no está acostumbrada a esta vida. ¿Usted es catalán? ¿No? Pero ¡hay que ver cómo se parece usted al sobrino de José María!

Intenta explicarse Cuartero, las jóvenes pugnan por volver la mole a su habitación. Pregunta a una de las niñas (Rosario no se ha movido):

—¿No viene de parte de Pura, la del *coiffeur*?

Se la llevan. Aún se oye:

—¿Y los huevos?

Cuartero se acerca a Rosario:

—¿Dónde trabaja?

—En la Subsecretaría de Armamento.

—¿Puedo pasar por usted un día de éstos? Procuraré traerle los más detalles posibles.

—Es usted muy amable.

—¿A qué hora sale usted?

—A las siete.

—La acompañó en el sentimiento.

—Muchas gracias.

—No se moleste. Ya conozco el camino.

Le acompaña Nieves, enciende la luz del recibidor, en el suelo hay todavía una mancha de sangre.

—Usted perdone. Tantas cosas en un día.

Crúzanse las buenas noches; y, al cerrar de la puerta, como remate, la joven —la costumbre—:

—Muchas gracias por haberse molestado.

Cuartero, ya de espaldas, buscando a tientas el pasamanos:

—De nada.

Doña Remedios, la tía, había concebido a lo tarde, arañando los cuarenta y cinco, una niña. Completamente desprevenida, el acontecimiento la sobrecogió por lo inesperado y le produjo una alegría feroz. Ocultó el hecho a todos y al padre, abogado barcelonés, viudo, con hijos ya mayores, que la trataba siempre como si estuviese de visita, muy cumplido él, muy cumplida ella. No le explicó la razón por la cual un mediodía, por las buenas, y sin darle importancia, le hizo presente que sus relaciones habían terminado.

—¿Me ha dejado usted de apreciar?

—No.

—¿La he molestado en algo?

—No.

—¿Necesita usted más dinero?

—No.

Sentado el hombre en el borde del sofá, con el altísimo cuello planchado y el nudo de la corbata sin encenar, descubriendo una garrucha de oro, retorció su bigote repintado; inmóvil, la luz se reflejaba en la raya en medio de su pelo engomado.

—Entonces, ¿a qué debo de atribuir este abandono? ¿Alguien me reemplaza?

—Me ofende usted, amigo mío.

Fuése doña Remedios a Vich, donde tenía un hermano, y allí dio a luz. Ya no vivió más que para la niña. En dos meses se deformó, engordando más de veinte kilos; todo le parecía poco comer para regalo de la chupona. Ella, que había sido amiga de perifollos, olvidó arreos, galas y enjorjamentos: todo por el escuerzo. Teníala siempre encima; por más que le dijeran que la mal acostumbraba, la besaba y rebesuqueaba en todo momento, le hacía fiestas de la mañana a la mañana. La daba el pecho, un pecho monstruoso, al menor zollipo.

—¿Quién te quiere a ti, reina? ¡Emperatriz, Princesa, maravilla del cielo, preciosa!

Los adjetivos salían en retahíla ininterrumpida. A poco hubiese bebido los meados y sorbido el alhorre de la criatura. Era ésta débil, traslúcida, linfática lombriz, que se pasaba el día agarrada a la enorme ubre como sanguijuela a un cuerpo o

rémora a una quilla. Doña Remedios siempre tuvo buen dormir: hondo y largo. Al mes y medio, una noche de verano, bajo el peso amodorrado y el derrame untuoso, mofletudo, craso y grasiento de un costado de la madre, al azar de un cambio de teta, se ahogó el escomendrijo, sin decir ni pío.

No se repuso nunca la buena señora. Le quedó una cierta mirada ida, que sólo se precisaba al oír vagidos o mayar de gatos: que reportó su amor desmesurado sobre los felinos; le retentaba el dolor, y éste era su placer, como si el olvido de su crimen fuese lo peor que le pudiese acontecer. Se complacía en su condición de «miserable». Cuando tenía el gatito lucido de leche una noche, como quien no quiere la cosa, lo ahogaba bajo su pecho. El animal se solía defender y la tirana debía de sentirse aliviada con el costado arañado y sangriento.

—Mira, ¡qué lástima! —decía a la mañana siguiente sacando el harapo del cadáver gatuno de entre las sábanas.

Quizá suponía que le roían las entrañas. Nadie se explicaba su manía, que nunca sopló palabra de su vástago muerto.

Cuando sus sobrinas se dieron cuenta de ello, procuraron quitarle los animalitos tan pronto como los traía a casa, pero la gordísima señora se arrastraba por todas partes siguiendo la pista de las recién paridas y, como de todo faltaba, no le regateaban crías; cuando no, hacía intercambio, y quitábase de comer para conseguirlos.

Las dos sobrinas que con ella vivían, además de Rosario, eran hijas de aquel hermano suyo, de Vich, paseado durante los primeros días de la sublevación. Concejal tradicionalista, educó a sus hijas según las reglas más estrictas de una moral puritana aplicada sin concesiones que la presencia de una madre no hubiera dejado de introducir, pero las niñas quedaron huérfanas de ella en su primera niñez. Fueron a Barcelona en busca de su padre, el 25 de julio, inquietas por su tardanza y la falta de noticias. Llegaron para reconocer el cadáver y quedáronse allí aconsejadas por convecinos. Las recogió la tía. Para ellas todos esos acontecimientos fueron el descubrimiento del mundo y una liberación: las medias de seda, los afeites, el cine, el parlotear sin contracción ni hitos, dar vueltas, bailar y canturrear. No volvían de su asombro: que sus miembros pudieran servir para gambetear, su voz para el grito o el tarareo sin acordarse del tono, y la cama para tumbarse cuando les viniera en gana.

Rosario era otra cosa.

## 2. Juventud de Rosario

*(San Sebastián).*

Rosario había cumplido veintiún años el 5 de noviembre, mal educada por la dejadez de su abuela materna y al azar de los destinos de su padre. Todos sus recuerdos eran donostiarras. La abuela Elvira tenía un comercio de conchas y corales en una tienda pequeña, estrecha, oscura de la calle de Garibay. La buena señora parecía un poco ida de tan descuidada; para ella el tiempo llegó a no tener hitos: confundiendo las fechas podía no atender las letras de cambio con los más diversos pretextos. A poco que se hubiese administrado hubiera llevado el negocio adelante sin tropiezos, pero a cualquier contabilidad que la molestara prefería andar a la queda de algún amigo, corredor o cliente que le prestase el pico necesario para el pago del protesto, porque ni siquiera los buscaba: el primero que aparecía en el establecimiento encajaba el sablazo, que en el invierno todos los visitantes eran conocidos y en el verano no había Problemas, la abundancia de forasteros: zaragozanos, el rey y los de jornada, cellencas y daifas, las de Logroño y funcionarios madrileños le permitían «hacer el agosto». Rosario odiaba ese tiempo, atada que estaba entonces al mostrador; nunca fue amiga de zarracaterías, y las obligadas zalemas a presuntos compradores le costaban el humor. El resto del año ni entraba chalán, ni aparecía la nieta por el establecimiento, como no fuera por casualidad.

Crecía la ciudad en invierno; que la soledad ensancha las calles y alarga las perspectivas. A Rosario le gustaba San Sebastián húmedo, empapado, con mucho cielo por los suelos encharcados y brillantes, con el sirimiri brumoso, lento cerner del chipichipi sobre las espaldas mientras las ráfagas de viento marino carmenan el oscuro cielo ajironado y por el bojío del rompeolas los cachones se destrizan cayendo en la tierra, el asfalto, la piedra con furia de cellisca y ruido de latigazo. Rosario resentía el oscuro golpear fragoso, el retiemble del hacho asaltado en lo hondo de sus pechos retenidos por un apretado sujetador.

—Andar bajo la lluvia es como estar metida en una casa —decía la niña. Le tenía simpatía a los caracoles.

—Con su casita a cuestras, y tan buenos de comer.

—Esos mueren siempre en la cama —comentaba la abuela.

La abuela Elvira, de sangre italiana, era pequeña y cana, usaba gafas de montura de níquel, de cristales pequeños y muy ovalados, que se ponía y quitaba en todo momento: para mirar un coral rosado, una perla más o menos japonesa, un paseante, una mosca, un punto, nada. Pasábase el día entre hacer calceta, rezar el rosario e irse a la trastienda a fumar una pipa, fea costumbre que cobró con la viudez y la menopausia, dos desgracias que vinieron juntas y no solas: que el difunto había sido

un bendito (un eibarrés muy majo, gran jugador de pelota, muy apegado a la iglesia y mozo del Hotel de Francia), que la había tenido como una reina, sin olvidar nunca las diferencias de clases; jamás le permitió fregar plato, vaciar bacín o llevar el comercio. Se acostumbra uno pronto a estar en un altar, quizá por eso solían decir:

—¿Doña Elvira?

—Una santa.

A pesar de la muerte del hombrón pretendió la buena señora seguir su vida regalada, y así vinieron las cosas a sucias y embrolladas mientras ella seguía cuidando su atuendo, más limpia que una patena, ronquera y regileta, en medio del polvo que recubría géneros, facturas, estantes: en todo dejaba el dedo rastros menos en el espejo. Y no permitía a nadie ayudarle «en sus cosas», convencida de que todo estaba bien, en el mejor de los mundos. Su oíslo había desaparecido en el tiempo en que menos pena le podía hacer; inficionóse del tabaco por destinte de una conocida suya, pescadora del rumbo del Antiguo, y se le fue afebleciendo la memoria con los años y las dificultades que su zangandunga iba amontonando. Para los que la rodeaban no dejaba de ser un misterio esa amnesia progresiva que se producía exclusivamente cuando se trataba de asuntos que la molestaran o pidiesen cierto esfuerzo resolutorio; que para el regalo no le faltaba memoria lince. Se había arregostado en una decidida resolución de no enterarse, y no hay quien venza una bobería bien administrada; y así fue tirando, bien para ella y regular para los demás. De fina, viva y delgada, vino a fondona y tafanaria; amontonando grasa por todas sus vertientes papandujantes en capas sucesivas como lava corredora ya sin fuerza en el primer recuesto. No importaba para su aseo y meticuloso peinado. Fuéle ensanchando Mercedes, la costurera de casa, la falda negra y la blusa del mismo luto, señal eterna de su viudez. Tuvo que abandonar el corsé, prenda que siempre había defendido como muestra de la honradez femenina, y motivo de las riñas más serias entre ella y la nieta:

—Niña, ¿te has puesto el corsé?

—Pero, abuelita, si ya no le gasta nadie.

—A ponértelo ahora mismo, desvergonzada.

Manuel, el carpintero de casa, fue rebajando, de miaja en miajita, los pies de la silla sillonería donde solía pasar el día, y Doña Elvira se fue abriendo poco a poco de piernas, para dejar sitio a la untaza; las ubres fuéronse volcando sobre el abdomen como racimos de uvas sin horcón posible, olas negras que la sola blusa sujetaba:

—Hija —decía en sus últimos años, dándose por vencida y como pidiendo perdón—, la comodidad ante todo.

Sentábase al final del mostrador, luciendo sus mejillas de polla, inarrugadas — como no fuese por unas ligeras patas de gallo—, sonrosadas, a espaldas de la luna que devolvía su cogote bien limpio, el moño firmemente aderezado, sin mechón que

se desmandara, cano como la plata. Oíase a cada momento el ruidillo de las gafas al chocar con el cristal del mostrador. En invierno —la tienda era húmeda— se arropaba en una frazada negra y empollaba un braserillo bajo el ruido de su enagua. Subíale el calor por la entrepierna escurriéndose por los pantalones de ancho entredós y rico bordado de mil bodoques y ojalillos, hasta la mismísima horcajadura, lo cual le producía cierta euforia propinqua a los recuerdos. Había perdido dos hijas —María y Teresa—, las dos guapas, bien puestas, amigas de diversiones, afeites, gaiterías y gandaya. Teresa murió, joven todavía, casada con aquel Leandro Zamora que le llevaba muchos años, *alelao* que escogió para seguir haraganeando su mandonería. María vive en Valladolid, perdida en una retahíla de hijos de los cuales le viven siete, que se la comían, con un marido buen mozo y mal pagado. La abuela tenía en Barcelona una hermana con quien se trataba muy de tarde en tarde, no por nada, sino por pereza recíproca; alguna que otra Navidad se solían felicitar. La vida de esa hermana había sido mucho más movida que la suya: casada que fue con un comisionista catalán por los años del desastre de Cuba, murió éste en un incendio y de la viuda no se supo nada hasta dos años después. Decía haber estado en Egipto y Turquía. Doña Elvira no era curiosa y, como no le preguntaron nada, su hermana no dio ninguna clase de explicaciones. Hacía más de veinte años que no se habían visto.

Rosario fue creciendo entre la Avenida, el Bulevar y el puerto, yendo de cuando en cuando a la escuela, ya que la desidia quintañona de la abuela congeniaba a maravillas con los novillos, y las comprobaciones paternas no iban más allá de indagar los gustos. Creció ardida y fuerte, sin empachos, amígdalas, erisipelas, sarampiones ni otras fiebres. Vino a mujer una mañana sin sobresaltos, y se le fue hinchando el pechero que daba gloria verlo.

Quiso ser peluquera, dependienta, maestra, manicura, aprender francés e inglés. Todo lo inició y abandonó dejándose vencer por su propia inercia, una natural galvana y los paseos, las meriendas, el cine, el mucho dormir y nadar.

—Y tú, ¿qué piensas hacer? —le preguntaban.

—¿Yo? Casarme —contestaba muy seriecita, muy segura de su destino, porque no solía reír, ya con su aire de emperatriz bizantina a cuestras.

Tuvo todos los pretendientes, paseacalles, plantones, mandamisivillas posibles y novietes cada semana. Versaban como a la miel. La abuela no se quería enterar. Un «ten juicio», «mira lo que haces», lanzado como quien no quiere la cosa y nada más. Rosario subió tres o cuatro veces, los domingos por la tarde, a los bailes de Igueldo. En seguida la solicitó gente de más que no los que subían al Casino al revuelo de las modistillas o tras el olor generoso de las fámulas. La pasearon señoritos. No se asustó de ir en coche, más o menos sola, más o menos cerca: a Pasajes, a Fuenterrabía, a Zarauz; aceptaba meriendas por el gusto de la merienda y lo mullido de los asientos de los automóviles. El halago a su ser le parecía natural y el ver los mozos rendidos y

pedigüeños. Mozuela, tuvo por carisma la experiencia de cien. Sabía cortar los vuelos de las manos cuando pasaban de la buscada casualidad. Teníalo todo como debido homenaje a su condición femenina.

Del 15 de mayo a mediados de junio pasábalo con su padre, en Teruel. Este, a su vez, venía un par de semanas a San Sebastián, por las Navidades. En la capitalita aragonesa les iba mal a los dos; a él porque se prohibía su diaria salida al Casino y su partida de ajedrez, a ella porque no tenía qué decir, sin temas, aburrída de lo estrecho de la villa y timidez de los galanes; sin amigas; que las que le proporcionaban las relaciones paternas eran mojigatas, de camisa y enagua, novio lejano y carabina; y no lo compensaba con la admiración producida por su natural desenfado. Además callaba sus cosas, amiga de hablotear de modas y películas, y unas y otras llegaban a Teruel con un retraso que le sabía a rancio. Faltábanles, a padre e hija, recuerdos comunes que les ligaran, nimios hechos pasados que sirvieran para fundamentar una conversación al repetir sin ton ni son los: «el día que...», «¿te acuerdas de...?». Sus recuerdos eran falsos, de hotel; faltábanles sucesos, babionadas que les encerraran en un pasado bobo, de habitación caliente y vivida. Después de mentar a la abuela y a las tías, el tiempo, tras el alabar de las galas, venía el silencio a complicar las cosas. En los últimos años, intentó don Leandro hacerla partícipe de sus estudios, pero la total indiferencia con que su hija atendió lo que él tenía por confesiones, le contuvo, herido. Los días eran largos y no había cine más que sábados y domingos. Rosario iba de paseo con las hijas del boticario mientras su padre atendía a su municipal función. De Teruel, quedábale a Rosario una imagen seca y polvorienta y un zumbar de moscas. Pero en medio de ese aburrimiento desesperado existía la seguridad de una ligazón, una tranquilidad pétrea, un poderse recostar en las palabras, en lo establecido; un pensar: «es mi hija», «es mi padre», al soplo de una mirada correspondida.

A los dieciséis años tuvo Rosario su primer novio «formal»; con lágrimas, celos, prohibiciones y gustosísimos manoseos. Era un mozancón costilludo. (—En la familia siempre nos han gustado grandes —decía la abuela). Los ojos pizarrosos; las manos, manazas; los pies encalzados de 45; la nariz recta; el pelo castaño claro a lo espín; la barbilla muy echada para adelante; el traje inglés; la boina pequeña a lo solideo. Hijo de un fabricante de impermeables del barrio de Gros; munífico y punto del Urumea, amigo de pelotaris y medio derecha del reserva de la Real Sociedad; tan comilón como buen bebedor, siempre tieso fuera cual fuera la cantidad ingerida. Celoso toro de su fierecilla, y ella como una pascua al considerarse garza encerrada. Conservador y católico, tomó parte principal en la organización de los mendigoitzales, formación activa del partido nacionalista vasco; bien visto de sus mayores y del clero, muy amigo de Pérez Garmendía, se hizo cargo con él de la defensa de Guipúzcoa el 18 de julio de 1936.

Para Rosario la monarquía era un vago recuerdo ligado a una muñeca grande, de trapo, proveniente de una casa proveedora «de la Real Casa»; pero nunca le habían gustado demasiado las muñecas. Rememoraba la algazara de la liberación de los presos el 14 de abril de 1931. (¿Qué tenía entonces: doce, trece años?). Los monárquicos eran unos cuantos señoritos que iban al café de Madrid, al Náutico, veraneantes con título: total, nadie. Los nacionalistas, eso ya era otra cosa, y si no ahí estaba Tomás —su novio—, para probarlo. No leía periódicos, ni sabía del mundo: al norte Biarritz y Bayona, al oeste Bilbao, al sur Madrid, y pare usted de contar. La sublevación la sorprendió e indignó.

—Ahora, en verano. ¡No hay derecho! Y la pobre abuela, ¿qué?

A la abuela no le hacía ni fú ni fá.

—Hija, ya he visto otras.

No hay viento que levante la tierra como los primeros días de una revolución popular, no la resube en polvo, sino en barro y hueso, a su impulso se hincha y aparece distinta. Todos los días son domingos. Todo retoño revive, se acogolla y enternece. Todo concurre, todo se suma para el entusiasmo de todos: las armas en la mano, como yemas, la desaparición del tiempo, el olvido del sueño. Rebrotan todos los mitos abandonados y están ahí, al alcance de la mano. Nuevo alcohol, crisopeya universal. ¿Quién duda del movimiento continuo? Todos creen en Dios. (¿Para qué entonces las iglesias?). La fe en un mundo mejor abrillanta el universo reverdecido, al alcance de la mano. Ni importa matar, ni importa morir. Todo es fácil. Dan todo por nada: el porvenir y el vino, la inmortalidad y la gasolina, el poder y los teatros, la fraternidad y los libros, las neveras y la igualdad.

Tomás, de mono, con pistola, con un coche nuevo que había comprado dos meses antes, anduvo de aquí para allá, sin parar. Los primeros días pasaron entre indecisiones. Indeciso el gobernador militar.

—¡Si nosotros estamos con la República! ¡Si nosotros estamos con el gobierno!

Indecisos los jefes del cuartel de Loyola:

¡Nosotros no permitimos que se dude de nuestra lealtad!

Pero, aprovechando el momento en que los decididos de la capital se habían marchado en dos columnas a Eibar, con el propósito de conseguir armas, echáronse los militares a la calle. Contra ellos lucharon todos: CNT, socialistas, comunistas y nacionalistas; obreros y señoritos; por Urbietta y Amara, en el María Cristina y en el Gran Casino, contra la Guardia Civil, los falangistas (seis mal contados) y los oficiales. Venciéronlos. Algunos de los derrotados se refugiaron en los cuarteles de Loyola.

—Esos, no los tomarán nunca.

Creíanse inexpugnables tras el Urumea. A los tres días se rendían los sitiados. Y eso que enfrente no había más que escopetas, pistolas y algunos paquetes de



dinamita. Pesaron más los pechos que las ametralladoras.

Mientras tanto Beorlegui y Solchaga avanzaban hacia Irún. Desde allí a Tolosa, en un frente de más de cien kilómetros, hubo, a los dos días de lucha, una caja de quinientos proyectiles por toda munición de reserva.

Disparad sólo a lo último.

—Me quedan tres balas.

—A mí, dos.

—Déjame un cargador, tan pronto como pasen los vagones te lo devolveré.

—Dame unos cartuchos...

Las manos vacías... El arma en las manos sin munición.

—Déjame unas del nueve largo, que mañana cuando llegue el barco te las daré.

¡Los vagones de Hendaya! ¡El barco de Pasajes!

—Esta noche han pasado.

—Anoche atracó.

—¿Los has visto tú?

—No, pero me lo han asegurado. Perico los ha visto.

—Juan Miguel me lo ha dicho.

—Tomás Arresti, el novio de Rosario, está en eso. Él lo sabe de seguro; se lo ha dicho el comisario especial de la frontera.

—Tres vagones...

—¿Cómo querías tú que un gobierno de frente popular, como el que hay en Francia, no dejara pasar armas y municiones para nosotros?

Y allí estaban las municiones. Allí tras el Bidasoa. Allí. Viéndose, a tiro de voz, a ojos vistas, allí, allí. Allí detenidas, estancadas, quietas. Produciendo más muertes, encerradas, que si las hubiesen dejado llegar a sus destinos. Cumpliendo su fin mortal, mataron certeramente a los que no las recibieron.

Una noche los ferroviarios de Hendaya cortaron la luz, quedó la estación a oscuras, intentaron encarrilar los vagones anhelados, a fuerza de brazos, hacia la frontera española. Los sorprendieron y encarcelaron. Frente a ellos, sin más plomo que el que recibían en las entrañas, lívidos de incomprensión y rabia, macilentos de impotencia, los españoles, con su sola sangre, abandonaron Irún, perdiendo la frontera.

Allí murieron obreros franceses, la sangre aheleada, acoceados, venidos la noche antes, verdes de rabia y vergüenza:

—Para que no creáis que todos son así.

El gobierno francés veía los toros desde la barrera. El barco llegó tarde, ya perdido Pasajes, y fue a descargar a Bilbao.

Por Gainchurriazqueta adelantaron los fascistas a cortar Rentería. En la tarde del 12 de agosto decidió abandonar San Sebastián cuando se tuvo la triste seguridad de

que los pertrechos no llegaban. Fuése la gente en camiones, autocares, coches, trenes, con orden y serenidad, sin embrollos ni confusiones. Los barcos tuvieron que esperar la marea alta, a las doce de la noche, cuando ya se oía la fusilería de los rebeldes.

Rosario y la abuela fueron a Bilbao, vivían en casa de una sobrina, con mucha chiquillería. La vieja enfermó de cuidado. Rosario se alistó como enfermera. Su calma y su serenidad la sirvieron y los médicos la tenían en mucho. No volvió a ver a Tomás, que cayó prisionero. Condenado a muerte acabaron indultándole después de haberle llevado tres veces al paredón y repetido otras tantas el simulacro de la ejecución. Salvóle la vida parte de su familia, residente en Pamplona, de lo más carca, que intervino donde pudo, y fue en muchos sitios, avalando lo avalable. Removió requetés, chischisbeó a obispos, empujó a Acción Católica, rebuscó en todos los falangistas conocidos: si no llega a tener primas guapas, del cuarto simulacro no le salva nadie.

En Bilbao la gente vivía en la calle, en las puertas de las casas, con la chiquillería alborotada, a mano, para poder correr más pronto a los refugios al producirse las alarmas. Las mujeres, sentadas en los quicios, hacían calceta.

El día en que la aviación al servicio de los rebeldes arrasó Guernica, Rosario salió para Santander. La abuela se quedó; no podía con la grasa que le ahogaba el corazón.

En la capital montañesa, Rosario prestó sus servicios en el Hospital Valdecilla. Fue evacuada, en el último momento, por mar, a Gijón.

Al llegar allí se había confiado en manos de don Luis Sarrasqueta, viejo socialista bilbaíno, encargado de una parte de la evacuación. Así desembarcó la joven en La Rochelle, después de un viaje horro de otras peripecias como no fuera el ametrallamiento del barquito por un avión. Don Luis era hombre que ya cabalgaba en los sesenta, todavía de muy buen ver: bajito, de calva muy bien cuidada al escondite de un pelo rubio que no dejaba parecer casi las canas. Bien afeitado, muy cepillados el traje y la boina, obra del cuidado de su mujer, muy metida ésta en su casa, sin hijos y avocada al marido desde siempre, y la iglesia desde antes. Luis Sarrasqueta era concejal socialista, no que tuviese la menor idea de las teorías marxistas, sino por amistad personal con un muy importante personaje político de ese tinte. La mujer de don Luis, Begoña de nombre, había heredado una casa de compraventa y él había ido surtiendo de chucherías y joyas a las numerosas daifas que fueron pasando por la entrepierna del gran político, lo cual fundamentó una amistad que los años no habían desmerecido. Su socialismo se consolidaba con un anticlericalismo intransigente que había sido la piedra de escándalo de las relaciones que mantuvo, contra viento y marea de toda una numerosa familia, con su actual cónyuge. Se casaron sólo por lo civil, lo cual constituyó la comidilla de la villa y procuró no pocas humillaciones a la joven. ¿Cómo pasó Begoña tal afrenta? La sola explicación era que «la tenía chalada». Tenía Luis, de joven, tal renombre de calavera, que ya el solo enunciado de

sus relaciones motivó a la novia unos disgustos tremendos; en ellos radicaba evidentemente la razón del matrimonio, ella emperrada y él chulapón, amén, quizá, de un oscuro deseo de convertirle, intento que fracasó estrepitosamente. Añádase que don Luis era muy bien visto de muchas señoras de la buena sociedad del Bilbao de entonces, y que él sólo había puesto más cuernos que toros se lidiaban en las ferias. El poder decir «es mío», y pasearlo del bracero por las sietecalles, había influido no poco en el ánimo y en la decisión de Begoña, muy cerrada y voluntariosa por otra parte. Casado, había seguido con sus juergas y trapicheos y aún ahora en que los años los habían aplomado tenía sus jaranillas los días de fiesta: lo que sucedía era que cada vez eran menos. Doña Begoña no tenía otro remordimiento que el no haber tenido hijos; suceso que las demás, benévolamente, atribuían a castigo divino. Inútil es indicar que Luis Sarasqueta era simpático y conocía los hechos, vidas, dimes y diretes de todo Bilbao. Zángano, todos le tenían por persona decente, y era efectivamente de lo más honrado que puede serlo un medio prestamista revendedor de joyas. Además era valiente; el año 17 procuró muy buenos escondrijos a varios compañeros suyos. Hizo entonces cuanto pudo y de nuevo habían recurrido a su serenidad cuando se trató de la evacuación de la Villa. Estuvo en todo; se negó a embarcar en el «Habana», prefirió seguir con los más hacia Santander. En Gijón encontró a Rosario Zamora, que conocía de San Sebastián. La abuela le llamaba —desde hacía cuarenta años— Luisito. El hombre no supo separarse un momento de ella. Una mañana se dio cuenta de que estaba enamorado de la guapa. Como no era tonto, procuró no hacer el ridículo en público. Ya en Burdeos se atrevió a hablarle.

Tan pronto como llegaron empezó a despenarla, cortejándola, un amigote de su novio, Ramón Arizmendi, que trabajaba en una oficina del gobierno de Euzkadi. El mozo era fino, chuzón y deslenguado. Delgado como hoja de cuchillo, siempre vestido de gris y la boina muy echada para adelante, sobre la oreja izquierda. Ella se dejaba querer. Después de los terribles días de Santander y Gijón, todo le sabía a gloria. Una mañana, sin saber exactamente cómo, se encontró en la habitación del mozo, y éste, sin pena, le abrió un mundo nuevo, le desbordó la savia por todo el cuerpo. Por entonces enviaron el joven a Barcelona; acordóse Rosario de su tía abuela y tras él se fue. Y tras ambos don Luis. A los ocho días el nebulón repasaba la frontera a salvamano con medio millón de francos en los bolsillos, para no volver. A Rosario, del tártago, más le dolió la carne que el alma. Herida, con la acucia del hombre, no imaginaba poder prescindir ya de lo que tanto le tardaba haber conocido. Don Luis, que en eso, como en otras muchas cosas, era lince, se lanzó al asalto revestido de galas de consolador platónico, y cuando la creyó más descuidada intentó ganarla para sus deseos. Ella no resistió. Y don Luis cayó en la chaladura; todos le vieron venir a menos, perder las carnes, la memoria, el tino. A los quince días, Rosario pensó durante dos minutos en su situación y notificó al viejo bilbaíno su

licenciamiento. Entonces la conoció Paulino Cuartero.

Don Luis se sintió viejo y se recostó definitivamente en el regazo de doña Begoña.

### 3. Rosario y Paulino

*2 de marzo de 1938.*

Rosario le esperaba. Paulino se paró a mirarla. ¿Qué le atraía? Se daba cuenta de que ni sus cejas, ni sus ojos, ni su boca, ni su talle, ni su talla, ni su cabello, ni su manera, casaba con su ideal femenino, si es que tenía alguno; ni sus posturas, ni sus intereses, ni sus gustos. Rosario no se parecía nada a las mujeres que al paso, al ojeo, al cruzar habían podido inducirle a pensar y sentir: ¡Qué guapa! ¡Cómo la querría! ¡Maravilla! Y sin embargo le arrollaba un empuje oscuro, sentíase envuelto en una llamarada oscura cuando se le reunía. Era otro desde que se dio cuenta de que Rosario le deseaba. Se revolcó en su alegría. El mundo —de pronto— desapareció. Ni siquiera luchó. Ni se hizo preguntas. Lejos de ella, generalmente, la olvidaba, mas de pronto la imagen de la mujer se le hacía presente como un trallazo. La figura se desvanecía y Cuartero volvía a su trajín cotidiano. No era bonita, pero los hombres se volvían a mirarla como si echase olor: nardos, canela, sobaquina. Rosario estaba quieta, mirando fija, sin interés, un escaparate. Sin impaciencia, pero notaba Paulino cómo toda ella era espera, sin que lo que sucediera en torno la rozara. No oía, no veía: le esperaba, le esperaba sin darse cuenta: plantada.

Pásale la mano por el antebrazo y ella aprieta contra su flanco el brazo de Cuartero. Permanecen sin moverse unos segundos, Cuartero ve cómo por el codo descubierto la epidermis de Rosario se eriza con los muertos volcanes de la carne de gallina.

Hacía una mañana de gloria. Las calles estaban poco concurridas. Domingo. Sol sin calor. Viento templado. La mayoría de los escaparates estaban cerrados, los unos por la fiesta, los otros obligados por la escasez de géneros.

Los domingos dan a las ciudades un cierto aire de cementerio. Cada casa con su letrero, a lo nicho: Ferreas y Hermano —Artículos de goma— Vilardel y Compañía —Géneros de punto— Comas—Camisería 1860. Se pasa por las calles como frente a colombarios. No faltan las fechas de los nacimientos ni las actividades y, como las tumbas, andan las casas numeradas. Silencio de domingo. Los cementerios preceden a las ciudades, las manzanas, cuadros, enumeraciones proceden de... ¿En qué estoy pensando?

Había adelantado el brazo hasta enlazar sus dedos con los de Rosario y la llevaba cruzada, cogida como una presa. Como casi siempre, no hablaban; sentía, cada cuatro o cinco pasos, cómo las caderas de Rosario rozaban las suyas. El pelo negro ondulado con mucha agua reflejaba la luz. Un peinado complicado, de peinadora. Un peinado de dos puntos. Llevaba un cuellecito blanco de colegiala. Una chalina con motas. Su brazo contra su cintura. La ciudad olía a sol. Tomaron el Metro hasta la Plaza de

España. Por la calle de Lérica entraron en el recinto de la Exposición y subieron a la Rosaleda.

—¿Qué hay, Charito?

—Nada.

Y a los diez pasos:

—¿Y tú?

Paulino Cuartero no contestó; cogiéndola por los codos se puso a escudriñar sus ojones, sus enormes ojos bizantinos. Luego se acodó a su lado, en la balaustrada. Diez metros bajo ellos se agrupaban arbustos, zarzas, un pino, adelfos. El tejado de una casa, un paisaje corto y, a lo lejos, de pronto, la lejanía dorada y rosa de la ciudad entera.

Estoy lleno, piensa Paulino, lleno. ¿Lleno de qué? Desbordando. ¡Ay, Rosario, no lo sabrás nunca porque no hay palabras! Si te digo que reboso, que me salgo, ¿qué entenderías? Música. Sí, Rosario, yo quisiera saber cantar: lo que yo quisiera ahora es saber cantar. Si me preguntaran ahora: ¿qué quieres?, escoge en el mundo entero, sólo pediría eso: saber cantar. Rosario, si te digo que te quiero, miento. Quiero el mundo que me das esta mañana. Quiero el mundo a través de ti. Me quiero a mí mismo en ti, quiero mi olvido, la desaparición de los recuerdos y de los remordimientos, quiero el presente. Quiero el día 2 de marzo de 1938. Te lo debo a ti. Te quiero, Rosario.

Bajaron a comer a la Font del Gat. Había poca gente. Enfrentados, Paulino manoseaba los cubiertos. Le parecía que de él a Rosario existía un puente que los unía, una corporeidad que les alejaba de todos, que les creaba un profundo hoyo donde desaparecían del mundo de los vivos. Se sentían solos Y desde su pozo les parecía que el mundo brillaba para ellos *solos*.

Volvieron andando al cuarto que Fajardo les abandonaba. Completamente olvidado de todo, Cuartero había pasado su brazo por la cintura de Rosario. Sentía sobre su costado el costado elástico de la muchacha. «¿Qué? —se preguntaba—, ¿lo bello y lo bueno?, ¿eh?, ¿lo bueno y lo bello?, ¿eh?». Y no podía dilucidar la broma que él mismo se gastaba. Las ideas se le confundían en un remolino. Todo daba vueltas traidoras y tontas. Sólo era firme el tronco al que estaba abrazado. Náufrago de un mar de aceite que se revolvía en redondo, traidor, lento, en la tarde del domingo solapada. Pero sobrenadaba agarrado. Feliz entre tanta desolación, ante tanta muerte, entre tanta nada, entre tanto silencio, entre tanto asfalto caliente, entre tanta rama que empezaba a verdecer.

—Que me haces daño —le dijo Rosario, agradecida, sonriendo.

¿Cómo quieres que me diga que es Rosario? Quizá no es. Está. Existe. Esa es su mayor virtud. Se siente vivir. Cuando la veo me doy cuenta de que el mundo es. Está. Acepta las cosas como son. Se interesa por los problemas inmediatos. Vive sin fantasías. Le gustan las cosas sencillas, los sentimientos sin complicaciones, le

molesta el telégrafo, las fotografías, las flores en los búcaros. No entiende la ironía, no sabe lo que es el humor. Le gusta el campo, la naturaleza, no entiende nada de pintura ni de música. En otras condiciones de vida, quizá fuese una mujer insoportable; ahora es una maravilla. Lo mismo le da que haya chocolate como que no. Lo mismo le da ir vestida de una manera que de otra.

Por las calles estrechas, por las plazas, el campo, los viales, la maleza del monte, a Paulino Cuartero nada le parece real. Tiene la sensación de que lo plantan todo alrededor para acompañarle, que el mundo es decorado, que cuando, desde lo alto, mira la ciudad y el mar extendidos abajo, acaban —un segundo antes— de disponerlos para que los pueda mirar, que la naturaleza es cuadro. Lo que importa, lo que existe, lo que abulta, es Rosario. Lo demás es salsa, añadidura, fondo, foro. Rosario plantada enfrente, ahí, palpable, existiendo, viva: Paulino se siente aire, árbol, paisaje, alrededor. Paulino Cuartero ve sus brazos y todo él se siente brazo, con ganas de abrazar al mundo; el mundo, por un fenómeno inexplicable, es Rosario, únicamente Rosario y teniéndola a ella, siente tener todo el mundo. Y, de rodillas, Paulino Cuartero da gracias a Dios, al Dios de luz, al creador, de haber conseguido reducir el mundo a forma abrazable para él: el viento, los colores, los breñales, los setos, la hierba, el mar, la ciudad entera, la lluvia fina es Rosario. Paulino Cuartero va por la calle sintiendo que las casas, el tranvía, las aceras, los hilos del teléfono, las antenas, la luz eléctrica, todo está en Rosario. No puede ni asombrarse del milagro, porque su propia sombra, todo lo que sale de él, está en Rosario.

Suben cogidos del brazo por una calle cualquiera, no tropiezan en los bordillos de las bocacalles porque lo saben todo, lo adivinan todo; no dicen nada, no hablan nunca. Nunca abren boca como no sea para besarse. Se paran en un rincón —huele mal y no huele—, se paran en un zaguán, se paran contra un árbol y se callan. Paulino coge el brazo de Rosario, le aprieta la muñeca sintiendo descansar en su antebrazo d antebrazo firme de Rosario. En la firmeza de la carne de la muchacha Paulino recuerda la firmeza del agua del mar cuando se adentra nadando, el recuerdo de los troncos de los árboles por los que nunca trepó, la suavidad de los lomos de los caballos a los que no subió nunca. Suelta el antebrazo y cógela del talle, ella le mira y van andando, andando por las calles de la ciudad sin decirse nada. Las calles se vacían, ellos pasan, se paran, se miran, se besan y siguen. Se sientan en un banco, graves. Ninguno de los dos sabe sonreírse, ella deja caer su cabeza en su hombro, él le coge con la mano el hombro contrario y lo siente independiente, firme en ella como un bicho vivo, un palomo, un perro pequeño. En su cuello y en su mejilla los pelos de Rosario se revuelcan como una espuma eterna. Se quedan quietos, mucho tiempo.

Rosario se deja querer, adivina la pureza de Cuartero y se la atribuye a ella.  
—Quiéreme —le dice con suavidad—, que no sabes lo que tienes.

¿Es tonta? ¿Qué más da?

*Je sais qu'il est des yeux  
des plus melancoliques  
qui ne recelent point  
de secrets précieux.*

¿Tonta? ¿Y qué? Tonto tú, tonto él. ¡Tonta! ¡Qué importa! La quiero tonta. La quiero y me gusta. Si a ella le gustan los peces, ¿qué más da? Una mujer siempre es un poco tonta. ¿Un poco más, qué más da? Se hunde y revuelca en mí. Delfín. Sólo piensa en mí, sólo me quiere a mí, sólo se pega a mí, sólo tiene gusto conmigo, sólo sonrío cuando me ve, sólo se alegra de pasar el tiempo a mi lado; verme, tocarme, mirarme. ¿Si es un poco tonta, qué más da? ¿Para qué quiero las listas? ¿Para que me mortifiquen? ¿Para que adivinen lo que pienso y me vean venir? ¿Para que me digan no hagas esto ni lo otro? ¿Para que vea en sus ojos la sandunga o el reproche? ¿Para qué lista? ¿Es que para tener un pecho bien formado se necesita ser inteligente? Queda todo el día, que si patatín, que si patatán; para eso están los cafés, los amigos, el ministerio, el cine, el periódico, el chamelo. ¿Tú crees que lo digo en broma? ¿Crees que me tomo el pelo? ¿Qué hay humor en lo que digo? ¡Cá! ¡Qué poco me conoces, *ahora!* Cuartero recalca el ahora. ¿Tan cambiado me encuentras? Contra los tanques sólo sirven tanques, contra los aviones sólo hay aviones. Lo que importa con las mujeres es avenirse con ellas, que lo demás se lo dan a uno por añadidura. Además siempre es un remedio que si por desdicha no te entiendes con la que amas, ya puedes darle las vueltas que quieras, no hay componenda, no hay garfios posibles. Créeme Paulino: la tienes ahí, presente, tuya, entera, dura, pétrea, a cada momento, cuando te apetece, en la esquina, en el suelo, en el techo si se te antoja. Calco.

—¡Estás salido, Paulino!

—No, sino muy en mis adentros.

Lo olvido todo, todo se borra. Me doy cuenta luego porque los años me hacen, a ciertas horas, mirarme desde fuera; que todo es espejo. Me quiere, me quiere a mí, y no por costumbre y no por dinero, por nada, porque sí. Y aún hay idiotas que no creen en Dios.

—Estás chocho.

—Sí, a paseo la admonición. Pero ahora admiro todo lo pequeño y lo vivo, sin que me importe la opinión de los demás. Me basta. Se vale lo que se es; para aparentarlo necesita uno de los demás. Por eso los listos viven sobre los hombros de sus contemporáneos aunque al desaparecer éstos caigan en la misma muerte.

—Es tonta y la quiero. No, no es ni tonta: existe y no se preocupa de más. Y la quiero, ¿te das cuenta? La quiero.

—El que no acaba de darse cuenta eres tú.



—Sí. La quiero porque es mía. La quiero porque la veo salirse de sí conmigo. La quiero porque es agradecida. La quiero porque se me somete.

—Todo eso son explicaciones que intentas darte. La quieres y no sabes por qué. Es un milagro.

—No, es lo contrario de un milagro. El milagro no tiene explicaciones y aquí tengo mil. El mundo a través de ella me parece otro.

—El cambiado, tú.

—Sí, y esto es lo que me asombra. Ha hecho nacer en mí el deseo, la acucia... y los celos.

—En resumen: la felicidad completa.

—Tú lo dices. Y lo que me asombra es que no siento el menor embarazo frente a Pilar, ni se me remueve la conciencia. Nada. Como pez en el agua. La quiero, Paulino, la quiero. ¿Te das cuenta? ¡La quiero! Ahora, cuando nada hacía presumir nada.

Cuartero había subdividido su vida sin dificultades. Pasaba con Rosario parte de la tarde y la primera noche, cenaban al azar y la acompañaba hasta el portal de su casa. En su ceguera no se dio cuenta de que Pilar lo adivinó todo desde el primer día. Su amabilidad para con ella fue su primer delator y cierto aire ido y superioridad manifestada con una condescendencia nueva en sus modales. Pilar se sintió más herida de su ingenuidad que de su desamor. Nunca abrió boca acerca de ello, que su orgullo no se lo permitía. Ese orgullo que era el peor de sus cilicios y la razón verdadera de sus desavenencias conyugales. Cuartero notó únicamente reflejado en los ojos de sus hijos el nuevo tormento de la madre, traspasada de hiel y desprecio. Sin saber a qué atenerse cayó en la misma torpeza aumentando amabilidades. Que él todavía quería a Pilar, a la Pilar que había querido, y nunca acababa de comprender que aquella Pilar era ésta del tiempo presente.

Se le iban las ideas como volutas, revolviéndose tras las palabras:

Eres mi fin, que finar no quiere decir sólo morir, sino desear con ansia. Eres mi medro y mi fin: mi centro, mi muerte. Te fino. Tú al finarme me defines, que el fin justifica los medios y acaba con ellos. ¿Qué es el fin sino el sino de los medios? No tengo más fin que tú, ni otro remedio. Que no hay más remedio del medio sino el fin, que es el finar, y el fin del finar, morir: cabo obligado.

Paulino Cuartero piensa ahora, muchas veces, en la muerte. Nada le produce mayor sensación de vida, de continuidad, de gloria. Nacer para morir, prodigioso correr hacia la catarata inevitable, fluir constante y —sobre todo—, ese saber del finar y de lo irremediable le da una tranquilidad profunda, una seguridad en lo singular de su sentimiento. La muerte le asegura que —sin duda alguna— su pensamiento es suyo, su albedrío libre. Singular —ésa es la palabra—, no repetible; para él solo. Para él y para Dios —y, desde luego, no para los protestantes ni los

predestinados. ¿Cómo pueden vivir los que creen que todo está escrito? ¡Gloria del catolicismo! Reconocimiento de la grandeza del hombre, único responsable de su muerte...

Nos hemos dormido. Duermes. ¿Qué hora es? La una y media. Te dejaré dormir hasta las dos. Bizantina. Pero quizá más la dama ibérica del Cerro de los Santos. Lo primero que tendrían que hacer los fascistas si ganaran es pedir la restitución de la Dama de Elche. Duermes: el misterio de la marea de tu pecho, tierra mía. Duermes, no sabes lo que eres: una miga de pan sobre tu escote y un ligerísimo mador que refleja la luz como si tu piel fuese arena de playa recién librada del mar. El obsesionante vaivén de la vida. Respiras, vives y no sabes quién eres.

Un marbete: Rosario. Nadie sabe que estás aquí. Estás sola: caliente, viva, inexistente para todos y viva para mí. Inexistente para ti misma, dormida. Me das tu sueño y tu presencia para mí solo. Lo más que puedes ofrecerme, queriendo y sin querer: estás ahí sin remedio, como esa migaja de pan tostado, que casa con su color, peca candel.

Cuartero esperaba a Rosario en la esquina de Clarís y Lauria. De la cantonada salían los oficinistas, sin bulla, a la caída del día. Cuartero, apoyado en un plátano de Indias, veía caer la Vía Layetana hacia el puerto, hundiéndose en las vitrinas del atardecer. Íbanse de bracero, sin hablar, que un atardecer de guerra mata todas las luces, dejando sólo la de Dios, que en marzo se va todavía pronto. Los tranvías son pocos. Los coches avisan con un abrir y cerrar de faros que descubre perspectivas conocidas, aunque las paredes cercanas cobran de pronto, iluminadas, importancias insospechadas. Por lo agrio de una cuesta un auto lanza sus faros al cielo y un ánimo poco templado los asimila a los reflectores: la reflexión trae la calma. Caíales a ambos el atardecer como un sedante; contentos de saberse juntos otra vez, andaban muy despacio.

Objeto de mi deseo, objeto de mi satisfacción, reconstrucción de mi unidad, conducto de mi yo que me vuelve a mí mismo, a deshacer y desvanecer lo que había huido de mí: el deseo. Me reencuentro, me reabsorbo en ti. Y de la misma manera que Prometeo robó el fuego, te robo yo a ti. De la misma manera que el salvaje frota dos maderas, la una hueca, la otra palo, de la misma manera me ludo contigo hasta producir llamas. Celos del aire, ansia de soledad. Incomprensión de lo duradero, creencia de que la cosa amada se va a deshojar, a ajar, a irse, que se la van a llevar. Celos y sentimiento del tiempo perdido; que no estar a tu lado es ganancia irremisiblemente ida: luego, por mucho que te tenga, vea, oprima y exprima, el tiempo que no te vi lo pierdo.

—¿Qué hacías? ¿Dónde estabas? ¿Quién te vio?

Contra los celos: presencia, tiempo en la mano. Y si no: ¡Qué no la vea nadie! Que permanezca sola, porque lo que más se parece a mí es la soledad. Por la noche

quisiera soñar, pero ahora mis noches transcurren como plomo, sentimiento del tiempo perdido y celos de mi propio sueño que no quiere dárteme...

¡Cómo se acogollan tus pechos en mis manos!

Rosario despertaba.

¡Cómo sube hasta tus labios la expresión dorada de todo tu cuerpo! Cuando machihembro mi lengua a la tuya me parece que todo mi cuerpo es boca, que mis brazos son lenguas, mis dedos dardos. ¿Qué milagro reúne en tan breve espacio encarnecido la suavidad de tu epidermis y la furia de mi lucha contra la incogible expresión patente de lo inalcanzable en los labios de tu boca? Sobre la epidermis, Rosario; por eso te muerdo, pero sobran mis dientes para adentrarme del todo en ti. Eres mía, soy tuyo, pero tú eres tú y yo soy yo. Tus labios son el dibujo de mi deseo, el castro desde el que se atalaya el empuje sin huelgo que me mueve hacia ti.

Eso que nace de ti...

Cuartero la veía salirse, dispararse de sí creada por él, como una nave que se fuera mar adentro, cargada no sabía con qué. Pez que se desovaba. Viento y mar gruesa.

Le asombraba su concepto simplista del amor. Cuartero se preguntaba si aquella manera de ser era cosa del barranco que separaba sus años de los pocos de Rosario. Se le quedaban en la garganta los adjetivos y los diminutivos por temor del ridículo. Rosario se entrega a discreción y sin ella, como la cosa más natural, y Paulino no acababa de crearla enamorada. O, a lo mejor, pensaba: se murió un mundo dicho y redicho nacido con el romanticismo, el universo de Rousseau. Se acabó el amor con florituras. Rosario vive sin tiempo que perder, amor rápido, de pasada, blanco, contra los sentimientos verdes del campo provenzal o el amor negro del desierto africano.

Rosario se amodorraba de nuevo tras un larguísimo beso. Cuartero, con su amante entre los brazos, se deja ir otra vez por la corriente laxa de los pensamientos a la deriva:

La palabra que nace de esa palabra que destiñe, esa palabra que va tomando forma y que sin saber cómo ya está ahí: hecha, construida, teoría de sonidos que de pronto se arquitectura, ya molde para siempre. Se piensa por ladrillos, adobe tras adobe. Quién piensa en piedra seca, quién en polvo, quién moleña, quién cemento. Las palabras me van haciendo. ¿Y los actos? ¿No están hechos los actos de palabras? ¿De polvo de palabras? ¿De músicas? ¡No! No tiene nada que ver. Todos estos sentimientos que van buscando palabras en que construirse y que acaban yendo a las palabras sin remedio... La inteligencia es arte de saber expresar en palabras sus sentimientos. Que una vez dichas las cosas transfórmase uno en ellas. Nunca se escribe exactamente lo que se quiere; las palabras se pasan y dicen más de lo que suponías. ¡Qué luz! ¡Qué canto! ¡Qué agradecimiento! Cuando se quedan cortas y cojas, ¡qué amargura!, ¡qué ahogo!, ¡qué desesperación! Dicen que la gracia se gana... Pero mil veces me ahogo sin alcanzarla, tristísimo Leandro. Un gran escritor

puede, quizá, no creer en Dios. Toda la desesperación humana radica en la imposibilidad de expresarse con exactitud. Desesperado deseo de inteligencia: por la boca no muere sólo el pez. La atracción de los filósofos por las matemáticas es el desesperado esfuerzo inútil para explicarse de la misma manera que dos y dos son cuatro, como si pudiese uno explicar lo que son dos. Roemos las hipótesis agusanados de incertidumbre. Los que no cren en Dios, ¿cómo pueden creer que uno y uno son dos? Si te pudiese decir lo que eres para mí, Rosario: flor, fruto, fruta, pájaro, voz, deseo. ¡Si pudiese desentrañar, escuchar, ver tras este velo, esa niebla, esa falta de saber, que es falta de palabras, esa bruma, esa imprecisión, esa inexactitud, estos fantasmas, estas apariciones de mi propia imaginación! Verte tú, mi yo, y vencer la impotencia de decirte por qué te quiero, ligazón de terciopelo, ahogo, vapor desconocido, atadura sin cordel, red deshilada, pero red. Por eso se calla uno y ama en silencio, dulcísima mudez de mi mano frizando tu vello, ligado al «temor desacordado» de que tú, mi prenda, te escapes por las rendijas de mi voz callada. Recurren otros al canto y a los secretos, a imágenes y a alegorías. Pero el silencio es prenda de amor (y la soledad indivisa), crédito que te concedo en supuesta reciprocidad. Ni duermes, ni velas: deseas: un tiempo, una temperatura —rasgada de fusilazos—, un derrame total del ser. Ser el agua que te cubre; funda, estuche, madre, cauce de tu caudal completo. Beberte, sorberte, de nuevo renacida por tu ombligo. Si supiera por qué te quiero no te quería. No se sabe por qué se quiere ni por qué se ha querido, ni por qué se deja de querer. Eres la imaginación de mis sentidos: imagen de mi deseo. Sin lengua: quedan tus brazos, tus niñas, tu cuerpo, tu mirada, fuente de engaños. Quisiera abrirme en canal para que me vieras en sangre derramada.

—¿Te duermes? —dice, en su sueño, Rosario.

—Sí —sigue vagando Cuartero.

¿Comprendes? Te miro y me das confianza en la vida. Tu existencia me asegura que ganaremos la guerra, como si fueras un paisaje. Todos los lugares comunes, todas las imágenes manidas: tu frente, marfil; tus labios, clavel; tus dientes, aljófara; tus mejillas, melocotones; tu cintura, tronco; tu lengua, fuego; tus muslos, cintura; todas las metáforas gastadas, todas las frases hechas se corporeizan en ti, todo se dignifica, perdiendo su costra de redicho, y destilan verdad imperecedera.

—Debe ser tarde.

Bésame, flor. El amor es tu única manera de sentir el presente: lo que es, fiel, cenit: ni lo que fue, ni lo que será. Esto que es y escapa a los demás... ¿Qué me lleva hacia ti, Rosario? ¿Qué imán? ¿Quién, de ti o de mí, es hierro? ¿Qué me traes? ¿Qué te llevo? Te conozco porque me regalas lo que ignoraba de mí, porque me descubres, conquistadora, tú, Rosario, descubridora de mis entrañas. Todo esto que resiento lo llevas escondido y desconocido. Eres mi propio ser que dormía. Fuente mía. Mágico prodigioso que con tu sola presencia y aposición de la mano has hecho crecer en mí

árboles nuevos. Me voy conociendo, conociéndote. Te quiero, por lo que me das. ¿Estaré con el pueblo por lo que me pueda dar? Afán de justicia, eterno norte imaginario del hombre.

Pero la verdad... Para huirla Paulino pasa la yema de su dedo índice por el perfil de la mejilla de Rosario, buscando una falla, una ranura, un por qué: quedóse quieto en el hoyo de la barbilla.

Nada me despegará de ti, sino la fuerza. El tiempo.

—¿Qué hora es? Debe ser muy tarde...

## 4. Un suceso enrevesado

1.º de marzo de 1938.

López Mardones<sup>[3]</sup> entró en el despacho de don Luis Monllor, en las oficinas del Servicio de Investigación Militar.

—¿Usted se ocupó, hace un par de meses, de averiguar algo acerca de una tal Isabel Rubió?

—Sí.

—¿Y qué?

El chivato se dio perfectamente cuenta de que aquel jefe conocía su informe y fue directamente a la conclusión.

—El señor Rivadavia consideró que no había motivo de seguir adelante.

—¿Cuál es su opinión?

—Forma parte del Socorro Blanco. Será difícil de probar. Está bajo la protección del...

—Ya lo sé. Ahora no se trata de esto. Desaparecieron unos planos del Estado Mayor Central.

—Y...

—No me interumpa.

López Mardones se metió en su concha.

—En esto no hay problema; se los llevó un capitán. Lo detuvimos. No se le pudo sacar nada, pero los planos llegaron a Burgos, pasando por Perpignan.

Monllor se calló. López Mardones no chistó, en venganza.

—¿Usted cree que esa señora puede ser una intermediaria?

—Como poder... Ella sola, no.

—Aunque usted no es agente del SIM, ¿quiere encargarse de hacer unas averiguaciones?

—Sí.

Y enlazó en seguida, dándose importancia:

—¿Ya soltaron a Mario Peruzzi?

—¿Quién es?

—Un italiano. Anarquista... Lo detuvieron a raíz de esa investigación mía.

Monllor lo preguntó por teléfono.

—Sí, hace quince días.

—Gracias.

—No se duerma.

—Descuide. Tendrá un informe diario. Saludó y se fue.

La verdad es difícil de alcanzar —piensa Monllor—, y si no fuera por chivatos, denunciadores, indicadores y rufianes de varias especies, ¿dónde cogerla? La nequicia, la venganza y el afán de lucro llevan de sus luces la mano de la justicia.

Monllor era persona decente y bastante bruto, justiparado para el cargo en tiempo de paz, demasiado vehemente para la guerra, a pesar de que sabía rectificar criterios aunque a veces fuera tarde para todos; además muy aficionado a la zarzuela: las sabía todas de memoria y era la mejor manera de abordarle cuando había que alcanzar un favor.

—Don Luis, ¿de qué es esto? —y el pedigüeño lanzaba florituras.

—De *Cuadros disolventes*, o de *La gatita blanca*, o del *Niño judío*...

Y el jefe del departamento se ponía a tararear con una excelente voz de barítono.

Josefina González de Lara, la segunda dama de Barcelona, daba a López Mardones lo mismo que a su marido, embargada por la importancia y drogas del chulo: los ternos ceñidos a las posaderas, el pelo barnizado e inmovible, los subentendidos de su importancia y los cigarrillos rubios conseguidos en la arrendataria con tretas rastreras, compromisos fingidos y amistades de toma y daca. Su tema cotidiano: no comprender por qué Teresa Guerrero disfrutaba de mejor camerino que ella. No le importan papeles, actriz que es por puro oficio, hija y nieta de actores, como hay encuadernador hijo de encuadernadores: nunca pensó ser otra cosa. Ni le importan las comedias, sino el número de representaciones y las entradas, ni lee de las críticas más que los juicios acerca de la interpretación. Si le aplauden un mutis, no hay obra como aquélla. Importa la paga. El teatro es coto cerrado de los sindicatos, del oficio. El teatro es una industria: no anda descaminada. Actriz discreta, llegará a excelente característica: todas las actrices españolas llegan a ello si la edad lo permite: a quince funciones semanales, muy brutas tendrían que ser para no alcanzarlo.

—¿Teresa? Más fascista que Queipo. No lo oculta. Le hago tragar una de quina...

—¿Viene mucho por aquí uno de gafas, cojo, médico?

—¿Quién? ¿Templado?

—¿Le conoces?

—Sí. Me lo presentó ella. ¿Es amigo tuyo?

—Cómo no. Fíjate en qué gentes vienen. Me interesa.

—Esa gran... de la Cristina ni me saluda. No sé qué se habrá creído.

—La virginidad otorga privilegios —dice con malicia López Mardones.

—¡No te fastidia!

El marido de Josefina es barba, descolorido del afeitado y caricaballuno; gabán

forrado de pieles heredado de un tío suyo que fue tenor de fama. Tiene la voz poderosa y el temperamento débil. Hombre grave que no se entera. Debutó con doña María y don Fernando; desde entonces no hay teatro.

—La Pino, sí. La Pino... Pero...

Lleva los cuernos con dignidad eclesiástica, mira al mundo con condescendencia. Ocho campañas en América como ocho laureadas. Desprecia a las mujeres, desprecia a los autores, desprecia a los críticos, desprecia a España, desprecia a América, desprecia al mundo, lo desprecia todo menos los toros, Shakespeare —que no ha leído— y el café. Su amigo López Mardones le ha hecho ingresar en la policía secreta. Ya no se le resiste puerta, ni fila, ni guardia, ni consigna. Ramiro Garizurieta no ha prestado todavía servicio, pero los prestará, él no puede rebajarse a trabajar en menudencias. Ni siquiera lleva pistola. Se sienta en los cafés a oír. Si cualquiera le viene con chismes él los corta:

—Calla: ¡tú que sabes!

Está al cabo de todo. Vive, todos vivimos en el mejor de los mundos, el gobierno es excelente, la guerra va bien, los funcionarios cumplen su cometido. Ramiro Garizurieta cobra su sueldo en el teatro, no trabaja y se pasa el día de tertulia en tertulia. Se siente un poco Diablo Cojuelo por el poder de la credencial que lleva muy escondida, cosida en el forro del gabán de pieles. Se cree con la fuerza suficiente para levantar tejados y ver lo que sucede en el interior de las habitaciones, nada se le escapa, puede mirar por los ojos de las cerraduras sin que le remuerda la conciencia. López Mardones, dándose golpecitos con su larga boquilla en los dientes de oro, que son muchos, le dice:

—¿No piensa que Teresa Guerrero podría tener relación con el Socorro Blanco?

—¿Quién le ha contado a usted esto? ¿Pepita? ¡Bah! Cosas de mujeres. No haga eso.

López Mardones no insiste. Sube el día siguiente a la Bonanova a ver a Monllor, y adopta frente a él su estilo de hombre exacto, preciso y seguro de sí mismo.

—Llame a un avisador nuevo que ha ingresado en el Teatro Barcelona; le puede tener al corriente de lo que oiga en el camerino de Teresa Guerrero.

—¿Piensa que puedan tener relación ambas cosas?

—No sé. Pero creo que por «ellas» quizá lleguemos al ovillo.

Monllor hizo llamar a Julio Jiménez y procuró tranquilizarle cuando éste supo con quien hablaba.

—Yo poco le puedo decir. Hablar ya hablan. Ya sabe usted lo que son las mujeres. Si no machacan no están contentas. Que si ésta, que si aquella.

—¿Y de política?

—Mire usted, cuando hay poco de comer siempre se mete uno en políticos.

—Pero...



—Mire usted, la hambre siempre la acaba pagando el gobierno.

—Esté alerta. Cada servicio le será pagado con cinco duros. Si es de importancia, más. Ahí tiene cincuenta pesetas.

—No señor, gracias. Si lo hago será por la República. Por el bien de todos.

Así es de grandilocuente Julio Jiménez cuando se emociona.

Teresa Guerrero avisó a Templado de que por fas y por nefás le insidiaban que ella era fascista.

—A lo mejor no vas a volver por aquí.

—Estaría bueno.

—Me parece que a ti te incluyen en el numerito.

—No hagas caso.

Al salir tropezó Templado con López Mardones.

—Enhorabuena —le dijo este último.

—¿De qué?

—Me han hablado de una intervención tuya. Que salvaste anoche al chico de Fornos.

Era verdad. Con la adulación se le dormían a Julián los resquemores, que nunca le hurgaban muy hondo.

—Yo siempre te defendí.

—¿A mí? —dijo sorprendido Julián—. ¿De qué?

—Siempre sobran amigos.

—Habla.

—Digo el pecado, pero no el pecador. Pero ándate con cuidado. Hay quien no te quiere bien.

—¿A mí?

Siempre se extrañaba de tener enemigos.

—La gente es ciega —prosiguió López Mardones.

—A mí no me vengas con acertijos. Los enigmas para el gato. ¿De qué se trata?

—Nada serio. Pero ándate con ojo y ¡chao! Que me esperan.

A ése le rompo yo la cara, se dice Julián Templado al salir a la calle. Sabe que no lo hará: jamás alzó la mano contra nadie, razón de algunas derrotas sentimentales.

López Mardones fue a ver a Peruzzi, que vivía realquilado en la calle Baja de San Pedro.

Mario Peruzzi era hombre más bien alto, de cabeza alicaída como si le pesara más la mejilla derecha por mor de un bulto que allí florecía, la nuez a lo Teide nutrido de malezas, que se afeitaba poco y mal. Gafas de oro, poco pelo y enrevesado y la cincuentena vencida. Albañil para la cédula, garibaldino y anarquista; a consecuencia de palizas repetidas, una vez, viéndose en las laderas contrarias, pasó a medio servir la policía sin que sus compañeros se formalizaran demasiado, aunque le costara

cambios frecuentes de residencia. Rendía servicios a ambos bandos sin perder su posición frente a los problemas del mundo y aun a veces se justificaba ante sí mismo pensando que otros lo harían peor. Había pasado la frontera el 20 de julio y le recibieron en andas, como a todo extranjero que venía a luchar con nosotros. Ocupó un cargo importante en Transportes hasta que compatriotas suyos expusieron sus dudas acerca de sus posibles actividades; se le fue dando de lado, él no se empeñó y fue viviendo de oficinear aquí y allá. Los anarquistas abandonan difícilmente un antiguo compañero y olvidan con facilidad agravios si el acusado promete no reincidir. Y siempre hay oposición dispuesta a aumentar su número sin hilar muy fino. Se agregó a los enemigos de la participación de los ácratas en el gobierno y tomó parte activa en los sucesos de mayo. Vivía con una florista de la Rambla, gordinflona y de voz ronca, en un piso oscuro y húmedo. López Mardones le conocía porque el hombre, además, hacía contrabando de tabaco.

El italiano no le ocultó su sentir.

—Aquí ya no hay nada que hacer. Esto se acabó. Con lo de mayo desaparecieron las últimas posibilidades de hacer la revolución. A mí entre Franco y Negrín lo mismo me da. Yo no tengo nada que hacer aquí. Además los tuyos me quieren picar. Menos mal que sé todavía dónde tengo los ojos y los pies. Pero me quiero marchar; a ser posible por las buenas.

—Si me ayudas creo que tienes el pasaporte.

—Habla.

—¿Tienes tabaco?

Mario Peruzzi miró a López Mardones de reojo.

—¿Y medias de seda?

—Venga, sigue.

—Si no, yo te lo proporcionaré. Y chocolate y jabón.

El italiano tosió y escupió en su pañuelo; miró el esputo y se lo guardó en el bolsillo. Entró la mujerona.

—Ustedes perdonen.

El italiano hizo un gesto y la mujer salió.

—Irás al Teatro Barcelona, preguntarás por Josefina González y ella te presentará a dos damiselas. Haces tu negocio. Procura amistarte. Nada tonta como lo ilegal, aunque sean pastillas de jabón.

—Tengo la seguridad de que son de la Falange. Quiero saber cómo han salido unos documentos. Posiblemente te recomendarán a amigos. Sabes que por las malas no vas a salir de aquí; te tienen muy puesto el ojo. Si sirves puedes contar con el paso de la frontera.

—Ya veremos.

López Mardones se cruzó con Julio Jiménez en el antedespacho de Monllor. Entró.

—¿Ha traído algo interesante?

—¡Bah! Que si guardan los billetes de las series prohibidas.

—¿Quién les dio la lista?

—Cualquiera sabe. Todos la conocen. Le he indicado que averigüe si oyen la radio facciosa. Y dónde. Se le ha ocurrido emplear a su mujer como camarista de las niñas. Se ha puesto enferma la de tanda. ¿Y usted?

López Mardones expuso su plan: ponerles sobre la pista de la posibilidad de adquirir los planos de los nuevos motores americanos de «los chatos». Si hacían por obtenerlos, trincarlas.

—¿Cómo hará?

—Cada cual tiene su policía.

—Allá usted. Pero las cosas a medio hacer no. Los falsos planos ya se los facilitaré yo. Lo que importa es saber cómo los transmiten. El punto de llegada en Perpignan.

—Tendré que ir allá.

—Bueno. Le daré un pasaporte mañana.

—Y un coche. Uno bueno. Que con Rementería no se puede.

López Mardones se levanta.

—¿No quiere ingresar, de veras, en la casa?

—No, gracias. Lo hago por afición.

—Ya me había dado cuenta —contestó Monllor.

López Mardones le echó una mirada incolora y salió.

No me gusta; no me gusta nada, piensa Monllor. Habrá que tenerle a ojo. Es capaz de cualquier cosa con tal de asegurar su desprecio hacia todos. Y contento de su inteligencia el policía llamó a su secretario.

—Que pase el siguiente.

Julio Jiménez se encara con Matilde, alelada desde la falta del niño:

—Anda, vístete. Que tienes trabajo. ¿No oyes?

La mujer está sentada, de espaldas a la luz, que dibuja en su cogote, en oro y plata, las hebras del colodrillo. Lentamente, escoge lentejas. La lacería la volvió sorda. El moño a medio hacer.

—¿Cortarme el pelo, para qué? A mí no me da calor. Es mío y me lo quedo.

Sorda con oído, que es, a lo que dicen, lo peor. Se atrancó en su indiferencia, pero en cuanto la rozan se sobresalta con odio. Roída por adentro, las mejillas, con el color bueno y subido.

—¿Qué?

—Que tienes trabajo.

—¿Yo?

—¿Quién va a ser?

Julio Jiménez había dejado su traje de pana y lucía un terno que, aún siendo de su talla, le venía estrecho por todas partes; las mangas amondongadas, sin abrochar el chaleco sujeto de parte a parte por una cadena de reloj, la bragueta luciendo el canto de corozo de sus botones.

—Vas a ir para ayudar a la Teresa Guerrero a vestirse, a arreglarse, que la que le sirve se ha puesto mala.

—Anda, muévete.

—Yo no entiendo de eso.

—¡Qué narices, no entiendes! A ver si para ayudar a vestirse a una mujer vas a tener que estudiar matemáticas.

—¿Para qué? Si el rapacín...

—Ya estamos. Te lo sacarás del caletre y ganarás tres duros. Y si te fijas, más.

—¿Tres duros? ¿Por ayudar a vestir?

—Sí.

Las manos sobre las rodillas, la mujer se solevanta.

—¡Cómo si no pudieran solas!

—No te preocupes. Y avía.

—Pero así..., ¿de repente?

La Matilde, todavía moza, es remolona y blanda. Se fue para los adentros, zarrapastrando unas alpargatas enfiladas.

—Ya voy.

Julio Jiménez reconcomía su malhumor. Creyó que su mujer acogería la proposición con gusto. Su indiferencia le daba dolor de estómago. Hambre puñetera.

Bajaban hacia el teatro. No sabía andar con su mujer por la calle.

—Y fíjate en lo que digan.

—Y a ti, ¿qué te importa?

—A mí, nada.

—¿Entonces?

Compuesta, daba gozo verla, a pesar de su total indiferencia por lo que sucedía a su alrededor. Mañosa para las prendas, y bordaba que era un primor. Llegaron:

—Buenas tardes, buenas tardes, buenas tardes.

—Ahí tiene usted a mi esposa, señorita.

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted?

—¿Cómo te llamas?

—Matilde, para servir a usted.

—Ya le habrá explicado Julio que...

—Sí, ya le he dicho. Usted dirá.  
—Por ahora nada. ¿Sabe coser?  
—Como todas.  
—Mire, ahí tiene unas medias. ¿Quiere subirme unos puntos?  
—Lo que usted mande.

Volvieron a la noche, en el último tranvía.

—¿Y qué?

—Bien.

—¿De qué habéis hablado?

—De nada.

—Pero ¿entre ellas?

—Yo qué sé. ¿Tú crees que yo entiendo de eso? Tanto me da.

—¿Quién ha estado?

—Gente.

—¿No sabes cómo se llaman?

—¡A mí que me importa!

Matilde miró a su marido, lo cual sucedía pocas veces. Este quedó indeciso.

¡Qué poco conoce uno a los demás!, pensó. Es mi mujer y no sé como es. Julio Jiménez refunfuñó:

—Pues te tienes que fijar.

La mujer se alzó de hombros.

A los cuatro días Peruzzi citó a López Mardones en un café del Paralelo.

—Los documentos salen en la valija del Consulado francés.

—Mira: propongo hacernos con ella, entre Gerona y Figueras. Conozco bien aquello. Asaltamos el coche: cuatro tiros en las ruedas. Se coge la valija. Si hay algo bueno: se fotografía y en paz. Que no hay nada, santas pascuas. A los dos días recuperáis lo robado, se devuelve todo con excusas: «se castigará ejemplarmente a los culpables», si se encuentran. Un éxito para tus amigos.

—Me parece que no habrá nada que hacer por ahí.

—Pues hijo, el que quiera brevas que suba a la higuera. En Perpignan pondría yo esto en claro en menos de medio minuto.

—Gracias. ¿Qué hay de las jóvenes del teatro?

—Sobre ruedas. Pan comido. Allá voy con seis pares de medias.

López Mardones dio cuenta a Monllor de la conversación.

—¿Peruzzi? Si fuera por mí, hace tiempo que criaría hierba. Y ahora razón de más. Es una provocación. No sé cuándo abrirán los ojos. ¿Usted le trata?

—¡Psé! Ahora me sirve.

—Ándese con cuidado, tengo el convencimiento que está en relación con los italianos, de los del bando de enfrente.

En el camerino de Teresa Guerrero apercibió López Mardones la silueta de Lola Cifuentes. ¡Vaya, vaya!, pensó. Don Luis envía los suyos. Lo van tomando en serio.

Al día siguiente echaron mano al italiano, que estuvo cuarenta y ocho horas en la cárcel. Lo sacó López Mardones. Cuando los compañeros de Peruzzi hicieron las gestiones para liberarlo se extrañaron de saberlo ya en la calle.

—Si envía recado otra vez —dijeron—, puede esperar tranquilo.

Les desazonaba el que se consiguieran resultados por caminos distintos de los de la organización.

—¿Cómo te presentaste a ellas? —preguntaba López Mardones a su espía—. ¿Cómo falangista?

—No, hombre, no —sonrió el italiano—, como rojo, rojo subido, furibundísimo. Tanto que el gobierno me fastidia. Lo cual es verdad.

—Y más ahora, que les podrás contar que sales de la trena.

(Lo había hecho detener el propio López Mardones: para procurar su agradecimiento por la rápida libertad, para hacer patente su importancia, para que recordara que la policía no le dejaba del rabillo del ojo).

—Las mujeres no son inteligentes —seguía Peruzzi—, pero las huelen.

(Menos cuando te acercas a ellas acorazado por la adulación más rimbombante, piensa y siente López Mardones).

—Así procurarán aprovecharme. Les dejo el gusto.

—Diles que entre tus clientes la mejor es la mujer del comandante Chabela, el jefe del aeródromo de Sabadell; deja entender que anda mal de dinero y haz referencia —muy de pasada— al mucho trabajo que tienen allí con los nuevos motores. ¿Qué les vendes?

—Jabón, judías, tabaco y medias. ¿Por qué?

—Ando mal de jabón.

Julio Jiménez denunció las repetidas visitas de Peruzzi, de Lola Cifuentes, hizo referencia a las de Julián Templado. Había tomado su papel muy en serio y comentaba sus noticias.

Paróle los pies Monllor.

—Usted cuenta lo que ve. Nada más.

Julio Jiménez sintióse herido.

—Me da vergüenza, señorita, vergüenza cobrarle treinta y cinco pesetas por un paquete de «Gauloises bleues». Pero es lo que vale. Si seguimos así no sé dónde vamos a parar —decía Peruzzi a Cristinica esperando la vuelta de Teresa.

—¡Qué le vamos hacer! —dijo al cabo de un rato la criatura, haciendo un esfuerzo.

—¿Sabe usted cuánto ha pagado por una lata de jamón Olida la esposa del comandante Chabela?

—No sé —responde la hermosa, sin pizca de interés.

Entró Teresa Guerrero.

—¿Qué? ¿Qué trae?

—Tabaco y colonia. Le estaba diciendo a su amiga que vengo de Sabadell. Tienen allí un trabajo de mil demonios. ¿Sabe usted cuánto ha pagado la esposa del comandante Chabela por un kilo de jamón cocido? No sé dónde vamos a parar. Pero ahora va de veras... ¡Hay que ver cómo rueda aquello! Han recibido motores nuevos, americanos; dicen que los van a fabricar aquí. Ha venido un amigo mío de Perpignan: ¿a que no sabe lo que me pide por un kilo de azúcar?

—¿Hay manera de tener azúcar?

—Ya haré lo posible. A las cinco de la tarde salía de su casa el comandante Chabela, el que dirige la fábrica de montaje, tres horas me dijo su esposa que había dormido. Están sacando los planos del motor. Dicen que ahora se van a divertir los Messerschmitt. Le he traído a usted una pastilla de chocolate, pero no se lo diga usted a nadie. Y menos a esa amiga donde me mandó. Regatea mucho.

A los tres días le preguntó Teresa:

—Oiga, ¿usted es muy amigo de la mujer de Chabela?

—¡Oh, señorita! Muy amigo, muy amigo, no. Pero tiene alguna confianza conmigo.

—Bueno, mire. Vaya a esta dirección. Yo creo que se pondrán de acuerdo.

Así entró Peruzzi en relación con el capitán Pradal, de Baterías de Costa.

—No me vengas con cuentos —dijo al italiano—. Sé quién eres y que te quieres marchar. Los de tu organización ya no quieren saber nada de ti y la policía te tiene echado el ojo. Entérate si Chabela se trae los planos para trabajar en su casa, tengo entendido que sí. Si logramos fotografiarlos puedes considerarte ya en Francia, con dinero suficiente para vivir algún tiempo.

—¿Cuánto?

—No reñiremos.

—¿En francos?

—De acuerdo.

Peruzzi consideró los aspectos del negocio y aun siguiendo informando a López Mardones se calló lo principal. Sabía perfectamente que los planos eran falsos, pero él no tenía nada que perder. Calló su entrevista con el capitán, achacando el plan a Teresa Guerrero. Insidió que Templado quizá no era ajeno a la conjura. Monllor, que conocía al médico por ser amigo de Rivadavia, no lo tomó en cuenta.

Peruzzi entregó los planos a Pradal, cobró por ellos lo que nadie supo y desapareció. Julio Jiménez informó que el italiano no se había presentado, ni enviado nada. Aquella mañana Monllor mandó detener a López Mardones. Este se defendió como gato panza arriba. Prometió desenredar el embrollo y dar con los intermediarios. Peruzzi le había hablado varias veces de un amigo suyo, Gustavo, el francés, residente en Perpignan:

—Trabaja la noche como nadie. Si, como es probable, Peruzzi entregó ayer los planos, no han tenido tiempo de cruzar la frontera con ellos.

Tras consultar con sus superiores, Monllor envió a López Mardones a Perpignan aquella misma noche, y se puso a tararear *La corte de Faraón*.



## 5. Advertencias inútiles

*10 de marzo de 1938.*

Fajardo subió al hospital para ver a Templado. Al salir se cruzó con Lola Cifuentes. No la saludó. Julián no bajaba casi a la ciudad, los bombardeos arreciaban y el trabajo era agotador. El capitán dio con el médico cuando éste se disponía a dormir un par de horas. Salieron a dar una vuelta.

—¿Qué noticias hay?

—Pocas y todas malas. A las veinticuatro horas de empezar la ofensiva desapareció el XII Cuerpo.

—¿Qué?

—Desaparecido. Van hacia Alcañiz y Caspe.

—Me lo dijeron y no lo creí.

—¿Quién te dio la noticia? ¿La Lola?

—Sí.

—¿Cómo lo sabía?

—No se lo pregunté. Quiere marcharse. Tiene miedo de que lleguen los fachas.

—Ya envían a Líster y el Campesino contra ellos. No hay cuidado. La batalla va a darse ante el Segre y el Noguera...

—¿Tan cerca?

—¿Y qué?

—Nada. Lo que sea sonará.

—Y sanará. Salgo para el frente —replica, seguro de sí mismo, Fajardo.

Toda la ciudad es un hervidero de rumores. La radio facciosa ha anunciado que Barcelona será bombardeada cada tres horas. Nadie ha perdido la calma. Los que viven en el casco antiguo abandonan sus hogares y se van a vivir a las afueras. Los que desean la victoria de Franco sonríen y se aguantan; los demás hacen de tripas corazón y también se aguantan.

Templado y Fajardo se enredan en seguida en una discusión acerca de la disciplina y el obedecer, tema muy del gusto de ambos.

El capitán siempre tiene al partido en la boca, lo que sulfura a Julián:

—Para vosotros lo inmediato —dice el médico—, la obediencia pasa ante todo; para mí, no. Para vosotros la organización y sus consecuencias menudas acaba por privar sobre lo demás; para mí, no. Para vosotros el aparato, lo real, hoy, es ante todo; para mí, no. Para vosotros el Partido envuelve la vida, la sojuzga, es lo primordial; para mí, no. Para vosotros es condición primera, para mí sería, a lo sumo, consecuencia. Para vosotros, ceguera; para mí, braguero. Vivís dentro. Yo entiendo vivir en las afueras. Enclaustrados sois con todas las dificultades inherentes al clérigo

que vive mezclado en el mundo, de ahí tantas decepciones; muchos de vuestros hombres se dejan tentar. La URSS es un inmenso convento y no todos los que van por el mundo tienen huesos de santo. Así me explico tanto proceso, tanta desaparición, tanto cambio.

—Hablas así, ¿y eres médico? ¿No es la asepsia cosa fundamental de cualquier operación? ¿Razón muchas veces de sus éxitos? Pero además de esto. ¿Aún no te has dado cuenta de que para llegar a un resultado hay que sacrificar lo menos por lo más? ¿Qué lo que nos pierde es la disgregación de nuestras fuerzas? Quizá sea peor que manden veinte bien que uno solo mal.

—No me interesa. Creo que bastaría que me dijese haz esto, para no hacerlo o hacerlo de mala gana. Ahí me conozco la sangre española. Pero no creo haber estado en desacuerdo con vosotros. No soy comunista, pero tampoco soy anti. Ni lo seré nunca.

—Sin embargo, hay algunas cosas de tu vida privada...

—¿Qué cuento es éste? No tiene por qué meterse nadie...

—Te equivocas. Y si fueras del Partido hace tiempo que te hubiésemos parado los pies.

—¿Es una advertencia?

—Tómalo como quieras. Amistosamente. Estás haciendo bastantes tonterías. Cuando alguien hiede y se hunde, ¿qué sacas ayudándole si no tiene remedio?

—Los médicos tenemos obligación de ensayar intervenciones desesperadas.

—Antes hablabas de santos. ¿Tienes vocación de apóstol?

—No.

—Si alguien tuviese el cólera, ¿no le pondrías en cuarentena?

—Sí.

—¿No obligarías a los demás a apartarse?

—Tú mismo me recuerdas mi profesión.

—Pero no eres doctor de la Iglesia.

—¿Todo esto por Teresa Guerrero? ¿O por Lola?

—No me lo han dicho.

—Ni entro ni salgo en lo que esas crías sean, ni me importa... Conmigo no hablan de política y yo no abandono un amigo porque los demás duden de él. Mucho menos cuando me lo mandan.

—No te lo manda nadie.

—Cuando me lo indican. No vamos a reñir por palabras. Parecéis olvidar que para la mayoría del pueblo español la actual lucha es una lucha de principios.

—No te digo que no. Pero vais aviados si la pensáis ganar a fuerza de discursos, liberalismos y jeremiadas. ¿Y te parece que no hemos perdido todavía bastante? Cada uno tira por su lado, y el pueblo en la estacada. Supongo que no eres de esos que

prefieren que gane Franco a que se instaure en España la dictadura del proletariado.

—Si se llega a ello, bueno. Pero no contéis conmigo para establecerla. Tengo demasiado respeto por los demás, queriéndolo para mí.

—Lo malo es que no podremos acabar con todos los que creéis en la moral de los sentimientos.

—Es posible que tengas razón. No lo voy a discutir: así en general. Abandonar es siempre una cobardía cuando lo manda el deseo.

—O la falta de deseos.

—Bizantinismos. No está el horno para bollos. Me falta habilidad e importancia para que me perdonéis las faltas. No abandono un amigo en circunstancias difíciles.

—Allá tú. Quieres salvar una pluma cuando se trata de la vida. Te pareces a esos viejos que prefieren morir al lado de su cómoda o en su cama a dejarse evacuar; o a esos soldados que apresan por no querer quedarse sin maleta. Un inconsciente...

—Lo sé. ¿Crees que la conciencia...?

—Crees en milagros.

—En los de la naturaleza, sí.

—No los hay.

—Porque lo digas.

—¿Para qué sirven plantos? Un cadáver es un cadáver. El aceite alcanforado no ha salvado nunca a nadie. Una agonía prolongada no por eso deja de ser agonía. ¿Cómo es aquello de «Como gustéis»?

*Para qué detenerse sobre un cuerpo  
desgraciado, un triste sin fuerza.*

Cuartero nos lo citaría en inglés. Deja morir lo podrido.

—Sí, y preocúpate de tu salvación.

—O de la de los demás. Pero sobre todo no creas que el salvarte consista en besar las llagas. La ablación, el cercén son remedios radicales. El revolcarse en el cieno por humildad y amor del prójimo, o compadecerse a combatir por simpatía, ni abrevia males, ni los remedia. En el remedio está el gusto y no en la solidaridad. Hay que procurar que la desgracia venga sola.

—Me haces la impresión del sobrino especulando sobre la muerte del prójimo y aderezo de la herencia. No soy enemigo del cálculo: me gusta, pero no tanto. No dejaré de estrechar la mano de nadie, si es honrado, porque piense así o asá. Mis propias reacciones cuentan para mí, tanto como tus juicios. A lo mío, yo.

—Anda con cuidado. Ten juicio. Tengo que subir a la Escuela. Hasta luego. ¿Irás al café?

Templado se quedó estupefacto. Si Fajardo no le había dicho más era porque no lo sabía. Como de costumbre, Julián se encogió de hombros y se fue a dormir un rato.

No concilió el sueño. Lola le había pedido que la ayudara a pasar la frontera, y él le había prometido llevarla a Puigcerdá al día siguiente, que lo tenía libre. Esos tíos que se enteran en seguida de todo...

No venía la cosa por ahí sino por una indicación de López Mardones que Fajardo había recogido al vuelo.

De tres a tres y media no se encuentra sitio en el Salón Rosa. El café, con departamentos a la americana, está situado en el zaguán de un cine de actualidades, pintado del color que lo denomina. Tiene un cierto aspecto de vagón-restaurant. Los montantes de las sillas son de tubo niquelado, los asientos de *pegamoide* rojo. Todos los cafés están llenos a estas horas, pero el Oro del Rhin queda muy abajo para los que trabajan en los ministerios; los vascos tienen la oficina enfrente y la Presidencia del Consejo está a un paso. Los bombardeos no suelen pasar de la Plaza de Cataluña. El Hotel Majestic da también su contingente.

Residuos de las tertulias madrileñas del Henar y del Regina. Escritores y escritorzuelos con sus coyundas de ambos sexos, gritan, murmuran, maldicen, proyectan, discurren tomando malta con sacarina, que se deshace en una espumilla blanca. Añádanse políticos de segunda fila y otros que desean serlo; algún subsecretario. Actores y policías más o menos secretos en un grupo. Apoyados en el mostrador, la cola del teléfono. El que habla chilla para que le entiendan. Un día hubo pasteles y la gente vive del recuerdo. Se habla de todo menos de la guerra.

—¡Hola!

—¡Hola!

—Salud.

—Salud.

—¿Ha venido Fulano?

—Todavía no.

—¿Has visto a Zutano?

—Hace días que no viene por aquí.

—¿Hay papel o no hay papel?

—¿Sale el número tres o no sale?

—¿Está en la imprenta?

—Está noche en casa de éste.

—¿Viene o no viene ese café?

—Desde hoy 1.75.

—Pero ¡si ya lo subisteis la semana pasada!

—Viene demasiada gente.

—Tenemos que ir a otro sitio.

—No. Ya no hay café. Sólo quedan gaseosas. O Calisay, a ocho pesetas la copa.

A las tres y media todos toman el tranvía o van a dar una vuelta por las librerías. Don Enrique Díez-Canedo con las manos esposadas a la espalda, Corpus Barga con su elegante sombrero bien calado, Maroto con su bastón, Gil Albert con su chilaba, Dieste con su mujer, Margarita Garfias con Ramón Iglesia y Marina y su cuñada; Max Aub, que cuenta cosas de la película que prepara con Malraux; Bergamín, cuando viene de París, con su pecho hundido, estirando su *sweater* gris hacia abajo, Emilio Prados, Gaya, Manolo Altolaguirre. En otra mesa Esplá con sus secretarios y los Solsona con los que quieren alquilar pisos a buen precio. Los que van y vienen del frente, Herrera Petere, Paredes, Canedo hijo. Ningún catalán. Guasp, tan majo; alguna vez María Zamorano, alguna vez Masip. León Felipe:

—Oye, ¿cómo estás?

Fajardo y Julián Templado —a las cuatro y media— se quedan casi solos.

—Si te llamaran la atención y te prohibiesen hablar conmigo, ¿qué harías? — pregunta Julián.

—Dejar de hablarte —contesta el militar.

—¿Aun sabiendo que soy inocente?

—Si lo eres, se probará.

—Pero mientras se probara tú me huirías.

—Sí.

—¿Y la amistad, la fraternidad, tu sentido de la hombría?

—Todo esto no es nada ante el Partido.

—Tú sabes perfectamente que acháqueseme lo que se me achacara nada haría que pudiese impedir el que me siguieras dando la mano.

—Sí, pero no importa. No importa que seas una persona decente. Importa lo que puedas servir sin saberlo, para lo que puedas servir.

—Los chivatos, los sinvergüenzas también sirven, y los saludas.

—Así es. Y lo que importa en la guerra es servir nuestra causa y no la de los demás, por muy decentes que sean sus servidores. Lo demás: niñerías y literatura. Hay que ganar la guerra, Julián. La guerra y no sólo nuestra guerra. Y todos los medios son buenos: lo malo es que no hayan más. Lo personal, la ética, el arte, todo eso ya vendrá después. En medio de una batalla no puede uno pensar si un árbol que te va a servir de escudo es negujoso o no. O es que tú, moribundo de sed, ¿te resistirías a beber un agua que no fuese tuya?

—A pesar de todo. No estaré nunca con vosotros por eso mismo. Una vida sin ética, sin arte, no vale la pena vivirla. Manden los que manden. Yo me bato por limpieza de sangre en el verdadero sentido de la palabra: porque es ella la que me empuja; me bato por las Lanzas, por la familia de Carlos IV. Me bato por la decencia, porque no me da la gana de que manden los que lo tienen todo.

—Todo eso lo conseguirás si vencemos de verdad. Todas las otras victorias serían

paños calientes.

—¿Estás seguro que tu victoria total no sea también un paño caliente? Desde hace tiempo, veo que os apartáis de mí: porque defiendo a Luis, que es del POUM Mira que no defiendo al POUM, amasijo oscuro y traidor, pero sí a Luis, a quien conozco como la palma de mi mano. Y no la daré a torcer. Para mí los problemas políticos al fin y a la postre son problemas morales. Dejando de serlo, no me interesan.

—Por eso tiene mil veces razón el Partido al desconfiar de los intelectuales. Sois capaces, por la defensa de una idea que os parece justa, y no digo que no lo sea, de echar a rodar la «mesa y la silla». Sin fijaros en las consecuencias ni ver más allá que vuestra obcecación, sin importaros los resultados. No, hijo, no. Mira más lejos.

—No nos entenderemos nunca, ex-intelectual. Lo malo es que entre nosotros sois la única cosa seria. Pero no nos podemos fiar: ignoráis vuestro fin, a lo que obedecéis. No creéis en vuestros sentimientos, sino en vuestras consignas, o, mejor dicho, vuestras consignas son vuestros sentimientos: fuerza de la disciplina y de la fe.

—¿Qué mundo existiría si cada uno se guiara únicamente por su sentir personal? ¿No te bastan los ensayos que casi nos han costado la guerra? Ahora resulta que ningún cuerpo tiene los planos de las fortificaciones de la línea del Cinca. Las mandó construir la Generalidad de Cataluña sin decírselo a nadie. Ya veremos lo que nos cuesta.

Salen a la calle. Fajardo se marcha dentro de dos horas para el frente. Las noticias son malas. Otro bombardeo, hacia el puerto. Templado acompaña a Fajardo hasta la puerta del cuartel. Van hablando:

—Sí. Vosotros estáis en el secreto —sigue diciendo Julián—. Poseéis la llave. Esto es: aparte de la masa, aprisionados en un complejo de superioridad. Miráis a los demás por encima del hombro. La posesión de un pretendido secreto os separa de la comunidad, como dice Jung. Él no se refiere a vosotros, sino a cualquier poseedor de secreto. Eso engendra en los que lo notan desvío y odio; desprecio que no es más que el vuestro devuelto. El detentor de secretos es opuesto a la masa que los ignora. Yo no puedo estar con vosotros porque tengo la vida, y no la milicia, por encima de todo: ese prodigioso deseo, ese empuje del mundo que no puedo suponer limitado.

—Panteísta.

—No. La vida y la medicina enseñan demasiadas cosas para serlo. No, a lo sumo insensato, ligero, irreflexivo, por dejarme llevar de mis reflejos y no ponerles la barrera de la voluntad. Desorganizado, a lo que salga. ¿Qué con esto no se arregla el mundo? Ya lo sé. Pero digo lo que pienso.

—Y así vamos a donde estamos. ¿Dónde iremos a parar con tanta indisciplina?

—La disciplina no es cuestión de las masas, sino de los jefes. Nuestro pueblo es mil veces superior a sus gobernantes. No se tiene siempre el gobierno que se merece. La forma quizá, pero la calidad la da Dios. Nos ha hecho falta un Carnot.

—Calla. Si empiezas a comparar esto con el 93, no acabarás nunca. Déjasele a los Albornos y a otros Marcelinos, educados en el culto a una Francia que sólo existe en sus imaginaciones y en la fachada. Tan lejos están ellos de Valmy como nosotros, aunque nos sobren Dumouriezes. Y si no ahí está la prueba: Si en vez de un Gobierno de Frente Popular hubiera en Francia un Gobierno de derechas a lo mejor nos ayudarían, sin ahogarnos como el de ahora. Que el interés nacional no repara en colores, y Francia no es excepción, dígalo Richelieu. Abandonan el interés de su nación por una paz que pierden.

—En eso estamos de acuerdo.

—No tenemos más problemas que el del juego.

—Farolero.

—No creo en la muerte. Me importa un bledo. El español prefiere el nicho al enterramiento por lo que tiene de coito el meter el ataúd en el muro. Nicho, nido, y eso que plantar la caja en el suelo tiene también lo suyo: la etimología de cementerio: coito y alcoba. El español tiene poco que perder en esta vida y mucho que ganar en la otra. La idea de unidad, de monoteísmo, de origen único lleva indefectiblemente a la idea del incesto. Sol en la tierra. Por eso somos tan mal hablados. Cuando el problema del origen de las cosas desaparezca, se esfumará mi lema: «Todo lo mortal es símbolo».

—¿Desde cuándo?

—Ahora que puedes esperar tranquilo... Ese deseo de renacer, de inmortalidad que los psicoanalistas han llevado al incesto, como si no hubiese más camino para el no morir que volver atrás... No nos lleva adelante más que lo que nos diferencia de los demás. Quitado el temor de la muerte, aceptada la muerte, queda la realidad de las cosas. El idealismo y las fantasías son miedos bien vestidos. Yo acepto la realidad de la muerte, porque no creo en ella y, desembarazado de figuraciones, creo ver las cosas como son. No creo, Fajardo, no creo, las veo como son.

—Lo que me dijo anteanoche un obrero: la diferencia entre los intelectuales y nosotros es que a los primeros siempre se les tiene que decir lo que tienen que hacer. Nosotros lo sentimos. He luchado para quitarme esa costra de encima. Y muchas veces creo que lo he conseguido.

—Pero te duele.

—Lo que me duele a veces es el regurjitar de las viejas maneras y el desprecio de no poderme desprender del todo del enrevesado retruque de unos resabios falsos. Nuestro mayor daño es que somos una generación de post-guerra, sin haber hecho la guerra. Nos hemos hecho en un tiempo en el cual la política no salía de los cafés. Pasó sobre nosotros la gran hora de los que se querían ir: El Baudelaire de *Le Voyage* y el Mallarmé de *J'ai lu tous les livres*. El cubismo y el surrealismo. Casi ninguno ha perseverado por ese callejón. Muchos nos hemos dado cuenta que no se podía

construir un mundo sobre fundamentos falsos. Los que os empeñáis no saldréis adelante.

—Para vosotros —dijo Templado— la política no es lucha para vencer al adversario y dirigirle, sino para aplastarle y quedaros *in eternam* con el poder. Nueva monarquía absoluta. La gran conquista del XIX: el que la gente se diera cuenta de su relativismo, de su ligereza.

—El libertinaje del XVIII en el poder.

—Se quitaron de encima la idea de eternidad. El liberalismo aceptaba este olvido. Para vosotros todo tiene un valor absoluto, discutís los menores detalles con el mismo acaloramiento con que os machacáis las liendres por lo principal. A mí lo que me gusta es la vida. Yo, de oficio, enterrador. Y dejarme ir a lo que salga. Mi lema: no rehusar. Cuando me piden una cosa la hago con entusiasmo. Cuando me ofrecen un billete de la lotería, lo compro (dicho sea de paso, no me toca nunca).

—Así no se va a ninguna parte.

—Infeliz. ¿A dónde quieres ir? ¿Lo sabes?

—Sí.

—Reemprenderemos esta conversación dentro de diez años.

—Me alegraría. No tengas cuidado, el mundo responde por mí.

A Templado —tan amigo de Fajardo desde hacía tiempo— le molestaba que el ahora militar renegara tan completamente de sus ideas de antaño. Por eso empujaba sus ideas más allá de lo que en verdad era su fiel.

—¡Qué quieres! El mundo va entrando en sombras. Los hombres de nuestra generación estamos ya a contraluz, todo se va entenebreciendo como esas bolas de los dioramas celestes, esas lunas picadas de viruela que ruedan frente a una bujía explicando los días y las mareas.

Templado se quedó quieto:

—El tiempo. Toda nuestra angustia nace de la diferencia entre el tiempo y las cosas. Entre nuestro envejecimiento y lo que se queda. Lo que hemos querido se va empequeñeciendo quedándose hacia el horizonte. Las canas son una cosa seria. Se va hundiendo uno poco a poco en la oscuridad. Sumergiéndose. Todo se queda como estaba, los amigos se van muriendo. Pero yo le podré al tiempo. Ya te diré cómo. Es una teoría que he sacado de mi caletre.

—No hay más que dos clases de hombres: los que creen que el mundo desaparecerá con ellos, y los otros.

—Por eso cuanto más se abarque, mejor. ¿Para qué vives?

—¿Lo sabes tú?

—Por casualidad.

—No te pregunto los orígenes sino los fines.

—Eso se queda para los escritores, los intelectuales, los que no saben que viven



por azar, por choque, y se atan desesperadamente a la esperanza de dejar rastro, como un caracol cualquiera. La baba, ¿sabes?: baba, semen o mala leche, a mí ¡psé!

—Las obras y los hijos.

—Cuentos con pretensiones. Tú eres tú y no tu padre. Lo que les importa a los obreros es que les den lo suyo, que es lo de los ricos. Los problemas morales no existen para ellos. Convertir los salarios en problemas morales no podía ser obra de un asalariado, sino cosa de un cochino intelectual como tú o como yo, aunque reniegues.

—Era necesario para que los explotados se dieran cuenta de la iniquidad y reaccionaran.

—Todo eso es misterio —dijo Templado—, misterio y sueño. Buscar, almacenar, amontonar sensaciones. No saber con quién se habla, rodearlo, verlo por fuera. Pasar a través del mundo como por el centro de una carretera flanqueada de árboles que no distingues uno de otro. Importa vivir fuera y dentro. Hacer cosas. Tanto como ser, estar. Por algo tenemos dos verbos los españoles para el *sein* o el *être*. La vida, ribera de la muerte que para todos es, a la larga, victoria cierta de la muerte, menos para mí, que le pude. De la misma manera que parecen cerrarse en un punto las vidas paralelas de los árboles que bordean la carretera, sin unirse. De ese miedo infundado y treta de los ojos mueren los mundos y las civilizaciones y existe en el fondo el espanto del fin. Pero no se juntan. Nos engañan los sentidos desde que nacemos.

—Como decía un anarquista en casa de mi padre: ¿Un intelectual?: Uno de esos que llegan a última hora y quieren sentarse en el mejor sitio.

Se despiden.

—Ya me contarás tu secreto. Despídeme de Cuartero.

—Ha ido no sé dónde a llevar unos cuadros.

—Y acuérdate. Dime con quién andas...

—No te preocupes.

## 6. Vuelta de Perelada

*10 de marzo de 1938.*

En la sala baja, ya oscurecida, del ayuntamiento de Perelada, entre las paredes blancuzcas y desnudas —con el solo chafarinón colgado de un cromo de la República: gorro frigio, manto rojo, arropada en la bandera tricolor sobre un fondo turquí del que medio sale un sol refulgente—, se afana, solitario, un hombre más sellador que escribiente, registrando y tamponando, sentado tras una mesa arrinconada en una tarima, tras el testero donde se luce la mesa del consejo revestida de paño oscuro, donde las manchas dan el color, mientras el polvo forma nubes por el jaharrado añoso de las paredes.

Pregunta Cuartero por la Intendencia Militar.

—Allá enfrente. Del otro lado de la plaza.

El viejo sigue apuntando y sellando. Sale Paulino a la calle. El ruido bamboleante de un carro, llanta contra cantos; la noche es como un polvo invisible, ceniza caída del cielo. La plaza semidesierta, con soportales en dos de sus lados, refuerza la sensación de tristeza y confianza, hija de la hora tardía, que da la tierra campesina y su soledad; el lejano cacareo de un gallo viene a confirmar el agarrotamiento del pueblo por la llanura. Unos niños cogidos de la mano miran el cochecillo gris de la «Junta de Protección del Tesoro Artístico», a medio embutir en los pórticos. El chofer echa agua en el radiador destaponado.

—¿Necesita algo más?

El viejo salió tras Cuartero.

—No. Gracias.

Más curiosidad que deseos de servir —piensa Paulino—. Pasa una mujer con un conejo despellejado. El ojo vidriado del gazapo recoge la última luz del día.

Cuartero cruza la plaza, entra en un zaguán oscuro, una escalera de madera con ancho barandal brillante; en su hueco trastos amontonados: Un viejo aparato de luz eléctrica con tres globos que pasan de indefinido sucio a color de jarabe de fresas, un reloj de péndola, unas lanzas, una alabarda, una consola. Sale un gato al tiempo que entra Cuartero; éste da con el teniente de servicio.

—En el castillo —le dice—, queda mi compañero; la guardia asegura que no tiene suministro para él; supongo que hará usted lo que pueda.

—Descuide.

Saluda; sale Cuartero y sube al coche; arranca éste, pasan por el arco alto, dan vuelta a la izquierda y bajan por la pendiente de la antigua fortificación. A través de los cortinales enfilan la carretera de Figueras, al despunte de la noche; el pueblo se queda atrás, agrupado alrededor del viejo castillo. Por el agua morada del cielo cruzan graznando unos pajarracos; de cuando en cuando los cañaverales les rinden

los honores.

—A las doce, en Barcelona —dice Evaristo, el chofer.

—Veremos si encontramos algo de comer por ahí —comenta Paulino—. (Y Pilar a quien no he podido avisar. Supongo que Jaillet le telefonaría. Quedó en eso... ¡Qué cansancio!).

Salieron la víspera, con el camión por delante, él y un compañero. Hasta entonces Cuartero se había ocupado, en la «Junta», de trabajos de menor importancia, clasificación de obras menores, vigilancia de los trabajos de refección para futuros refugios. Ahora, allí delante, en el camión, en una caja enorme, *Las Meninas*. Su compañero, que era hombre dicharachero, no decía esta boca es mía.

—Pasémoslas, Evaristo.

El chofer no se daba cuenta del género, ni del plural.

Las cabezas constantemente vueltas hacia atrás.

—Así, si viene uno de esos bárbaros con un tanque de gasolina...

Cuartero no veía la caja, sino el cuadro: la infanta, el enano, el espejo.

—¿Un control?

—¿Qué llevarán ahí, ché?

Los soldados se figuran una arma nueva.

—Eso sí que es llevar la cultura por los pueblos —dice Jurado, que procura vencer su malestar.

—Por la sola responsabilidad de este viaje merecería garrote Franco —contesta Cuartero.

España ahí, en volandas. ¿Y si volcara el camión? ¿Si se incendiara? La garganta seca. La acucia de que se encojan los kilómetros. Y no poder pensar en nada, absolutamente en nada. Cada zumbido figura un avión enemigo.

—Es un coche.

—Es una moto.

El cuadro había quedado en su lugar de descanso y Cuartero volvía, desfondado. El sueño le pudo en seguida; despertó en Masnou.

—¿Has cenado, Evaristo?

—No, señor, ya cenaré en Barcelona.

Sobre Barcelona el haz de los reflectores; por la carretera los pitos de los motoristas.

—Alto. Alarma.

Sin luna ni hay posibilidad de seguir adelante, por despacio que se vaya. Sonaron a lo lejos las sirenas. Todo pasó, pero luego la batería se fue descargando, los faros parpadearon amarilleando. Las dos. Las calles desiertas.

—Hasta mañana, don Paulino.

El portal oscuro, la lamparilla eléctrica.

—Debiera de haber pensado cosas importantes —se dice Cuartero—. No se lleva cada día a Velázquez por la carretera, y todo se me resolvía en temer curvas y posibles choques. El llavín, Pilar zurce todavía.

Ya la tenemos —piensa Paulino—. Pretextó la verdad:

—Estoy deshecho.

—¿De dónde vienes?

—De llevar cosas fuera.

—¡Ah! (Ahora ya no pregunta dónde, ya no pregunta nada).

Y si Paulino se pone a explicar sin el tranquilo de la pregunta, todo le suena a falso: lo que va de la acusación a la defensa. ¿De qué me tengo que defender? Siéntese acusado, acusado de estar ahí, acusado de la guerra, acusado de la subida y escasez de las subsistencias, acusado de la delgadez de Pepito. Paulino se niega —ahora— la existencia de Rosario.

—¿Por qué no te has acostado?

—¿Vas a zurcir tú los calcetines?

—Habréis bajado al refugio.

—¿Para qué?

—Estaba intranquilo.

—Cuando no estés en casa figúrate que siempre estamos bien, y listos. Es más cómodo y agradable para ti. Qué, ¿y cuándo empiezo a trabajar?

A Pilar se le ha antojado ahora un puesto de mecanógrafa en la Junta.

—Ya te he dicho que primero tienes que aprender a escribir bien a máquina.

—¡Tantas hay que no sabrán! No, no me digas nada, siempre es lo mismo. No te importa que te humillen. Luego dices que soy inteligente, pero encuentras natural verme reducida al último puesto de la casa.

Paulino se quita las botas con esfuerzo. Se empieza a desnudar.

—¿Has pensado alguna vez en tus hijos? En la balanza de tu vida, ¿has puesto tu mujer y tus hijos en un platillo, y en el otro tus aficiones y tu ambición?

—¿Mi ambición? ¿Qué tiene que ver mi ambición con lo que hago ahora?

—¿Qué somos para ti? Nada. Todo lo que me he sacrificado por vosotros lo tomaste como obligación natural. Ni lo has reconocido, ni lo agradeces. Ahora me seguiré sacrificando por mis hijos, pero nada más por ellos. ¿Es que tú lo has hecho, siendo mayor tu deber? Me quedan doscientas pesetas para acabar el mes. Bien que veía yo llegar esto. Y tú no me creías. Es muy bonito eso de pensar en literaturas y no hacer más que su gusto, pero ¿de qué vamos a comer? ¿Has pensado alguna vez en la salud de tus hijos? Cuando se tienen esas ideas no se casa uno.

—Ya se arreglará.

—Sí, ya se arreglará, pidiendo aquí y allá. Vivir de limosna. Antes ganabas tranquilamente tu vida.

—¿Tampoco era de limosna?

—Calla. Vives de ilusiones. ¡Pobre Paulino! Si crees que es para enorgullecerte te equivocas. ¿Tú crees que los otros te hacen caso? Se ríen de ti. ¡Infeliz!

—Todo eso es porque no me quieres —dice Cuartero, recurriendo a viejos moldes.

—¡No te quiero! La salida de siempre. Por ahí te escapas: no te quiero. ¡Tú qué sabes! Todo lo resuelves con palabras y no te das cuenta de cómo hieres. ¿Es que alguna vez me has dicho de verdad lo que piensas? Te importa lo tuyo, y los demás que se pudran. ¿O es que crees que no sé quién es ella?

Paulino se queda de piedra.

—¿Ella? —pregunta con su voz más neutra—. ¿De qué estás hablando?

Se contrae y eriza presto a la defensa. Negará pase lo que pase.

—Más vale no hablar —dice Pilar.

Paulino se pone el pijama, desconcertado. Mira cómo su mujer se quita trabajosamente las medias. La quiere, sí, la quiere.

A medio meter entre sábanas Cuartero se pregunta si hubiese hecho mejor quedándose quieto en Madrid. ¿Qué me ha empujado a esto? ¿Qué necesidad moral?

Métese Pilar en la cama, procurando no rozarle:

—Cuando Franco llegue a Barcelona, ¿qué piensas hacer? ¿Qué mandas que hagamos?

—No llegará.

—Calla, pobrecito.

—Lo que ordene el gobierno.

—Pues yo he decidido quedarme. Quedarme con los chicos. Ya está bien. Pase lo que pase. A mí no me llevas de perrito faldero por el mundo.

—Nunca te he llevado a rastras.

—¿Me has consultado alguna vez? Siempre has hecho lo que te ha dado la gana.

Súbesele a Paulino el sueño y la cólera al magín. No contesta. Quiere dormir. No pensar. Vuélvese de espaldas, atafagado. Pero no le llega el sueño, ni siquiera la dejadez y el desvanecimiento. (Peco y no me sabe mal pecar. Le fui fiel hasta ahora. Dicen que es uno fiel porque faltan ocasiones. Falsa y sucia mentira. Las ocasiones no hay más que cogerlas; y si se acechan se cazan: cualquiera da con ellas, es cuestión de tiempo; pasan siempre, y con amagar un paso se las fuerza. Quién las aprovecha, quién no, según la voluntad y el temperamento. Le he sido fiel porque la quería, y por rectitud de honra, y porque no se me ocurría que la pudiese engañar. La culpa es mía. Me conoce demasiado y me falta paciencia. ¡Si le gustara! ¡Ahí peco: deshacer de mi rueda! —Dio media vuelta—. Puedo decir que he salvado las Meninas, porque además soy vanidoso. Podía haberlo hecho otro cualquiera. ¿Cuál es mi deber? ¿Romper con Rosario? Estoy solo, con Dios. No tengo fuerza para

juzgarme).

Túmbase boca abajo.

Corren las lágrimas sin ruido por las mejillas de Pilar. Se siente vacía, sin el menor empuje; deshecha, ceniza. Lo ha dicho mil veces: si no fuera por los chicos se arrojaría por la ventana. Le recude aheleada la sopa y el hervido. Morirse. ¿Qué demonios empujan los hombres? Todo por la bambolla y el qué dirán. Lustre de su nombre, como si eso importara. Vuelve al Valladolid de su juventud: el paseo, la plaza, la casa de la abuela; las amigas de clase, la casa de sus padres, el comedor, el pasillo, el gato, las criadas. El paseo, la plaza. Cogida del brazo entre Ramona Salcedo y Luisita Salvador. El Corpus. Alrededor de la mesa el tío Curro, sus hijos, Alfredo y Rafael, la tía, la abuela, la mamá, tío Salvador. La comida inalterable de los días de fiesta: La sopa de macarrones, los pollos, las empanadas, los pastelillos. La mamá hace partes. Joaquín, como siempre, llega tarde, casi a las dos y media, y la corrida empieza a las tres y cuarto. Los niños están sentados, ¿dónde? ¿Cómo siendo moza tengo yo tantos niños? ¿Por qué no sueño nunca con Paulino?

Por el Paseo de Gracia baja a todo correr una ambulancia. No la oye nadie.

—¿Qué hora será? ¿Las tres y media, las cuatro?

Encerrados todos bajo las capas de sus propias vidas inconfundibles, emparedados; ennichados de soledad, de sueño inútilmente deseado, viejos de un día más. Paulino Cuartero se vuelve sobre el lado derecho. Pilar no se mueve.

Prodigiosa soledad, con mis monstruos a cuestas, personajes que vivís, hongos, esclavos, rémoras mías, os llevo, tras mi cortejo de lamas, por un mar sombrío sin viento. Soledad de frío, soledad de lluvia. Esa inmensa celda del cielo... Mi sangre es para mí y para nadie más. Reconcomer. Todos vosotros que escribís para librarnos de vosotros mismos, desesperadas antenas, áncoras ineficaces por falta de fondo. Soledad del mar, soledad mía caída sobre los hombros como una capa negra. Personajes míos atados a mí por mil cordones umbilicales. Si os suelto os desconozco y me desconocéis, como desconozco a mis hijos y me asombro de ellos: vida llena, olvidada de mí. Soledad de mí mismo y ansia de no querer morir. Soledad que no sabe adónde va. Momentos en los que la fraternidad no sirve para nada. ¡Ni es la fraternidad! ¿No habré buscado en vano entre tantos ese sentimiento de solidaridad que, quieras que no, a pesar de todas nuestras divergencias, nos une en este lado de la barricada? Hay momentos en los cuales me siento sin ataduras, sin ligazones posibles, sin moradura, sin males. Si algo injusto me doliera de verdad... Esta honda necesidad femenina de cantar, de gritar, de ser: de ser para los demás. Soledad oscura, en la fría noche de invierno en que todos los cantos de los poetas suenan a retórica, a pies quebrados, a artificio. ¡Amada que no tienes nombre! (Rosario). Si tuvieras nombre existirías y no existe sino la soledad, la soledad de mi pensamiento y sus parásitos. La esperanza en los perdidos, en los que van a perder. Piedra que me ata

aún más, sin fondo por el que me deslizo como un destrizado casco de embarcación rota, carcomida, apedreada de ronchas y conchas amontonadas por el viento, petrificadas de soledad. El futuro es una ruina, una sola ruina en soledad y la hiedra enroscada a mis personajes sordomudos, arremolinados, destrozados, retorcidos, deshechos por el afán de gritar...

¡Quién pudiese cantar, soledad, quién! Todo canto es mudo y cuanto se oye es substracción. Nada traspasa los umbrales de la boca: La soledad abotarga y ahora los más agudos gritos. Se grita y es como si no gritaras. No tengo a nadie sino a ti, soledad. El frío es malo, pero es el frío. Esa honda necesidad funeraria... Más allá del grito sólo llega la soledad. Enlodado, encerado, algodónado de soledad. Entre tú y yo el coladero de la soledad. Soledad, vacío, madre del mundo. Soledad vacía, padre de mis horas muertas. Soledad, tú, el tiempo. No me puede importar el mundo, aunque quisiera. Quiero alcanzar este objeto —mi reloj—, quiero y puedo. Entre mi mano y el reloj al alcance de mis dedos, la soledad: la soledad madre y envoltura del mundo, sobre cerrado. Encerrado en mi soledad, que es tu soledad. Nuestra sola soledad fría. Si te digo que te quiero no lo puedes saber, que más puede la soledad, que envuelve mi grito. Más puede que mi voz, más puede que mis gritos. Te quiero en mí, porque fuera de mí lo que existe se me resiste por la caja funeraria de la soledad. Sólo mis personajes unidos a mí por el cordón de la vida, heridos, sangrantes de las heridas de las palabras, que los vacían, entallan y decentan, como si fueran piedras. Soledad sangrienta sin palabras: cuando te cierres sobre mí, definitivamente, para el mundo tanto dará: lo desconocido no se puede olvidar. Eterno descansadero.

Empezó a llover. Primero se oyeron los teclotazos del agua contra el encerado que reemplazaba el cristal de las ventanas, luego, a medida que el tiempo pasaba, el choquecillo menos violento mientras arreciaban el frío y la humedad. Paulino, enmantado, no se atrevía a buscar el calor o el frío de Pilar. Inmóvil, panza para arriba, transido, apretaba los antebrazos contra el costillar buscando en sí mismo el calor que se le huía. Con los pies helados todo se desimaginaba. Uno no puede crear sino de sí mismo.

Cuartero quiere ahora recordar a Rosario. La llama y no acude más que a rastras. A ráfagas, incompleta.

Pilar tiene los ojos abiertos. Hace las cuentas de mañana: el pan, el aceite, el deseo de que todo acabe y que pueda descansar, dormir, olvidar a esa mujer que no sabe exactamente quién es y que sin embargo está ahí entre su marido y ella, y que no la deja moverse del miedo a rozarla.

## 7. Muerte de Herrera

*14 de marzo de 1938.*

Herrera siente contra su hombro izquierdo la mollicie del hombro del cargador, contra su hombro derecho la plana reciedumbre de la plancha de la torreta. Por la mirilla, cuadriculada por los pelos del colimador, el campo, algún olivo, matojos, la tierra apedreada:

—A la derecha, a la derecha.

Tomás no oye. Le da con el pie en el hombro, el conductor tira de la palanca y el tanque vira. Parece que no y se sube al vencer de la rambla. Una trinchera en zig-zag, vacía, recuerdo del bosque de Remisa. Desde el talud se descubre todo el extenso calvijar. ¿Dónde está el enemigo? Nunca la soledad le ha producido una suspensión semejante: de tantos sitios a donde poder ir, quedarse quieto, indeciso. ¿Dónde están los demás? ¿Hacia dónde volver la torreta? ¿Qué apuntar? ¿Por dónde van a surgir? La capa de la torreta oprime. Sin enlaces, sin referencias: la situación neta del ahogo. ¿Hacia dónde vamos? El miedo de todos: si nos cercan, no poder volver.

El cañón preparado, la ametralladora preparada, las manivelas bien engrasadas, las municiones a mano, los pedales de disparar listos bajo la suela. Tomás se quita la chichonera para dejar correr el sudor; es el único que la lleva: precavido y meticulado que es y metido en lo suyo; se rasca la morra. Herrera desde su sitio ve su calva incipiente. «Muy joven pierde el pelo». La media calva de Tomás le vuelve muchas veces a la imaginación, vista así, desde arriba, desde el puesto de mando. ¡Los tanques! Herrera le da a más no poder a las manivelas. ¡Bosque de Remisa, las Rozas, el Pardo! ¿Cuándo fue: el 16, el 17 de noviembre? ¡Por primera vez se enfrentaban nuestros tanques con los artefactos enemigos! ¡Tanques, tanques! Estaba de guardia aquel día. (La primera compañía de reserva, la tercera de descanso, es decir: que les permitían lavarse). Herrera había servido, hacía años, en el primer regimiento de tanques. Cada media hora los motores en marcha. En el patio de aquel castillete, a diez minutos de las líneas. Eran las cuatro de la tarde y ya estaban convencidos de que aquel día no habría nada cuando entró aquel enlace como loco: «¡Tanques, tanques! ¡Alemanes!». ¡Cómo le sube a uno la sangre! Uno está tranquilo, tranquilo, tranquilo, pero retiemblan las carnes. Un ardor por todo el cuerpo y el corazón subido. Tranquilo, Jesús, tranquilidad. ¿Qué hay que hacer? Cada cosa en su tiempo. Recuerda uno las reglas. Las clases de perfeccionamiento en Archena. ¿No falta nada? ¿La munición? Quieto, no aturullarse. Y ese absurdo temblequeo de los molledos de las pantorrillas. No tengo ningún miedo y sin embargo... ¿Cómo me obedece el pensamiento y no puedo mandar en esas ramificaciones de nada, en esos nervios superficiales?



De los diez carros sólo se pusieron cinco en marcha. Los otros no zumbaban ni pá Dios. ¡Cómo me puse! Todo se embarullaba. ¡Qué manera de sudar! Todo se desperfilaba. Salieron los cinco primeros; tardamos un tiempo infinito en hacer arrancar los demás y, sin embargo, no habían corrido los otros más de cien metros cuando salimos con los restantes. El tiempo es de goma. Y adelanta. Franqueamos nuestras trincheras desiertas; que en cuanto oyeron los motores enemigos los hombres se corrieron. La trinchera vacía y en el centro del clero veinte tanquetas Fiat.

Herrera las verá siempre y detrás, saliendo de la línea del bosque, los alemanes. Alineados. Una larga cadena de rostros, una larga cadena de cascos, una larga cadena de abrigo verdosos, una larga cadena de botas. Como para unas puras maniobras. La caída de la tarde, y a ochocientos metros. El visor, los pelitos movibles, la ametralladora: cuatrocientos, más doscientos, más doscientos y el cuadro del cañón: ¿Perforadoras? ¿Rompedoras? Negro, rompedora; rojo, perforadora. La teoría lo embrolla todo. Cinco rayas. Los primeros disparos le vuelven a uno a lo real. Uno sirve para algo, la sensación de que uno sirve para algo. ¿A quién darle? ¿A las tanquetas? ¿A los hombres? Vienen codo con codo, detrás, bayonetas caladas, en una fila y desfile de sueño. Y cincuenta metros después aparecen otros y entre ellos, pistola en mano, los oficiales, una verguilla en la zurda. A uno, el tercero a la derecha con monóculo, le ha dado el sol de lleno, espejuelo. De la orilla del bosque surge otra fila. Vencer la tentación de darle al del monóculo. Primero los carros. ¡Ver que se les da y se paran! ¡Dios! Y venga apuntar, y venga darle a las manivelas. ¡Ver llegar los disparos! ¡Ver que se les da y que se vuelven! ¡Ver que se les da y se quedan paradas! Y que nos disparan y no pasa nada. Herrera reoye en el tropel de los recuerdos el ruido triple de los antitanques. Le reenvuelve el ruido y los gases, el retemblar, el fragor, el calor del tanque. ¡Tira! ¡Tira! El mudo rugir del combate en todo el cuerpo, como si cada vez, cada nervio, cada arteria, cada vello, se lanzara afuera a mirar lo que sucede. ¡Aquel ataque desdichado al Garabitas! ¡Diecisiete se perdieron! Pero ¡el bosque de Remisa! Uno, dos, tres, cuatro, a ochocientos, a seiscientos metros; y va y venga. Hasta diez inmovilizadas. Y entonces la ametralladora venga a darle gusto al pie. Caen cuatro, recierran la fila; otros cuatro, y siguen avanzando, con sus cascos y sus gabanazos. Una vez, otra. Todo acaba, todos se vuelven a una, sin correr, con sus oficiales al frente, llevándose los heridos. ¡Ni se huelen los gases!, ¡ni se huele la pólvora!, ¡ni quema el radiador!, ¡ni existe el miedo!

Muchas veces, por la noche, cuando Herrera busca un recuerdo donde agarrarse, ve el calvero de Remisa y a Peralta levantando la tapa de los sesos de su tanque, para echar a correr tras los alemanes que se retiran, pistola en mano, como un loco... Locos todos, del éxito; que se pudieron sacar cuatro tanquetas y llevarlas en prenda de victoria. Herrera se quedó velando el campo toda la noche, detrás de nuestra trinchera abandonada.

Y ahora ahí, Caspe a la derecha, y el enemigo sin aparecer.

—¿Dónde vais? —les preguntó un capitán solo en el campo.

—A Caspe.

—Ya están allí.

—Vamos a localizarlos.

Y nadie en Caspe. Ni rastro de los enemigos. Y ahora ahí, a la izquierda, en el campo solo, solo. ¿Dónde están? ¿Qué hacer?

Herrera envía un enlace, que no volverá.

¿Qué ha pasado? ¡Tanto retroceder! ¿Cómo es posible que adelanten así? ¿Dónde están los nuestros?

Herrera da la orden de avanzar hacia una aldehuela que se divisa al pie de una loma. Hace un calor terrible. Por el campo vienen cinco hombres. Herrera manda parar. Levanta la tapa del tanque.

—¿De dónde venís?

—¡Uy! —dice uno.

—¿Dónde están?

—Yo que sé —contesta el mismo.

Los otros, sin armas, siguen adelante. Herrera se soaliza, sale y baja; entra en el pueblo que está hecho polvo. No ve a nadie, dos gallinas picotean al sol. De pronto de una casucha medio derruida sale Fajardo, con poncho, barba sin afeitar desde hace cuatro días.

—Hola.

—Hola.

—He venido a ver si encontraba algo de beber.

—¿Estás solo?

—Allá arriba tengo cinco hombres y una máquina.

—¿Dónde están los otros?

—Eso quisiera saber yo. ¿De dónde vienes?

—De Caspe.

—Decían...

—No. Todavía no.

—¿Tienes agua?

—Sí.

—¿Cómo ves esto?

—Ahora tendremos que hacer la guerra por nuestra cuenta. Están reventados.

—¿Los fachas?

—No, mis hombres. Andar y andar. Ni un camión.

—¿Cuántos días hace que llegaste?

—Cuatro. De enlace con el Cuartel General. No hay teléfonos. Sin fuerzas para

hacer línea. Llevo retirándome con esos cuatro a razón de diez kilómetros al día. Dicen que en Gandesa las fortificaciones están hechas al revés.

—Habladurías. Líster y Modesto resistirán seguramente en el macizo de Belchite. Por el Maestrazgo no podrán pasar.

Se les acercó un soldado, salido de no se sabe dónde.

—Mi capitán. No soy un desertor.

Lo interrogaron y lo enviaron con los demás. Iba cayéndose.

—Yo no chaqueto, mi capitán.

Era andaluz y aún se las echó de gracioso:

—Pero no puedo correr *p'atrás*.

Van hacia los tanques, Herrera alcanza un termo, Fajardo bebe.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta a Herrera.

—Espero un enlace.

—No hay una gota de agua. Hace cuatro días que andamos; no pueden más. Y no son chiquillos. Los hemos parado de cuando en cuando.

—¿Con cinco hombres? —pregunta irónico Herrera.

—Con cuatro, que el quinto se nos agregó esta mañana. Ahora ya somos seis. El problema es el agua.

—¿No hay nadie ahí en el poblacho?

—No sé. No hice más que llegar.

—Vamos.

Se callan. Ambos saben que piensan en lo mismo: la cantidad de material del enemigo. Las tropas italianas que se les enfrentan. La desolada rabia de no tener más que manos para contenerlos. Tierra seca de olivares. Atraviesan el pueblo. Deshecho por la aviación alemana.

—Sube conmigo —dice Fajardo.

Van allá, donde Fajardo tiene sus seis hombres. Tres de ellos duermen.

—Mi capitán —dice uno—, allá abajo hay una masía. Si usted quiere podemos ir a ver si hay un pozo.

—Vamos —dice Fajardo—. ¿Vienes?

—Sí —contesta Herrera—, con un carro. Id vosotros delante. Ahora llego.

Así lo hacen.

El caserío está vacío pero aún humean brasas.

—Todos huyen —dice Fajardo—. ¡Cómo estarán las carreteras de Caspe para allá!

—¡Hay un pozo! ¡Hay un pozo! —grita jubiloso Miguel Jiménez, que es el hombre que se juntó por la mañana al grupo de Fajardo—. Van todos a una huertecilla que hay detrás del corral. Miguel Jiménez bebe a boca llena de un pozal, luego sale como un loco y hace señas a los demás para que vengán. Llegan éstos

corriendo. Vuelven a echar el cubo y lo resuben lleno de un agua cenagosa. No importa, beben, beben todos. Fajardo se acerca al brocal y echa una mirada al fondo.

—Mira —le dice Herrera.

Mira éste y ve en el fondo cuatro o cinco moros a medio hundir en el agua negra. Miguel Jiménez, que todavía tiene sed tira otra vez abajo el pozal y subiendo el agua, dice:

—¡Qué más da!

—Entero y no muy compasivo conviene que sea el hombre, como escribió el Pinciano —dice Fajardo.

¿A qué juega? —piensa Herrera, a quien el lado farolero de Juan molesta siempre—. ¿Necesita agarrarse fuerte a algo que no sea la guerra? Herrera no lo concibe. El mundo empieza en aquella loma y acaba en aquella otra. Y la labor: localiza el enemigo. No hay más.

Herrera pregunta a Fajardo:

—¿Qué piensas hacer?

—Dar con alguna unidad.

Vuelven andando lentamente hacia los tanques.

—¿Dónde los vamos a contener?

—Cualquiera sabe. Estos mismos que huyen, cien metros más allá se detienen y no pasa nadie. Basta plantarles cara para que vayan para otro sitio. Nos falta de todo, pero DECA y antitanques especialmente. ¿Crees que vamos a pararlos con cañones del 37 y tres escuadrillas de chatos? Esta gente está reventada.

—Sube Líster. Y por Lérida viene el Campesino —repite Herrera, convencido.

—Ya veremos.

Fuman un cigarrillo en silencio.

—Mira que si perdemos...

—No hay que pensar en eso.

Y de verdad no piensan en ello. Están tristes, cansados, firmes, resueltos. Fajardo palmotea la torreta de un tanque.

—¿Qué sensación produce luchar metido ahí dentro?

Herrera le mira con sus ojos claros; Fajardo se siente molesto. Comprende que hace mal en hablar, en preguntar, pero esa misma desazón le empuja a porfiar aunque luego su propia preocupación le haga desinteresarse de lo que va diciendo Herrera a media voz. Este juega con un lápiz que ha sacado del bolsillo de su pantalón:

—La soledad —dice—. La soledad, como dice Cuartero. Cuando haces la guerra como los demás, ves a tus compañeros, los tienes a mano; éste delante, aquél detrás. Uno a la derecha, otro más cerca. Te gritan, las voces te empujan, hay algo que corre, que une. Un empuje, una ligazón, un miedo colectivo que te hace seguir adelante. Un mirar, un echar un ojo a éste, a aquél. Los pies de Fulano que te levantan, el casco de

Zutano que te cae sobre la nariz. Un «qué dirán», a la vista de todos.

Los hombres a la sombra de una higuera, apelotonados, duermen o parecen dormir.

—En el tanque —sigue Herrera— estás solo, cerrado, encerrado. Completamente solo, a la gracia de Dios, ¿comprendes?, y ciego. Sin saber nada de nada. Todo lo que te digan de misiones lejanas, idas y venidas, cuentos. Misiones determinadas y gracias. El día que tengamos radio, será otra cosa. No es que falte sitio para ella, pero se necesitan aparatos que no tenemos. Hemos aprovechado el lugar para aumentar las municiones. Por hoy: un topo. Y yo, que mando, fíjate, tengo para ver un anteojo de dos centímetros de diámetro. El disparador (no sé por qué lo llaman así, porque en verdad es el que carga, que yo apunto y disparo), el disparador no ve nada. Le dejan una abertura al lado izquierdo, tan ancha que no deja asomar la boca de un fusil. Y el conductor tiene una mirilla tan recargada de cristales que parece mirar a través de un acuario. Lo peor, la luz. ¿Te das cuenta de lo que es andar con un sol de mil demonios que te fríe ahí dentro y tú encasquetado con la bombilla encendida en la sien? Lo peor, el calor. En Brunete íbamos completamente desnudos. No tienes idea del suplicio, a pesar del café y de los limones, y de todos los limoneros del mundo. Café caliente aunque no quieras. En los nuevos han cambiado el sistema de refrigeración. Dicen que llevan ventiladores, aquí ¡cuernos! Allí hubo quien prefirió morir acribillado y luchó con el carro abierto. Ahora se puede salir por debajo, que entonces... Aquellos radiadores ardiendo, más los gases.

Herrera calla. Fajardo enlaza:

—Podré volver a todas partes menos a Brunete.

—¿Por qué?

—Allí pasé los peores momentos. No saber donde meterse, no ver, tenerlos ahí...

Fajardo se lleva la mano a la nuez.

—No tener donde resguardarse. Aquella llanura secadía... Es la única vez en que viví este cinematográfico efecto famoso, tan conocido, de apoyar la mano en el talud de la trinchera para lanzarse al ataque. Ya, ni miedo. Un vacío. Cuando no rozando la tierra, arañándola como perros. Rastrojos en el calor.

Herrera se sienta en tierra, apoyándose contra las ruedas del carro. Se pierde en su lado interior: Brunete. ¡Qué ha de saber Fajardo lo que es calor! ¡Hay que llevar un tanque por las parameras en julio! ¡Cerrado del mundo! Solo y esa bombilla enjaulada sobre la cabeza. Las chapas blindadas arden. El sudor corre, corre.

—Esa sensación de seguridad que debe dar el carro —dice Juan.

—El primer día —contesta Herrera—, te sientes invulnerable. Tortuga o caracol. Oyes cómo se aplastan las balas, hasta te estiras. Eso dura hasta los antitanques. Cuando ves los impactos se te quitan las alegrías. ¡Aquellos treinta carros que motivaron la orden famosa de Caballero!: ¡Ahora ya tenemos armamento! ¿No te

fastidia?

Fajardo sigue con lo suyo:

—Brunete. Allí es donde también, por única vez, he visto eso que se dice: segar las ametralladoras. Aquellas lomillas dispuestas de tal manera que las máquinas peinaban como esquiladoras. Aquel muchachillo de Jaén que venía con un queso de dos kilos en la cabeza: —¿Queréis queso?... Todos eran novatos, todos andaluces. ¡Cómo se batieron! ¡Qué gente! Ganapanes, gañanes, destripaterrones. ¡Qué gente! De esos que luchan porque sí. A los que no se les ocurre dudar. Que saben de verdad que nosotros somos la tierra y los de enfrente los caciques. De esos que no tienen vuelta. Los veteranos no abrieron pico, clavados. ¡Qué gente! Sin importarles lo que no fuera de todos.

¿Tan mal está —piensa Herrera— que necesita fortalecerse con frases?

—En el cementerio viejo, en una trinchera en zig-zag (formaba una Z perfecta), estuvimos toda una tarde, los moros en una punta, nosotros en la otra, tirándonos bombas de mano. Unos mal y otros peor: porque sólo podíamos hacerlo con el brazo izquierdo; caían en medio.

—Pasaros —gritábamos.

—Pasaros vosotros —contestaban.

—¡Qué lástima de operación! —continúa Juan Fajardo metido en lo suyo—. Se empeñaron en que tomáramos los puntos de resistencia, cuando saliendo de Valdemorillo se pudo llegar directamente a Sevilla la Nueva, donde sólo tenían unas tropas de descanso. Si en vez de agarrarnos a Quijorna y Brunete, los cercamos, llegamos a Navalcarnero, que ellos no tenían línea. Pero se empeñaron...

Fajardo echa a aquello cierta suficiencia y alguna hiel, como si su estancia en la Escuela Superior de Guerra le diese autoridad crítica.

—¡Cómo cayó la gente! De noche y de día. La pava no tenía para qué molestarse mucho: cincuenta metros a derecha e izquierda de la carretera y como a ésta no hay quien la desvíe, no tenían los fachas más que enfocar un reflector recto sobre ella desde Brunete. Daban sobre seguro. ¡Qué terreno! Y el frente en herradura, en cada punta la artillería que te freía las contralomas.

—Luego se resistió en terreno peor —contradice Herrera—. No se sabe nunca.

Hubo un silencio. Se oyen los ruidos de la tierra. Se dan cuenta de que ninguno está «en lo que dice el otro». Les duele. Las noticias son demasiado graves. Los destinos distintos. La muerte demasiado posible para poder participar de los recuerdos ajenos. Bástales a cada cual lo suyo. Pasan rozándose, como en sueño, como si de veras estuviesen durmiendo. Hablan seguros de que sus palabras no se fijan y de que sus figuras penetran sin más en el olvido. Fajardo se levanta:

—Muchachos —les dice a los suyos—. Vamos allá.

Estos se levantan sin decir nada.

—Hasta la vista —dice Herrera.

—Chao —contesta Fajardo—. Tengo que volver a Barcelona. Ya veremos cómo y cuándo.

Se estrechan las manos.

—¿Qué vas a hacer?

—Como no viene el enlace, voy a ir para abajo a ver si doy con el puesto de mando —dice Herrera.

Quinientos metros más allá, a la cabeza de sus tres tanques da con un teniente coronel.

—¿Qué hace usted ahí?

—Esperando órdenes, mi teniente coronel.

—Pues hay que resistir en estas lomas. Pase lo que pase.

—¿Y si nos copan?

No hay tales copos, o a ver si usted también... Porque basta que aparezca una bandera en un alto para que los hombres griten: ¡Estamos copados! ¡Hay que resistir hasta que se pueda!

—¿Y cuando no se pueda?

—Se puede siempre —contesta el teniente coronel.

—¿Municiones?

—Yo le enviaré.

El jefe siguió adelante en su motocicleta.

Herrera dispuso sus tres carros y esperó. Cayó la noche y por turno pudieron dormir. A las ocho de la mañana apareció el enemigo. A los primeros cañonazos se dispersó. Hasta las diez no volvieron a ver a nadie. Herrera se corrió ligeramente hacia la derecha. Empezaron a tirar con la artillería sobre el emplazamiento que había dejado. A poco, a dos kilómetros, aparecieron unas baterías antitanques. Sobre las lomas contrarias los enemigos habían emplazado unas ametralladoras. Herrera dio orden a sus otros dos carros de ir contra ellas y de dirigirse luego hacia Caspe. Después, en zig-zag, se fue resueltamente hacia la batería. Tras un ribazo que corría paralelo a la carretera pudo desaparecer de la vista del enemigo y acercársele más de quinientos metros. Tocó con el pie el hombro izquierdo de Tomás. Y al surgir por la cuneta cogió de perfil una de las piezas y la destrozó. Los sirvientes de las demás tuvieron tiempo de girar el cañón. Herrera pensó: ¡Este nos da!

Así fue.

## 8. En la frontera

*Del 11 al 14 de marzo de 1938.*

Templado llevó a Lola Cifuentes a Puigcerdá. Pasaron la noche en el hotel. Consiguió Julián lo que quería, sin pena ni gloria. Lola le dejó hacer, fría, distante y sonriente. Al día siguiente —como quien no quiere la cosa— Templado la hizo pasar la frontera. En la línea divisoria se despidieron.

—Quiero pedirte perdón, paticojo.

—Perdón, ¿de qué?

—De que seas un infeliz.

—No entiendo.

—Sí, entiendes. Ya te dije que te costaría caro.

—El gusto ha sido mío.

—Me hubiese gustado quererte, Aleluya. Porque eres un infeliz. Un pintiparado para marido.

—¿Se me ven los cuernos?

—No. Pero el sitio para ellos y la popa amplia para los apaleamientos.

—Favor que me haces.

Lola miró fijo a Templado.

—Vente —le dice.

—¿A dónde?

—Conmigo. A París.

—No lo sueñes.

—Te denuncié anoche.

—¿Sí?

—Dejé escrito —para que lo entreguen esta noche— que me sacabas.

—¿A Monllor? ¿A Rivadavia?

—¿Vienes?

—No, hija. Pero gracias por el aviso. Dime, ¿qué mosca te ha picado que de pronto te hace sentirte buena?

—Hubo un momento, esta noche, en que creí que te quería.

Se le asoman las lágrimas. Templado es feliz. Intenta abrazarla.

—¡Quita, cochino! Sólo piensas en eso. Y, además, te pasas a Francia.

—Tengo pasaporte.

—El que te van a dar para el otro mundo si no te vienes conmigo.

Templado es tan fatuo que ahora, de pronto, cree que lo anunciado por la muchacha es invención.

—¿Vienes?



—No, preciosa.

—¿Me perdonas?

—Sí, hija. Y despidiéndonos como en las películas: vuélvete y no me veas marchar. Empieza a hacer frío y entro de guardia a las cuatro. Que seas buena.

Templado vuelve hacia el coche que Huertas le ha prestado.

¿Qué me ha llevado a hacer esta idiotez? —piensa—. El juego y la inconsciencia, mi gusto y —¡qué caray!— porque me divierte y es guapa. Y es capaz de haberme denunciado la muy canalla. ¡Cómo se me va a poner Rivadavia!

Isabel Rubió envió un recado a Teresa Guerrero diciéndole que no fuese al teatro: Burgos había anunciado que bombardearían Barcelona cada dos horas hasta que el gobierno se rindiera. Ya estaba la actriz en su camerino cuando se lo dijeron. Doña Isabel le remitía, además, leche condensada, galletas y chocolate que había recibido por mediación del consulado holandés. Teresa dio algo de ello a Matilde.

—¡Qué buenas son ustedes señoritas!... ¡Y luego decían que las del teatro! Eso era antes, ¿no?

La bombilla brilla desnuda frente al espejo; sobre el cristal de la mesa se alinean los afeites: toda suerte de rosas y ocres en tubos ahitos y maltrechos. En el sofá de peluche un par de medias tristes, una faja, un juego de parchís.

Entra Julio Jiménez a avisar que la función se ha suspendido. Teresa y Cristina se miran sonrientes. Matilde le pregunta a su marido si vuelven a casa. El hombre pretexto una reunión del sindicato.

En Perpignan, López Mardones fue a vivir a un hotel pequeño que un periodista francés le recomendó. El fondista era un hombre viejo, delgado, con un castelarino bigote blanco y una gran afición a la pintura. Pintábalo todo: paredes, macetas, ceniceros, cuadros, esterillas, mesas, minutas, llenaba el espacio de pájaros y flores con una ingenuidad infantil un poco retorcida y rebuscada:

—Hay que perfeccionarse —decía el huésped—, hay que trabajar. Dentro de dos años me retiraré y entonces tendré tiempo de pintar y aprender.

La que le permitía el gusto era su mujer, gordona, de más tripa que pechera, no siendo ésta grano de anís: papadas a lo ubre; mejillas a lo asentaderas y la mano expertísima para condimentar perdices a la catalana, salmonetes a la provenzal y asar chuletas al amor de los sarmientos, puntal fiel de una prosperidad ininterrumpida. Los conocedores de viandas llenaban el comedorzuelo oscuro, sin luz directa, donde las no muy abundantes bujías de una electricidad desfalleciente medio iluminaban las pinturas del bendito del hotelero.

López Mardones se regaló allí dos días. Solían ir a comer varios policías

españoles que nuestro hombre saludaba con un despreciativo, ¡hola!, yéndose a sentar solo en un rincón a relamerse con los ajos cocidos, gordos, blandos, blancos, a la patata recién nacida que constituyen la salsa y el ser de la perdiz a la catalana.

López Mardones fue a ver a Gustavo el francés. Era un hombre bajo, ya cano, de faz regular, con un bulto en el lazo izquierdo del cuello —a lo bocio— que deformaba la línea de la cabeza. Una mirada brillante e irónica; siempre mal afeitado, los trajes como de segundo dueño; vivía de las menos. Mejor carterista no lo había, ni más conocido. Veintiocho condenas y la «relegación»; evadido dos veces de la Guayana, conocía toda América y Europa. Hombre equilibrado e inteligente, había nacido ladrón, en Argel, de padres desconocidos, educado por un español, apandador de lo ajeno, padre a su vez de otro chaval: a los dos les había enseñado desde niños a vivir de lo que se pescara, como único trabajo decente y digno. Por eso cuando Gustavo el francés habla de sus actividades dice siempre: mi trabajo:

—Cuando trabajaba en Buenos Aires.

—Cuando hice la feria de Gerona.

Enviado a Cayena a los veintitrés años, ya condenado ocho veces en Francia, se fugó a los cinco meses, a través del Maroni. Ya entonces las sabía todas y sacó mil francos en piezas de oro de a veinte, en un tubo que llevaba en el ano.

—No es el tamaño lo que molesta, —dice—, es el peso.

Cárceles de Buenos Aires y Santiago; vuelto a Burdeos, lo cazaron en Marsella tres años después y lo devolvieron al presidio. Esta vez estuvo allí quince años, en el campo de los reincidentes.

—Lo malo no era el trabajo, sino el sol. Pero pude con él, y con ellos.

Se volvió a escapar por el mismo camino y de la misma manera, pero esta vez fue en balde porque cuando, años después, lo detuvieron, se enteró de que había sido amnistiado: la persona de quien usufructuaba el nombre y los papeles, había tenido dos hermanos muertos en el frente.

Le conocían en el mundo entero: Gustavo el francés, amigo del «Moro», del «Paja», del «Torero»: los grandes carteristas del siglo. Tenía sus ideas bien establecidas frente al mundo.

—Todo es cuestión de dinero. Y para tenerlo, cogerlo. Bien arrambla con él el gobierno: no voy a ser menos.

Vivió en Barcelona dos años, en la calle del Hospital, liado con una mechera. Su especialidad era entonces las estaciones, de madrugada.

—Me levantaba a las tres, los días en que sabíamos que los policías que estaban de turno entraban en combinación. De lo más honrados. Si trabajábamos dos, se hacía tres partes. Si trabajaba uno solo, mitad y mitad. Los tranvías... Entonces había oro. El país donde más abundaba era Bélgica. Me acuerdo del día del incendio en la Exposición, con las fieras sueltas por el Parque. ¡Qué día!

—¿No has trabajado nunca en Alemania?

—No. Conozco el país por lo que cuentan los compañeros. No es bueno. El alemán es fácil de conseguir fuera de casa, pero allí hay demasiada *politesse*. No le gusta que le empujen. Protesta, grita. En el extranjero no dice nada, no se atreve, pero en su país no hay modo de tropezárselo. Siempre guardan las distancias. En las colonias alemanas de América del Sur pasa lo mismo. El país ideal es España, a pesar de la competencia. ¡España!

—¿Qué país te gusta más?

—¡España! Barcelona y Madrid, pero sobre todo Barcelona. Y luego allí, ¡el trabajo es tan fácil! Todo se arregla. La cárcel es mala, pero la policía es buena. Además a mí me gusta vivir de noche. ¡Cuántas veces he ido a dormir de día, después de trabajar las Ramblas de madrugada! ¡Ah, Barcelona después de la guerra del 14! Aunque no se dieran golpes de gran importancia, daba gloria...

—¿Dónde ganaste más dinero?

—En Argentina. En el Banco del Río de la Plata. Es el mejor Banco, el que tiene más movimiento. Sobre todo a fin de mes. Rara era la vez en que no se sacaba algo de importancia. Yo hacía siempre los cinco primeros días de cada mes. Si tenías suerte de que los policías estuvieran en combinación contigo, aquello era pura seda. Luego volví a Santiago. Anduve allí mezclado en un asesinato. Sucedió en mi casa. (Llegué a tener allí un bar con sala de juego). Naturalmente yo sabía quién había disparado, pero no iba a decirlo. Eso son cosas de hombres. Allí le dan mucha importancia a eso y me cerraron la casa con una herradura.

—¿E Italia?

—Ni hablar. Hay un policía por casa, igual que ahora en la España de Franco. Vengo de allí, no me interesa. En cada manzana hay dos vigilantes. No les importan los robos, sino lo político; pero molestan para trabajar.

—¿Qué piensas hacer?

—Dentro de algún tiempo, retirarme.

—¿Dónde?

—En Italia. Mis padres, a lo que dicen, eran italianos. Además puesto a vivir tranquilo mejor es que haya mucha policía para guardarle a uno. Lo digo en serio.

—¿Para ti lo mismo da policía que política?

—¿No ve usted que tiene las mismas letras? Y las mismas raíces, señor, las mismas. No se engañe, la que gobierna es la policía. Un ministro, administra pero administra lo que a la policía le da la gana, pero si no, ¡va aviado!

Al día siguiente Gustavo el francés le preguntó a López Mardones, por las buenas.

—¿Usted quería ver a Peruzzi, no?

—A eso he venido.

Salió el italiano de un cuarto interior. Se saludaron como si tal cosa. Se entendieron en un periquete tan pronto como el dueño de la casa los dejó solos. Peruzzi denunciaría el intermediario contra una cantidad que fijaron. Quedaba por averiguar quién traería los documentos de Perpignan.

López Mardones telefoneó a Monllor, que dio las órdenes necesarias para que el cónsul pagara lo convenido. Tan pronto como tuvo el dinero en las manos —en espera de más cuando los datos se revelaran fidedignos— Peruzzi denunció a Pradal. López Mardones sospechó entonces que tratándose de un militar era posible que los planos salieran de España en la mismísima valija, como encargo particular. No sé atrevió a telefonarlo a Barcelona, y esperó.

A los dos días llegó un Buick viejo con un señor joven y el valijero de nuestra embajada en París. López Mardones conocía a este último.

—¿Con quién vienes?

—Un chico que va de segundo secretario a Estocolmo.

—¿Dónde vais a comer?

—Yo aquí, no puedo separarme de la valija.

López Mardones se dirigió al joven:

—¿Y usted?

—Hombre, yo...

—La verdad —dijo López Mardones—, yo esperaba a un amigo. No ha venido. Tengo encargadas unas perdices. ¿Quiere usted acompañarme?

El joven se dejó tentar y fueron a la fonda. (Gustavo a lo lejos). El joven había ganado, por una herida en un brazo, la estima del ministro y la prebenda, como si el valor personal fuera suficiente para dar a la lengua lo que ésta requiere y cierta discreción de la cual evidentemente el joven diplomático carecía, pajarero, cursilito y, a lo que se rumoreaba, más amigo de los hombres de lo que su condición masculina requería. Por de pronto, tras la comilona, el joven se encontró sin su cartera, que contenía una cifra nueva. Se puso malo aunque luego la encontraron, rodada no se sabe cómo, cerca de los retretes.

Gustavo hizo seña a López Mardones indicando el fracaso: la cartera no contenía los planos.

A lo noche llegó otro coche conduciendo a un subministro de la Generalidad, su mujer y un industrial de Barcelona. Traía éste lo esperado. Esa misma madrugada, López Mardones volvió a Barcelona con los planos que Gustavo el francés hurtó con facilidad.

Monllor felicitó a López Mardones y le volvió a ofrecer un puesto. Este lo volvió a rechazar. Hablaron de las gentes mezcladas en el asunto.

—Tengo la seguridad de que Julián Templado anda también metido en todo esto —dijo el como nunca bien oliente personaje.

—¿La seguridad?

—Sí. Pregúnteselo a Julio Jiménez.

—No es esto sólo —rezongó Monllor.

Y llamó por teléfono a Rivadavia.

## 9. Interrogatorios

15 de marzo de 1938.

Rivadavia hizo pasar a Templado.

—Pasa, inconsciente, pasa.

—¿Estás malo?

—No.

—¿Por qué me has mandado llamar tan sin falta?

—Siéntate.

Templado se sentó frente a Rivadavia.

—Eres un insensato.

—No te digo que no. ¿Me has hecho venir para hacerme este diagnóstico?

—Te van a detener.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Por qué?

—Espionaje.

—No fastidies.

—Como dos y dos son cuatro.

—¿Una denuncia?

—No. Dos.

—¿Doña Lola Cifuentes?

—Esa es una.

—¿Y la otra?

—Del SIM.

—¿Y supones que yo...?

—Yo no supongo nada. Pero veo difícil sacarte del atolladero sin que pases por el Preventorio.

—¿Ni Zuga?

—Ni Zuga, ni Dios. La policía es la policía. Lo único que puede hacer es activarlo, que se pruebe tu tontería, que te echen a la calle.

—Pero ¿el Ministro de la Gobernación?...

—Ni Azaña. Cuando se detiene a alguien, cada cual dice: por algo será. Y como somos más decentes y más honrados que nadie, pues a aguantar y esperar. ¿Quién te ha mandado a ti meterte en estos líos?

—Nada de líos. Soy consecuente conmigo mismo. Sea lo que Dios quiera, y entiende por Dios lo que se te antoje. Tengo demasiado respeto a la vida para que me importe la mía.

—No sabía que fueses tan amigo de Teresa Guerrero.

—Tan amigo, no; me gusta.

—Lo peor es el último informe de Julio Jiménez: que ella te recomendaba como médico, que salíais juntos.

—¡Haz buenas obras y no mires a quién! Los buenos sentimientos le recaen a uno siempre en la coronilla. ¿Qué dice el tal Jiménez?

—Lo cuenta todo con la buena fe y la exageración de un novato; donde hay grietas ve montes. Pero ahí consta.

Cogió Rivadavia un fajo de cuartillas, las compulsó y se puso a leer: «El Julián Templado hace callar diciendo que tuvieran cuidado, que las podían oír. La Guerrero dice que no le importa, entonces Templado las reconvino y les dijo que miraran mucho lo que hacían y que habían de tener mucho cuidado. La Teresa dijo que no importaba: que dentro de quince días, cuando más, estarían aquí. Insistió mucho el Templado en eso del mucho cuidado y que no fueran tontas y que no se comprometieran inútilmente. Luego, como todas las noches, la Teresa se puso a hablar mal del Sindicato de Espectáculos Públicos y del Gobierno y él dijo que tenía que ir a Puigcerdá».

—Recuerdo que una vez al abrir la puerta tropecé con él, me volví a Teresa y le dije: ¡Ya ves!

—También está eso, y dijiste que ibas al ministerio.

—Iba a ver a Carlos, creo. No recuerdo bien. Sí, fue el día en que recibió un queso manchego y me convidó.

—Parece que luego hubo una escena tremenda entre las tres jóvenes. Porque a la Lola parece que no le disgustaba la Cristinita.

—Todo esto son tonterías.

—En el mismo sentido en el cual puedes decir que la vida es una tontería.

—No lo digo porque la vida es la única cosa seria que existe. Por esto me he agarrado cómodamente a ella. Por eso quiero a Lola. Quiero a Teresa. Quiero a Mariquilla. Quiero a las que sean.

—Por de pronto el amor te ha traído a estos lodos. Haré lo necesario para que te coloquen en la enfermería de la cárcel.

—Nunca me supuse que la función le salvara a uno el pellejo. Francamente, no me creía haber metido en una cosa de este tipo. Pero lo mismo da. Para mí hace tiempo que cada momento es la eternidad. Así que el fin no me importa. Porque no creo que lo haya. He vivido cada día como si fuese *siempre*. La muerte no es más que un accidente, porque nuestra vida sigue viviendo a través de los espacios. Un día, un ser cualquiera, establecido en un planeta cualquiera, un día cualquiera, dentro de un cuatrillón de años cualquiera, en que le llegue la luz de la tierra podrá, quizá, con unos aparatos, ver esta escena que está aquí pasando entre nosotros. Para siempre

vivos, a través de los universos. ¿No es suficiente? Además, créeme: Barcelona no estará nunca más hermosa que ahora. *Sub specie aeternitatis*.

Y señalaba la ciudad, extendida frente al ventanal como un plano.

—¿Es ésa tu vida integral?

—No hay fórmulas, querido. A lo sumo lemas. Toda fórmula es un límite, y yo no los tengo.

—Todo es divertirse. Ya lo sé.

—La gente cree en mi ligereza. Yo estaba de verdad, vertido en aquello, divertido. Fuera de mí.

—Quizá si tú quisieras decir lo que sabes...

Templado se quedó parado. Como si se sostuviera en el aire, abierto un escotillón bajo sus pies. De pronto se sintió solo, completamente solo: «¿Tú también, bruto?», pensó. Este que me conoce... El mundo le hizo daño. Le dieron ganas de gritar, de arañar el aire, de desesperarse con grandes alharacas. ¿Así que Rivadavia, al que tenía por amigo suyo, por hombre que le conocía, podía dudar de su hombría de bien, de su dignidad? Uno de sus amigos más amigos. Templado calla. Le sería posible expresar su indignación, su desencanto, su soledad dolorosa: ¡Tú también! Siente el latigazo de la sospecha, el no poder contar con nadie, el no poder suponer siquiera que alguien le conoce. Una vez más se le derrumba su confianza en el hombre y mira al juez con mirada nueva. Le aparece desconocido. Lo ve enorme, fofo, impotente a lo que él mismo dice.

No se le alcanza a Templado la deformación profesional de su amigo, lo ve distinto, otro. ¿Qué sé de él? ¿Qué sabe de mí? Templado se reprocha su falta de criterio, su apatía, su pereza, sus ganas de aceptarlo todo por bueno. Le humilla que los demás le puedan tener por lo que no es. Se reprende su ingenuidad y su confianza.

—¿Qué? No dices nada.

—No. No tengo nada que decir.

Se reprocha el tono seco. ¿Para qué mostrar su humillación, su derrota, su desencanto? Pobre tonto, Julianillo. ¿Crees que a nadie le puede importar tu honestidad? Julianillo endeble, poco firme. Que te sirva de lección. Otra vez. A ver si ésta es la última. Aunque no quieras. Morirás sin aprender.

—Por lo menos podrías decirme por conducto de quién se formuló la denuncia. ¿López Mardones?

—No. Félix Nogués.

—Tanto monta. Carne y uña.

Félix Nogués era magro, apedreado, de larga nariz y color pasa que desteñía en sus ternos siempre rondando los castaños a fuerza de lamparones. Acartonado (abergaminado, que decía Sancho). Color tabaco que le entraba por el índice y el cordial de donde no se desprendía una oscura colilla. No hacía nada, pasearse por las



librerías de viejo. No sabe leer, gustaba de tentarujar las pastas y oler el papel. Misógino, mala lengua y, a lo que él proclamaba: amigo de la verdad. Su apodo: Robespierre.

—Digo lo que pienso, y que se hunda lo que sea, y el que no lo haga es un ser despreciable: un falsario. Mentira y cobardía son sinónimos. Ahora Barcelona está llena de anarquistas por cobardía, de comunistas por cobardía. Por miedo de no parecer bastante revolucionarios obedecen por cobardía. Matan por cobardía, muriendo como cobardes. ¡Hay que decir la verdad!

Ese bordón le había dado bastante popularidad por el Paralelo en años anteriores a la República. Luego echó mucha agua a su vino, pero los principios de los cuales alardeaba seguían siendo los mismos, encubriendo sus fallas, que la vida come más que una lima nueva. Lo que hizo fue huir de cargos, que algunos se los ofrecieron al revuelo de la guerra. Había sido pacifista; de aquello sólo le quedaba el vegetarianismo. A principios de la sublevación detuvieron a su hermano, falangista, y como le preguntaran por la filiación del mismo, no la ocultó, lo cual le doró blasones entre los anarquistas que fusilaron al familiar.

—La vida es una cosa seria —solía decir—. Hay que dar la cara y si no responde la otra parte, salva sea.

Iba de tertulia en café, enfoscado en no dejar mentir a la gente; huían de él como de la peste los que no le encontraban gusto al rejalgar. Nunca supo nadie de dónde le venía el dinero hasta que por Rivadavia vinieron a saber que era confidente de la policía. Lo cual, al fin y al cabo, era lógico.

Templado calló un momento dibujando líneas imaginarias con la yema de su índice sobre el cristal de la mesa.

—¿Te acuerdas del día de fin de año? ¿Del botón de nácar?

—No hay para tanto. Pero entre los del SIM tampoco tienes amigos.

—¿Quiénes?

—No lo sé exactamente. ¿La querías?

—¿A quién?

—A la Lola.

—Ni la quería ni la dejaba de querer. Lo mismo que a las otras. Todo me interesa y me importa un comino. Me dejo ir por la pendiente de mi gusto regolfándome en lo del momento. Procuero ahondar el segundo que pasa sin preocuparme del siguiente.

—Hablas por hablar. Pura fanfarronada.

—Hasta cierto punto.

—¿No me vas a decir que no te importa nada en la vida?

—Sí digo.

—¿Te acuerdas de la carta de Valdés? Ambos habéis ido a parar a la misma golfa. Esto te sucede por no tomar nada en serio.

—¿Crees que esto que me sucede es una cosa seria?

—Estás acusado en medio de una retahíla de maricas, espías verdaderos, otros que creen serlo y las dos hijas de Safo. Total quince. Todos te van a cargar las culpas. Los unos por esa masonería cureril que les lleva a protegerse. Los otros, contentos de deshacerse de un enemigo. Las mujeres, no sé. Menos mal que entre ellos no hay ningún tipo verdaderamente peligroso y que lo único que les interesa es salvar la piel.

—¿Cómo voy a salir del atolladero?

—Posiblemente la deposición de Julio Jiménez te pueda ser favorable... Si Teresa Guerrero dice la verdad...

—¿La han detenido?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

Templado tuvo ganas de preguntar por Isabel Rubió, pero contuvo la lengua. No quería aparecer como indicador no teniendo seguridades, y aunque así hubiera sido lo hubiese pensando dos veces antes de hablar.

—¿Y lo de la Lola?

—Eso no es cuestión nuestra. Y además..., ¡si fuésemos a detener a todos los que han ayudado a alguien a pasar la frontera, no quedaba un republicano para muestra!

Del centro de la ciudad, allá a lo lejos, se levantan pardas columnas de humo enormes.

—Ya están ahí otra vez. Con tanta sirena ya no sabe uno cuándo principia o acaba la alarma.

—¿Estoy libre todavía?

—Completamente. Ya comprenderás que yo no te he dicho nada.

—Gracias. En el hospital estoy.

Bajando las escaleras Julián Templado se pregunta el por qué de esa advertencia de Rivadavia. ¿Es una recomendación para que se esconda? ¿Para que se escape? Con su conciencia tranquila Julián decide esperar a ver qué pasa. De todos modos debiera ir a ver a Julio Jiménez. Pero ¿y si luego esta diligencia se vuelve en contra suya? Podría pedir una audiencia con el Presidente... ¡Bah! Lo que sea sonará...

—Con permiso.

A media puerta el guardia dejó paso a Teresa; Rivadavia, de espaldas a la luz, la vio abofeteada por el día: sin color, cárdena, con los labios blancos, más claros que la cara, el cutis comido por el maquillaje ahora inexistente, como si el carmesí de las barras hubiera chupado el propio color de los labios a través de tanto tiempo.

Así la hubiera conocido hombre a la mañana de la tornaboda, pensó el Juez.

Los ojos sin alcohol brillaban oscurísimos, morados de sus ojeras.

—Siéntese.

La actriz veía a su interrogador como un bulto de sombra recortado sobre una Barcelona de diorama. El mar, a media altura, se perdía en bruma y cielo, Montjuich presentaba su giba a la altura del hombro izquierdo del vis a vis. La llanura del Llobregat se disolvía en plata espolvoreada, el sol chapaba el mar como un escudo: no le traspasaba rayo, hería los ojos. No llegaban a aquel noveno piso de la Bonanova más ruidos que los de las máquinas de escribir y los de las puertas del ascensor. Las diez de la mañana.

La mesa de caoba cubierta con un cristal biselado recogía el cielo, el bisel daba en crisopacio, el teléfono con su dentadura de rueda, retorció su hilo negro; brillaba la ebonita negra del aparato. La mañana refulgía por todas partes. Teresa daba su mate a aquella habitación enjalbegada en cuyos paramentos sólo lucía un retrato sepia de Azaña con gran collar y banda. En una esquina, al lado de una lucida escupidera de cobre, un escribano o secretario rebuscaba en los cajones de su escritorio. Empezó de sopetón Rivadavia:

—¿Estaba Cristina al tanto de sus actividades?

—No.

—Parece extraño dada la intimidad en que ustedes vivían.

Coloreósele ligeramente la boca a Teresa:

—Fusílenme y se acabó. Mi vida no les importa, y lo que es entreabrírsela... (le saltó la sangre) van aviados. Mi vida es mía —guaseó—, y de ustedes para lo que gusten mandar. A su disposición.

Por primera vez volvió la cabeza a derecha e izquierda.

—Ya sé dónde tengo mi casa. (Como si tomara posesión de una escena, de sus términos y salidas, buscando por donde hacer el mejor mutis).

—No olvide que su caso es muy grave.

—¿Me lo dice o me lo cuenta?

—No tendríamos nada contra usted, si me indicara con quién estaba en relación. Así podría reanudar su vida normal.

—Ya les dije que no sé palabra de cuanto me cuentan. Ven ustedes fantasmas. Ya supongo de donde vino la denuncia. Amigos que tiene una. ¿Cree de veras que una actriz española puede ser espía? ¿A qué horas? ¿Haciendo dos comedias al día y con ensayo a las dos? ¡Vamos, hombre!

Fuéla acorralando Rivadavia, que pruebas no faltaban, ni cabía duda de su culpabilidad. Callóse la joven, decidida a no abrir más la boca. Las preguntas se fueron amontonando sin resultado.

—¿Me van a fusilar?

—Esto no es de mi competencia. No solemos fusilar mujeres. Eso se queda para sus amigos.

—¿Me van a soltar?

—No creo.

—En este caso quiero hacer constar que Cristina estaba al tanto de todo —dijo con frialdad.

—¿Por qué dijo antes que no?

—Eso no le importa. ¿Quería saberlo? Ya lo sabe.

Firmó su declaración. Mandó Rivadavia salir al secretario. Solos, Teresa le miró con mayor hostilidad.

—No he de hablar ni por las buenas, ni por las malas. Ya pueden hacer lo que quieran.

—Julián Templado me ha hablado de usted —dijo Rivadavia—. ¿Es amigo suyo?

—Sí, bastante. ¿Qué le ha dicho?

—Que le creía capaz de muchas cosas por odio y por celos. Y que le seguía conservando su amistad. Que si quería usted algo...

—A listo no me va usted a ganar. Ni mareándome con una de cal y otra de arena.

Se levantó Teresa y empezó a pasear. Rivadavia hubiera querido reducir su hipopotámica humanidad.

—Julián, como siempre, por las nubes. ¿Celos yo? ¿De quién? No le envidio el talento a nadie: mi manera no me la quitan. Y lo que es de las otras... ¿Cristina? Esa tampoco me la quita nadie. Y menos ahora. Si acaban conmigo que acaben con ella. ¡Celos! ¿De ésa porque tiene más espetera que yo? ¡Vaya con la Lola de los lunares! ¡Vamos, hombre! Y siempre es más ser espía que contraespía y jugarse el pellejo que venderlo por ochocientas pesetas al mes. Puta. Hacen de la cama campo de confesión. Les sacan a los hombres noticias a fuerza de... lengua. ¡Asco!

Se paró, metió las manos en los bolsillos de su abrigo donde le cabían escasamente los dedos, hundió la cabeza en los hombros, esparrancada. Rivadavia esperó unos segundos antes de meter baza.

—¿Qué le llevó a trabajar por cuenta de los otros? No se sabe que tuviera usted opiniones políticas muy definidas. ¿La pagan bien? ¿Cuánto?

—¿A mí?

Una mosca zumbaba contra el cristal empeñándose en ignorarlo.

—¿Usted cree que yo me hubiera metido en eso por dinero?

—Razón de más.

Todo su orgullo de actriz le lucía en la cara, en el brillo de la pupila; estaba plantada en el centro de la habitación dominando los términos, las posiciones de los muebles, la luz.

—Vivir una vez de verdad. ¿Comprende usted?

Pero se le acabó en seguida la llama.

—Y todo ese asco de gente sucia, soez, mal educada, que mandan o que les

mandan. ¿Creen que se puede ganar una guerra con gente que huele mal? Envidiosos: son un atajo de envidiosos, les sale la bilis rezumando por la boca. Y están perdidos, perdidos, perdidos. Lo pagarán caro. Si no me sueltan en seguida, lo pagaré, lo pagaré...

Se calló. Volvióse a oír el ascensor, las máquinas de escribir, la mosca.

—¿Y creen que con quince pesetas al día puede vivir una actriz que no quiere acostarse con el secretario del sindicato...?

—¿De dónde sacaba usted el dinero que le permitía vivir sin eso?

—¿Otra vez?

El chirriar lejano de un tranvía.

—Eso a ésas que emplean ustedes. A esa Lola de todos los puertos.

—¿Qué Lola?

—Yo me entiendo, y usted si no es tonto.

El mar daba impresión de ser de hojalata, bajo un cielo de plomo azul, un mar liso, caído todo viento, con tempestad por los aires, con un viento verde, de cardenillo, entre cielo y agua, brisa que no llega a olear el mar, hermana de esa espuma muerta que viene a morir marullando contra las algas ennegrecidas de las llanísimas playas.

—Me da lástima —le dijo Rivadavia poniéndole una mano en el hombro.

Ella se escurrió sencillamente, sin arrumacos. Se había acercado a la ventana y el hombrón estaba frente a ella.

—¿Lástima? ¿Yo? ¿Y de qué? ¡Téngase lástima usted, de verse en la obligación de hacer este papel! ¡Qué el mío es más limpio! ¿A dónde van a parar? ¿Qué quieren? ¿Acabar con toda la gente decente? ¿Les parece posible? Son ustedes unos desgraciados. Unos desgraciados.

Se hundía en su desesperación y en su odio queriéndose proteger de las lágrimas siempre posibles. Se sentía humillada frente al peñascoso hombre de ley. Le hería esa inferioridad. Le midió con los ojos, de pelo a zapato, y le espetó:

—Torres más altas cayeron.

Rivadavia se sonrió.

—¿Cómo conoció usted al capitán Pradal?

—¿Cómo conoce usted a la gente? Me lo presentaron. ¿O es que ha inventado alguna otra manera?

—Yo te prometo que si me indicas de qué manera transmitías las noticias, te dejaremos en libertad.

—¿Quién le ha dado permiso para tutearme?

—Una mujer tenía que ser. Es usted la primera, entre todos estos señoritos de Falange, que muestra hombría. Cantan todos a lo tiple. Sin temple, todos lloran.

Rivadavia tocó un timbre al tiempo que decía a Teresa:

—Nada más.

—La llave de todo, como puedes suponer —le contaba luego Rivadavia a Cuartero, es la joven Cristinita, cogida entre Pinto y Valdemoro.

—Si esa es vuestra justicia —dijo Cuartero—, prefiero la de Dios, que sabe sin hurgar. ¿Cómo puedes vivir en ese diario contacto con tanta podredumbre y no para curarla, sino para castigarla? No hay encarnación del mal como la policía: todos los vagos, ya sabes lo que quiero encerrar en esa palabra, los sin ideas, lanzados contra el mundo...

## 10. Intemedio trágico

*16 y 17 de marzo de 1938.*

—¡Han detenido a la señorita Teresa y a la señorita Cristina!

—Ya lo sabía.

Julio Jiménez, los pies en un balde, el jabón en la mano, siguió lavándose los pies.

—¿Cómo que lo sabías? Si se las han llevado ayer. Y he venido corriendo.

—¿Y qué? Ya hacía tiempo que les andaban detrás.

—¿Y tú lo sabías?

—Claro.

—¿Y no les avisaste?

—¿A unas espías?

—¿Espías? ¡Vamos!

—¡Si lo sabré yo!

—¿Tú? ¡Cómo no sea la punta de la nariz, no sé qué puedes ver!

—Si uno pudiera hablar...

—Pero ¿hablar? ¿De qué? Revienta de una vez.

—Espías de los fachas.

—Y aunque así fuera, ¿a ti qué te importa? ¿No han sido tan rebuenas con nosotros? ¿No te daban buenas propinas? ¿No me han regalado dos combinaciones? ¿No me han dado tres pares de medias? Dados, ¿me oyes? Lo que no has hecho en tu cochina vida. ¡Y ahora me sales con que son espías! ¡Vamos! ¡Es el colmo! Lo que eres es un infeliz, un calzonazos, un aprovechado, un indecente, un indecente, eso, eso. Las habrás denunciado tú. ¡Chivato! ¡Indecente! ¡Indecente! A ti, ¿quién te mandaba meterte en lo que no te importa?

Tardón, Julio Jiménez, asombrado ante la salida de su mujer, sintió rebullirle los adentros y subírsele por el pecho algo que le hervía y pugnaba por salir. Se alzó, sacó un pie del agua y con toda calma le pegó un revés en mitad de la cara:

—¡Calla!

Matilde retrocedió un paso, los ojos en llama. Le sangraba la nariz. Jamás le habían puesto las manos encima. Ni su padre. Le hirvió la sangre hasta en las más finas venas. Al retroceder tropezó su mano con una botella que había dejado horas antes encima de la mesa con un cuarto de aceite que Teresa Guerrero le había conseguido, la cogió por el cuello y con una fuerza insospechada, desde una altura asombrosa, la machacó en el cráneo de su marido. Se quedó un segundo alelada, como si la sangre que ya corría entremezclada con el aceite y el agua sucia de los pies a medio lavar le moviese a más; se puso frenética, arremachó con el casco la morra ya lacerada. Vuelta ménade, la empujaba una rabia, un odio para ella desconocido

que ahora brotaba a raudales parejo al de la sangre que sus golpes descubrían. Vengaba a su hijo, su hambre, su vida estrecha, como si el responsable fuese esa gualdrapa múrce que ya sarrillaba a sus pies.

Se abrió la puerta del piso. Apareció Miguel —el hijo— con barba de ocho días, se quedó parado, sin palabra. Dio dos pasos y dijo:

—¿Qué ha pasado?

—No sé...

—¿Cómo que no sabes?

La mujer callaba. El cuello de la botella en la mano, el culo roto rodado en medio de la habitación, las líneas quebradas de la rotura goteando por los vértices de los cantos. El viejo, sin movimiento, encharcaba el embaldosinado rodeado de una orla de agua sucia, sangre y aceite.

—¿Qué ha pasado?

Ella le cogió de la mano y salieron escaleras abajo. Todavía vagaba el día. Hasta llegar al portal no se dio cuenta Matilde que llevaba cogido el tiesto. Lo tiró con esfuerzo en una esquina. Miguel sudaba; el macuto pesaba lo suyo. Andaban sin mirarse.

—¿Qué ha pasado?

La mujer no contestaba. Al rato:

—¿De dónde vienes?

—No sé. Del frente. De lo que debiera ser frente.

Venía huido, sin querer. Aunque se había jurado no volver a ver a su padre, al llegar a Barcelona, montado en un camión de Intendencia, no se le ocurrió más que ir a casa, sin recordar rencores. Tenía hambre, pero no pensaba en eso. No pensaba en nada. La imagen de su padre sangrando por los suelos le impedía pensar. Ululaban las sirenas. Bajaban hacia el puerto a través de una ciudad desierta. Algún hombre doblado bajo un colchón iba hacia la parte alta de la ciudad, lo más rápidamente que sus fuerzas le permitían. Al llegar a la calle del Carmen vio el letrero azul de un hotel, arrastró tras sí a la mujer. Golpeó el mostrador del conserje. No había nadie. El llavero estaba a medio llenar, la luz entraba por el balcón abierto y daba en las anchas chapas numeradas. Cogió la primera llave que le vino a mano. Miró el número en la penumbra: 23. Fueron escaleras arriba. Ya caían bombas por el alrededor. Metió la llave en la cerradura, la volteó y entraron. Cerró de golpe.

—¿Vives aquí?

—¿Qué?

El balcón estaba abierto. El ruido del bombardeo parecía no llegar. Miguel cogió a Matilde y la tumbó en la cama. La mujer se debatía frenética.

—¡No! ¡No! ¡No!

No valieron denegaciones. La cogió por los sobacos con el brazo izquierdo y



forcejeando con las piernas y la diestra la fue venciendo. Le arrancó las bragas, le arrancó la cintura y los paños, que menstruaba, y la traspasó a pesar de la lucha desesperada y sorda, después de haberle hecho perder los sentidos. Le bailaba ante los ojos la sangre de la mujer, la cabeza calandrajosa de su padre, los moros muertos en el fondo del pozo y apretujaba con furia la masa fofa de las posaderas de la mujer ida. Pasaron allí la noche. Al día siguiente le dijo que se iba al cuartel.

—Pero ¿es que no tienes bastante?

El hombre no contestó. Fué al Cuartel Carlos Marx, donde estaba instalada la oficina de recuperación. La mujer le acompañó, como un perro, hasta la puerta. Se presentó, le indicaron que volviera a las siete de la tarde. En el patio tropezó con un paisano y le preguntó:

—¿Tú sabes dónde van los que saldrán esta noche?

—Con Líster.

—Pues no voy.

—Puedes decir que no te has enterado, y vuelves mañana.

Por la noche Matilde reincidió:

—¿Por qué vuelves? ¿Qué necesidad tienes? No te será difícil esconderte. Ya que no te has ido hoy, ¡qué más te da! Esto se acabó.

Miguel se le plantó en jarras:

—¿Cómo que qué más da? Una cosa es que no quiera ir con Líster. Porque no me da la gana. Y otra cosa es que no vuelva al frente. ¿O es que crees que hacemos la guerra para darte gusto? A mí no me da la gana ir con Líster, y no voy. Yo hago la guerra cuando y donde me da la gana. Pero la hago. ¡Pues estaría bueno! ¿Tú crees que porque ahora van mal las cosas voy a desertar? ¡Ni ahora, ni nunca! Uno tiene unas ideas y hay que seguir con ellas hasta el fin.

—Y yo, ¿qué voy a hacer?

De pronto se acordó de todo.

—¿Tú? ¡Morirte!

Y salió de la habitación, camino del cuartel.

## 11. Dialogismos

18 de marzo de 1938.

Por la noche.

—Vuelvo al frente de madrugada.

Fajardo habla con Cuartero en el local de la Junta. Ya son más de las diez de la noche. Todo está dispuesto para evacuar otras obras de arte. Todo el recinto está lleno de libros.

—Vi a Herrera, cerca de Caspe.

—¿Qué crees?

—Mira —dice Fajardo, cogiendo al azar un volumen—. A ver si la encuentro.

—¿Qué?

—Una cita de Stendhal.

Hojea *De L'Amour*.

—Aquí está. Es de un economista napolitano del siglo XVIII. Pecchio. Oye: «*Lo scopo degli Spagnuoli non era la gloria, ma la indipendenza. Se gli Spagnuoli non si fossero battuti che per l'onore, la guerra era finita colla bataglia di Tudela. L'onore é di una natura bizarra; machiato una volta, perde tutta la forza per agire... L'esercito di linea spagnuolo imbevuto anch'egli dei pregiudizi d'ell onore (vale a dire, fato Europeo moderno) vinto che fosse si sbandava coll pensiero che tutto coll' onore era perduto*». Hoy pasa lo mismo. Seguimos la guerra en condiciones en las cuales cualquier ejército europeo hubiese abandonado la lucha. Toda duda ante la muerte nos sabe a traición, por muy puesta en razón que esté. Ahí radica la furia, la cólera que nos hizo. Por eso Prieto lleva las de perder, por muy racional que sea su pesimismo, y Negrín las de ganar por absurda que sea —que no lo es— su porfía. Eso ha dado siempre lo español: aguantar. Nuestra gente se desbanda hasta que funciona un resorte desconocido que le reprocha su deshonor. Cuando se dan cuenta se plantan; y no valen órdenes, ni tácticas, ni historias. Hemos abandonado sierras y desfiladeros fáciles de defender y ahora resistimos en campo llano, donde no hay piedra donde agarrarse.

—El resistir —dice Cuartero— no es cosa de posiciones, sino del ánimo.

—No te digo que esto nos lleve a ganar la guerra, a menos de que esos cabrones de la No-Intervención dejen pasar el material... Pero es nuestra manera de hacerla.

—¿Vamos para casa?

—Yo tengo que ir al ministerio a recoger las últimas órdenes. Baja por Aribau, ¿qué más te da? A lo mejor no nos volvemos a ver...

—¿Nunca se te quitarán esas ganas de darte importancia?

—Me temo que no, visto por tus ojos.

—¿Te acuerdas cuando doña Fuensanta me echó de su casa?

—¿Qué habrá sido de sus hijas?

—Siguen en Madrid, sin novedad.

—¿Te acuerdas de Grosse y de la Kleine Kartoffel?

(Unas alemanas muy metidas en carne, preñadas de gusto por un Fajardo sin suerte y dado a dejarse querer por las prendas regaladas por Doña Natura).

Rescaldos que se avivan al menor soplo del recuerdo, que no hay amistades como las de la juventud.

—Ayer trajeron un Ribera desconocido.

—Buen golpe de mano —comenta Fajardo, en su afán de emplear términos milicianos.

Cuartero está satisfecho. Toma a Fajardo del brazo.

—¿Y Rosario? ¿Cuándo me presentas a esa hija de Justiniano?

—Nunca.

Cuartero no ha hablado con nadie más que con Juan Fajardo de la moza. Y eso porque éste le preguntó por el resultado de la visita. Por otra parte, el militar no sabe de los amores de su amigo. Vuelven a una discusión anterior.

*Cuartero:* ¿Así, crees que Dios está condenado sin remedio?

*Fajardo:* Porque se os fueron los medios de las manos. El hombre ya no está solo. Y es un animal que necesita de la soledad para inventar el Dios único. Moisés subió solo a un monte y los judíos andaban por el desierto forjador de monodioses todopoderosos —que son los que cuentan desde tu punto de vista—. Que los demás —griegos o neozelandeses— son para andar por casa. La solidaridad acaba con las catedrales. El hombre al sentirse ligado con sus semejantes se siente libre. La religión es camino de sujeción, de obediencia.

*Cuartero:* El ateísmo o el verbo...

*Fajardo:* Tómalo a broma. Es vuestra última trinchera: no discutir y aparecer superiores.

*Cuartero:* El hombre, inventor de la moral...

(Cuartero, de pronto se enfada, se le sube la sangre). Pero ¿es posible que creas que la imaginación —¿te das cuenta?—, la imaginación es producto del azúcar, de la sal, de la tierra? Que lo que te pasa por la cabeza —por donde sea—, que la energía...

(Se da cuenta de lo inútil, de lo grotesco de su cólera. Se calla. Fajardo lo mira y sonríe).

*Cuartero:* Perdona... humanista.

(Siguen andando. Por encima de las tapias todo verdea tierno a la luz de las estrellas. No hay nadie por la avenida de San Gervasio. El cielo está limpísimo y lejano).

*Cuartero:* ¿Desde cuándo no has escrito nada?

*Fajardo:* Ni he escrito, ni pienso volver a hacerlo.

*Cuartero:* ¿Por qué?

*Fajardo:* Me tiene sin cuidado. Me importa la estrategia. Las cuestiones fundamentales del marxismo-leninismo me parecen más importantes que...

*Cuartero:* (ante la indecisión de Fajardo): ¿Qué... qué?

*Fajardo:* Toda la literatura junta. ¿Y tú?

*Cuartero:* No tengo tiempo. Además, ¿quién estrena? ¿Quién publica?

*Fajardo:* Alguna vez —hace años ya, viejo— dijiste que escribías para salvarte.

*Cuartero:* Era verdad..., el sarampión... Pero de todos modos, si todos piensan como tú, ¿qué va a ser de la literatura?

*Fajardo:* Periodismo.

*Cuartero:* ¿Y la calidad?

*Fajardo:* Ya vendrá sola.

*Cuartero:* ¡Qué te crees tú eso!

Fajardo se dejó llevar por sus recuerdos y porque, además, nunca se vive en vano: —Todo el arte es expresión. Cuando la expresión, los medios de expresión, llegan a madurez, entonces se producen las obras maestras. El mejor autor escribe en la mejor lengua. Homero, Shakespeare, Cervantes, Molière, Goethe, Salomón, quien haya sido Salomón. O, lo que es idéntico, la mejor lengua es la empleada por el mejor autor. Que la use o la cree... La lengua no es privativa de un hombre, sino de una época; por eso en el momento en el cual madura un idioma coexisten muchos grandes escritores: porque los españoles del siglo XVI no fueron más inteligentes que los del siglo XVIII, pero se expresan más cumplidamente y por ese hecho son mejores. Sólo existe lo que se hace: lo que piensas, como si no. No que no exista: no existe. Los sueños, si se quedan en sueños, no son nada. Si los describes dejan de ser sueños y vencen por lo que tienen de real. Hijos de tu deseo.

Es evidente que la belleza de la lengua es a la obra de arte escrita lo que el color a la pintada. Lo demás: la línea, las proporciones, pueden copiarse, lo que dio la mano maestra no lo reproduce nadie. Problema: ¿a qué corresponde para la pintura el problema de las grandes épocas que resuelvo para la literatura con el esplendor de la lengua? ¿Llega un momento en el que existe una expresión pictórica, una lengua de los colores que permita una manera de decir más perfecta? Y si es así, ¿en qué consiste? Habría que creer que las condiciones económicas que determinan la posibilidad de la floración de la lengua son, serían las razones principales y que esas condiciones económicas jugaran al mismo tiempo para todas las artes permitiendo su más feliz expresión. Las razones de la decadencia son las que ya exponía Séneca al fustigar a los retóricos de su tiempo «El vicio de abandonar lo necesario buscando solamente lo especioso».

Créeme: De pronto los medios permiten acercarse más a lo real. Vale para la

pintura, la literatura, la música. Toda creación es una lengua para acercarse a lo real, a la real, real realidad. Llega un momento en que los artistas, impotentes, ya no pueden con ello y se encierran en bizantinismos. Todo esto confirma mi creencia de que después del XVII no hay grandes pintores hasta Cézanne y los impresionistas, que después de doscientos años vuelven a descubrir el mundo por otro sendero, con una escritura distinta. A veces hay quien se la inventa para su uso personal, como Goya, genio solitario. Tal como en la literatura, después del XVI y del XVII, hay que llegar al XIX (Balzac, Dickens, Gogol, Galdós) para hallar una nueva manera de escribir y de describir el mundo, y si Alemania logra su expresión a fines del XVIII con Goethe, Schiller, es porque hasta ese momento no había llegado el alemán a su punto de maduración.

Dominar la materia: la forma. Todo es cuestión de memoria: saber lo que se quiere. Un Donatello, un Miguel Ángel, un Maquiavelo, hacen lo que quieren de la materia. Que lo hecho, en el momento de hacerse, es memoria: memoria creadora, base, armazón, falsilla, cañamazo de los demás, la figura tuya. Saben lo que quieren, no juega el azar. Sabios de su materia. Tienen memoria de lo que quieren. Y la materia se rinde a la memoria, que es técnica, habilidad y sabiduría. Llegan a expresar su ámbito social a la perfección porque los medios están a su alcance. Puestos sobre una pista, en un camino nuevo, el hombre llega rápidamente a la cumbre. Después de mantenerse algún tiempo en la cima no le queda más camino que bajar a ampararse en cualquier refugio a esperar una vereda nueva. Las más altas ideas se expresan siempre en el momento en que el idioma llega a tener la suficiente sutileza, riqueza y fuerza para decir cuanto el hombre siente. Que todo son maneras, y el hombre, inmortal y poco variable. El hambre, el amor, el deseo de poder, son siempre parecidos y sólo se depende de cómo se cantan y expresan. Con una lengua puesta en movimiento llega a expresarse el hombre rápidamente; lo mismo sucede con los pinceles o la música. Una vez desbrozado el camino se llega rápidamente a la cumbre.

Se describe con la lengua que se habla, y si no las obras se quedan cortas: Las maravillas de la Edad Media escritas en latín, ¿quién las gozó?, ¿qué influencia tuvieron? *El poema del Cid*, *La Celestina*, *El Quijote*; Feijoo, Zorrilla, Galdós, escriben con la lengua de su tiempo. Que sobrevive sobre lo vivo. Eso explica las épocas oscuras cuando el pueblo cambia de idioma, variando de lengua, como la serpiente muda de piel. Los escritores formarán neologismos, pero las raíces son humanas. Por eso las grandes épocas dependen del apogeo de la lengua, del momento en que la lengua llega a su apogeo, claro que las razones que llevan un idioma a ese cenit son económicas y que la lengua, al fin y al cabo, depende del comercio.

—Como le dijo una voz a Santa Teresa —chungueó sonriendo Cuartero—. «Hija, la obediencia da fuerzas. Y luego he descubierto la humildad. La seguridad de la

sospecha». Todas las funciones humanas se derivan de las condiciones de la vida material, de acuerdo, pero el afán de justicia, ¿quién lo infiltró en el sentir humano?

—¿Tú crees que los pensamientos de Pascal, mal escritos, serían los pensamientos de Pascal? Evidentemente, no. Débelo a la forma, las ideas son un aire y hay que cogerlas. Todo depende del corsé. Lo bueno puede acomodarse mal, pero ya no es tan bueno. No lo entienden así los tragaldabas y se equivocan. La calidad requiere guantes.

—Pero ¿si dices: la calidad requiere quirotecas?

—Está peor. Igual que si lo dices en chino, lo entenderán los chinos. La calidad no la otorga el lector —porque entonces morirá con él y muchos confunden calidad e interés—, sino la lengua.

—Conformes, pero esto no resuelve el problema: guantes—quirotecas.

—Fíalo al oído y acertarás.

—Música celestial.

—Tú lo dices: música.

—¿Deja de ser buena una poesía de Calderón por mal leída?

—En aquel momento, sí.

—Uno que la desconozca, ¿cómo juzgará al poeta? Un verso sublime en el que trastruecas dos palabras deja de ser sublime diciendo lo mismo. Todo es música, hermano. Huyes de un hombre que te llena el rostro de salivilla, aunque diga verdades.

—A ti no te importa la verdad, sino la justicia. Contra los que lo mismo les da salvarse que no. Contra los que la derrota hace derrotados, porque en ellos engendra la indiferencia, el resquemor, el afán de venganza. La justicia es la fuerza: la fuerza de las cosas. Allá vosotros.

—Por eso quizá llegue Franco al mar, cuando no debiera. Dame tanques e impondré la justicia. ¡Cuándo la verdad...!

El tintineo de una ambulancia por la ciudad fría.

—Razones hay muchas, verdad una y justicia a voleo.

Pasa el automóvil blanco con su cruz a los lados.

—Pero en verdad, de verdad: ahí van muñones, viejo. Cuerpos perdidos por la justicia que defendemos. La justicia de hoy, que tu verdad, la religión: la soledad la engendra, la barbarie la acrece, la paz la arruinará.

—Tu razón te dice que no tienes razón de existir. Eres un hombre sin fin. Como aquel loco que impedía subir a la gente, plantado junto a una escalera mecánica, frenético, gritando:

—¡Quietos, quietos!

—¿Qué haces? —le preguntaban.

—Cuento los escalones.

Igual que tú. La vida corre, asciende, declina y no acaba: ¡Cuenta —viejo— si quieres, pero date cuenta! Los hombres piensan: yo no admito que sea por casualidad, ni porque dos y dos sean cuatro.

Habían llegado a la puerta de la Subsecretaría de Guerra.

—¿Dónde vas?

—Donde me manden. No te quejarás de la conversación. Hacía años...

—¿Y Templado?

—Sin moverse del hospital.

—¿Hasta cuándo crees tú que va a durar ese bombardeo continuo?

—No mucho. Se convencerán de que no sirve para nada.

—Te envidio el optimismo —dijo Cuartero abrazando a Fajardo.

—Salud.

—Adiós. Hasta la vista.

## 12. Cada uno al desvelo de su madrugada

19 de marzo de 1938.

*Templado.*

La antipatía que me tiene la gente: huelen que soy feliz. Lo que se huele no se perdona sin explicaciones. Soy feliz. Esté donde esté y como esté, con tal que no me duela el cuerpo. Me basta con la curiosidad, miro y ya estoy contento. Lo mismo me da la calidad de la cama, del brebaje, el pollo o la chuleta. Fumar o no. Beber o no. Amar o no; con tal de mirar lo que sea. Lo mismo me interesa un decímetro cuadrado de tierra que el panorama de tarjeta postal, una brizna que un cedro. No me lo perdona la gente o creo que no me lo perdona, que es lo mismo. Seguramente tanto les monta, pero como les veo desesperarse por nimiedades, primacías de colas, molestias de cuartos o quediranes de tertulia, me considero superior y juzgo natural la envidia. A mí todo me sale por una friolera, y ya pueden caer albardas. Pero si me pisan un callo, tengo cólicos o me muerdo la lengua, me tengo por el más desgraciado. «Nunca me ha dolido tanto». Amigo de los estupefacientes: todo menos el dolor. Acepto las privaciones, antes que dar mi alma a torcer. Las acepto porque no me duelen, porque lo mismo me da. Y teniendo en tanto la vida, lo mismo me da la muerte, que para mí forma parte de la vida, porque no puede haber dos cosas en el mundo. Por eso no me sulfuro nunca, me enfado poco y hablan de mi calma. Me regalo con lo que tengo. Lo poco igual a lo mucho, no hay diferencia. Tan hermosa Castilla como Galicia, todo depende de quién la mira. Los escombros de las afueras de Madrid me gustan tanto como los jardines del Generalife. Al cabo todo me cansa: en la variación está el gusto y el sentido del mundo. Si hay tanto, ¿para qué limitarse? Si ahora me meten en la cárcel, me interesa.

Me gusta el mundo tal como es, por su físico. Me gusta que haya hombres que quieran, modificarlo. Pero me quedo sentado, mirando. Me llamarán cobarde. Me pregunto: ¿y si fueran todos como tú? No contesto, porque la realidad prueba lo contrario. Me planto. Soy un vegetal, echo raíces y miro, más luego echo a volar. Por eso me molestan los conservadores: no quieren cambiar de paisajes. Que no me llamen cínico. Soy así: feliz. Los cínicos son pesimistas. Yo no. Creo en la realidad. Creo en lo que veo, en eso voy más allá que el Santo que necesitaba meter el dedo. Me basta ver, por eso soy de tan buen conformar. Me basta con las formas, que las esencias las destilo yo solo, con los colores. ¿Eunuco? Quizá. Me molesta romperme la cara con quien sea porque me puede hacer daño. Por eso me gustan tanto las mujeres. Todo me gusta y sorprende. Todo me divierte. Decía Sancho: todo lo veo, todo lo quiero y si no, me meo. No. Yo no. Todo lo veo, todo lo tengo. ¿Qué más



puedo pedir? Tengo el sentido de la propiedad en la vista. Me basta ver una cosa para saberla mía. Así, ¿quién no se satisface? No tengo bolsillos. El mundo es mío y nadie protesta. No hay más propiedad que la vista: que Santa Lucía me la conserve y tú que lo veas, cornudo.

Se vive lo que uno vive. Es absurdo esperar que los otros vivan por ti. Miles hay que viven de ser espectadores sin darse cuenta de que no existen, porque si existen es con una vida pequeñita hecha de reflejos, una vida de segunda mano, una vida barata, de hurgador de basuras y aprovechante habilidoso de los desperdicios de los demás; para saber la verdad necesitan que los otros se la cuenten y como del hecho al dicho va el talento del cuentista, el espectador destila la cuarta mano: desteñida y mil veces engañadora y equivocada. Viven de sus propias mentiras, que la verdad adulterada ya no es verdad sino verdad chirle, engaño, verdad a medias, verdad a cuarto, de poco más o menos, dispuesta a venderse: la verdad no entera, mentira. Para éstos, el mundo preferido: el cine. Posiblemente mi gran falla, la imaginación. No me gusta la música. La pintura, sí. Y tú: gacela, Lola. Y tú, Mariquilla. Y tú, Teresa, lirio...

*Rivadavia, sobre el lado derecho.*

—¿Y si me dan? ¿Por qué me van a dar? ¿Por qué no me van a dar? ¿Por qué no he de estar yo en el extranjero? ¿No ha ido Peralta?, y es tonto. Tonto. Amigo de Vayo. Pero tonto, tonto, tonto. Hubiera hecho mejor aceptando un puesto en el extranjero. Un trocito de metralla, y adiós.

*Rivadavia, sobre el lado izquierdo.*

—He muerto. Estoy muerto. No me puedo... mover. No me siento. Existo muerto. Me duele el hígado. No puedo mover mi mano derecha. No pudo mover mi mano izquierda. Si intento levantar mi cabeza se me separa del tronco. Tengo todos los huesos sueltos. He muerto. No respiro. No lato. No me siento. Estoy muerto, muerto. ¿Quién ha ganado la guerra? Me entrará una bomba por la mismísima punta de la calva. Y si me voy, ¿qué dirán los demás?

Fajardo espera en la antesala del general. Se aburre. Se duerme. Saca unas cuartillas y se pone a escribir a Cuartero para matar el tiempo. Sonríe.

Estás convencido de la iniquidad de la organización presente. Crees en la necesidad de un mundo mejor. ¿Qué medios se presentan? Mil. Pero uno sólo verdadero. Todos los demás deben, naturalmente, necesariamente, ser falsos. Conviértete al único probable, ciegamente. Una vez en el camino él mismo te dará fuerza para proseguirlo.

Los hombres, según sus creencias:

a) Los que creen en la Revelación, los seguidores de los profetas. «Es decir, los judíos y los cristianos en su mayoría». Tú.

b) Los que aun aceptando la vida futura niegan sus deleites.

c) Los que forman esa «muchedumbre de insensatos, gentes innominadas, que opinan

que la muerte es la pura nada, que la virtud y el vicio carecen de toda recompensa,

que el hombre, después de morir, tornará al no ser». No se les puede denominar grupo, ni sociedad. Insensatos y frívolos avasallados por sus propias pasiones, sus

apetitos; sin querer confesarse a sí mismos su cobardía. Tratan de excusar sus imperfecciones sosteniendo que su conducta es la que se debe seguir, la rectitud misma. Desean que otros participen en sus ideas, los inviten a la frivolidad y al libertinaje, a seguir el instinto de sus pasiones. Es decir, a perder su libertad, y se ponen, para ello, a cubierto de una autoridad. Que casi nada se necesita para que un hombre se deje arrastrar por la pendiente de sus sentimientos.

Sólo el que renuncia es un hombre, si es la gloria del hombre ser libre.

Si has de creer en alguien, cree o desea lo que crean o deseen las masas populares, que siempre tuvieron razón, vencidas o vencedoras.

O crees en un mundo mejor o no crees:

a) Si no crees debes hacer de todos modos lo necesario para implantarlo, por tu condición de hombre.

b) Si crees, no hay caso de hablar.

c) Si lo sospechas, debes porfiar.

Nada es más deleznable que someterse a la voluntad de uno solo; nada tan razonable como someterse a la voluntad de muchos, aunque esta voluntad esté representada por uno solo.

Si sólo sospechas la posibilidad de un mundo mejor, debes obligar a tu propia razón a emprender el camino para buscarlo (lo mismo que la razón exige a todo hombre que soporte gustoso las dificultades para llegar a ganar fortuna, o las fatigas del aprendizaje de la ciencia). Esto es evidente en el caso de que estés cierto de que es errónea la doctrina de los ateos.

Sea cualquiera la actitud que adoptes, tu propia razón debe exigirte que consagres tu vida al conocimiento de la verdad y práctica de la virtud: si es que estás en tu sano juicio y si la integridad moral de tu espíritu no está pervertida aún.

Por poco que supongas la posibilidad de la realización de un mundo mejor, por poco que sea: un relámpago, un esguince, una agonía, también debe tu razón persuadirte a marchar por el camino más seguro. Aunque sólo fuera por tu bien

personal, la satisfacción de haber trabajado por algo mejor te llenará de alegría y te salvará. Nada hay más desesperante para el hombre que preguntarse en la meseta o en el ocaso de su vida: ¿para qué he vivido? Así que habla ahora a tu conveniencia. Y no vayas a creer que digo esto porque me quepan dudas acerca de la vida futura, sino tan sólo a título de recitación acomodada a los límites de tu ignorancia.

¿Qué le quedará en limpio, a la hora de la muerte, al que diga: «que me quiten lo bailado»? No se lo quitan, no. ¿Para qué? ¿Qué huella deja lo bailado? Y el hombre sólo vive por su jacilla. El que no tiende a esto, al poder, al amor, a la gloria, no vive. Y si vive, ¿cómo ha de vivir sin pensar en un mundo más justo? El afán de poder es el afán de justicia.

¿Qué cuenta lo que pierdas por lo que ganes? Habrás llegado a aquella felicidad eterna de la vida futura y todo lo demás te parecerá despreciable. ¿Cómo puedes suponer que lo que crean o han creado las muchedumbres humanas es falso?

Ninguno niega la posibilidad de un mundo mejor, los más cuentan las dificultades, las oposiciones, defienden lo adquirido por esa oscura fuerza que dictó Hobbes: «Más vale pájaro en mano que dos volando». Desde el momento en que admites la posibilidad de un mundo mejor, ¿cómo puedes abstraerte a la obligación de trabajar en su advenimiento? ¿Y de trabajar con fe en el único camino que hasta hoy ha dado pruebas de ser viable? Y si aceptas el laborar en pro de ello, como debiera aceptarlo todo hombre honrado, no puedes sino obedecer ciegamente las órdenes que te den para ello, cerrándote a tus propios deseos e imaginaciones. La obra cumplida te servirá de eficacia para la siguiente.

No te quito ningún gozo, que no los hay sin sustento último: el de la virtud y el de la inmortalidad. Todo el que peca tiene el castigo de su inutilidad. ¿No te acostaste nunca con ese lacinante reproche?: ¿Qué hiciste hoy? ¿Qué huella queda de mí en el tiempo de hoy?

Para no perder tiempo: combate por el mañana. Ayuda a construir la ciudad de todos. No tenemos más justificantes que la razón: cuando nuestra razón se pone a justificar los sentidos todo es falso. Toda nuestra felicidad reside en la razón.

¿Cómo, ante la mera posibilidad de un mundo mejor, no te has de poner a trabajar por él? Sólo los ciegos no lo han de hacer.

¿No vale la pena para un hombre el hambre, la cárcel, la persecución, por ganar la vida eterna?

Los hombres que creen en vidas eternas personales y no en la vida eterna de la humanidad como nosotros creemos: la vida de nuestros compañeros, la vida de nuestros hijos, la vida de los hijos de nuestros compañeros —lo cual es una verdadera vida eterna—, esos mismos, puestos a escoger entre una manzana hoy —y aun mañana— y una eternidad de manzanas mañana, ¿qué escogerían?

Porque la vida de los demás es tu vida misma.

«*Estimons ces deux cas: Si vous gagnez, vous gagnez tout; si vous perdez, vous ne perdez rien*».

¿Ingresas en el Partido?

Si te interesa saberlo, salgo ahora mismo para Gandesa. Y después Líster dirá. *Tibi*.

*Fajardo, en una «rubia».*

Tenemos que ganar. Tenemos que ganar. Somos mejores. No somos mejores. Alto. Planteemos bien el problema: somos más. La idea es una fuerza en el momento en el cual penetra en las masas. Mientras más hondo les llegue más fuertes seremos. Si no están convencidos se dejarán ir y perderemos fuerzas. Como un río en deshielo, todo se irá al mar. Toda Cataluña se deshará y por el gran río se irá al mar, deshecha. Para crecer, creer. Nos ahogaremos todos, y si no hay literatura que no la haya. En un país culto no hace falta literatura —*literhartura*—. Si los pobres son felices no hace falta religión. Lo siento por la literatura, pero no puedo llorar.

*Fajardo, en Tarragona —mientras cargan gasolina—, sentado en una piedra.*

La luna llena sobre los escombros. Corren las nubes dándole círculo moreno al pezón de la luna. Arandela parda, aréola. Plata del polvo. Las ruinas tienen sombras arruinadas, los boquetes ribeteados de argén. Nadie por las ruinas, una brisa leve y el ruido del mar lejano. La guerra es un gran río entre dos lunas enteras. El cielo, su madre, la noche, su cauce y yo sentado solo, sombra, nada a su vera. Las sombras de los muertos sin sombra, sombra de la luna: asombro. Este ha muerto. ¿Quién? ¿Este? ¿Aquél? Vivo Norte. Muerto, aquél que conocía. ¿Quién? Aquél, muerto con la sangre fría. Muerto. ¿Dónde? La luna sobre los escombros. Los huesos. ¿Cómo se llama mi hermano? Muerte y la luna corriendo. ¡Eh! Espérame, luna. Espérame que todavía te puedo alcanzar, el pie en el estribo. El tranvía está demasiado lleno. Todos los estribos ocupados. No llego. No puedo agarrarme de ningún asidero. El tranvía echa a correr. ¡Para! ¡Para! ¡Oh, noche! ¡Qué daño!

*Cuartero.*

¿Qué tiene dentro de sí esa niña, tan seria? Tan sin reírse. Disgustada con todo. Manda y nadie la obedece. Rabia y se va a un rincón oscuro a reconcomerse con su frente lucida de sudor y sus ojos brillantes, el cabello en caracolillos. Hija mía, hecha de mí, completamente extranjera; que se me parece por fuera, sobre todo la frente, sobre todo los ojos, y que no sé de ella nada más que lo que pueda saber otro cualquiera. Pilar sí, pero no por hija, sino por mujer. ¡Ese extraño fluido que aglutina

mujeres! ‘Como si todas estuviesen enhebradas por el sexo: cuentas, hacer cuentas, estar de cuentas, como cuentas: collar, salirse de cuentas. No callar, charla que te charla. Cosa curiosa, los números. ¿Con qué ojos nos ven?

—Papá, yo quisiera ver cómo viven los fascistas.

—¿Cómo crees que viven?

—¡A ver! ¡En cuevas!

Y la mayor, en seguida:

—No, Teresa, no; si tienen casas mejores que las nuestras, y esto es lo malo.

Los pensamientos cortos y el resentimiento largo. Los niños lo aceptan todo, lo cogen todo: la naturalidad de sus relaciones con los animales. Tienen miedo de lo que no ven.

Hacer lo que les pide el cuerpo cuando se lo pide: No esperar, ¿para qué? Inutilidad de la esperanza. Las cosas en sí, no por su relación. Porque lo tocan todo. En el tocar está el reír. Por eso no entienden la pintura y así la escultura. Pilarín al entrar en el Museo.

—Vamos a ver si es verdad.

Y al salir:

—¿Y eso es todo?

Porque conciben dibujar y no esculpir. Posibilidad de no pensar en el mundo de los demás. ¡Si hubiese una humanidad donde los hombres nacieran viejos y fueran rejuveneciéndose! Volver a ser niños.

¿Es un bien dejarlos? ¿Es un bien estarlos molestando a todas horas? Yo los dejo, por pereza. Y así me va. Creo que me voy a dormir.

¡Cómo le pide a uno música el alma! ¡Música, maestro! ¡Qué afloren los versos! Música, música...

Y sólo le contesta a uno el ruido del agua en el caño, el gas en el hornillo. ¡Callada electricidad! Esto que te taponas, corcho, alcornoque; sin salida; que bulle a presión, dentro. ¡Música, música para el alma!

Soledad callada, silencio de todos y de uno mismo. Cantar. Si yo pudiera cantar ahora. Ahora ahogado. ¡Mundo!

Arrollada a mi cintura llevo soledad para vender. ¡Soledad, soledad! ¿Quién compra soledad? ¿La quieres tú, morena? ¿La quieres tú, Pilar? Dime que sí y te beso, Rosario.

Besas aire, bobo; aire, bobalicón. ¡Cuánto perdido, cuánto solo! Tonto, retonto, tonto. Tonto redondo. Besarla. Ella. Besarla y luego dormir. Dormir al sol con el ruido de las olas desparramadas, muertas con su baba blanca en mis lomos vencidos de tierra, lamiéndome con sus entrañas jadeantes. El sol dándose por entero por los biombos rojizos de los párpados, cálida música lejana del mundo entero.

—¿Qué hora ha tocado? ¿Las tres?

La fe es ciega. Por eso, y te lo digo con una vergüenza enorme, algún día escribiré algo que valga la pena, aunque mi inteligencia muestre mi incapacidad. Todos los que hacen algo es porque les sale de adentro y creen en Dios. Si no creyeran se sentarían en un poyo para reírse de los demás. La pasión también es fe y esfuerzo. La razón fundamental que me separa de vosotros es que creéis que todos los medios son buenos. Nada rebaja, nada es sucio, turbio ni torpe para vosotros, con tal que sirva.

—¿Y si sirve para la salvación de tu alma?

—Imposible. Porque la salvación de mi alma reside justamente en estos medios. No teniendo otro fin que la salvación, problema que para vosotros no existe.

—Para nosotros, no: para nuestros hijos. No sé si te das cuenta hasta qué punto vuestra posición es egoísta. Con tal de salvaron, que se hunda el mundo. Luis XV era un excelente católico, dicen.

Lo único que buscan la mayoría de los que se cacarean católicos españoles es la salvación de su vida, de esta vida: la religión ha venido a ser preservativo, de la misma manera que se precaven de ser padres a pesar de las fulminaciones de la Iglesia. Se sienten tranquilos. Igual que se sientan en coro tras el ídem, para defender sus bienes. El bien y los bienes, la vida y la buena vida han llegado para ellos a ser sinónimos, perros atrallados por el miedo. Hieden a lo que sueltan sin posibilidad de mandar en sus esfínteres. Salvar las fincas, salvar los cuartos, al mismo tiempo que los propios posteriores, sea como sea, lamiendo lamedales, salvando todo menos el honor, que cuenta pero no se cuenta. Rebajémonos todos hasta la lucha final. Salvarlo todo, que salvarse es lo de menos. No oír hablar de revolución, por nada del mundo, ni del otro. No perder. Si pierden se consideran perdidos. Si pierden el diez por ciento se pierden. Perderse: ¡Tontainas para la mujer! ¡La eternidad está muy lejos! ¡Mentir! ¡Mentir y mentir! No saben otra cosa, no hacen naturalmente otra cosa. Todo se les resuelve en mentira. Se mienten desde siempre, a ellos y a los demás. Y los demás les mienten. Mentira de mentira. Mienten a Dios. Podridos. Podridos de mentiras.

No se puede creer en Dios sin haber dudado de él. Sin desesperar. Quien tiene plena seguridad de la existencia de Dios, no cree en Dios. Lo que los hombres piensan de las cosas es más importante que las cosas mismas. O lo que decía Fajardo el otro día:

—El hombre para quien la política es un problema moral no es un político, sino un intelectual. Si creyera en la moral de los sentimientos no sería comunista.

Gracias a Dios no creo que las ideas nacen de los pechos.

—Todos vosotros que no creéis en la ininteligibilidad (se le trabó la lengua en sueños y sonrió), en la oscuridad de nuestro fin en la tierra, vosotros que creéis que no sabéis nada, me dais lástima y me lastimáis. ¿Qué concepto podéis tener de vuestra vida y vuestro propio fin si no creéis en Dios? Esa ilusión en vuestra honra y hombría sin fundamento eterno se os caerá cualquier día, como costra, como cotena,

diría Don Miguel. Cualquier hora en que os duela el calcañar o el meñique, hombráculos de segunda, los que andáis atados a la biología y que buscáis en ella explicaciones empeñándoos en ordeñar o masturbar átomos.

Si no creéis en Dios, explicadme por qué hay fascistas: gentes de una misma condición, de un mismo nivel, de una misma cultura o incultura: los unos salen anarquistas, los otros indiferentes, llamadlos ateos, otros comunistas. Explicadme eso sin la existencia de Dios, y sin el libre albedrío. Porque todos los átomos de hidrógeno, átomos de hidrógeno se quedan para siempre.

Nada separa el vicio de la virtud sino la intensidad. Son un mismo sentimiento en distintos lugares de su potencia: el ahorro, virtud; la avaricia, vicio. Los peores vicios son las virtudes; si vicios os parece fuerte, decid defectos, porque el propio personaje cree que forman lo bueno de su carácter. La misma línea corre de la vanidad a la modestia. Casi lo mismo del frío y del calor. El calor engendra malos sentimientos y produce alimañas. Rosario.

Dice Santo Tomás que la apetencia del bien se aquieta sólo con la posesión. Y la de la belleza con su solo aspecto o conocimiento. Conocemos lo hermoso y apetecemos lo bueno, dice el Santo, por donde resulta que la estética es una cosa clara y la ética una oscura aspiración del alma. Deseamos la perfección y nos tenemos que contentar con su figura. ¿Cuándo escribiré esta comedia?

*Teresa, en su celda.*

Los mataré, los mataré a todos. Los aplastaré. No dejaré uno. He sido demasiado buena. A taconazos, papilla.

*Pilar.*

¿Cómo se llamaba, Dios mío? ¿Cómo se llamaba? Era cadete. Y luego se caía. Y la mamá nos servía queso. Me duelen las rodillas. ¡Pilarín! ¿Qué te pasa? ¿Por qué te mueves tanto? ¿Estás mala?

*Rosario duerme sin sueños.*

### 13. 19 de marzo de 1938

—¡Paulino! ¿Ya has acabado de estar en Babia? —grita Pilar.

Acude el hombre.

—¿Qué hacías?

—Nada.

—Claro, tú, con tal de estar en lo tuyo, ya estás satisfecho. Los demás que se chinchén.

—¿Qué quieres que haga?

—Ayúdame a levantar la cama de ésta. Con cuidado, ¡eh! No se airée.

Pilarín está macilenta, ojerosa, respira rápidamente y con dificultad.

—Está peor —dice Paulino—. Voy a llamar al médico.

—¿Peor? —contesta Pilar—. Ves visiones.

—¿Tú crees?

Paulino Cuartero no sabe a qué carta quedarse.

—¿Cómo estás? —pregunta a la niña.

—¿Van a bombardear más, papá?

—No sé, hija. Es posible.

—No quiero.

—Aquí no llegarán nunca las bombas. No te preocupes. Te vas a poner buena y en seguida os iréis al campo.

—¿Y tú?

—Yo también. Anda, duerme, duerme. Descansa.

—En la farmacia —murmura Pilar— dijeron que fuésemos a las dos, que hasta entonces no estaría la receta. ¿Vas a ir tú?

—Claro. Pasaré antes por el ministerio, para ver si hay algo. Así no tendré que volver esta tarde.

Paulino telefoneó a la Junta para ver si había algo urgente. No había llegado nadie todavía. Hacía una mañana espléndida y fue andando.

—Si pasan de Lérida, ¿quién los para? Si llegan al mar, ¿quién resiste?

—Nosotros. ¿Por qué no?

—¿Con qué fin? ¿Con qué esperanza?

—Hasta la muerte nadie es dichoso, ve tú a saber las cosas que todavía pueden pasar.

—¿Con qué moral?

—Con la de la derrota. Que es más fuerte que la del vencedor.

—Todo esto es muy bonito pero la gente no parará hasta la frontera.



—¡Cómo se nota que no has ido nunca al frente! La resistencia no es cuestión de topografía, sino de ánimo. Si nos da por aguantarlos, lo mismo da el kilómetro 60 que el 85.

Rivadavia está anonadado.

—Supongo que no serás uno de esos que hacían la guerra pensando que de todas maneras se ganaría —le dice Monllor que le mira con cierta guasa—. Hay que dejarle un margen a la posibilidad de la derrota. Pero no te apures. Ganaremos. Sólo es cuestión de resistir.

—Sí, y de los trece puntos.

—De los trece o de los catorce.

—Pero ¿de verdad crees que podemos ganar?

—Mucho más fácilmente que «no perder», que es lo que propugnan muchos de tus amigos, Prieto y compañía.

—Cuando la guerra europea no ha estallado ya..., no la habrá.

—¿Y por eso hemos de abandonar? El año que viene por ahora todavía estaremos aquí —dice Monllor.

—Así sea. Dicen que los bombardeos van a seguir al ritmo de uno cada dos horas.

—Todavía nos queda media hora de vida. ¿Tienes algo para comer?

—Galletas, que me dio Bola anoche.

—Alabada sea.

—Toda la ciudad huye hacia el monte.

—Ya lo he visto.

Barcelona bombardeada. La ciudad abierta por los cuatro costados, al azar trágico de los aviones italianos, esparrancada en las laderas del Tibidabo y Montjuich, llana hacia San Andrés. Festoneada del mar traidor que no deja distinguir los aviones hasta que se avistan. Las paredes se quedan solas al través del cielo azul. Una pared sola con las ventanas de aire al aire, balcones de nada; vacío por delante y por detrás. Fachada. Los muros con sus papeles pintados, copias de viejos cuadros de Picasso; rayados, adamascados de colores viejos, pasados, desteñidos: verdes y pajizos y rosas sucios, todos con las señales de los muebles en claro y oscuro. La huella de un sofá, con el subrayado de la grasa de la cabellera del amo, el rectángulo de un armario desaparecido. Lo plano resiste colgado: un mapa, una fotografía. ¿Hasta qué punto una casa es igual a otra si los alquileres son equivalentes? Los mismos cromos. Perchas, platos de Manises, cortinillas japonesas y la tubería enmarañada. Si queda un poco de piso resiste al aire el armario de luna con su espejo intacto reflejando el cielo, y del dintel de aquella ventana sigue pendiente una jaula. Todos los escombros se parecen. Las casas más caras tienen más piedras angulares y sótanos.

—Por ahí van diciendo que los antiaéreos tiran con bicarbonato. Que falta munición.

—Sí, y que han tomado Valencia. Bulos.

El prodigioso espectáculo de los bombardeos. Nadie por la calle y, si de pronto un obús estalla cerca de los vencejos, una multitud delira, salida por ensalmo de sótanos, puertas y ventanas.

—¡Le dio!

Y todos van pasando de una acera a otra siguiendo con la vista los seguros portadores de muerte y los *srapnells* que los van escoltando.

—Anoche fui al Liceo, Doña Francisquita servida en trozos. Y nunca la han montado tan bien. Todo pasará, nadie se acordará de ello, pero ese afán de hacer cosas cuando nos vemos más apretados... Se apagaban las luces, se oía las bombas y, en la oscuridad, seguían cantando hasta acabar el número. ¡Vive Dios!

—Muchas veces tienes a Dios en la boca, viejo masón.

—Déjalo, en otras partes está peor. Bien bailado el último acto. Bien vestido. Regularmente cantado. El teatro lleno. Si no nos oyera nadie te diría que somos grandes, y hay ensayo esta tarde. Cuando en la oscuridad la gente se pone a cantar el «Himno de Riego» y «Els Segadors», se me suben las tripas al gaznate. Los otros no comprenderán eso. He interrogando hoy a varios de esos señoritos de Falange; se retractan, cantan, lloran. Casi sin excepciones: Y éstas en los primeros tiempos. Sánchez Mazas le ha escrito una carta a Bergamín asegurándole que él nunca había sido de Falange.

—Pensar que «eso» puede sojuzgarnos. Se le suben a uno no las tripas, sino las heces a la garganta.

—Bueno. ¿Y qué hacemos con Templado?

—¡Qué remedio! La desaparición de la mujer de Jiménez no va a ayudarle. Ahora el avisador de marras —¡cómo le puso la cara!— grita y perjura que su cónyuge estaba de acuerdo con toda la faramalla...

—Paulino<sup>[4]</sup> me dijo anoche que le diéramos un pasaporte y que se fuera.

—Es tan insensato que —a lo mejor— no quiere. Ya están ahí.

Cinco trimotores en uve.

Desde hace tres días las bombas van subiendo por la ciudad como una marea. Dejan el puerto y se lanzan hacia el centro de la ciudad. La Catedral, desportillada; el Palacio de la Generalidad, apedreado; el Call, la Puertaferriosa, la calle del Carmen, acribilladas; por el Paralelo la muerte va ganando calles: del Carrer Nou a la del Hospital, del Hospital a San Pablo, de San Pablo a San Antonio. Las muertes crecen: treinta y cinco, ochenta, doscientos.

A eso llaman los fascistas efecto psicológico: más puños que nunca contra el aire, los que lo sienten más los que ahora lo levantan en señal de venganza, de odio nuevo

en odre viejo.

—Eso no se podrá olvidar nunca.

—¿Qué buscan? ¿Qué quieren?

La gente huye hacia la montaña, cuando no se decide a refugiarse en el Metro o en los refugios. Hay quien no concibe morir sin sus bártulos; se los llevan auestas como si el finar en colchón propio fuese pasaporte necesario. Mantas, capazos, jaulas, Rambla de Cataluña o Paseo de Gracia arriba, como si en vez del fuego huyeran de un Mediterráneo de pronto en mal de creciente.

El fulgurante deslumbrar bermejo oscuro de las explosiones. Sentir retemblar las tripas y acollonarse son dos cosas distintas. Los niños no lloran. Los perros se esconden bajo los bancos. Todas las carretillas de mano, alquiladas. Los niños parecen más cargados que los mayores. Cogollan los antiaéreos. Al campo, a dormir en la pinada. Algunos van allá en coche. A veces quien no debiera: algún diputado, algún director general.

—¿Dónde vas?

—A Pins de Vallés.

Los que creen que si cae lo mismo les tocará arriba que abajo miran a los exodistas con conmiseración. Desde ayer arde un depósito de gasolina, en la ladera de Montjuich.

—¿Vamos a verlo?

La ciudad entera tiene un bárbaro penacho negro, pluma en la copa del monte. La trágica nube se extiende muchos kilómetros; abullonada, hierve y borbota en cárdeno y pardo. La sustentan las llamas, rubicelas, rosmarinas, sobermejas y de todos los rojos anaranjados. De pronto rebomba un 155, por equivocación. Resurten los estómagos. Las llamas se plantan de un salto tan altas como el humo pizmiento. Luego la llama se convierte en nube perdiendo en látigo lo que gana en contornos, dándole el mar liso y callado un color de plata fina, mercurio claro. Los Guardias de Asalto, los Carabineros, los curiosos, miran sin comentarios. Vastedad de la muerte.

—¡Qué pena!

—Ni pena, ni no pena. ¡Qué objetivo! Y a la noche: ¡Con la luna que hay! ¡Y a cientos de kilómetros el incendio se reflejará en el mar!

Desde el Hospital, Templado amusga los ojillos tras los espejuelos para mejor ver la ciudad bombardeada a las siete, a las nueve, a las once. Mira el reloj, la una. Tardan. ¿Creen que una ciudad se puede rendir por el horror? ¡Qué dislate! ¡Qué desconocimiento germano de lo español! ¿Hay un verbo alemán para «crecerse»? Ya llegan. Ya entran. Ahora por la izquierda. Cinco Junkers. Enfilan la ciudad de norte a sur, y en un minuto la parten. Brillan refulgentes de sol. Nunca habían sido tan altos los penachos de las explosiones.

—Estas han caído por la calle de Fernando.

—No, hombre, no; mucho más arriba. Siguiendo la Diagonal.

—Por la calle de Cortes o la Plaza de Cataluña.

Un penachón más alto, bárbaro, enorme.

—La he visto caer.

Son seis o siete a mirar desde aquella ventana. Las columnas de humo se mantienen. ¿Dónde llega la última? ¿A cien, doscientos metros de altura? Manto visible de la muerte.

Tan pronto como pasó la alarma, Cuartero llamó a Rosario.

—Sí, ha caído en la esquina. No sé, no nos dejan salir.

—Iré a buscarte.

Miles cohabitan ahora en el Metro.

—¿Dónde vives tú?

—¿Yo? En la Diagonal. Debajo del anuncio de las galletas Artiach. ¿Y tú?

—Nosotros en Rocafort. Al fondo, en un sitio muy bueno, como si fuese en la ventanilla del tren. Además, allí paran.

Los niños juegan. Las mujeres cosen, las viejas duermen.

El hedor le hace competencia a la falta de aire, pero la temperatura es buena y, como siempre, todo es cuestión de acostumbrarse.

—¿Cuánto tiempo hace que vivís allí?

—Dos meses.

Los jergones recogidos, siempre hay alguna mujer que barre. Méase en el túnel teniendo cuidado con los trenes.

—Rafael, cuidado.

Ya nadie hace caso. Las mujeres sentadas con las mantelinas puestas. Los viejos con manta que la humedad cala a pesar del calor. De las entrañas de la tierra sube el relente de tanta humedad hundida y a medio proteger, vuelta a la tierra, a la catacumba, a la cueva, que las fieras vienen ahora del aire y hoy como antes, ayer, hace quince mil años, no hay mejor protección que las entrañas de la madre. Todas las construcciones se pueden fundir, destrozar, arruinar; una ciudad no es nada, una caverna siempre es una cosa seria. Los hombres dan la sensación de no afeitados, los niños de sucios, las mujeres de desgredadas y menstruantes. Tremendo túnel oscuro. La gente habla poco. ¿Cuántos ahí, apiñados, unidos por el mismo temor, «no de las bombas, sino de su punto de caída», como dice Sancho?

—Ya no se oyen.

—Ya pasó.

—Ahora vuelven.

En la oscuridad la mayoría apretujados en los lugares que suponen más resistentes.

—No, si los peligrosos son los antiaéreos.

—Narices.

El piso grisáceo de la estación del Metro recoge la lengua aguda, en flecha, de la luz que le llega oscurecida de la lejana entrada. En la oscuridad de la sima se oye el murmullo altibajero de la muchedumbre; los empavorecidos detenidos en su fuga, los indiferentes. Cuartero se apoya en el muro, siente en la espalda el fresco de los azulejos. Los traquidos de los antiaéreos como el reventar de sacos de papel bien hinchados adrede y rotos con el puño contrario.

Cuartero, con los ojos cerrados, se revé niño. A su lado un invisible compañero dice a otro:

—*¡El día de San Jusep! ¡Quina falla!*

—¿Dónde están los buñuelos? —contesta el otro.

Y un tercero:

—¿Y tu madre?

El que habla es valenciano y en un solo cerrar de ojos vuelve a ver los buñuelos, hinchados, cuscurrosos, redondos, lucientes, todavía empapados del aceite que resudan en brunos lamparones sobre los abultados sacos de papel pajizo. Los buñuelos se van dorando en la caldera oscura, mantenidos por el aceite hirviendo, aureolándose de burbujas; cada buñuelo una isla, con su contorno de arrecifes, blanca espuma formada por el aire y el agua que desprende la masa que del color flavo de la miel helada pasa al dorado de la traslúcida. Por una chimenea que, acodillada al fogón, desemboca en las alturas de las ventanas del entrepiso vase el humo enrevesado en las ramas del árbol, atado al canalón de zinc que baja dividiendo las casas bajas y estrechas de la calle de San Vicente, pregón de la buñolería, como si el acrísmo olor del aceite no bastara como muestra. Librería de Botella, estrecha y larga, a la que se baja por dos escalones y en cuyo escaparate amarillea un georama. La calle, mal empedrada. Entre adoquín y adoquín, vueltos cantos rodados de tanto carro que va a San Vicente de afuera, camino de Silla, de la Ribera, hay tales diferencias de altura que los carros van dando tumbos; resbalan las llantas desprendiendo polvo al golpe, las aceras están interrumpidas por los anafes y los biombos que protegen la buena combustión. Tras el armatoste la buñolera, con más caracoles en la cabeza que conchas tiene la mar, con más bandolina que aceite no hierve en la sartén. El corsé la estatifica, mueve los brazos, mueve la lengua, mueve la sonrisa embijada del calor, sonrío con su triple barbilla, sonrío con sus triples arracadas, sonrío con sus caracoles, con el sudor que le mana en la empolvada frente; pero no menea la cintura, de tan apretada como la tiene. Mueve, remueve, vuelca y revuelca los buñuelos y cuando están a punto los recoge de su laguna estigia, con un palito, y los va dejando escurrir sobre un entretejido de alambres que descansa en los bordes de una enorme jofaina, mientras el buñolero, estantigua, va dejando caer en el

aceite que chasca, pica, bulle, salta, nuevos aros de masa que inmediatamente sobrenadan rodeándose de las burbujas del freír.

—*¡Eh, Roseta! ¡Roseta! Una lliura. Sí home. Xe y ¿la Roseta com està?*

San José, en Valencia, no se cabe. ¿A qué saben los buñuelos?

Ya caen. Cuartero oye lo cercano del estruendo. De pronto, sin saber cómo, una mujer zollipea entre sus brazos, una pobre mujer vieja, una manta negra cruzada por los hombros.

—No se preocupe, es por el Puerto, no se preocupe.

—Usted dispense, señor, usted dispense.

Y la sombra se va hacia el fondo más oscuro.

El vecino de Cuartero sigue pensando en su Valencia natal. Hoy, día de San José.

La buñolería dejaba ver una hilera de veladores rectangulares con laja de mármol blanca que se iban a meter en una trastienda baja de techo, porque un cuarto del entrepiso cortaba a medias el fondo del cafetín. Un alto mostrador, a la derecha, corría hasta la altura de este desnivel. En los estantes, unas cuantas botellas de jarabes amarillos y rojos, limón y fresa, con los marbetes picados de lunares de mosca. El zócalo de mayólica blanca con el alizar añil y de vez en vez un azulejo de Alcora con flores amarillas y azules. Una mujer, entoquillada de negro, gruesa, fofa y amarantina de sus herpes del buen vivir, se abanica dando golpes sobre la enorme pechera y espanta las moscas.

—*Xica, no es pot.*

Y levantando un tanto su faldamenta se abanica los bajos. Al fondo se alinean tres vasijas para la leche; más allá, en lo oscuro, vive una vaca (antes eran dos), plácida y triste, que no ha vuelto a salir a la calle desde que la trajeron. Se quedó ciega, y de sus flácidas ubres vive la familia que se hacina en la habitación de arriba. Las jícaras de chocolate...

Baja al Metro el olor acre del polvo de las casas derrumbadas. Todos han bajado la cabeza adargándola entre los hombros. Aquel hombre confunde el olor de la muerte con el del aceite rancio de la buñolería: ambos se le cogen en la garganta, asoman, vueltos agua salada, vidriando el mirar.

—Esa ha caído en Clarís.

—Vendida España... Por treinta dineros...

Cuartero se lanza a la calle. Rosario trabaja en una oficina del Ministerio situada, allí, en la esquina de Clarís y Caspe. Dio en seguida con ella, que le esperaba con cuidado.

La ciudad en silencio, entre pasados cañonazos y el tintinear de las ambulancias.

—Vamos.

Llegaban a la altura del Paseo de Gracia, cuando oyeron el silbido de una bomba. Paulino gritó:

—¡Túmbate!

Ancha tumba. Cuartero salió ileso.

Subía por el Paseo de Gracia con la seguridad de que encontraría a Pilarín muerta. Un espantoso revolver, un desesperado afán de no querer. No quería. No quería. Pasó frente a un escaparate adornado con espejos. Se miró y no se reconoció. El espejo estaba orlado de rosas rojas y hojas verdes pintadas. Se veía allí y le parecía otro. ¿Por qué hay una sola palabra para el dolor moral y el de la carne? ¡No me duele nada y me retuerzo de dolor! Me duele el alma. Me duele el alma. ¡Una palabra, una palabra para decir lo que siento!

Paulino Cuartero se reprochaba ese afán de querer precisar su dolor. Y se avergonzaba de sí mismo.

—¡Falso! ¡Falso! ¡Falso! —se gritaba.

Y lo que más le dolía era Pilarín, su hija. Su hija más querida, que seguramente había muerto. Aceptaba el castigo. Lloraba corriendo, Paseo de Gracia arriba, hacia su casa.

*La niña seguía igual. Muerta de susto por los bombardeos. Cuando Pilar vio entrar a su marido desencajado, gritó:*

—¿Dónde estabas?

—Allá abajo.

—¿No te pasó nada?

—Nada.

En el cuarto de baño, Paulino Cuartero se lava las manos. Rosario, rosa, río. Corre el agua del grifo. La reveía blanca, imagen limpia, transparente, brillando de sol y el fondo de cristal. Ahora sentía que desde el principio se había dado cuenta de que aquello no podía acabar de otra manera. Una oleada oscura de presentimientos se lo decía; más que una oleada, un remanso podrido que sentía en su corazón. Nunca se había sentido más cerca de Dios. La evidencia de su pecado le hacía sentirse miserable. ¿Qué dolor era ése? Pagó ella.

—Rosario, mi sangre.

El tintineo lejano de las ambulancias.

Esto que reluce, ese fardo rojizo, su sangre. ¡Eh, Paulino, Paulino Cuartero! Rosario es esto.

Le subió un helor.

¿Y si yo no me quiero salvar, me puedes salvar, Señor, aunque yo no quiera?

¡Dios, imprímeme dirección! Tengo miedo de pensar por creer que mi sola inmundicia me remueve. No hay más salvación que la humildad.

Dame la muerte, Señor, castígame, dámela por tu misericordia y no por tu terribilidad. Dámela por tu amor.

A pesar de todo, Dios nuestro, yo no puedo creer que Rosario fuera enviada por el Malo. Porque Tú puedes más que él.

Paulino reveía a Rosario desangrándose en la acera y le volvía el amargor del polvo, la sensación de vacío, de desorbitado, que cobraba el mundo. Y de su grito. Luego debió desvanecerse. ¿Quién le llevó al banco donde se encontró solo, sentado? Las gentes corriendo. El polvo de la destrucción todavía por el aire. Había corrido para llegar justo en el momento en el cual cargaban a Rosario en una ambulancia desvencijada donde amontonaban los cadáveres. Un brazo le colgaba sostenido por la sola tela de la blusa. Parecía no tener cabeza. El que no la tenía era una piltrafa que dos hombres traían arrastrando como un saco, todo el cuello hecho papanduja sanguinolenta. Enfrente de él, un sanitario, con una pala, amontonaba restos humanos en una espuerta, grisácea de sangre seca. De un árbol pendían unos trozos que goteaban sangre. Ulular de las sirenas. Humo de incendios. Tintinear de los bomberos. Y las primeras brigadas de desescombramiento...

¡Señor! Vengo a ti las manos llenas de sangre. Señor, me has fustigado con sangre. No con la mía, que hubiera sido poco. Señor, acepto tu castigo. He pecado y vengo a ti, me arrepiento. Acepto todos los daños y todos los dolores con que me azotes; penitencia y pago de mi insalvable culpa. Yo pecador. Sí: Yo me acuso y me arrepiento. Salva a mi hija, sálvala. Dicen que no es grave, pero su daño es el mío, sálvala. No la castigues por mí, aunque así fuera mayor mi castigo. Castígame, castígame. Perdóname, Señor, por haberme dejado llevar por la concupiscencia, y sálvala, Señor, en tu altísima caridad. No hay más culpable que yo. Señor, tú que me conoces, perdona mis errores. Acepto el dolor que me envías como castigo de mis culpas. Misericordia para ella que se dejaba llevar por sus sentidos sin mentir. Ensáñate en mí. Pega, pero no me arrebatas a mi hija. Hágase tu voluntad, castiga mi orgullo, castiga mi lujuria, castiga mi libertinaje. Esta sangre que se oscurece en mis manos es su sangre. Señor, ¿por qué la escogiste a ella? Perdóname las interrogaciones. No he vivido nunca fuera de ti. Acepto el dolor, acepto la muerte, pero ¿por qué han de morir los demás siendo yo el pecador? No, no pregunto más. Yo te ruego, yo te suplico: ¡Señor, no te llesves a mi hija! Si mi sangre es poca, machácame por mis culpas. Reconozco tu justicia y me humillo y me escupo. Y te pido perdón con todos mis sentidos, con toda mi alma. Yo mismo me castigaré volviendo al recto camino. Señor: ¿no será cobarde abandonarme tan rápidamente al remordimiento, para sentir el calor de tu perdón? Sentirme en la suavidad de tu seno. ¿Así lo deseas o no es más que mi propio provecho? ¡Aclárame, aclárame, Señor, hiéreme! Sabiendo que viene de ti el dolor es menos. ¿Es ésta tu voluntad? Todos los males son bienes y todos los bienes males. Apriétame Señor, y si es esta llamada terrible para no olvidar tu girón, te doy las gracias por haberme hecho daño y destruido con tanto horror la fuente malsana de mis apetitos. Te he ofendido y tú me



has defendido contra mí mismo. ¡Vengan los males, que me han de salvar! Deja los milagros para los cobardes y los pobres de espíritu. No hay mayor milagro que las tribulaciones que envías. Te conozco, Señor, en el dolor que proporcionas llamándome una vez y otra. No me atrevo a confesar que soy un vil y un miserable por miedo de no creer yo mismo en mi humildad. Los males irremediables son las fuentes más amplias que nos abres. Más dolor da aguantarlos que rebelarse contra ellos. Una vez más afirmo que la rebelión es carga menos pesada y por esto sigo el camino que me has trazado. Perdóname, Señor; sálvala. El recuerdo de Rosario me quemará mientras viva, muestra eterna de tu poder y de mi humillación.

A Paulino le regurgitan unos versos de don Miguel:

*Hasta que me venciste, mi batalla  
fue buscar la verdad,  
tú eres la única prueba que no falla  
de mi inmortalidad.*

Te quería, Rosario. Y he aquí que te han segado. Que ya no eres. Que estoy solo. Solo. Grito y ¿quién me contesta? ¡Estoy solo, Rosario, solo! Todos mis miembros penden hacia la tierra y por mucho que alcancen mis ojos a lo sumo doy con el horizonte. ¡Rosario, mi vida! Estoy solo, ¿te das cuenta? ¡Solo! Con Dios que me mira y me aplasta.

Ahora es cuando empezará mi adulterio...

—Dicen que el gobierno quiere entablar negociaciones.

—Dicen que Prieto se quiere rendir.

—Dicen que no tiene remedio.

—Dicen que se va a firmar un armisticio.

—Dicen que todo está perdido.

—Dicen que Negrín ha huido.

—Dicen que están en Vinaroz.

Sancho pisa tres dedos de polvo y agujillas de cristal. Todos los macizos de la Plaza de Cataluña tienen color de piedra. Huele a casa vieja, huele a covacha. Los bomberos, las ambulancias. Los guardias detienen a los válidos:

—A desescombrar.

Toda la manzana de Balmes y Cortes está derrumbada. Un tranvía retuerce en negro sus costillares. La gente se atreve por las aceras silenciosas. La destrucción sobrepasa lo imaginado. Los equipos se organizan. Llegan dos camiones con palas y picos.

—Dicen que hay más de cien ahí abajo.

La gente forma hileras y se va pisando piedras o ladrillo deshecho. Acordonando los edificios, los curiosos van abultando el semicírculo. Un camarero pasa con una bandeja al aire, una florista con un ramo: se para un momento y sigue. El espectáculo de siempre: las paredes siguen sosteniendo la muestra de sus interiores.

Mucha gente va subiendo hacia los ministerios. Sancho sigue. No rendirse nunca. ¿Qué ha pasado en el frente? ¿Por qué han de llegar al mar? ¿Cómo es posible que no se les haya atajado? Sancho sabe la falta de material; cómo las unidades, después del esfuerzo de Teruel, fueron retiradas y transportadas a Extremadura para intentar llegar a la frontera portuguesa. Siempre lo mismo; las pocas brigadas de choque con que cuenta la República. Siempre lo mismo. Ahora se les ha traído para contener el avance italiano por el Maestrazgo; dicen que demasiado tarde.

—¡No queremos la paz! ¡Mueran los cobardes!

¿De dónde sale la consigna? No sabe. No importa, a lo que siente.

Una vieja que marcha a su lado le enseña las ruinas y dice:

—Pasarán por arriba, pero no por abajo.

Aquella vieja dice la verdad, aunque mañana llegue Franco a Barcelona, aunque mañana gane la guerra:

—¡Pasarán por arriba, pero no por abajo!

La manifestación es ahora enorme, como si la sangre vertida hubiera hecho crecer de pronto una floración nueva en los pechos.

—¡No queremos componendas!

Van hacia la Presidencia del Consejo.

—¡No queremos rendición!

—¡No queremos cobardes!

—¡No queremos traidores!

Sancho pierde la noción de quién es. De pronto tiene cien brazos, mil bocas, diez mil voces. Se siente masa. Hay que luchar.

Por la noche, en la plaza de Cataluña, la luna ilumina el enorme penacho de la gasolina que sigue ardiendo en las faldas de Montjuich y medio cubre la ciudad. La otra mitad del cielo, limpia y brillante, ve el estallar de los obuses persiguiendo los bombarderos enemigos, bajo el ojo eterno de la noche. Las casas, jaharradas de luna, cobran un color de esqueleto; los orificios más negros.

Recostados en la pared de una esquina, viendo el prodigioso espectáculo trágico, Templado dice a Cuartero señalando con la cabeza el cielo de donde baja la muerte:

—La poesía.

Un súbito silencio subraya la afirmación. Cuartero se estremece.

París–Marsella 1940–1942.



MAX AUB MOHRENWITZ. (París, 2 de junio de 1903-México DF, 22 de julio de 1972). Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía. Siendo un niño, su familia —padre alemán y madre francesa— se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la 1ª Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas. Al terminar sus estudios recorre el país como viajante de comercio y al cumplir los veinte años decide adoptar la nacionalidad española. Es famosa la frase de Max Aub: «se es de donde se hace el bachillerato». En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: *El desconfiado prodigioso*, *Una botella*, *El celoso y su enamorada*, *Espejo de avaricia* y *Narciso*.

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película *Sierra de Teruel*. Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios *Nacional* y *Excelsior*, y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de

guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe *San Juan y Morir por cerrar los ojos* y estrena su obra de teatro *La vida conyugal* con gran éxito. Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

Desde 1987 se entregan los Premios Internacionales de Cuento Max Aub, otorgados por la Fundación que lleva su nombre.

# Notas

[1] NOTA DEL AUTOR:

Organización que maneja los teatros en Barcelona.<<

[2] NOTA DEL AUTOR:

*Campo cerrado.* <<



[3] NOTA DEL AUTOR:

—Señá Benita, he visto a Laura, la del principal, escribir en las paredes de la escalera.

Y salía corriendo.

—Juanito ha bajado la escalera sentado en la barandilla.

Acusón y cabezota. Hijo de madrastra. Su padre no le tragaba; la mujer, sí, que le venía con los chismes y ella era amiga de revolver cajones y escudriñar carteras. Manuel López Mardones pudo lo que no consiguió el padre: a fuerza de incensar se le rindió la mujerona contra sus propias criaturas. Los hermanastros tuvieron que esperar años para descalabrarlo, pero le chirieron a modo; la cicatriz le sirvió luego para alardear misteriosas bravuras.

No queda ahí la cosa. Cuando se aseguró de la impunidad y gozó de la delación, empezó por robar un pan y fue con el cuento de que lo había sustraído el hijo de un vecino, amigo suyo, pero mucho más hábil que él jugando a las canicas. Pequeño y enemigo de perder, halló protección en las personas mayores. Los puños anchos, las muñecas huesudas de los vencedores, la gracia de los afortunados le atraían. Odiaba a los estudiosos y más a los que sin esfuerzo sabían las lecciones. Sentía en todo una injusticia celeste para con él, sin poder delimitarla. Gozaba del temblequeo que le proporcionaba el aproximarse a los poderosos, con el obscuro afán de tirarles a matar en cuanto pudiera. Su pasión era, más que mandar, que la gente hiciera lo que a él le viniera en gana; si lo lograba sin intervención directa, mejor. Púber, por obra de amenazas consiguió muchachas que otros envidiaban. Bastaba que le permitiesen cualquier libertad a hurtadillas para que, fuerte con su «se lo diré a tu madre», fuera consiguiendo su gusto. Las despreciaba luego y así llegó a tener cierto prestigio entre los jóvenes del barrio. Casó joven para mal de la escogida. Sucedió esto en Almería, de donde desapareció una mañana con las pocas alhajas de la cónyuge y los jornales de la semana. En Madrid se puso a trabajar en la imprenta de «El Liberal». Confidente de la policía a los tres meses, la primera vez que un comisario le invitó a sentarse creyó llegar a lo más del gusto. El puño velloso, la ropa chafarinonera y una porra dejada sobre la mesa le removieron las tripas. De sicofante barato pasó a asalariado, pero traía informes tan nimios que le hubieron de llamar la atención: le veían demasiado. El rencor de las reprimendas le producía efectos diversos; creyó conveniente dejar de percibir el sueldo fijo y trabajar a destajo. Su palanca, la adulación. Envolvía sus preguntas en sahumeros. Pocos resisten el elogio repetido; porfiaba en el reconocimiento de las prendas ciertas o deseadas del reo, que todos son un poco literatos y mujeres, y se pirran del alabo, sobre todo si éste envuelve malas intenciones para los demás. No hay crítico adulón, por impreparado y sin solvencia,

que carezca de amigos, sí de defensores. Bigardo y matrero, aun despreciándole, todos eran conocidos y le daban la mano. A pesar de las indicaciones se negó siempre a actuar de acuerdo con la brigada social. Ingresó en el Partido Comunista, al que no engañó acerca de sus actividades. Este no tenía por qué no aprovecharle. Le mantenía el rencor de no tener gracias y cierto complejo de inferioridad. Con el poder llevar a cabo menudos servicios que su condición le permitía nació el favorecer a gentes de su calaña con lo que logró placeres de cabecilla. Ingresó en el cine. Se dio tono. Aventuraba opiniones favorables para recoger vientos. Luego se extrañaban: —¿López Mardones? ¡Sí, me habló muy bien de ti!<<

[4] NOTA DEL AUTOR:

Paulino Gómez. Director general de Defensa de la Junta de Vizcaya hasta abril de 1938.<<